

# *Amor en la Selva*

*Eduardo Saxe  
Fernández*

# **AMOR EN LA SELVA**

**(LEYENDA COSTARRICENSE)**

Novela de  
**Eduardo E. Saxe Fernández**

2000

Editorial ILPES

# AMOR EN LA SELVA

## (LEYENDA COSTARRICENSE)

Por el autor

Editorial de la Universidad

de Costa Rica

San José, Costa Rica, 1955

Impreso en Costa Rica

Este libro es una traducción de la obra original de [Nombre del Autor] publicada en [País] en [Año]. La traducción fue realizada por [Nombre del Traductor].

Se permite la reproducción de este libro en su totalidad o en parte, siempre que se cite la fuente original y se permita la venta de copias de este libro.

© [Año] por [Nombre del Autor]. Todos los derechos reservados.

ISBN [Número]

1955

# AMOR EN LA SELVA

(NOVELA COSTARRICENSE)

Publicado por Editorial ILPES.

Copyright de Eduardo E. Saxe Fernández © 2001. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o utilizada en ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, microfilm y grabación, o por ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del editor.

Saxe Fernández, Eduardo

Amor en la selva / Eduardo Saxe Fernández

200 págs. 21 cm., 1a edición.

ISBN 9968-776-18-1

1. NOVELA 2. HISTORIA-COSTA RICA 3. LITERATURA GAY I. Título

972.86296

\$355p

# INDICE

Introducción	1
Primer Capítulo EL SENIOR SUPREMO	15
Segundo Capítulo	25
TERCEROS QUE NO SE PERKOCAN AL RASO DE	35
CUARTO Capítulo	45
QUINTO CAPITULO PASAJE A S. S. S.	55
Sexto Capítulo	65
SEPTIMO DE LA SERIA	75
Ochoavo Capítulo	85
NOVENO ES COMERCIO Y ENCUENTRO Y POR UNO	95
Décimo Capítulo	105
EL DESARROLLO DE LOS MANEJOS	115
Undécimo Capítulo	125
DODAVO ME HATAR	135

**A la memoria de  
Edward M. Forster**

**A Bella Rosa del Soto-Lux Chalmitlán**

# ÍNDICE

	página
<i>Capítulo Primero</i> <b>UN BESO CONTRA EL TERROR SUPREMO</b> .....	1
<i>Capítulo Segundo</i> <b>ENAMORADOS QUE NO SE PERCATAN NI HABLAN DE SU AMOR</b> .....	19
<i>Capítulo Tercero</i> <b>EL CAMINO HACIA LA SELVA</b> .....	39
<i>Capítulo Cuarto</i> <b>EL CORAZÓN DE LA SELVA</b> .....	67
<i>Capítulo Quinto</i> <b>EL AMOR ES COMPARTIDO Y ES COMÚN Y POR ESO NO ES PECADO</b> .....	83
<i>Capítulo Sexto</i> <b>1911-1912: SEPARACIÓN DE LOS AMANTES: AÑOS INGLESES</b> .....	121
<i>Capítulo Séptimo</i> <b>AMAR, NO MATAR</b> .....	159
<b>Anexos</b> .....	189

## *CAPÍTULO PRIMERO:* **UN BESO CONTRA EL TERROR SUPREMO**

No vivimos tiempos corrientes, cualquier persona lo puede corroborar. Pero nadie logra entender ni ver bien las cosas. Las gentes quieren creer que nada sucederá y afirman que todo continuará igual y sin alteraciones, en esta vieja ciudad de Cartago• y en el brumoso valle del Guarco•. Mas la verdad es otra. Somos testigos de acontecimientos extraordinarios. Para empezar, durante las noches claras del verano el cometa Halley se ha hecho visible y cada día crece un poco más, conforme va aproximándose a la Tierra.

Hay temor y asombro por el fenómeno. Las gentes salen a mirarlo y a discutir sobre él, las excursiones nocturnas por los bosques cercanos son novedad y moda entre la juventud. Se puede caminar por la selva tan fácilmente como durante el día y sin embargo el paisaje resulta diferente, los tonos son matices de negros a blancos y de infrarrojos a ultravioletas, a causa del cometa.

Las luces del Halley influyen sobre los animales salvajes y afectan en especial a los tigres y a los pumas, porque tienen ojos demasiado sensibles que ahora extrañan la oscuridad. Lloran y se lamentan continuamente durante las noches: la extraordinaria luz altera sus cacerías y ciclos de vigilia y sueño, trastornando la particular alma emotiva característica de los felinos. De acuerdo con los ancianos sukias\* del cercano pueblo indio de Quircot•, los gatos salvajes relatan en sus lenguajes secretos historias de muerte, miedo y hambre, y que sucesos graves son inminentes.

Pero en otros menesteres andan los habitantes de Cartago.

Hoy es sábado por la noche. Un numeroso grupo de jóvenes, muchachos y muchachas de todas las edades y sus "chaperones" incluyendo dos mamás y un papá, celebran la luna llena, o lunada, correspondiente al mes de abril, esta vez en una hacienda en Coris•, al suroeste del valle. En la fiesta comen, beben, bailan, cantan, conversan infinitamente y exploran intensas relaciones emocionales. Hablan y se mueven con la música, juegan a ser adultos y a cortejarse, retándose para ver quién tiene mayor atrevimiento...

La fiesta termina entrada la madrugada. Una docena de festejantes se quedarán a dormir en la hacienda y el resto que no lo hace, con gran jolgorio y

(\*) Sukía: sabio, brujo o shamán de las tribus indígenas costarricenses de origen sudamericano.

(•) Los nombres de lugares señalados con • aparecen en el mapa anexo.

alegría parten de regreso a Cartago•, jineteando caballos o a bordo de carruajes también tirados por corceles. Superan el portón de la hacienda y avanzan rápidamente sobre el recto camino que atraviesa la ahora seca planicie de Coris•. Algunos de quienes permanecen en la hacienda esperan en el corredor del frente de la casa, contemplando el fantástico cielo de clarísima y fresca noche que dominan la pálida Selene y la luminaria halleyesca, atentos a los ruidos del camino y los viajeros, hasta escuchar los cascotes de los caballos y las grandes ruedas de madera y metal de los carruajes, que resuenan como profundos tambores, (plón-prron plán, plín prron plúnn), conforme pasan en tropel sobre los gruesos tablones del puente del río Purires•. Luego ya no pueden escuchar más a quienes se fueron, pero están más tranquilos porque cruzaron el peligroso puente.

La verdad es que hoy no hay problemas para los viajeros, estamos en el verano o estación seca y, además, las luces combinadas de la luna llena y del cometa hacen que el camino se vea muy claramente. Avanzan jinetes y carruajes, por un mundo brillante y fantástico de astrales velos luminosos, donde las cosas y las personas parecen manchas de luz negriblanca y azul violeta.

Es el 11 de abril de 1910.

El camino tiene orillas de sauces y arbustos y en los campos hay canales como serpentinas de espejo. Pero ahora, en la rara penumbra resaltan las grandes flores blancas de la Reina de la noche\*, como cuernos colgando de sus puntas, abiertas completamente en su parte inferior, lanzándole al aire un maravilloso perfume, irresistible para numerosos insectos que sirven de alimento de murciélagos y cuyeos\*. Los coches y los caballistas reducen y detienen un momento su marcha, para así envolverse en los vapores y los efectos narcóticos del aroma de la Reina.

Otros quince muchachos regresaron previamente, alrededor de las 11 p.m. José Manuel Oreamuno Mayorga, conocido como "Chema", es su popular líder. Es un joven que tendrá ya 25 años, de pelo negro ensortijado y bigote corto, optimista, corajudo, inteligente e inigualado deportista:

—Como corresponde a un caballero de la aristocracia costarricense, según él mismo afirma.

(\*) Cuyo: ave nocturna de cola blanca (*Nyctidromus albicollis*), de la familia *caprimulgidae*.

(\*) Reina de la noche: belladona.

Se trata del equipo de fútbol que juega el domingo también a las 11, pero de la mañana. Acaso por la anticipación del encuentro deportivo del siguiente día, o simplemente por lo extraviado del paraje, o tal vez nada más que por muchachada, lo cierto es que empezaron a mirar el cometa, primero con la indiferencia que provoca la costumbre de algo que es ya ordinaria parte del paisaje, pero luego, poco a poco, con el temor de su significado amenazador, pues cada noche se le ve un poco más grande y se siente la inminencia de una catástrofe universal. De pronto, como sucede con los ejércitos, sin motivo aparente entraron en tremendo pánico, lanzaron sus caballos al galope. La bestia de Jesús Cedal, el portero del equipo, se desbocó y corrió y corrió desesperada hacia la ciudad, hasta agotarse y finalmente detenerse junto a la fuente del parque de la iglesia de la Virgen de los Ángeles\*. Jesús, que no es buen jinete, sin embargo por atleta logró mantenerse sobre el corcel, pero el susto que recibió fue mayúsculo. De los demás, prácticamente todos sintieron el sorpresivo y furioso pánico, pero pronto salieron de él, haciendo bromas sobre el mismo pánico, aunque muy preocupados por su portero, de quien fueron en pos inmediatamente.

El cometa ha levantado en la ciudad todo tipo de especulaciones, así religiosas como científicas. Nadie recuerda haber visto tal luminosidad en las noches, ni siquiera durante las mayores lunas llenas, que serían,

"invento puro  
de nuestra imaginación del amor",

según el poeta más conocido de Cartago, metafísico y modernista, el señor Rafael Ilión.

La mayoría de las gentes temen "cosas" de la ancha serpiente de luz que atraviesa de lado a lado los cielos, en dirección norte-sur. Durante su sermón dominical, uno de los curas dice ver en el fenómeno:

– ...un AAncho y poderoso cinturón blanco, brillaANTE, diamantINO, DIVINO, A PUNTO DE CAER sobre la Tierra... Para castigar los horribles pecados de nuestros días. ¡TERRIBLES PECADOS! ¡Y terribles serán las tragedias que obtendrán los pecadores si no se arrepienten ahora ante la Santa Madre Iglesia! ; gritando amenazador desde el elevado púlpito.

La feligresía entiende que el señor cura otra vez, como casi todos los domingos, ataca a los masones, a los "liberales olímpicos y neopaganos", como las familias Ilión, Riburola y Jilgueros, entre la aristocracia, y entre los sectores medios y pequeños propietarios a gentes como los Cedal, los Velino y los Silvestre. El cura se refiere a las costumbres y creencias "inconvenientes o pecaminosas", de un sector muy influyente de nuestra oligarquía nacional y de sus seguidores en la república nacionalista laica que vienen construyendo.

La llegada de "coolies" (siervos) chinos de Hong Kong para construir el ferrocarril al Atlántico y después para servir en las casas de la aristocracia cafetalera, introdujo la adicción al opio también entre la clase dirigente. Tal como en la misma China, en Cartago los británicos están a cargo de proveer la droga que en forma legal debe destinarse al consumo por parte de los chinos adictos. La droga es distribuida mundialmente por una flota especial y secreta de buques ingleses controlados por la Royal Navy. La familia Coldbouy, que arribara al país en 1874, es dueña de la farmacia donde se distribuye el opio a los orientales que viven en Cartago. El boticario Coldbouy lo que hace es comprar, a cada chino, todo o parte del opio que le corresponde; el casi esclavo importado, constructor del ferrocarril y ahora sirviente doméstico, por lo demás obtiene en esa transacción una ganancia del 100 por ciento sobre el precio que él cree cuesta la droga. Luego, el farmacéuta Coldbouy vende ese opio a miembros de la oligarquía costarricense, obteniendo ganancias de hasta el 10.000 por ciento, por la desesperación que se apodera de quienes caen bajo la influencia, cuando no pueden consumirla. Se ha comentado amplia y abundantemente en diferentes círculos sociales, que la familia Ilión, la más rica y elegante de Cartago, está siendo arruinada por el farmacéuta, señalando la sorpresiva transferencia de la principal finca de café, en Agua Caliente•.

"...a James George Coldbouy, mayor, casado y vecino de esta Muy Noble y Leal Ciudad de Cartago, boticario de profesión y originario de Devonshire, Inglaterra",

según reza el documento oficial que el escribano Pedro Montesalta copiara. La familia Ilión representa a los no creyentes, paganos confesos que son atacados y denunciados por los curas católicos, ya que, aparte de ser anti-clericales, hacen ritos a la diosa Atenea Minerva, defensora de la ciencia-

justa-bella frente a la torpeza ignorante y dogmática, anticientífica, de la iglesia romana. Una vez al año en cierto domingo por la mañana, en ritual de equinoccio de primavera, los iliones y sus amistades e invitados, que incluyen aventurenos norteamericanos, artistas y nobles europeos, desfilan sobre carrozas alrededor del parque dedicado a don Jesús Jiménez Zamora\*, frente al costado norte del Mercado Central, acompañados por muchachas vestidas a la antigua, representando vestales romanas o musas griegas (utilizan los mismos trajes que visten cuando representan ángeles, santas y santos, en las procesiones católicas). Llevan una gran cornucopia dorada de la que cuelgan racimos de uvas traídas directamente desde Italia y de donde las bellas jóvenes extraen monedas de oro puro, para lanzarlas al abigarrado, sorprendido y encantado populacho que abarrota el cercano Mercado Central (casi todo el pueblo calza sencillas alpargatas llamadas caites y andan vestidos con camisas blancas y pantalones o enaguas oscuros, ellos con sombreros, ellas descubiertas o con rebozos). Es el pueblo, los denominados "conchos" de forma despectiva por las clases altas y cultas costarricenses, el campesino sencillo y pobre que respetuosamente llama señor o Don a los pocos ricos todopoderosos.

Los "científicos olímpicos" son miembros del grupo que dirige el país tanto política como económicamente. Son cafetaleros, sí, pero también comerciantes, liberales, utilitaristas, social darwinistas. Se llaman a sí mismos "olímpicos" (justamente porque se encuentran muy por arriba del populacho), están a favor de la democracia política aunque sistemáticamente organicen golpes de estado y también favorecen el libre comercio internacional que predica Inglaterra para su propia conveniencia. Mantienen una fuerte oposición contra la iglesia católica y la superstición. Son los que no creen, los educados, los "príncipes" de la alta aristocracia y el círculo alrededor de los hijos de don Jesús Jiménez Zamora\*, los hermanos Manuel de Jesús y Ricardo Jiménez Oreamuno\*.

Pero incluso en sus palacios de conocimiento científico y elegancia refinada hay ahora agitación e incertidumbre, después que don Rafael Guidófori, inmigrante italiano llegado hará unos seis años, tradujo y leyó en voz alta un artículo de la revista de astronomía de Padua, sobre gases venenosos que devastarían nuestro planeta si la cola del cometa llegara a envolverlo. Sin embargo, don José Ferraz, el menor de los dos hermanos españoles que vinieron a finales de 1865 para organizar el primer colegio de la ciudad y

(\*) Los nombres seguidos por asterisco \*, aparecen en el índice de personajes históricos.

actualmente ancianísimo, rechaza esos temores y asegura que, desde el punto de vista de la racionalidad y la ciencia, en particular de la astronomía, no hay nada que temer:

— Este cometa visita la Tierra cada 76 años y durante los dos últimos siglos sus viajes han sido observados científicamente. No hay reportes de ninguna de las catastróficas predicciones de la iglesia, o de charlatanes como ese dibujacalendarios de Pedro Nolasco.

Nolasco también procede de la península ibérica, pero es desdeñado por el doctor Ferraz, puesto que se trata de un seguidor de Nostradamus y porque disfruta de amplia popularidad incluso entre las gentes educadas, ya que su calendario es bastante exacto para los ciclos agrícolas locales y además incluye terribles predicciones que son alimento para la mórbida imaginación supersticiosa de quienes pueblan el valle del Guarco•.

Los tiempos son extraordinarios y todos lo saben y lo sienten pero, a la vez, las arquitecturas y los rituales que organizan la vida deben continuar inalterables, siguiendo los ritmos de la tradición y la experiencia. Lo cual es más notable aún, considerando que el cometa es la menor de las preocupaciones que agobian a la antigua capital de Costa Rica, la nublosa ciudad de casas de adobe y piedra.

Estamos en la segunda semana de abril. Casi vertical al suelo, este verano el sol de mediodía golpea con fuerza desmedida a Cartago, de acuerdo con las opiniones prevalecientes en la ciudad. Algunas matronas dicen que se trata del estío más caliente de los muchos que han logrado vivir.

La campana del convento franciscano resuena ancha y profundamente, llamando al descanso y al momento especial que marca la doceava hora diurna, cuando la Virgen María y sus Ángeles abren las puertas del cielo para disfrute y beneficio de todas las creaturas de Cartago, centro universal angelístico. Es domingo y en el barrio alrededor del convento el tiempo marcha con gran lentitud, cada vez más despacio, hasta detenerse en un sueño reposado.

Pero las cosas no son así de tranquilas para los muchachos que se encuentran jugando el nuevo deporte de moda, el fútbol. Muchos de ellos no escuchan la campana franciscana y los que la oyen tienen descargas de jugos gástricos y salivación, porque sus mentes relacionan esa campana con el almuerzo que hoy se atrasará hasta la una de la tarde, después del partido.

Los aficionados que observan el desarrollo del encuentro futbolístico no padecen esas restricciones y comen y beben cuanto desean y pueden pagar. Se juega la cuarta temporada del campeonato de la Liga Costarricense Nacional de Fútbol. Un equipo viste de azul y blanco y el otro de negro y blanco. Se trata de los mejores jugadores del país y de cada provincia, ciudad o villa, muchachos y hombres jóvenes entre 17 y 35 años de edad; algunos son hijos de las mejores familias, como Chema, pero pueden verse entre ellos al hijo del sastre y el principal mediocampista tiene el pelo muy negro, fácilmente se reconoce que es indio. O por ejemplo Luis Silvestre, de 20 años de edad, que juega el puesto de delantero extremo derecho, quien proviene de la familia de un comerciante. El juego y su organización son importados de Inglaterra. Chema, precisamente, lo aprendió en ese país europeo mientras estudiaba medicina y ayudó a promover el deporte cuando regresó a Cartago. El fútbol viene adquiriendo una creciente relevancia en el país, pues se opina que pondrá fin a tradicionales y ahora irrelevantes enfrentamientos entre las provincias centrales (San José, Cartago, Alajuela y Heredia), de un país tan pequeño como es éste. El mismo presidente de Costa Rica, don Cleto González Víquez\*, ha señalado que el fútbol es una alegría para los políticos, una demostración de democracia y una forma civilizada para que la juventud se encuentre y deje salir sus tensiones, jugando en vez de andar matándose unos a otros. ¡Ah sí!, somos tan civilizados como en Londres, tal vez hasta un poco más, aunque no me lo crean, afirma el primer mandatario de la República.

Algunos de los jugadores también son miembros del Ejército Nacional, dos de ellos oficiales.

Están jugando en el principal campo de fútbol del centro de Cartago, la llamada Plaza Yglesias por el "enérgico" (autoritario para otros) presidente Rafael Yglesias\*, durante cuya administración fue construida hace poco tiempo. Al costado este de la plaza casi está terminado el austero y clásico edificio del Palacio de la Paz que alojará la Corte Centroamericana de Justicia. Es un regalo del filántropo millonario norteamericano Andrew Carnegie\*. Ahí, encaramados en un andamio a seis metros sobre el suelo, Cristóbal Velino de 17 años y tres de sus compañeros de clase de último año del bachillerato, siguen atentamente las incidencias que ocurren entre los jugadores al disputar el balón con sus pies. Alrededor de la plaza unas mil personas, básicamente hombres y muchachos, también lanzan vítores a favor del equipo azul local y contra el "team de San José", el Club Sport La Libertad, vestidos de negro y blanco.

Sentado detrás del marco de gol del lado este, durante la primera mitad del juego Cristóbal casi sólo ve las espaldas de las camisetas blancas y azules y las pantalonetas y medias largas también azules del equipo de Cartago. Durante la segunda parte del partido observa a "sus" jugadores que corren hacia él como una ruidosa tormenta de piernas y caras, aproximándose mucho pero que al punto retrocede sólo para volver rápidamente, en un vértigo de movimientos como olas del océano. Caras de ataque. Piernas que patean el balón de cuero con enorme fuerza. Gestos y muecas de astucia, de pericia y de esfuerzo supremo.

Cuando juega, aparece un brillo chispeante en el agua verdosa de los ojos de Luis Silvestre. Salta para golpear la bola con la cabeza, haciendo que su rubio cabello gire libremente en el aire. Después corre velozmente con el balón por el costado de la cancha adversaria, lanza un pase largo y elevado al centro del área enemiga, donde Chema, el máximo anotador del equipo cartago, con facilidad y furia hunde la bola en las mallas del arco rival. El rugido de la multitud es atronador y resuena por toda la ciudad. Quienes se encuentran alrededor de la plaza saltan de alegría, gesticulan y gritan. Chema y Luis celebran el gol abrazándose. Luis mira hacia donde está Cristóbal, mientras Chema lo abraza y lo besa y sus otros compañeros también hacen otro tanto.

Cristóbal está muy contento por el gol de su equipo, pero luego va agitando y acaba molesto con Chema sin saber claramente por qué. Cristóbal cubre su rostro con una máscara de permanente sonrisa para no dar a conocer la cólera que lo abrumba. No se da cuenta de la naturaleza o de la existencia misma, de celos. Sabe que Luis nunca lo observa si está con la bola o alrededor de la bola, pero en los intervalos sus miradas se buscan: durante el juego, cuando les es posible, a gritos intercambian opiniones y análisis, dos veces porque el partido se detiene mientras recuperan las bolas que se van lejos, y una vez cuando Luis recibe una fuerte patada en el muslo de su pierna izquierda.

—¿Te duele mucho? ¡Te dieron una patada fea!, grita Cristóbal, sabiendo muy bien que Luis rechazará el dolor como algo insignificante para un valiente.

—¡Nooo, qué vá!, ¿Ves?, dice Luis, mientras levanta su pantaloneta para que jugadores y espectadores observen su robusto muslo, con anchas raspaduras de los clavos de los tacos del zapato rival que lo maltrató.

—¡Qué horror! ¡Es un escándalo! ¡Un atentado contra uno de nuestros queridos muchachos!, clama el presidente del equipo levantando sus manos a los cielos como para que sean testigos de tamaña injuria.

Los fanáticos locales abruman a los jugadores del otro equipo con gritos de "¡Bárbaros!", "¡Mulas!", y sobre todo, "¡Caballos!, ¡Caballos!, ¡Caballos!", a coro. También se escuchan variadas palabrotas.

Cristóbal quiere concentrarse en los otros jugadores, en el entrenador del equipo, en el público, en el paisaje incluyendo el techo de tejas de su casa cercana y la imponente silueta del Volcán Irazú. Sin embargo, a la vez que observa todo e incluso conversa con sus amigos, consciente y subconscientemente los ojos de Cristóbal capturan cada movimiento que Luis hace al correr, al saltar y al patear el balón.

Entonces ocurre un temblor de tierra. Viviendo un mundo que les pertenece sólo a ellos, los jugadores apenas si observan y escuchan el pánico y los gritos de la gente alrededor de la plaza, no sienten el temblor y no entienden qué acontece. Cristóbal y sus amigos bajan rápidamente del inestable andamio y a empujones llegan hasta el borde mismo de la cancha de juego. Cuando siete minutos después hay un segundo temblor y un distante retumbo acalla los gritos de la multitud, el partido se detiene durante cerca de diez minutos, pero después lo reanudan. Los cartagos indican a los visitantes de San José que no se preocupen por esos temblores.

Después del partido, Cristóbal carga la bolsa con los implementos deportivos de Luis. Junto con dos dirigentes del equipo, en un coche grande, de dos caballos, trasladan al golpeado jugador hasta su casa. El hogar de la familia Silvestre se agita y afana en torno al joven campeón herido, el doctor que ha enviado el equipo también llega ahora. Cristóbal se percata de que no cabe en los asuntos de su amigo, por lo menos durante el resto del día. Antes de partir se asoma al cuarto de Luis, lo observa tendido en su cama que rodean tres o cuatro personas. No entra ni habla, sino que permanece debajo del marco de la puerta hasta que sus ojos pueden encontrarse. Entonces sale.

Son las dos de la tarde. Cristóbal Velino camina hacia su casa por las ahora desiertas y brillantes calles de la ciudad. En un momento llega, sube las dos gradas de piedra que dan a la puerta de su casa, y se detiene ahí. Se asoma por una ventana abierta. En el hogar hay un silencio absoluto porque la familia entera disfruta la siesta especial que corresponde hacer los domingos

temprano en la tarde. Abre la puerta para entrar pero luego se arrepiente, baja los dos escalones, camina por el costado de la construcción hacia el patio de atrás y allí se recuesta sobre una larga banca de piedra colocada por su padre. Cierra los ojos. Sueña despierto. "Carthago Deleta Est", murmura conforme se abandona al reposo. Rememora su lección de latín y la historia del hundimiento del antiguo imperio de Cartago en el norte de África. En su fantasía, su Cartago es aquella antigua república, mientras que San José es la Roma que nos derrotó, llevándose la capital, el poder nacional... poder, deleta... poder...

Abre por un momento los ojos, para ver dos comemaíces\* volando entre las ramas de los árboles y sobre la pila de agua donde beben los animales, pero de nuevo se le caen los párpados, murmura cosas y regresa a la ensoñación, ahora sobre un poema que aprendiera junto con todos los alumnos de su escuela, de labios del legendario Rubén Darío\*, cuando el poeta nicaragüense vivió en esta ciudad y Cristóbal era un niño de diez años:

... lleva la mar y el viento  
esencia sutil de azahar,  
tu aliento,  
te voy a contar un cuento...  
un palacio de malaquita,  
una tienda hecha del día  
cuatrocientos elefantes  
a la orilla de la mar  
y una gentil princesita...  
princesissss...  
prince...  
... incesssss...  
ssssssss.

A partir de ese momento y durante algunos minutos el joven ingresa a regiones más profundas de su mente y sueña cosas que después se olvidará de recordar.

Y mucho más tarde esa noche, exactamente a las 12:36 a.m., las gentes de Cartago son despertadas por un violento temblor que sacude fuertemente

---

(\*) **Comemaíz:** gorrión; en Cartago abundaba sobre todo el *Zonotrichia carpensis*, con cresta negriblanca en los ejemplares adultos.

las viviendas y que resuena como si fuera un gigantesco tren alejándose. La mayoría de las personas se quedan quietas en sus camas, pero son escasas las que pueden volver a dormirse. Un poco después hay otro estremecimiento de tierra. Entonces las gentes empiezan a salir a las calles y algunas mujeres lloran, pero las cosas se calman lentamente y muchos regresan a las casas.

A la 1:15 a.m. Cristóbal casi está quedándose dormido cuando de nuevo escucha aproximarse el rugido. Ocurre un fenomenal temblor. Su cama se mueve para acá y para allá, las paredes oscilan hacia adelante y hacia atrás, el cielo raso de vigas cruje, las ventanas vibran y empiezan a caer pedazos de estuco de las paredes, así como tejas del techo, coladas por entre la armazón de vigas que las sostiene. Protege su cabeza con una almohada, en caso que alguna teja le caiga encima. Tan pronto termina el violento movimiento y es posible mantenerse de pie se levanta y viste a medias. Está subido ahora en el alféizar de la ventana listo para saltar a la calle si fuera necesario. Pero como nada más sucede, regresa a la habitación, se pone más ropas y sale a ver qué ocurre en su casa. Entonces se percata de que es algo serio, todos actúan como locos, entran y salen de la casa recogiendo cosas, gritan y lloran, mientras continúa el desconcertante y permanente temblor del suelo.

Numerosas mujeres lloran y recorren las calles para arriba y para abajo, los niños lloran también y gritan, los perros aúllan y ladran, las gallinas cacarean y los gallos cantan aterrorizados, acaso intentando ahuyentar las sacudidas terrestres con sus voces retadoras. La gran cantidad de caballos que tiene la ciudad están enloqueciendo porque la mayoría permanecen encerrados en estrechos establos.

Y sin embargo no hay desorden. La policía sale inmediatamente al centro de Cartago, saca los caballos de sus establos para emplearlos patrullando las calles. Los postes del tendido eléctrico han bailado sobre sí mismos pero las luces de las calles no se han apagado. Esto ayuda mucho.

La mayoría duerme a la intemperie. Afortunadamente la noche no es fría sino clara gracias al cometa, salvo por alguna neblina ocasional. A las 2 a.m. hay otro violento temblor. Un extraño retumbar precede a cada movimiento: es el rugido de la tierra y de las paredes que se estremecen cuando la onda sísmica golpea una casa tras otra. Las gentes corren hacia las calles porque allí se está a salvo. En las viviendas mejor construidas los peligros provienen de tejas que caen, colándose por entre el marco de la techumbre. En la

casa de Cristóbal todos están bien. El muchacho ofrece a su padre ir a ver cómo están los Silvestre, la familia de Luis.

—Bueno, vaya, pero vaya rapidito y con mucho cuidado ¿Ahh? ¡Cuidadito!

En la otra casa nadie ha sufrido daños, la familia Silvestre está a salvo y en relativa calma, gracias a Mrs. Frances, la mamá de Luis, quien con su rara forma de hablar (con resabios escoceses) le indica a Cristóbal que:

—Aparentemente tenemos gran daños en la tienda de nuestra familia y don Carlos mi marrido y su padrino, con Daniel su hijo más grande y Luis su hijo más pequeño ya están allá. Anda mi niño, aquí stamos todos bien, anda, la Santísima Trinidad te acompaña...

Pronto Cristóbal llega a la tienda y ciertamente hay muchísimas cosas quebradas, ya que tres altos estantes se cayeron en las secciones de utensilios para el hogar y de farmacia. Estrecha las manos de don Carlos y de Daniel y toma a Luis por el brazo, halándolo hacia sí con fuerza, algo que siempre es anticipado y nunca permitido por Luis, el mayor, el más fuerte y el más grande de los dos. Pronto Cristóbal recibe órdenes de realizar otro mandado, de regreso a su propia casa, para pedirle a su padre que venga a ayudar.

Mientras rápidamente corre las tres cuadras que separan la tienda de su casa empiezan las primeras luces del amanecer y en medio de su gigantesco miedo y conmoción, el muchacho espera la luz del día que hará cesar los temblores, y que traerá tranquilidad otra vez, como al despertar de una pesadilla. Está cansado, pero de ninguna manera podría dormir ahora.

Durante el día tiene que hacer otros mandados y se sorprende porque los temblores no parecen haber causado grandes daños, por lo menos eso dijo el jefe de ingenieros del Ejército.

Pero los techos de teja sufrieron muchísimo y pueden verse cantidad y variedad de agujeros en ellos, mientras que en las aceras y calles hay montones de tejas caídas y quebradas. Numerosos establecimientos comerciales han tenido importantes pérdidas de mercadería. Los pequeños puestos donde venden cerámica, en el Mercado Central, sufren graves daños. Tres iglesias perdieron esquinas o adornos o torres o imágenes. Una de estas iglesias tiene muy dañados los arcos que están sobre las ventanas y el edificio en su

conjunto ha quedado muy debilitado. El Palacio de la Paz tiene una pared agrietada y se han caído partes de la baranda metálica ornamental de la cornisa. Diecisiete pequeñas casas pobres y mal construidas han sido completamente demolidas, así como muchas tapias. Nadie resultó herido ni muerto.

Para consternación de Cristóbal, el día avanza y la tierra continúa moviéndose. Se contabilizan 33 nuevos temblores desde el primero que se sintió la noche del 12 de abril hasta la tarde de este lunes 13, cuando es la hora de tomar café, aguadulce\* o chocolate y todos tienen que salir apresuradamente de las casas, porque se produce otro fuerte estremecimiento terrestre.

Durante cinco noches a partir del día 13 nadie osa quitarse las ropas para dormir.

De estas dos familias, los Velino del lado de Cristóbal duermen ahora sobre camas improvisadas, en el patio de atrás, en un refugio temporal cubierto con láminas de zinc para techo que han tomado del negocio familiar y que son la última novedad importada de los Estados Unidos, supuestamente seguras contra temblores y terremotos. Este refugio se vuelve inhabitable por el calor durante algunas horas del día, cuando el metal es golpeado con prolongada fuerza por los veraneros rayos solares. La verdad es, sin embargo, que durante el día no utilizan el refugio porque es posible estar dentro de las casas, donde cocinan y realizan las actividades cotidianas con normalidad. La otra familia, los Silvestre del lado de Luis, ocupan tres grandes y confortables cuartos que recientemente se le agregaron a su casa, construidos también con techos y paredes de metal que envuelven una armazón de madera. Se trata de un experimento que hacen los patriarcas Velino y Silvestre, probando un nuevo método de construcción de viviendas y edificios. Hasta el momento esta edificación no ha sido dañada.

Durante la noche del 14 las dos familias cenan juntas en casa de los Silvestre. Después, don Carlos Silvestre y don José Velino, los padres de Luis y de Cristóbal y socios en empresas ya por dos décadas, revisan el perfecto estado de los tres cuartos adicionales recién levantados. Conversan privadamente en el patio por más de dos horas. Concuerdan en que estos temblores son una oportunidad para probar la validez de la idea, relativa a construir no ya empleando los tradicionales adobe, piedra y tejas, sino más bien utilizando marcos de madera y paredes y techos de metal. Están convencidos de que es el momento propicio para levantar un aserradero en la finca que poseen en

(\*) Aguadulce: bebida muy popular a base de agua (caliente o fría) en la que se disuelve azúcar morena de panela.

Cachí• -junto con un socio local- y se ponen de acuerdo para emprender la operación correspondiente a partir del 15 de mayo, cuando por lo menos se deberá transportar hasta ese lugar la sierra de agua (una sierra movida por agua) traída de Suecia y actualmente:

– ...embodegada en la estación ferroviaria de Santiago•, sirviendo allí para nada, según afirma don Carlos Silvestre.

– ¡Por eso hay que trasladarla y instalarla lo más pronto posible en Uxucurré!, exclama don José.

A la vez, ordenarán más planchas de metal para techos y paredes, a su proveedor en New York. Después de todo, casi la mitad de los materiales de construcción que tienen en su empresa se vendió rápidamente en los tres días que siguieron a los sismos, más que compensando las pérdidas sufridas en las secciones de utensilios de cocina y de farmacia. Antes de despedirse también acuerdan que, si las cosas empeoraran, entonces las dos familias compartirían el agregado construido junto a la casa de los Silvestre.

En la mañana del 15 de abril hay tremendos y prolongados estallidos de juegos de pólvora, mientras las campanas de las iglesias repican con fuerza y al unísono. Es como si estos ruidos generalizados pudieran ahuyentar las sacudidas telúricas. Gran parte de la población recorre las calles y avenidas de la ciudad en ceremonial religioso, es una multitud mayor que la vista en cualquiera de las recientes procesiones de Semana Santa. Se trata de una ceremonia para implorar la intercesión de Dios y de las vírgenes y los santos, pidiendo perdón por las faltas, rogándoles compasión por Cartago y que detengan los sismos. Como en los viejos tiempos, cuando en 1725 el volcán Irazú hizo erupción, cargan el Cristo de la Victoria y la Virgen Dolorosa desde la iglesia de la Virgen del Carmen hasta la iglesia de la Virgen de los Ángeles. De camino van deteniéndose en algunas otras iglesias, donde el clero en pleno de toda la ciudad hace rogatorios especiales, queman incienso y cantan himnos, mientras hacen explotar nuevos artefactos de pólvora y las campanas no cesan de tocar a rebato.

Después de treinta y seis horas prácticamente ininterrumpidas de temblores, la ciudad está al borde de la histeria. Ahora, grupos de mujeres permanecen el día entero en los oscuros interiores de las iglesias, rezando continuamente y encendiendo y apagando velas a sus santos preferidos.

Circulan los rumores más extraordinarios y disparatados. Que los volcanes Irazú y Poás están en erupción. Que la cola del cometa ya golpeó la tierra y

por eso tiembla. Que se trata del fin del mundo. Se afirma que en el Poás y en el Irazú se han visto finas pero constatables columnas de humo blanco, justo a la 1:30 a.m. del día 13, inmediatamente después del temblor más fuerte. Muchas gentes también mencionan un resplandor rosáceo en el cielo nocturno, aunque sólo pocas se atreven a afirmar haberlo visto personalmente. Esa luminosidad causa una profunda impresión en una niña de seis años, vecina de Cristóbal y llamada Amparo Molina, quien sesenta años más tarde a su vez le contaría esta historia a su vecino de ocho años: "una bola de fuego salió del cráter del volcán, cruzó rápidamente todo el cielo y fue a estrellarse detrás de las grandes montañas y selvas del sur, en la cordillera de Talamanca\*, dejando allí un resplandor rojizo que iluminaba el cielo".

Se sabe ahora que los daños han sido mayores de lo inicialmente estimado. En realidad pocas casas se cayeron, pero muchas de ellas han perdido gran parte de sus techos y de sus paredes, o quedaron tan agrietadas que resulta imposible repararlas. Numerosas familias han abandonado sus viviendas y acampan en las cercanías, en diversos refugios temporales. El gobierno de la República envió por tren desde San José una importante cantidad de medicamentos, frazadas, tiendas y lonas, pero no son suficientes, así que las gentes construyen tiendas y refugios utilizando viejas cobijas, alfombras, pieles de animales, sábanas, madera, pedazos de láminas de metal, cajas, sacos de café o cualquier cosa que pueda proteger contra el agua y el viento. Muchas carretas tienen su timón levantado y sostenido por alguna piedra o estaca, para alojar a dos familias, una debajo de las ruedas del vehículo y la otra en la carreta misma. En las secciones más pobres de Cartago se ve a las mujeres cocinando en improvisados fogones\*, contruidos con piedras de la calle, mientras algunos perros husmean buscando robar algo de las comidas que ellas preparan.

Las carretas, los carruajes y las tiendas de acampar llenan las plazas y los parques, distribuidas al azar. Hay gran desorden y desconcierto, cada quien busca individualmente cómo mejor enfrentar la difícil circunstancia. La cuadra donde se construye el Palacio de la Paz está rodeada por una gruesa tapia de un metro de alto, coronada por una verja de hierro forjado. Esta tapia se ha convertido en un lugar favorito para colocar las tiendas, apoyándolas contra ella de manera que el grueso muro forme un lado del refugio. El gran kiosco del Parque Central de Cartago acoge a una docena de familias, por

(\*) **Fogón:** pequeño fuego encendido sobre el suelo y en medio de piedras o de un rústico lecho de arcilla.

fuera está cubierto con lonas y el espacio interior ha sido dividido con mantas y cobijas colgadas de cuerdas.

Justo después de la gran procesión del día 15, don Rafael Ilión y algunos otros de los descreídos positivistas irónicamente se preguntan si, por lo tanto,

— ¿Un aguacero sería la constatación de que las divinidades no aprueban los absurdos rituales de la iglesia católica?

Tal parece que los poderes divinos no están del lado de los creyentes ni de la misma Cartago. Como anticipan los liberales, para su inicial complacencia y posterior consternación, la tarde se pone cada vez más nubosa y más oscura, caliente, bochornosa, con un extraño y enceguedor reflejo y un distante seco tronar. Gruesas nubes no cesan de entrar por el este, siguiendo los estrechos valles y los cañones del río Reventazón•. Hay, describe poéticamente Rafael Ilión,

"espacios suspendidos en el tiempo,  
como si no quedara en el aire  
ni una brizna de alondra,  
como si un gigante de agua estuviera  
por caer sobre los montes  
y el valle a punto de despeñarse  
rodando con perros y con lirios".

Frenéticas, las gentes se lanzan al interior de las viviendas para tratar de cubrir y de mover todo lo que pueda mojarse.

Los augurios olímpicos se cumplen y antes de las cinco de la tarde empieza la temida lluvia, primero ligeramente pero al poco asentándose en un fuerte y continuo aguacero que se prolonga durante varias horas, con algunos intervalos de niebla. El efecto de esta lluvia sobre los muy golpeados techos de la ciudad es previsible, el agua entra a raudales en las edificaciones, arruinando muchas cosas y empapando otras.

En los días que siguen hay una gran demanda por trabajadores que arreglen las techumbres. También aumenta la demanda por materiales de construcción, en especial se torna fabulosa la demanda de láminas metálicas para techos, y el negocio de Silvestre y Velino conoce un esplendor extraordinario. Las ladrilleras del sur del valle del Guarco apenas dan a basto para producir suficientes tejas, pues no es toda la gente la que puede pagar techo

metálico importado. Algunos de los hornos para cocinar ladrillos y tejas resultaron quebrados con los sismos. Los hombres de las familias Velino y Silvestre trabajan reparando los techos de sus dos casas y de la tienda, doña Rosa y Mrs. Frances prácticamente se han hecho cargo del negocio.

El 20 de abril los profesores José Fidel Tristán\* y Juan Rudín\* realizan una investigación oficial de los cráteres del volcán Irazú\*. Contra las opiniones prevalecientes, encuentran que el volcán está en absoluta normalidad y calma, sin traza alguna de que haya aumentado sus actividades. Reportes de nuevos volcanes aparecidos en las estribaciones que bajan hasta Paraíso\*, junto con una serie de fuentes de aguas termales, también prueban ser infundados. Sin embargo, el sismógrafo que el profesor Rudín tiene instalado en su casa registró 25 macro y micro temblores el 15 de abril y 23 sismos el día 16, pero solamente 2 estremecimientos el día 22.

Entre el 24 de abril y el 1 de mayo lentamente regresa la normalidad. Cada quien parece pensar, y prefiere creer, que lo peor ya pasó, puesto que la temporada de lluvias ha empezado y además se registra un continuo descenso en el número y en la intensidad de los estremecimientos geológicos. El sismógrafo solamente marca dos temblores el 1 de mayo, tres el día 2 y otros tres sismos el tercer día de este mes. Muchas gentes cuyas casas no han resultado demasiado dañadas regresan a ellas, pese a que las plazas y parques, así como las calles más pobres, todavía están abarrotadas de tiendas de campaña y de refugios temporales. Numerosas edificaciones han sido condenadas por inservibles. Todos los edificios de la ciudad fueron examinados habitación por habitación por un grupo de expertos, quienes pintan cruces amarillas en las paredes exteriores de aquellos que ya no es posible reparar.

La mejoría en las condiciones sismográficas continúa hasta el 4 de mayo, cuando se sienten dos temblores, uno al mediodía y otro a las 4 p.m., este último lo suficientemente fuerte como para que la gente deba salir de nuevo a las calles. Luis y Cristóbal, ya bien entrenados en estas eventualidades y ajetreos, corren al negocio de sus padres para ayudar a evitar daños en las mercaderías frágiles.

A las 5.30 p.m. llegan de vuelta a la casa de Cristóbal, donde cenan. A las 6.24 p.m. salen del comedor y van al cuarto del muchacho, para conversar y tal vez leer algo.

Están sentados leyendo una novela cervantina, muy juntos, aprovechando la única y débil luz eléctrica, cuando sin el menor aviso se desata el más terrible terremoto.

Al instante la luz se extingue y lo que parece ser una oscuridad total amplifica los espantosos sonidos y los violentos movimientos. Tratan de correr hacia la puerta pero es imposible permanecer de pie. El sismo es hacia arriba y hacia abajo, no lateral y los lanza violentamente contra el piso, donde ahora están de cuatro patas, apoyándose en sus rodillas y sus manos. Lo único que pueden hacer es encogerse y tratar de cubrirse debajo de las camas y contra una de las paredes. El aire inmediatamente se llena de polvo, mientras continúa el estrépito ensordecedor de las paredes y los techos al irse derrumbando.

El terremoto parece prolongarse y continuar sin fin. Los muchachos entran en pánico y se abrazan, pensando que están a punto de morir. Después de lo que parece una inaguantable eternidad, la furia de la tierra se detiene súbitamente. Entonces notan que la oscuridad no es total, pues se ha caído el techo, la noche es más bien clara porque el cometa Halley infunde una luminosidad vaporosa al polvo que se ha levantado y que forma una densa atmósfera, en medio de gritos, gemidos y el rugir de las estructuras que todavía siguen desplomándose.

Yacen en el piso, agarrados frenéticamente el uno del otro. Una viga del maderamen del techo ha caído y herido la mano izquierda de Cristóbal, quien todavía no es capaz de sentir ningún dolor. Sin embargo, tiembla y solloza. Luis lo abraza con fuerza. El mayor de los muchachos pone sus labios sobre una de las mejillas de su compañero. Luego instintivamente lo besa de nuevo, en la boca. Los sollozos y los estremecimientos de Cristóbal cesan y durante exactos dieciocho segundos ambos olvidan las terribles circunstancias en que están.

**CAPÍTULO SEGUNDO:  
ENAMORADOS QUE NO SE PERCATAN  
NI HABLAN DE SU AMOR**

**I.**

Todavía Cristóbal no siente dolor en su mano, porque gigantescas emociones se han apoderado de él. Sus movimientos son inseguros, inciertos. Está aturdido y desconcertado. Luis guarda mejor la calma, pero sólo porque deja salir lo que siente en una explosión irrefrenable, preguntando a gritos y con una voz atronadora:

– ¿ESTÁN TODOS BIEN?

Ayuda a que su amigo pueda alejarse de los escombros y se dirigen hacia la calle. Cristóbal se sienta ahí, sobre las pulidas piedras que bordean el desagüe en el centro de la vía. Luis regresa a la casa semiderruida, persiguiendo los ruidos y los movimientos de vagas sombras, para ayudar a que la familia de Cristóbal salga a la calle. Todos están completamente conmocionados, caminan sin propósito, agitan sus brazos y cabezas mientras lloran y gritan.

Cristóbal se ve abrumado por una desesperación aguda y la sensación de impotencia y pánico. Aprieta su cabeza con las manos y lentamente la inclina hacia abajo, hasta encontrar el apoyo de las rodillas. Para evadirse del mundo aterrador. Necesita ensoñar, quiere ir a los lugares donde hay luz y donde nadie muere o es herido y no hay temblores. Le parece que esos ámbitos ya no existen y que ya nunca más existirán. Todo es doloroso:

– ¡Ayayay!, ¡este sufrimiento es inaguantable, preferiría estar muerto!

Se percata entonces, finalmente, que su dolor es real y no solamente imaginario, está motivado no sólo por la percepción de la nada, sino también y sobre todo por la mano herida. Saca su pañuelo del bolsillo izquierdo posterior del pantalón para limpiarse y vendarse.

La familia dedica las siguientes cinco horas a escarbar furiosamente para liberar a la pequeña Celina Velino, quien quedó atrapada cuando se derrumbó la vivienda. Es la hermana menor de Cristóbal, de cinco años, "el

bebé de la casa". Pero muere cuando finalmente logran levantar la gruesa viga que ha aplastado sus delicadas piernitas. Su madre doña Rosa Bolandi de Velino, la toma entre los brazos para acurrucarla hasta el infinito y hasta Dios. Querría poder abrazarla para siempre, tiene la urgencia de madre de guardarla en su seno y entre sus brazos, pero no puede, tiene que evitar que José o Margarita también mueran. Ella es la única capaz de ayudarles. Coloca a su pequeña hija muerta sobre las frías piedras de la calle. No tiene nada con qué cubrirla y debe alejarse de ella para atender los heridos.

José Velino, el padre de Cristóbal y Margarita, una de las dos hijas que le quedan con vida, también han resultado con golpes y heridas. La otra hija se llama Patricia y salió indemne. Margarita, de diecinueve años, sangra por una cortada que tiene en la cabeza, su negro pelo ya luce pastoso cerca de la coronilla, donde recibió el golpe. Y don José probablemente se ha quebrado algunos dedos de su pie derecho. Ambos requieren urgente ayuda profesional. Doña Rosa rasga el ancho ruedo de la larga falda de Margarita y con esa tela y la ayuda de su hija Patricia, vendan temporalmente las heridas para detener la sangre. Esto ayuda, pero conforme avanza la noche Margarita y don José se debilitan poco a poco. La desesperación llega a la locura después de la medianoche.

Es por tanto una noche eterna. Ninguno, sino Luis, se anima a moverse o hacer algo. Han quedado abrumados y paralizados. La familia se aprieta en un abrazo colectivo, silenciosamente en medio de la calle, escuchando las voces de dolor y pena que brotan desde todas las esquinas de Cartago. Esperan que en cualquier momento ocurrirá otro terremoto, el cual terminará con todo.

Alrededor de la 1 a.m. Luis hace preparativos para ir a traer agua. Intenta llevar consigo a Cristóbal, pero el muchacho continúa sentado en el centro de la calle, no quiere ni levantar su cabeza que oculta en medio de las piernas. Sin embargo dice, con voz apagada y molesta:

— ¡Dejáme!, ¡por favor! Necesito estar solo. ¿Podés entender eso?

Así, Luis acomete por su propia cuenta la expedición en pos del agua. En medio de la enorme cantidad de escombros y la tremenda confusión que reina, bajo la pálida luz del Halley y entre el polvazal causado por las edificaciones derruidas, sigue la ruta hacia la casa de Chema Oreamuno, a quien encuentra igualmente en la calle, gesticulando, gritando y dando órdenes e

indicaciones a los miembros de su familia y a sus sirvientes. Es el nuevo señor de la casa porque su padre murió en el terremoto. Chema está abrumado y sobrecogido por esta muerte y por las responsabilidades y oportunidades que le corresponderán a partir de hoy. Luis lo abraza fuertemente durante casi dos minutos, porque su muy admirado y querido amigo ha perdido a su padre, lo cual supone es un dolor grandísimo pero que él no conoce aún. Pronto es Chema el que parece consolar a Luis y el que rompe el abrazo con una serenidad pasmosa: —Ya, ya. Soltame... Hay demasiado que hacer...

Luis entiende que su amigo es un hombre hecho y derecho y además poderoso de ahora en adelante, por las riquezas de su familia y por los papeles sociales y políticos que los Jiménez han jugado en la ciudad y en el país durante los últimos treinta años. La prominencia de esta familia alcanzó una cumbre cuando el abuelito de Chema fuera presidente, en la década de los 1880, y durante este año de 1910 el tío de Chema, don Ricardo, ha resultado electo presidente en las recientes elecciones. El actual mandatario, don Cleto González Viquez\*, ha reforzado la democracia del país, aceptando por primera vez entregar el poder, pacíficamente, a don Ricardo Jiménez\*, su opositor político, quien hizo una exitosa campaña electoral atacando los convenios firmados por González Viquez con la Compañía Bananera. El mismo papá de Chema se suponía que iría a ocupar la presidencia del Congreso de la República, pero su lamentable muerte ha cortado esos planes.

En instantes estas y otras ideas circulan por el cerebro de Luis, quien luego se pregunta:

— ¿Tal vez ahora Chema podrá darme la beca que me prometió aquella vez, para ir a estudiar en una universidad de Inglaterra?

Su pragmatismo e insensibilidad lo sorprenden, pero no sabe a qué causas atribuirlos.

Luis ayuda en lo que puede en la casa de Chema, aunque en realidad tienen por lo menos doce sirvientes, aproximadamente una mitad de ellos ahora labora como nunca antes, mientras que la otra mitad está paralizada porque tienen heridas y golpes o porque todavía no logran salir de la conmoción. Luis le dice a Chema que irá por agua porque es lo más urgente y al poco rato está listo para salir, acompañado por dos sirvientes chinos, manejando una antigua berlina que no resultó aplastada por las paredes cuando se cayeron, abandonada a la intemperie como estaba, en un empedrado patio

descubierto. La parte más difícil es ponerle los arneses al hermoso caballo gris andaluz de Chema, que no está acostumbrado a realizar esas bajas tareas. Chema tiene que intervenir y calmarlo por largo rato. Finalmente parten.

Los dos delgados y pequeños chinos lo llaman: —Señolito Lui—, haciendo sonar eles donde debían aparecer erres. Avanzan paralelamente a la cañería principal de Cartago de no muy lejana construcción, pero que ahora no lleva agua. Marchan en dirección noroeste, hacia las fuentes y el Bosque de Arriás•, sobre las primeras colinas occidentales del macizo del Irazú•. Sin embargo, antes de llegar a esas fuentes y justo frente a la iglesia del barrio indio de Quircot• (que milagrosamente no parece tener ningún daño), encuentran el lugar donde el terremoto separó los tubos de la cañería. Al principio sólo escuchaban el agua, pero cuando se aproximan al sitio la pueden ver brotar con una fuerza tremenda, formando una nueva corriente que ya empieza a erosionar la cercana línea férrea. Por supuesto, todavía nadie intenta reparar el daño, pero un grupo de gentes se encuentra allí para propósitos similares a los de Luis y sus orientales compañeros; todos con premura y consternación tratan de recoger agua potable para sus gentes.

Haciendo lo mejor que pueden y con la mayor prontitud, Luis y sus ayudantes llenan seis grandes botellones de cristal y logran acomodar cinco en la berlina, pero deben cargar por turnos el sexto recipiente. Los tres caminan de regreso a la casa de los Oreamuno. Luis no se queda mucho rato ahí, sino que prontamente está en camino de nuevo, dirigiéndose a la casa de la familia Velino, donde aparece justo antes de las 5 a.m., jadeando por el gran peso de los dos botellones que trae consigo. Todos beben agua ansiosamente, se limpian y curan las heridas y los golpes. Doña Rosa ha encontrado una botella de alcohol que tenía guardada en un sitio especial, que ayuda mucho. También aprovechan para por lo menos pasarse un trapito húmedo por los rostros y de esta manera eliminar algo del polvo que los cubre.

En el desquiciamiento nervioso que una tragedia como esta provoca en las gentes, rien inconteniblemente con carcajadas espasmódicas y frenéticas, viéndose los unos a los otros. Es que, al humedecerse, el polvo que les cubre los rostros se transforma en el maquillaje fantástico de personajes de una historia de misterio o ultratumba.

Cristóbal vuelve a la vida conforme regresan a la tierra las celestiales luces del día. Levanta su cabeza cuando Luis trae el agua. Cristóbal empieza a mirar a su alrededor e intenta levantarse. Luis le pregunta:

— ¿Entonces, ya finalmente ha terminado su señoría de tener lástima por su par de tristes pelotas, querido Cristóbal?

Cristóbal por supuesto no va a responder a tales groserías, pero al poco está de pie, compuesto, profundamente serio y sintiéndose poseído por una nueva fuerza, listo para ayudar, para hacer y empezar.

Primero que nada, sin embargo, su mamá le cura y vendá la herida de la mano, que por suerte es más magullamiento que rotura de la piel, y ninguno de los huesos se quebró.

Cerca de las 5:30 a.m. Luis regresa a las ruinas de su casa, pensando que tal vez deberá emprender otro viaje por agua. Encuentra que ha muerto su abuela paterna, doña Federica, a quien la familia siempre ha llamado cariñosamente "Mama Ica". Tenía ochenta y seis años de edad, salió por sus propios pies de la casa derrumbada, pausadamente se tendió sobre la calle, llamó a su nuera Mrs. Frances (la madre de Luis), le indicó que cuidase de su hijo y de los demás porque ella estaba a punto de marcharse. Entonces cerró los ojos y dejó de respirar.

Poco después también regresa a casa Daniel Silvestre, el mayor de los dos hijos, de veinticuatro años.

— ¡Volvió!, ¡Ya llegó Daniel!, anuncia a gritos el vecino cuando lo ve. Desde antes del terremoto de anoche, Daniel ha estado en la casa de su amante. Ella es una joven y bella muchacha india que duerme con él, pero con la que no piensa casarse, incluso si llegan a tener hijos. Esto es algo normal aquí. Ella no puede ser la novia oficial. Después de todo es india y él es de sangre europea, se supone que se casará con una señorita blanca de buena familia que llegue virgen al matrimonio. Sin embargo, podría mantener la casa de la amante después de casado. Hay oportunidades en que estos patriarcas llegan a vivir con las dos mujeres en una misma vivienda. En otros casos se trata de dos parejas, en las que a veces se intercambian las mujeres. Esto puede funcionar por lo menos porque resulta más económico. Pero a veces el arreglo no es práctico, por los profundos y violentos sentimientos de afecto, lujuria y posesión que agitan el peligroso océano de las pasiones.

Su padre mira a Daniel brevemente y con mucha intensidad, pero luego sólo le indica con tono de censura que su madre quiere verlo, que ha estado muy preocupada por él. Mrs. Frances hace un reproche a su hijo mayor con los ojos, pero tampoco dice nada, aún no puede articular palabras porque

solamente piensa en la abuela muerta y en la responsabilidad que le dejó. Se deja abrazar y ella también lo abraza, como cuando era su primer hijo y apenas tenía un año de edad. Ahora sin embargo busca refugio en él, quiere que su fuerza la proteja y la salve.

Felicia Silvestre, la hermana menor de Daniel y de Luis también llora por la venerada Mama Ica y por las cosas que están sucediendo. Pero llora y suspira sin dejar de caminar y de moverse, corriendo de aquí para allá arreglando cosas, buscando comida, cuidando y confortando a las gentes apenadas y golpeadas. Felicia es admirablemente dinámica, tanto o más que el mismo Luis.

Para alivio general la luz del día regresa, aunque sea en forma de blancuzcas luminosidades filtrándose con dificultad entre las espesas neblinas que cubren el valle desde las 5 a.m. A las 5.46 a.m. empieza a caer un fino pelo de gato\*. Se le puede ver llegar desde el este, pasar azotando y huir dirigiéndose al oeste, en ráfagas como de ondulantes velos de minúsculas gotas abundantes y rápidas, que giran cayendo en medio de las brumas.

Nadie más resultó con heridas o daños en la casa de Luis, porque cuando ocurrió el terremoto se encontraban en las habitaciones construidas de madera forrada con metal. Una vecina acongojada ha venido cuando supo la muerte de doña Federica. En su imperfecto español, Mrs. Frances le cuenta la tragedia de su suegra:

– Mama Ica estaba en dentro de la casa para rezar a su santo preferido, que colgando en la pared de la sala, vos sabés, aquel santo Santiago que trae de España. Milagrosamente, milagrosamente escapaba del techo y las paredes que se cayían. Sale de la casa caída, se acostó en el suelo y me llama a mí. ¡A mí!, ¡Imáginate! Ella me pidió que cuidara de Carlos y de la familia y luego ya no quiere rrespirarr... ¡Ay Dios mío! Tal vez Dios lo tenía así, ella estando muy vieja y tal vez no gustarría ver Cartago derrumbado después del terremoto.

Esta ha sido una historia que Mrs. Frances ha repetido muchas veces después. En el futuro será una de las leyendas más populares entre sus bisnietos, que la recordarán de memoria, palabra por palabra, haciendo chistes y variaciones al imitar el curioso lenguaje de la famosa antepasada.

Don José Velino y don Carlos Silvestre se encuentran en el negocio evaluando los daños y para que no les roben sus mercaderías.

(\*) Pelo de gato: lluvia muy tenue.

Cartago yace postrada, destruida completamente, cubierta por la niebla y los gritos, atravesada por gemidos, en medio de una gigantesca y confusa acumulación de escombros. Hoy es el 5 de mayo de 1910.

El verdadero significado de lo ocurrido se presenta a las mentes con relativa lentitud, con esa débil luz blancuzca que atraviesa la neblina. Esta neblina es por lo demás muy buena para desarrollar la conciencia, si hemos de aceptar las tesis de uno de los pensadores de la ciudad, Gerardo Jilgueros, más conocido como "Catón Jilgueros". Así, incluso en medio de esta niebla matutina que no permite ver más allá de cinco metros, las gentes de Cartago pueden entender las verdaderas dimensiones y consecuencias del terrible acontecimiento.

Todas las edificaciones se han derrumbado, salvo quizás dos o tres construcciones de madera y metal. Las paredes y los techos que todavía permanecen erguidos son peligrosos e inútiles. Pero ya muchas gentes andan tratando de rescatar lo que se pueda.

También se escuchan gritos, carreras y hasta disparos, porque hay robos y saqueos en negocios y casas. Los hombres de las familias Silvestre y Velino así como la audaz Margarita Velino cargan rifles permanentemente.

Junto con el adobe y las tejas quebradas hay muchísimas piedras que cayeron de las casas, aunque sobre todo desde los edificios públicos y comerciales. Estas piedras eventualmente serán recogidas y empleadas para construir las aceras de la ciudad, puesto que después de aquel terrible 4 de mayo nadie, nunca en la historia de la ciudad, ha gustado de utilizar la piedra para construir nada. Esto se debe a las muchas muertes atribuidas a las paredes de piedra que cayeron sobre las gentes.

Entre estos pétreos fallecimientos está el del poeta de Cartago, el señor Rafael Ilión. Su momento final sería posteriormente comparado por un amigo y colega poeta, Lisímaco Chavarria\*, con el del antiguo dramaturgo Esquilo, quien de acuerdo con la tradición murió cuando un águila dejó caer una tortuga sobre su cabeza. El señor Ilión pereció de forma similar, pero debido a una piedra desprendida desde lo más alto de la torre de la iglesia debajo de la que pasaba corriendo en medio del terremoto. Entre los círculos piadosos de Cartago opuestos al paganismo y liberalismo de los autodenominados olímpicos, con mezquindad, ignorantemente, sin compasión ni respeto, se comenta que el caso es un ejemplo de cómo Dios castiga a los pecadores y descreídos.

No hay desayuno, no hay nada para comer, los niños protestan y agregan volumen e intensidad a sus eternos berridos, llantos y lloriqueos lastimeros. Los adultos sacan lo que pueda salvarse de sus casas derrumbadas, tratando en primer lugar de rescatar personas heridas, extraer los cuerpos de quienes han muerto, conseguir algo para beber o comer, encontrar ropas.

Sobrevivir y salir de la emergencia son las preocupaciones dominantes. Pero resulta difícil actuar tranquila y razonablemente. Muchos andan por ahí aturcidos, caminando lentamente entre los escombros, levantando una cosa y luego dejándola cuando otro objeto por allá parece ser más importante o llamativo.

Alrededor de las 9 a.m. se empieza a organizar la ayuda. A las 10 llega a la estación de ferrocarril, procedente de San José, el primer convoy militar y sanitario. El ejército impone el toque de queda y patrulla las calles. También empieza a funcionar un comando de emergencia para coordinar las acciones.

Algunos hombres recorren las calles gritando su determinación de quedarse y de reconstruir la ciudad eterna. Esta idea prende enseguida entre la mayoría de las gentes, al menos en quienes tienen fuerzas para proclamar algo públicamente. Un poquito de esperanza empieza a arraigarse en muchos corazones. Don Ricardo Jiménez\*, Presidente electo, hace una declaración que encuentra amplio apoyo ciudadano. Ha dicho frente a las ruinas del Mercado Central que,

– Cartago sobrevivirá, Cartago nunca se rendirá, Cartago vivirá otra vez, para siempre jamás, estén o no estén los terremotos y las inundaciones, las nieblas y las lloviznas....,

que es como amanece ese día 5 de mayo de 1910. Sin embargo, un importante número de sobrevivientes hace rápidos preparativos y se marchan para siempre.

Los soldados llevan los cuerpos de los muertos a la plaza ubicada frente al Cuartel del Ejército, para que sean contados e identificados. Aproximadamente a las 2 p.m., Luis, su padre don Carlos, su madre Mrs. Frances, Daniel su hermano y su hermana Felicia, así como Cristóbal y su madre doña Rosa y sus dos hermanas Margarita y Patricia, caminan juntos en medio de los soldados y de una gran multitud de gentes que también llevan sus muertos hacia el cementerio. Más y más cadáveres se agregan a la procesión

fúnebre conforme avanza por las obstruidas calles de la ciudad. La multitud pasa debajo del alto pero ahora quebrado arco del portón del cementerio. Muchos gritan y todos se estremecen, cuando observan que el terremoto ha abierto los nichos mortuorios y que los cadáveres se han salido y están expuestos a la luz.

Los militares han excavado una zanja ancha y larga en la zona sur del cementerio y ahora más de 600 cuerpos empiezan a ser colocados allí. La bella y amada Celina y la querida y viejísima Mama Ica yacen una al lado de la otra, sus pequeños cuerpos han sido envueltos en dos blancas sábanas. El cura dice algunas cosas y se quema mucho incienso. Dos grandes lágrimas corren por las mejillas de Cristóbal. Su amigo Luis le pone un brazo sobre los hombros y lo aprieta, diciéndole,

– Todo va a salir bien, hombre. ¡No te preocupés!, pero las palabras no sirven en estos momentos, cuando el dolor es incontenible.

– ¿Cómo diablos hacen esos curas? ¡Inmediatamente después de una catástrofe como ésta ya tienen preparado hasta el incienso!, insiste Luis, tratando cambiar el foco de atención de Cristóbal, quien no responde.

Silencio.

Los sollozos apagados y los gritos de desesperación no cesan y son infinitos. Los soldados cubren los cuerpos con una capa de cal que pronto se torna pastosa por la ligera y pertinaz lluvia. Cuando las palas lanzan otra vez la negra tierra para cubrir la fosa, la casi totalidad de los asistentes entra en un silencio profundo. Sienten pena y dolor por los que han muerto, por todos los demás que han quedado vivos y por sus propias existencias. En el aire triste, gris, frío y con llovizna, sólo palpitan, incontenibles, las voces del llanto definitivo.

Este suceso permanecerá para siempre en la memoria de Cartago y de Costa Rica, no solamente por el sufrimiento que produjo, sino también por la forma en que la mayoría de la gente está reaccionando ante la catástrofe. Se puede decir que incluso antes que acabara de temblar, el viejo espíritu de la ciudad había despertado y se apoderaba de los habitantes, como si el terremoto y la destrucción aportaran vida nueva en lugar de muerte y destrucción. A este respecto coinciden tanto los religiosos como los liberales descreídos. Un lado considera que el terremoto fue el resultado de la voluntad divina y sostiene que la tragedia ocurrió con un propósito que la mente

humana no es capaz de comprender, pero que se debe aceptar por la fe en Dios. El otro grupo, en cambio, explica que se trata simplemente de un suceso natural, contra el que pueden adoptarse una serie de medidas prácticas preventivas, para que cuando vuelva a ocurrir resulte menos destructivo. Ambos sectores consideran que es algo extraordinario pero lógico o natural.

## II.

Luis y Cristóbal son un ejemplo de tal patrón de pensamiento y de esa forma de ver las cosas, característicos de la ciudad de Cartago en estos momentos tan difíciles.

El anexo construido junto a la casa de los Silvestre resistió con facilidad el terremoto. También quedó en pie el gran edificio comercial de la familia Coldbuoy. Ambos están fabricados de madera y planchas metálicas, su capacidad para soportar terremotos es la prueba definitiva para que la idea de don Carlos y don José se torne popular:

— Conocimiento aceptado como válido por maestros de obras, arquitectos e ingenieros de ahora en adelante, asegura satisfecho José Velino.

El secreto de la edificación en madera y metal reside, sin embargo, en levantar una armazón de maderas muy bien articuladas, resistente pero flexible, lo que pudo comprobarse no sólo en la construcción experimental de Silvestre y Velino y en el edificio de los Coldbouy, sino también en el edificio de la iglesia de los "padres capuchinos" franciscanos, donde los dos campanarios y la fachada se vinieron al suelo, mientras que las naves aguantaron gracias a sus marcos de madera, muy fuertes, complejos y bien trabados.

Durante los siguientes cincuenta o sesenta años, en Costa Rica se emplearán abundantemente las estructuras de madera para la construcción. Pero no todas las gentes pueden pagar el precio de las láminas de metal importado para las paredes, apenas les alcanza para comprar las del techo. Así que utilizan abundantemente tablas para las paredes, lo cual aumenta la demanda por madera y la correspondiente tala de bosques. El cambio de métodos de construcción, del adobe a la madera y el metal, ha sido un factor importante para que fuera cortada una cuarta parte de los bosques costarricenses. (La ganadería de engorde luego deforestará otra cuarta parte).

En todo caso, a partir del terremoto de Cartago el adobe es considerado muy riesgoso en un territorio con tantos volcanes y sacudidas.

Las dos familias viven juntas ya desde la noche del día 5. Don Carlos Silvestre y su esposa Mrs. Frances O'Brian, junto con su hija Felicia ocupan uno de los cuartos. Don José Velino, su esposa doña Rosa Bolandi y sus hijas Margarita y Patricia duermen en el segundo cuarto. Y los dos muchachos Silvestre, Daniel y Luis, comparten el tercer cuarto con Cristóbal Velino, el más joven de este varonil trío.

Durante mañana del día 6, clara y soleada, las dos familias pueden darse un baño, usando el líquido extraído del viejo pozo que había sido clausurado ocho años antes (cuando trajeron agua por cañería a la ciudad por primera vez), pero que ahora ha sido limpiado y puesto a funcionar. El agua que sacan, sin embargo, no se debe tomar y en el peor de los casos debe ser hervida antes de beberla.

El techo y tres de las paredes de un cuarto aposento que construyen desde el día 6 están casi terminados el 9 de mayo. Los muchachos se trasladan allí aunque esa noche la pasan medio a la intemperie. De esta manera, las niñas pueden tener su propio dormitorio (el que hasta anoche usaban los muchachos) y las dos parejas de padres y madres recobran su privacidad. Colocan la última pared y la puerta del nuevo aposento el 10 de mayo. Luego terminan el cielo raso y forran por dentro las paredes.

A las 6.30 p.m. del día 11, Luis y Cristóbal ya están en su cuarto. Daniel ha salido por primera vez de noche desde que ocurrió el terremoto.

– Apuesto lo que querás –dice Cristóbal–, que probablemente verá a sus amigos y luego visitará a la amorosa Corazón –que es el nombre de su amante india del barrio de La Puebla de los Pardos.

– Más bien a la inversa, muchacho; tal vez primero estará con ella y luego se juntará con los amigos, responde Luis, que conoce mejor a su hermano.

– ¿O tal vez en este momento anda en pos de otra alternativa, señor?, pregunta Cristóbal, que no se va a quedar callado ante nadie.

– ¡Pues qué mala suerte si ese fuera el caso! Porque entonces no podemos apostar nada, señala Luis con ironía final.

Conversan un rato más, de tonteras\* como esas y siguiendo patrones interactivos que practican desde muy niños. Se quitan los zapatos pero no los calcetines. También se sacan las camisas. No han usado ropa de dormir desde que ocurrió el terremoto, esta es la primera noche que duermen en

(\*) Tonteras: Tonterías.

camiseta. Revisan las cosas que necesitarían en caso de otro terremoto o de una emergencia.

El terremoto se convierte en un punto nodal de referencia, de ellos y para los habitantes del valle, durante muchísimos años, tal vez para siempre (después de todo, Cartago ha sufrido un gran cataclismo telúrico en cada siglo desde su fundación en 1564, aparte de una gran cantidad de inundaciones). Estar preparados por si durante la noche ocurre una tragedia, es una costumbre casi que heredada; el terremoto la afianza para el resto de sus vidas.

Esta noche Luis y Cristóbal se sienten mucho mejor, hasta lo comentan entre ellos. Muestran control y energía para enfrentar dificultades extremas, que hacen de cada jornada algo doloroso, interminable y áspero. Desde aquellos instantes terribles de intensidad y peligro supremos, en el ya arquetípico y mítico terremoto, han crecido enormemente, escalando difíciles obstáculos. Todavía no se percatan de la profunda necesidad que tiene el uno por el otro. El vínculo forjado entre ellos dos para enfrentar aquel momento definitivo les permite ser en adelante (extraordinaria, increíblemente) fuertes y unidos.

Daniel entra al cuarto a las 6.46 p.m., señalándole al sorprendido par de jóvenes que:

– ¡Estaban equivocados si pensaron que andaba haciendo cosas malas lejos del hogar paterno, muchachos! Aquí me tienen, limpio y sin pecado, ¡ya casi estoy a punto de convertirme en santo!

Todos ríen, juegan a golpearse y a tratar de dominarse unos a otros y al cabo de un rato se acuestan.

Luis y Cristóbal duermen juntos en una de las dos camas. Daniel tiene la otra para él solo, porque es el mayor. También tiene a cargo la lámpara de querosén. A las 7 avisa estar listo para apagarla y efectivamente cierra la llave del combustible a las 7:12 pm. Los tres se desean las buenas noches.

Cuando llega la oscuridad, cada noche desde que duermen juntos en ese cuarto y sobre esa cama, los dos muchachos se abrazan en silencio. Es apenas una repetición inocente y mágica de su ritual del terremoto, una especie de acción automática que ha quedado impresa en el mecanismo psicológico de cada uno. Tal como hicieron la noche del 4 de mayo, de nuevo cierran los ojos y se enlazan en un abrazo fuerte y corto. Luis besa a Cristóbal en la boca, Cristóbal responde abriendo ligeramente sus labios. No dura mucho, es más que todo un rozarse de dos bocas que marchan en direcciones

encontradas. Luego cada quien se encierra en sí mismo, volteándose hacia su lado de la cama. Duermen.

Sin embargo, su comunicación inconsciente y pura continúa durante la noche. Es como si compartieran un mismo mundo de sueños. Son dos amigos que exploran juntos los paisajes del país de nunca jamás. Ambos disfrutan su íntima proximidad nocturna, cuando las almas buscan conocimiento, cobijo y compañía. Aún no tienen ideas claras al respecto, pero cada uno ya pertenece al otro.

El 15 de mayo pueden notarse los primeros rasgos de normalidad en algunas partes de Cartago. Se han limpiado muchas calles y las van reconstruyendo, empleando como base el mismo material derrumbado. Con las piedras hacen las aceras y las acequias urbanas. Además, hoy el tren que va a la costa caribeña realiza el recorrido desde San José hasta Puerto Limón, por primera vez desde que el terremoto rompiera la vía en algunos puntos de la ruta. Los pujidos rítmicos que lanzan las poderosas locomotoras de vapor aletargan la ciudad, dándole una sensación de seguridad y alivio.

Esta noche Daniel no aparece a la hora de la cena. Asumen que visita a Corazón. Una de las muchachas menciona el asunto cuando están sentados a la mesa, pero inmediatamente su madre la calla. Los dos patriarcas alejan la conversación del escabroso tema. Empiezan a discutir cómo transportar su nueva sierra movida por agua que actualmente tienen almacenada en una estación del ferrocarril al este de Cartago, en Santiago\*. Quieren llevarla hasta la finca que poseen en Cachí\*, a unos cuatro o cinco kilómetros al sur de Santiago, con el río Reventazón\* de por medio.

Después de la cena los dos muchachos escapan rápidamente y se encierran en su cuarto. A las siete de la noche acuerdan apagar la lámpara y dormirse.

– Puesto que Daniel no ha llegado todavía, eso significa que no va a regresar en toda la noche. Por lo tanto voy a dormir en su cama, dice Cristóbal saltando al instante de la cama que comparte con Luis. Se acuesta en el otro lecho y pronto los dos jóvenes quedan bien dormidos.

Daniel regresa pasada la medianoche, seriamente tomado pero no borracho, incluso ya un poquito más sobrio por el aire frío y la caminata de regreso a su casa, esperando que ni su padre ni nadie esté todavía despierto, o se despierte cuando entre. Está satisfecho, se siente pleno, con esa particular

sensación de poderío que tiene el varón cuando hace el amor con una mujer. Esta noche su pasión amorosa lo tiene volando muy arriba.

Nadie lo nota cuando llega porque, pese a que el alcohol le impide controlar bien sus movimientos, escurridiza y silenciosamente logra colarse en el cuarto, se quita el sombrero, la chaqueta, el cinturón y las botas y se encuentra a Cristóbal durmiendo en su cama. No quiere despertarlo pero necesita dormir en alguna parte, en realidad necesita urgentemente dormir. Así que tapa la boca del muchacho con la mano derecha y arrima su boca a una de las orejas de Cristóbal, quien se despierta al instante y trata inútilmente de gritar ¡QUÉ!. Sin soltarlo, Daniel lo calma y le dice que se esté tranquilo y que le haga lugar en la cama. Cristóbal hace como se le pide y en menos de tres minutos otra vez anda soñando.

Daniel duerme boca arriba, pero después de un rato gira hacia un lado y su nariz queda casi tocando la nuca de Cristóbal. Instintivamente siente el calor del cuerpo cercano. El confundido cerebro de Daniel percibe el cuerpo de su adorada Corazón. Se aproxima más a Cristóbal y puede tocarle su cuerpo a través de las telas. El sueño de Daniel es placentero. Empieza a evocar los recientes momentos eróticos con su amada. Acostado, con los ojos cerrados y persiguiendo esas imágenes del amor, es natural que esté excitándose. Su pene se endurece y tiene que acomodárselo hacia arriba para estar más a gusto. La cabeza de esa herramienta masculina casi llega a su ombligo. Desabrocha sus pantalones, deja libre su frondosa virilidad y la aprieta contra las nalgas de Cristóbal.

Cristóbal despierta sintiendo una boca que besa su cuello, una mano que explora su tetilla izquierda y un duro falo presionando contra su culo, a punto de desgarrarle las ropas. La lujuria se ha apoderado de Daniel, eliminándole su sentido de medida y razón.

En un instante Cristóbal salta de la cama y grita —¡HIJUEPÚÚTA! Al momento Daniel regresa a su estado consciente. Luis también se despierta. Cristóbal grita:

— ¡Podés creer lo que te digo? ¡El borracho maricón de tu hermano Daniel aquí estaba tratando de cogerme!\*

Daniel les pide hablar en voz baja y no despertar a sus padres. Encienden una vela y susurran furiosamente unos a otros:

---

(\*) Coger: folgar, follar, hacer el amor.

## II

– ¿Qué diablos me estabas haciendo, Daniel? ¿Te crees que soy una princesa india o qué?, dice Cristóbal, seriamente enojado.

Luis sólo tiene una vaga idea de lo que ocurre, pero de todas maneras siente gran molestia con su hermano mayor, lo maldice a él, maldice al licor y le ordena que nunca más haga algo semejante a lo de hoy.

Daniel escucha en silencio. Es el mayor de los dos, pero ya Luis es bastante más fuerte que él. Su hermano menor es un atleta con un poderoso cuerpo.

– Lo siento –dice Daniel arrepentido–, no buscaba eso..., Cristóbal, vos sabés que te quiero como a otro hermano. Yo estaba... no sé, tal vez era el whisky... todavía ando arrecho\* por estar con Corazón y lo que hice lo hice dormido. Tenés que perdonarme...

Cristóbal por supuesto concede el perdón, pero le hace una seria advertencia:

– Me estoy volviendo cada día más y más fuerte y la próxima vez tal vez no reaccione tan pacíficamente como ahora. ¡Es mejor que no volvés a intentar nada de eso conmigo!

Pero es Daniel quien tiene la última palabra:

– ¿Pueden ustedes, muchachos, mantener esto entre nosotros tres? Es algo que no se debería mencionar a ninguna dama, ni a nuestros queridos padres...

El código masculino de silencio se impone así al suceso, ninguno de ellos lo mencionó a nadie más. En lo sucesivo Luis y Cristóbal nunca hablaron del asunto con Daniel, pero sería tema de una breve conversación entre los dos muchachos algunos años después.

Cristóbal regresa a dormir con Luis.

Durante los siguientes cinco minutos hablan de cosas triviales, lo cual les ayuda a restablecer la paz y la concordia entre ellos. Daniel debe salir a orinar. Cuando regresa los otros dos ya están callados y han apagado la vela.

(\*) Arrecho: estar arrecho: estar excitado sexualmente, o bien molesto y listo para pelear.  
Ser arrecho: ser audaz, ser habilidoso en algo.

Él también está sumamente cansado y avergonzado y por tanto siente alivio de no hablar más sobre su involuntario error. En silencio trepa a su cama y en cosa de pocos minutos está profundamente dormido.

Los dos muchachos no duermen. Han estado esperando que Daniel no los escuche y una vez asegurados de ello, continúan la conversación que empezaron cuando Luis salió, y que habían interrumpido cuando estuvo de regreso. Cristóbal termina de puntualizar a Luis los detalles de lo sucedido. Luego ellos también vuelven al sueño.

Durante la noche el alma es capaz de viajar inmensas distancias en ese limitado marco de tiempo. También en la noche, las raíces profundas del alma encuentran rutas para llegar a la superficie de la vida, generalmente en forma de sueños. Pero a veces los sueños invocan fantasmas reales.

Son las 3.05 a.m. Nuevamente la niebla cubre la ciudad, impidiendo que los gallos empiecen tempranamente los reclamos y contrarreclamos que desean dirigirse unos a otros. Es el momento más frío de la noche. Sobre la dañada ciudad y por los campos y potreros cercanos se extiende una quietud perfecta.

Los caminos y las corrientes secretas de estos muchachos no están en reposo, sin embargo. En sus sueños, la historia del asunto sexual de Daniel y Corazón y Cristóbal aparece y desaparece, disfrazándose para irse transformando.

Luis duerme boca arriba pero luego gira hacia un lado y su nariz roza la nuca de Cristóbal. Los dos muchachos sienten, dormidos, el calor de sus cuerpos cercanos. Imperceptible e inconscientemente se juntan más, sus cuerpos entran en contacto a través de las telas. Luis abraza a Cristóbal, pone su mano derecha sobre los genitales de su compañero y su boca contra el cuello del muchacho. Luis tiene un sueño de amor y pronto su amigo también tiene otro similar.

Se trata tal vez de una coincidencia exquisita, premonitoria y extraordinaria, o se trata tal vez simplemente del efecto de la mano de Luis sobre el sexo de Cristóbal y de las nalgas de éste muy cerca del pene de Luis. El hecho es que los dos tienen un "sueño húmedo" y las semillas brotan profusamente de sus bastones eróticos, produciéndoles simultáneas sensaciones orgásmicas abrumadoras y satisfactorias.

Luis se despierta por la violencia del placer, descubre que su mano izquierda aprieta el duro y espasmódico falo de Cristóbal y que tiene su cara pegada al cuello de su amigo. Se aparta.

Cristóbal empieza a despertar cuando Luis se separa de él y por la incómoda humedad de su propio semen derramado sobre el estómago.

Cada uno tiene conciencia de haber tenido un sueño erótico, pero cree que el otro no. Ninguno quiere que el otro sepa lo que le ha ocurrido. Cada quien está preocupado por sus propias sensaciones placenteras y por la vergüenza de haber hecho eso frente al otro... cada uno apenas tiene una pizca de conciencia, sobre que el otro era la fuente de sus propias reacciones eróticas. De hecho, el papel que juegan en esto sus abrazos no entra a sus mentes de ninguna manera, todavía.

Cristóbal está medio despierto y dice,

— ¿Luis, qué es lo que...?, pero Luis lo interrumpe y sabia y convincentemente le dice,

— Nada, nada, Cristóbal. Nada pasa... volvete a dormir...

Durante los días que siguen empiezan los preparativos para la expedición a la finca maderera en Cachi•. En la casa que comparten las dos familias, cada persona tiene montones de tareas que hacer, los muchachos andan contentísimos porque harán el viaje. Cristóbal encuentra un ritmo diferente para su vida, puesto que sus clases en el Colegio de San Luis Gonzaga han sido canceladas por lo menos durante unos dos meses. Cree que así como está él ahora es como sienten y piensan los hombres adultos cuando ya pueden hacerse cargo de sus tareas diarias, sin preocuparse por las obligaciones escolares.

Don Carlos Silvestre, el padre de Luis, junto con su hijo mayor Daniel salen de Cartago por tren, temprano en la mañana del 16. En la estación de Paraíso• recogen a un mecánico que han logrado contratar. Llegan a la estación de Santiago• a las 9 a.m. Empiezan las diligencias necesarias para cargar las piezas de la maquinaria sobre seis carretas de bueyes que anticipadamente han alquilado allí en el mismo Santiago•. Una vez que el aparejo está debidamente cargado sobre los lentos carruajes, salen de Santiago• el día 18 muy temprano en la mañana. Tienen como meta llegar a Cachi• el 20, dependiendo del clima y del nivel que tengan las aguas del poderoso río Reventazón•, que deberán atravesar por un vado.

Don José Velino, el padre de Cristóbal, no es de mucha ayuda para el otro contingente expedicionario en el que irán Luis y Cristóbal, porque tiene

fracturados tres dedos del pie izquierdo y necesita algún tiempo más para sanar completamente, según le diagnosticara el doctor Manuel Patiño. Debe permanecer en la ciudad de Cartago, pero puede caminar con lentitud por la propiedad de la casa, donde han colocado lo que pudo salvarse del negocio. Allí dirige la ventas (que el terremoto estimula aún más) con la ayuda de Mrs. Frances, la esposa de su socio Carlos Silvestre.

Esto significa que Luis y Cristóbal "oficialmente" están a cargo del segundo grupo de expedicionarios. Van a salir de Cartago el 18 para llegar a Cachí• antes que lo haga el grupo que viaja desde Santiago•. Llevan las herramientas y las vituallas.

En realidad, sin embargo, los dos muchachos estarán bajo la discreta supervisión de don José María Morúa, viejo conocido de sus padres y dueño de las tres carretas de bueyes en las que cargan el equipo y los víveres.

Es una noche profunda, clara y fría, cargada de estrellas. El cometa alumbra poco, pues se ha hecho más pequeño cada noche que pasa, conforme se aleja rápidamente de la Tierra y del Sol. Irónicamente, los cielos parecen estar muy cercanos y ser amistosos. Se levantan a las 3 a.m. pero no parten sino a las 5:20 a.m., cuando ya hay suficiente luz para evitar tropezar con las ruinas que todavía cubren algunas calles de Cartago.

Un total de nueve personas y tres carretas componen el convoy, incluyendo un boyero y un niño ayudante de entre 10 y 14 años que se encargan de cada carreta, más don José María, Luis y Cristóbal. Estos últimos tres van montados en caballos y Luis y Cristóbal llevan sendos rifles.

Cristóbal y Luis dicen adiós, besan y abrazan a las mujeres de las familias y a don José Velino. A su vez, las mujeres les desean la mejor suerte posible. Demostrando poco tacto, don José dice confiar en que se comportarán como hombres adultos y no como carajillos\*. Incluso los vecinos se han levantado para observar lo que sucede y verlos partir.

Las tres carretas van muy cargadas y han sido cubiertas con lonas verdes impermeables. Obedientes a los gritos y acicateados por los chuzos de los boyeros, los altos y poderosos animales empiezan a moverse con lentitud. Crujen las cinchas de cuero que atan los pesados yugos de madera a la testuz de los bueyes. Chirría la madera del vehículo. Los perros ladran a los bueyes, los caballos, las gentes y el mundo. Las grandes ruedas de madera sólida rodeada por un anillo metálico ejecutan una especie de melodía de tres tonos, conforme golpean el empedrado de las calles.

(\*) Carajillo: niño, joven.



## CAPÍTULO TERCERO: EL CAMINO HACIA LA SELVA

Las nubes empiezan a cubrir los valles anudados entre las montañas. Un fuerte aguacero caerá a más tardar en cosa de dos horas. El pueblo de Paraíso• quedó atrás y atrás también quedaron los potreros y campos sembrados de café y caña de azúcar. Ahora transitan por el mundo salvaje que se agolpa a los lados del camino, bajo una gigantesca fronda sostenida por gruesos y altos troncos. El camino es un retorcido túnel en medio de la selva, donde la sombra fresca y agradable y el aire limpio, acarician los ojos. Innúmeros tonos de verde dominan el paisaje, salpicados por marrones, azules, rojos, negros y amarillos. Los arbustos son densos, las plantas parásitas cuelgan por miles de todas las ramas. Bromelias húmedas, orquídeas florecidas. Enredaderas, palmas, bejucos, hongos, musgos. Y otras hojas y nuevas flores, en una abigarrada multiplicidad de formas y colores. Los sonidos del viento y de las aguas recorren el espacio, transportando las voces y cantos de las aves. Resuena el continuo zumbido de abejas, abejones, cigarras, moscas, mosquitos y moscardones. Las libélulas y las mariposas súbitamente pintan el aire de azules y rojos, amarillos y blancos. Transitan con prisa y en aparente silencio millones de hormigas, saltamontes, gusanos, cochinillas y chinches. Croan las ranas, y sobre el armónico tumulto entonces se levantan los reportes y las alertas de los guardianes y mensajeros del bosque: los monos, los pericos y las piapias\*. Éstas últimas son las primeras en detectar a los viajeros, cuando todavía se encuentran distantes.

Las carretas marchan con pausada lentitud porque van sumamente cargadas y por su propia forma de ser. Un buen par de bueyes con semejante carga, en el mejor de los casos puede trabajar cerca de cinco horas al día. Por eso cada carreta incluye dos yuntas de bueyes, una de reserva que marcha detrás de la carreta y que es guiada por el niño ayudante, mientras la otra arrastra el vehículo, dirigida por el boyero. Los dos grandes animales halan el tosco carruaje con sus cabezas, donde los hombres han atado, con tiras de cuero, un pesado yugo de madera.

(\*) **Piapias:** urraca americana; en Costa Rica se encuentran al menos cinco tipos, incluyendo los dos más comunes en la zona de Cartago, el *Cyanocorax affinis* de color negro y el *Cyanocorax morio*, de color café y de mayor tamaño. Ambos tienen el borde de su cola de color blanco.

Gracias a sus veloces caballos, la lentitud de las carretas ofrece a Luis y a Cristóbal numerosas oportunidades para alejarse hacia adelante o hacia atrás, para explorar a los lados del camino, penetrar en los campos y seguir rutas laterales hasta lugares desconocidos y mágicos, meterse a los ríos o acercarse para mirar las cataratas y los precipicios. Así que disponen de mucho tiempo para estar solos, conversar sus asuntos y compartir sueños.

— Una vez que entrás a la selva, empezás a observar muchas y muy diferentes creaturas, cada vez que mirás encontrás algo nuevo, dice Luis, hombre práctico que con su mente ordena y cataloga la multitud de seres naturales, pero que a veces sorprende a Cristóbal con observaciones penetrantes.

Cristóbal no puede evitar responder que:

— Sí, es cierto, una vez que empezás a mirar, te encontrás que la selva va transformándose sin tregua, donde no veías nada de pronto aparecen animales, moviéndose o totalmente quietos, mimetizados con su entorno, como por ejemplo ese juan palo\* que está ahí inmóvil sobre esa rama. ¿Lo ves?, ¡ahí!, ¡ves...! El bosque y la selva son la mejor forma de observar las leyes del mundo. Aquí, en todo momento, al mismo tiempo nacen y mueren miles de seres vivientes. Sobreviven los fuertes y los que tienen suerte, lado a lado con los débiles y desafortunados. En la selva lo más importante no es la especie individual sino la múltiple diversidad de especies. La selva cambia todo el tiempo como cambian seguramente las aguas del mar, y sin embargo permanece igual, o evoluciona como dice Darwin, cada vez hacia una mayor perfección.

— ¡Bueno, bueno! ¡Escuchemos y no hablemos!, interviene Luis, quien prefiere los sonidos del entorno al inacabable parloteo de su amigo.

El grupo empieza a recorrer una de las partes más difíciles del camino, deben descender por un costado de la elevada pared que hace miles de años cortara el río Reventazón• en el flanco sur del volcán Irazú•. Es una pared prácticamente vertical de casi doscientos metros de altura. Tres cataratas indican el lugar donde las gentes han cavado un camino angosto por el que

(\*) **Juan palo:** insecto de la familia *phasmidae*, que mimetiza una rama (*Ceroys bigibbus*), del que existen variedades con y sin alas.

### III

solamente puede transitar una carreta. De manera que mientras Luis coordina con don José María el descenso ahora lentísimo de cada vehículo, Cristóbal sigue adelante y baja hasta el principio de la cuesta, para evitar que alguien intente subir mientras descienden las carretas.

La mayor de las cataratas es conocida como "El velo de la novia". Las gentes de Paraíso• cuentan una leyenda: "Hace un siglo, montando un solo caballo en noche lluviosísima, unos recién casados van de Paraíso• hacia su nuevo hogar en Ujarrás•, en el fondo del valle inferior. El camino es apenas un trillo resbaloso que desciende abruptamente. Por tanta oscuridad y excesiva lluvia, la cabalgadura resbala y la pareja se precipita al vacío y la muerte. El largo velo blanco de la novia dejó un rastro de espumas y de aguas, formando una nueva corriente que también cae vertiginosa por el precipicio, justo desde el lugar donde los recién casados resbalaron".

– Supongo que alguien inventó esa historia para que ningún vecino de Paraíso• tuviera la ocurrencia de querer regresar a vivir en Ujarrás•. Es posible que fuera el mismo Braulio Carrillo\* quien inventara esa absurda leyenda, opina Cristóbal.

Las carretas descienden por el camino angosto, empinado y resbaloso, con suma precaución y dificultad, por ir tan cargadas. Deben bajarlas una por una: sostenida adelante por dos bueyes que manejan sendos boyeros, mientras que los otros hombres marchan detrás del vehículo, aguantándolo con cuerdas. A duras penas controlan estos descensos, porque los hombres y los bueyes se resbalan en el pastoso barro amarillento, o porque la excesiva carga rompe los equilibrios y la carreta tiende a volcarse.

Mas logran transportar los vehículos sin ningún percance importante y a las 11:42 a.m. ya caminan por el plano fondo del pequeño valle de Ujarrás•, en realidad la esquina de un viejo meandro, donde el río fue depositando piedras y barro. No lejos de la elevada pared que acaban de descender encuentran un arroyo de aguas claras, donde se detienen para limpiarse y para que los animales beban y reposen. Los hombres aprovechan para comer el almuerzo que cargan en sus alforjas de cuero: tamales\* de carne y de frijoles acompañados con aguadulce\*. También se comen las muchas y

(\*) Tamal: tamale.

(\*) Aguadulce: bebida muy popular a base de agua (caliente o fría) en la que se disuelve azúcar morena de panela.

sabrosas guayabas y güizaros\*, anonas\*, jocotes\*, nisperos\*, aguacates, y otras frutas importadas como los bananos y las naranjas que encuentran a los lados del camino. Las frutas son infaltables en la dieta costarricense y también son abundantísimas, nadie se molesta si usted toma algunas de ellas de los árboles que bordean los caminos y las calles.

Prosiguen la marcha, ahora pasan junto al viejo pueblo de Ujarrás•, abandonado en el siglo XIX porque endémicas fiebres diezmaron la población. El edificio de la iglesia es la única estructura importante que queda, las otras construcciones eran seguramente muy frágiles, simples chozas de ramas y hojas que construyeran los indios cuando fueron obligados por los españoles a radicarse en torno al templo cristiano. La iglesia ahora en ruinas recibió daños adicionales del reciente terremoto, se cayó lo que quedaba de la techumbre y también se derrumbaron los arcos de dos de las puertas laterales.

La corta planicie del valle termina enseguida y empiezan a bajar. Alrededor de la 1 p.m. alcanzan la vega septentrional del poderoso Reventazón•. El ruido es tremendo y hace que la corriente parezca más grande, más fuerte, más peligrosa. El rugido gigantesco casi acalla lo demás, cuando ya están en medio de la correntada deben comunicarse a gritos y gesticulando.

En segundo plano, Luis y Cristóbal también escuchan el formidable escándalo de cientos de aves de varios tipos, garzas, cercetas, pinzones, golondrinas, pericos, guacamayas, oropéndolas\* y otras, así como manadas de monos aulladores que ocupan algunos de los árboles más elevados. También divisan otro grupo de antropoides, estos cariblanco, plácidamente tomando el sol sobre unas rocas en las orillas del río, pero a distancia inaccesible hasta para los rifles que llevan los muchachos. Observan un largo y verde brillante reptil que el señor Morúa indica llamarse serpiente lora, así como tres caimanes de pequeño tamaño.

El poder del Reventazón• penetra en todos los viajeros. Es el tema de conversación. Adoptan medidas para cruzar por el vado, pues todavía no han podido tender un puente para vehículos sobre el río (existe uno peatonal).

---

(\*) Anona: fruta

(\*) Güizaro: fruta.

(\*) Jocote: fruta

(\*) Nispero: fruta

(\*) Oropéndola: ave de la familia *icteridae*, de la que existen en Costa Rica al menos dos variedades, la *Gymnostinops montezuma* y la *Zarkynchus wagleri wagleri*.

Este paso ha sido construido en un lugar donde el cauce se ensancha y se divide, dejando una isla en medio, debilitándose la corriente por fluir separada. Con el transcurrir de los años las gentes han ido agregando piedras, algunas que sirven para contener el ímpetu hidráulico y otras en el piso donde transitan las carretas y los caballos. Es posible también atravesarlo caminando, por un largo puente de hamaca o colgante que se encuentra junto al vado, hecho de cables de hierro ya herrumbrado y tablas. Cristóbal y Luis, por algún motivo singular se ven impelidos a encaramarse para recorrer dos veces el tal puente de hamaca, a paso rápido o lento, y meciéndose fuertemente.

A estas horas, el Reventazón\* baja con aguas relativamente poco crecidas porque ya evacuó la lluvia caída durante la noche anterior y aún no recibe los aguaceros de la tarde. Es el momento más oportuno para cruzar.

Todas las carretas arriban sin novedad a la angosta playa de arenas negras y grises piedras junto a la orilla sur del río. La lluvia empieza cuando suben la cuesta con la que continúa el camino. Es un aguacero gigantesco, con gotas tan grandes que causan dolor al golpear sobre hombres y animales y que cortan, rompen o aplastan muchas hojas y flores. La visibilidad se reduce a tres metros si acaso. El mundo alrededor es una serie de densas cortinas de agua que descienden con tremendo poder. Nuestros viajeros apresuran su marcha, empapados y se refugian en el cercano sesteo\*, tosca construcción donde los viajeros pueden reposar.

— Esto sí que es una estilada\* de verdad, comenta Cristóbal con resignación estoica, sintiendo cómo el aguacero ha empapado totalmente sus ropas.

Deben conformarse con permanecer allí hasta el siguiente día, pues el agua no cesa de caer hasta muy después, aunque su intensidad varía grandemente durante el resto de la tarde y parte de la noche.

Para sorpresa de los viajeros, el lugar de sesteo no ha sufrido daños por el terremoto. Algunos indios que viven en las cercanías aparecen con comida caliente para la venta, una sopa de gallina muy buena, tortillas frescas con frijoles y plátanos maduros\*. Al interrogárseles son evasivos, dicen no saber

(\*) Estilada: empapada.

(\*) Sesteo: sitio donde pernoctan o descansan los viajeros, colocados junto a las vías en las entradas de las principales poblaciones costarricenses y en las cercanías de ríos importantes.

(\*) Plátano maduro: fruta de la familia del banano (*Musa paradisiaca*), frito.

si el grupo que trae la maquinaria ya ha pasado por ahí. Cuentan que entre los indios de los valles de Orosi• y Ujarrás• y hasta Tucurrique, ya muy al este, nadie resultó muerto o perjudicado por el terremoto. De acuerdo con las creencias que profesan, los sukias\* o sabios tienen conocimientos antiguos para encontrar lugares donde radicarse a vivir, a salvo de terremotos e inundaciones. De todas maneras indican tener mucho miedo por los temblores:

– Un miedo igual al que provoca el señor Huracán, el hijo de quien los tiene aquí a ustedes, Tláloc, la lluvia; explica uno de ellos a Cristóbal y a Luis.

Por su parte, las gentes cartagas relatan a esos indígenas tremebundas historias del terremoto mientras comen la cena, ya casi a las 5 p.m. Cuando están satisfechos de comer y luego que se marchan los indios, los miembros de la expedición regresan a sus mundos personales o de pequeños grupos.

Estos albergues costarricenses para viajeros no tienen paredes, sino que apenas constan de una elevada techumbre de tejas debajo de la cual pueden dormir las gentes, en plataformas de madera colocadas sobre la armazón de vigas que soporta el mismo techo. En la parte inferior de la construcción, abierta y sostenida por columnas de madera colocadas sobre basas de piedra, se ubican los animales, los carruajes y las cargas. Algunas gentes, en particular muchos arrieros incapaces de separarse de sus animales, también duermen en ese primer nivel.

Luis y Cristóbal preparan sus camas y ahora yacen acostados uno al lado del otro. Permanecen en silencio, escuchando las voces y los ruidos humanos y animales. Se miran sin verse y conversan algo, poniéndose de acuerdo sobre lo que harán durante el transcurso de esa noche. Cierran los ojos pero no quieren caer al sueño profundo, sino mantener sus conciencias en máxima alerta y agudeza, precisamente en relación con el mundo de los sonidos.

Los sonidos de la noche son un eje de la rueda de la conciencia, en torno al que anudan los impulsos colectivos que producen, en la vida diurna real, los ruidos y los ritmos de la marcha de las carretas y de los caballos. Los muchachos oyen cómo disminuye lentamente el número y el volumen de las voces y los ruidos humanos y de sus animales, hasta quedar silenciosos del todo.

(\*) Sukia: sabio, brujo o shamán de las tribus indígenas costarricenses de origen sudamericano.

Aparecen con singular claridad los sonidos del mundo. Primero que nada la lluvia cayendo sobre el techo de tejas. Pero luego la lluvia también decae poco a poco, hasta que concluye en un goteo que resbala por los troncos en el bosque cercano, o que saltando de una hoja a otra desciende hasta el suelo.

Ahora se puede escuchar con nitidez el no muy lejano río, su voz antes se entremezclaba con la de la lluvia. Es un tronar sordo y bajo, permanente, que se convierte en telón de fondo y que poco a poco también empieza a disminuir, porque la lluvia ha cesado en las cumbres de las montañas y ya baja menos agua por el cauce.

Es tarde, todo se aletarga en hondos ritmos de aguas jugando con el tiempo.

Los muchachos escuchan, ahora sí desde un nivel psíquico muy hondo y que difícilmente alcanzará su memoria consciente, el canto de las primeras aves de la noche, lechuzas, búhos y cuyeos\*. O tal vez son Luis y Cristóbal los que en el sueño tratan de comunicarse urgentes inquietudes, pero no saben en qué consisten y tienen necesidad de nuevos descubrimientos. Emplean los sonidos del mundo para traspasar los umbrales del olvido y la ausencia. No cometen el error de Orfeo, y no recurrirán ni a la vista, ni al olfato, ni al tacto, para buscar en el silencio. Continuarán escuchando para siempre la voz amada, en la vida y en la muerte. Nunca perderán el rumbo, y unidas, sus almas se tornarán luminosas. ¡Es un pitagórico procedimiento que Luis y Cristóbal cultivan espontáneamente!

El paisaje se entrega a la quietud, cubierto por una perfecta calma. Luis y Cristóbal sueñan ahora cosas que incluso mis agudos instrumentos de grabación no desean captar, por lo menos en este momento. Los muchachos están recuperándose de la dura jornada del día anterior y se preparan para un día igualmente extenuante y fuerte.

No alcanzan a descansar todo lo que piden sus juveniles naturalezas, porque el jefe de los boyeros, don José María Morúa, deliberadamente ha dormido desde las 5 p.m. y a la 1 a.m. abre sus ojos, notando que la lluvia se detuvo, que el cielo está despejado y con una luna lo suficientemente grande para iluminar bien el camino, pues el cometa Halley es ahora sólo una gran estrella. Decide proseguir la marcha y llegar a Cachi• rayando el alba. Es cierto que tendrán un momento de oscuridad total, cuando la luna se oculte en el horizonte y hasta que empiecen las luces del día.

(\*) Cuyo: ave nocturna de cola blanca (*Nyctidromus albicollis*), de la familia *caprimulgidae*.

– ¿Adónde nos cogerá la oscuridad, según calcula usted?, le pregunta Luis. El maestro boyero no puede estimar en dónde estarán para cuando no se pueda ver nada:

– Pero seguramente no será un rato largo. En tales circunstancias nos detenemos a esperar ahí donde nos agarre, hasta que aclare el día, explica don José María a Cristóbal y Luis, a quienes ha despertado para sugerirles continuar el camino.

– Después de todo, los güilas\* (continúa don José María, refiriéndose a los ayudantes de boyero) y los bueyes han descansado bastante y además es poco lo que falta para llegar a Cachí•.

– ¿Y si nos lloviera, don José?, pregunta Cristóbal.

– No señorito, no creo; no creo que ya vaya a llover más en la noche, y seguro que no en la mañana. Si estuviéramos en setiembre o noviembre entonces sí, pero ahora no porque el invierno\* apenas está comenzando, le aclara el experimentado guía.

Los muchachos están de acuerdo en partir. Aparentan ante don José María (quien de todas maneras nota su simulación de novatos) que por supuesto ellos conocen estas costumbres de boyeros y viajeros de Costa Rica. La sorpresa y el disgusto iniciales por la interrupción de su sueño se convierten en una opción deseable; viajar de noche por esos parajes extraños y salvajes es una aventura y Luis y Cristóbal, por supuesto, siempre andan buscando aventuras y descubrimientos.

Parten a las 3 a.m. Las carretas avanzan lentamente bajo la luminosidad selénica. Desprendidos del convoy, Luis y Cristóbal marchan adelante, explorando el camino e indicando a quienes vienen atrás algún problema o circunstancia especial de la ruta, particularmente cómo vadear riachuelos y ríos secundarios, cuevas empinadas o bien obstáculos como un árbol caído por efecto de la tormenta de la noche anterior. Avanzan a buen paso, los cuyeos\* alzan vuelo súbitamente desde el piso del camino conforme pasan, inquietando a los caballos con sus móviles colas blancas y sus extraños gritos: – ¡Cuuu-ííeo! ¡Cuuu-ííeo!

---

(\*) Güila: niño/a.

(\*) Cuyeo: ave nocturna de cola blanca (*Nyctidromus albicollis*), de la familia *caprimulgidae*.

(\*) Invierno: Estación lluviosa.

### III

Aparte de sus tareas de exploración, los dos muchachos tienen otros intereses. Avanzan un poco por el camino, lo examinan y luego retroceden hasta donde marchan las carretas, para dar reportes. Hacen esto cuatro veces seguidas, cada vez adelantándose un poco más lejos. Recogen suficiente información para que don José María Morúa conozca las características más salientes de camino, por lo menos en un buen trecho adelante.

Luego, vuelven a separarse del convoy, esta vez se apartan a más de un kilómetro de distancia. Al cabo detienen sus cabalgaduras y conversan, comparando las secuencias de sonidos que cada uno escuchó anoche, antes de dormirse y también durmiendo.

– Sobre todo tratá de acordarte de los sonidos que soñaste, aconseja Cristóbal, quien sigue estas cosas con mayor apasionamiento y quien repite mentalmente, desde su despertar, una tonada de cinco notas:

– Me soñé con esta melodía; oí... (la silba y luego la canta "ta...,ta ta, ta...ta").

Luis la repite y a partir de ese momento silban y cantan juntos la melodía, empleando diferentes vocales y sílabas ("laaa, la la, laaaa..."), y luego palabras, en primer lugar sus propios nombres:

– Luuiiiss y Crisstóóbaall, vaaamooss...

Porque estos dos se empeñan en viajar juntos y en secreto por los mundos del sueño y la subconciencia, que son totalmente individuales, pero que ellos creen y quieren compartir. Además de soñar lo mismo y por tanto de soñar juntos, buscan también conectar el mundo de los sueños con el de la vigilia, durante el día acordándose de los sueños compartidos y empleándolos para fortalecer su amistad. Y esa amistad, finalmente, es el vehículo para recorrer tanto ese mundo de sueños como las sendas inesperadas y maravillosas de la vida. También inventan sueños o historias que les sucederían a ambos, es decir, donde los dos son protagonistas, pues con esas tramas desarrollan un imaginario compartido, un mundo de ellos dos.

Realizan tales "exploraciones misteriosas" (según las llama Cristóbal), a partir del terremoto, desde que empezaron a dormir juntos.

Regresan al convoy de carretas, que no ha logrado avanzar gran cosa y de nuevo se alejan, buscando llegar hasta la intersección donde el camino empalma con la entrada al pueblo indio de Cachí•.

– Ya estamos cerca, –afirma Luis–. Esos arbolillos que ves a los dos lados del camino marcan el límite del territorio de los indios.

Estas gentes han sembrado tupidamente con cierto arbusto que nadie sabe cómo se llama, los bordes de la ruta y de sus campos alrededor del pueblo. El arbusto en este momento de la noche parece tener las hojas de color gris muy oscuro, pero bajo la luz del día son de color morado. Su savia es blancuzca y venenosa. Se trata de una cerca química que han plantado los indios cachís desde tiempos inmemoriales, para marcar el territorio mágico del poblado y para proteger sus animales y sus huertas de pestes de insectos y de animales dañinos, de enfermedades y sobre todo de intrusos y malos espíritus.

Llegan finalmente a la intersección. Ahí los indios han colocado, a un lado del camino un poste tallado con representaciones de ciertos animales y al otro lado una cruz. Además de los arbustos morados, a partir de este lugar han plantado detrás de ellos grandes árboles.

El camino que lleva al caserío es completamente recto, tiene por lo menos un kilómetro de longitud y es más ancho que el que han venido recorriendo. A todo lo largo está flanqueado por los arbustos protectores y por dos filas de grandes árboles, una a cada lado del camino. Son dos las variedades de árboles que han crecido allí, la una tiene hojas grandes y redondas y la otra muchas, pequeñas y lanceoladas. Los sukias\* indios son los únicos capaces de reproducirlos y criarlos. Sólo ellos conocen los propósitos últimos de sembrar esos árboles a lo largo de la entrada al pueblo. Ellos también guardan los nombres secretos de los venerables árboles, y prefieren que las gentes de Cartago los denominen como les guste.

Porque nadie en el poblado puede pronunciar ante ningún visitante el nombre de esos árboles, todos aparentan no saber o no acordarse en ese momento y si se les pregunta indicarán que mejor interroguen a otra persona. Luego preguntan que cómo llama o llamaría ese árbol su interlocutor, y están dispuestos a emplear ese nombre. Cristóbal, que se percata del truco, teme que pueda llegar el momento cuando los indígenas pudieran olvidar o descartar ese nombre en su propia lengua.

– Estos árboles han de tener un significado muy importante para ellos, por lo menos tan importante como los arbustos venenosos, comenta Cristóbal.

(\*) *Sukia*: sabio, brujo o shaman de las tribus indígenas costarricenses de origen sudamericano.

### III

Son árboles con un promedio de entre treinta y cuarenta metros de altura, que florecen a finales de mayo, justamente en estos días. Una de las variedades produce flores de color amarillo, con negros y largos estambres, mientras la otra variedad exhibe unas flores de color violeta claro y antiguo, con anchos pétalos en forma de copa rodeando una pequeña corona de diminutos estambres color amarillo muy pálido.

Se detienen otra vez, porque la luminosidad lunar decae rápidamente cuando el astro debe esconderse al otro lado de las montañas. La oscuridad es intensa, los muchachos están quietos y guardan silencio.

Atrás en el camino, el convoy también se ha detenido, a esperar que regrese la luz, esta vez la solar.

Transcurre una media hora. En el cielo, más allá de las últimas elevaciones, hacia el este, con lentitud empieza a emerger un leve y sombrío tono grisáceo purpurado, que anuncia la cercanía del amanecer. La intensidad de esa luminosidad es mínima y parece estática pero en realidad crece, sólo que casi imperceptiblemente. Don José María grita órdenes para que los boyeros pongan sus bueyes a caminar de nuevo.

Luis y Cristóbal en cambio no se mueven de donde están.

Con la lluvia del día y la noche anteriores, con los vientos que la acompañaban y además por la misma exuberancia de la floración que tiene lugar, muchas de esas flores de colores violeta o amarillo han caído sobre el duro suelo arcilloso del camino, creando una alfombra sobre él, de tonos oscurecidos y algo opacados debido a la poca luz y también porque las flores están húmedas. Pero algunas flores cayeron sobre otras o sobre ramitas, se han secado bastante y exhiben coloridos más claros.

Luis y Cristóbal contemplan admirados esa carpeta que cubre totalmente la entrada a Cachí. Desmontan de sus caballos, empiezan a caminar despacio sobre el delicado piso ahora ya violeta y amarillo, llevando los animales de la brida. De pronto se detienen, porque una estimulante atmósfera de intensa luz amarillenta y enceguedora en un instante los rodea, los atrapa y les golpea los ojos, con una brillantez multiplicada infinitamente en los cristalinos reflejos de cada una de las gotas que penden de ramas, hojas, flores y troncos. Es el primer rayo de luz solar de ese día, pero Luis y Cristóbal lo sienten como el primer rayo de luz de la totalidad del tiempo. Están quietos y silenciosos, absorbiendo con sus respiraciones ese mundo dorado y "de titilantes aguas diamantinas" (recitando un poema entonces popular en Cartago). Les parece que flotan o caminan sobre nubes doradas y violeta.

Permanecen en silencio varios minutos más, contemplando cómo aumenta la luminosidad en el maravilloso paisaje y también siguiendo los cambios que esas luces ponen en sus rostros y especialmente sobre sus ojos, donde producen la apariencia de diferentes estados de ánimo y de misteriosos significados.

Sin necesidad de hablar, ambos muchachos entienden ahora, con absoluta claridad, que mediante la luz y el paisaje y en la comunicación de sus ojos pueden desarrollar entre ellos un extraordinario lenguaje inédito y supremamente significativo. O tal vez es que han recibido, sin comprenderlos adecuadamente, los antiguos mensajes mágicos colocados por los sukias\* en estos árboles y en la alfombra de flores que cubre la entrada a la aldea. En todo caso, después de constatar la revelación del mundo de los sonidos durante la noche, con el amanecer descubren asombrados la epifanía de la luz.

Un sentimiento y una sensación de rara tersura se apodera de Luis y de Cristóbal.

– La realidad y el mundo tendrán para nosotros un sentido nuevo, después de este amanecer. Nuestros espíritus han encontrado la eternidad por lo extraordinario del paisaje. ¡Nosotros, vos y yo, somos capaces de crear un mundo!, ¿te das cuenta?, pregunta Cristóbal exaltadamente a la vez que baila a grandes saltos.

Luis sonríe, levanta sus brazos hacia el cenit y solamente dice:

– ¡Sí!, porque la intensidad de sus emociones le impide agregar nada a la sabiduría de su amigo.

Esas emociones los agitan aún más y les producen escalofríos, porque reconocen la veracidad de su mutua comunicación silente, en el hecho que Cristóbal logre decir todo lo que Luis está sintiendo y pensando. El centro de sus corazones y de sus almas les abre sus secretos. La sabiduría de uno es relativa al otro y pertenece a los dos.

Luis puede agregar ahora:

– Sí, mi querido Crsitóbal. ¡Sí!, ¡lo podemos hacer!, ¡lo construimos y lo hacemos!

---

(\*) *Sukia*: sabio, brujo o shamán de las tribus indígenas costarricenses de origen sudamericano.

Encuentran con más claridad un tiempo y un lenguaje para comunicarse entre ellos. Y cada uno y los dos sienten, simultáneamente, poder alcanzar el corazón y el alma de los demás y del universo. Tal será la máxima bendición que recibirán sus vidas, espiritual retoño de esa masculina amistad.

Este tipo de amistad es algo más bien común entre hombres jóvenes y muchachos en la patriarcal sociedad cartaginesa y costarricense de principios del siglo XX. La moral y la norma social enmarcadas católicamente, establecen engañosas distinciones entre lo que se dice y lo que en realidad se piensa o se hace. La iglesia habla pestes de cualquier cosa relacionada con el amor sensual y sobre todo la sexualidad, salvo "dentro del sagrado matrimonio", la única forma de vínculo humano íntimo que controla, prescribe y acepta esa misma iglesia. Pero es posible obtener el perdón de los pecados mediante la confesión, de manera que las gentes andan enredadas en gran cantidad de asuntos eróticos que no concuerdan con las ordenanzas católicas. Oportunamente se arrepienten de tales pecados mediante una confesión ante el cura, para sentirse limpios y para entonces incursionar de nuevo en esos prohibidos mundos sensuales. Viven en permanentes círculos de santidad, tentación, placer, culpa, confesión, arrepentimiento, gracia, santidad, tentación, placer, culpa, etc. Incluso los curas y su institución, todo el mundo lo sabe, crónicamente viven en abundantes enredos amorosos, con mujeres y con niños e incluso con hombres... Es el mundo tradicional del patriarcado católico.

En Cartago hay algunos pocos hombres afeminados que querrían convertirse en mujeres y que buscan amar hombres, pero eso es algo que se comenta mediante el chiste y la burla social. En Cartago y Costa Rica, las gentes y en especial los varones creen que un hombre es un hombre macho mientras juegue el papel activo en los actos prohibidos y pecaminosos, es decir:

– Mientras sea uno el que coge\*, como dice candorosamente Federico Riburola, un compañero del colegio de Cristóbal, de apenas 18 años de edad:

– De lagartija para arriba todo es cacería, agrega, veladamente implicando en ese amplio "todo" no solamente el género femenino en su conjunto más abarcador posible, sino también la bestialidad (que es común en una sociedad campesina) y las relaciones entre varones.

(\*) Coger: folgar, follar, hacer el amor.

Además, ya se sabe que los muchachos cuando están solos llevan a cabo masturbaciones y felaciones mutuas y colectivas, rituales juveniles de iniciación. En particular tiende a suceder entre parejas de amigos que desarrollen la verdadera amistad masculina. En el caso de Luis y Cristóbal hay que añadir el futuro compartido que tienen ante ellos, por el negocio que heredarán de sus padres y que juntos deberán sacar adelante. Su amistad es un amor donde se abren los lados cotidianos pero también ocultos de Cartago, el otro lado del mundo y del ser.

Mas es necesario enfatizar que los dos viven y buscan los papeles masculinos y los sueños masculinos. Ninguno quiere cultivar o pretende expresar sus dimensiones femeninas. Su dedicación consciente y destinal, cotidianamente construida con gran fuerza de voluntad, es perseguir y encarnar el ideal varonil cultural. Nada más. No son sino un par de muchachos tradicionales haciendo las cosas que los muchachos y hombres jóvenes siempre han hecho aquí y en casi toda otra parte, abierta o secretamente y con un sentido mágico.

Continúan inmóviles y silentes en medio de la entrada al pueblo indio de Cachí\*. Salen del ensimismamiento mirándose a los ojos y escuchando atentamente otra vez.

Ahora sólo puede oírse el suave murmullo de la brisa al pasar por entre la vegetación. Después se levanta el agudo silbido de flauta y madera del principal cantor de estos bosques. Su música hace que el espacio adquiera adicional profundidad. Es el jilguero\*. Su música borra la tonada que soñó Cristóbal y encauza las rutas imaginarias de ambos. Uno de los muchachos piensa que es un agudo canto sobre sus conversaciones privadas, dedicado a los espíritus del bosque. El otro muchacho, al contrario, se imagina que el canto del ave es la voz de esos mismos espíritus del bosque, que quieren decirles algo a los dos y a él en particular.

Por eso tratan de escuchar y de recordar.

Después de poco tiempo un par de gallos cantan desde el cercano caserío. Los monos aulladores hacen luego un tremendo escándalo que inmediatamente encuentra eco en el acompañante coro furioso de los perros del vecindario. Son signos inconfundibles, anunciando que las carretas y el resto del grupo por fin llegan.

---

(\*) Jilguero: *Carduelis xanthogastra*; ave de la familia *fringillidae*, que emite el más bello canto de la selva costarricense.

### III

Pueden escucharse ya las notas que emiten las sólidas ruedas de los vehículos cuando golpean una piedra tras otra. También los gritos de los boyeros y los mugidos de las reses. Luis y Cristóbal se arriman al borde del camino para evitar que la luz del sol golpee directamente sus rostros. Cristóbal abre una de sus alforjas y extrae dos redondos confites de limón, que ha venido reservando para este momento:

– Uno para cada uno.

Mientras esperan y chupan el dulce, discuten si el grupo que trae la maquinaria de Santiago• ya habrá llegado a la finca o si viene detrás de ellos. También hablan de la aldea india.

El viejo pueblo de Cachí• ha estado aquí desde antes que llegaran los españoles. Ha sido construido junto a la base de una montaña con forma de media luna, donde la ladera se recoge sobre sí misma creando una especie de anfiteatro de aproximadamente un kilómetro de largo, con un escenario bastante plano de medio kilómetro de ancho, donde están localizadas las casas y las huertas.

Ya se miran las carretas. Ya llegan.

Cuando la expedición está reunida otra vez y a punto de reemprender el camino, por el lado del poblado aparecen unos veinte hombres, cuatro de ellos a caballo. Pronto los dos grupos se encuentran y los jinetes descienden de sus cabalgaduras. Las gentes de Cachí• están preocupadas por las noticias que han llegado del terrible terremoto en Cartago, se han organizado como si se tratara de guerra: han establecido guardias y centinelas, han almacenado comida y preparado refugios especiales en lugares secretos de las montañas. Por si acaso. Y ahora nada más verifican quiénes son estos visitantes.

– ¿Qué desean y necesitan, amigos, adónde se van dirigiendo?

La distancia inicial que momentáneamente existió se rompe, una vez que don Basilio Alférez reconoce a Luis y a Cristóbal. Es uno de los más viejos patriarcas del pueblo y el socio indio de sus padres en el negocio de la madera. Les informa que no, la expedición que transporta la maquinaria no ha llegado todavía. Después se vuelve a un lado:

— Este es mi hijo menor Manuel y este es su amigo Mócata Úlkhal, indica don Basilio con su poderosa voz de barítono, a la vez que empuja hacia Luis y Cristóbal a dos serios muchachos, un poco mayores que los jóvenes de Cartago.

Luis, Cristóbal y Manuel se han conocido durante muchos años ya, por supuesto, desde que eran flacos y menudos güilas\*, cuando sus padres compraron las tierras en Cachí•. Pero debido a razones que sólo él conoce, o tal vez como parte de la etiqueta y la cortesía indígenas, don Basilio considera necesario hacer las presentaciones formales. Probablemente es porque tiene de huésped en su casa al joven Mócata Úlkhal, un "indio olmeca puro", pariente de la madre de Manuel, quien los visita desde la lejana y fabulosa tierra de Oaxaca, al sur de México, y quien ha desarrollado una intensa amistad con Manuel, el menor de los cinco hijos varones de don Basilio.

La gente joven se saluda agarrándose de las manos y los brazos. Todos los presentes sonríen, se sienten bien y listos para celebrar o trabajar juntos. Es como si compartieran importantes preocupaciones y puntos de vista. Los visitantes adultos incluyendo a Cristóbal y a dos de los niños que acompañan a los boyeros (porque tienen 14 años ya), ritualmente proceden a beber un trago con los hombres del pueblo, un intoxicante maíz fermentado que combinaron con alcohol puro. Luis y Cristóbal no pueden escaparse de la ceremonia. Curiosamente, la bebida tiene un efecto más notable sobre Luis, el mayor, el más grande y más fuerte de los dos amigos.

— Van a trabajar con ustedes, dice el viejo indio señalando a su hijo menor y a su amigo mexicano. Los muchachos inclinan sus cabezas saludando con formalidad, pero enseguida no pueden contener las carcajadas. Entonces don Basilio, con voz muy fuerte exclama:

— ¡SALUD A TODOS!, y haciendo una mueca se bebe de un solo golpe su segundo trago de licor, mientras observa fijamente a Luis con unos ojos que al muchacho le parecen cansados y hondos como su vozarrón.

— Pero—, continúa el viejo, —mejor se van a la finca, dejan sus cosas y luego regresan, para que ayuden cuando vengan las carretas, esta misma tarde, probablemente tarde o mañana si cae la lluvia esta tarde... esperamos, necesitamos que llueva tarde, lo más tarde posible, ¿verdad?

---

(\*) Güila: niño/a.

Y es lo que hacen. Las tres carretas que vienen con ellos se quedarán en el pueblo, esperando reunirse con las otras seis que traen don Carlos y Daniel, para hacer juntas el resto del camino hasta la finca. Además, ahora el suelo está más húmedo porque es muy temprano en la mañana y por tal razón también conviene que esperen allí en Cachí\*, hasta que el sol seque los caminos y trillos.

Los muchachos cartagineses llevan en las ancas de sus caballos a los dos jóvenes de Cachí\*. Se lanzan a medio galope con dirección a la finca, por un trillo ancho pero fangoso y rodeado de montaña tupida, acompañados por Lico, el hermoso perro de Manuel. Pese al relativo fragor de la cabalgata, Manuel va señalando los sitios donde las carretas tendrán dificultades. Después de apenas diez minutos de alegre galope llegan a la entrada de Uxucurré, que es el nombre del lugar donde se localiza la propiedad homónima: Finca Uxucurré. Solamente poseen un pedazo de terreno de unas trescientas hectáreas, el resto o sea la inmensa selva, es propiedad de los otros patriarcas indios de Cachí\*. Cerca de la entrada divisan una elevada armazón de madera que se construyó el pasado verano y que apenas tiene instalada una parte del techo de zinc. Luis dice:

— Acabar de techar este galerón será una de las primeras tareas y seguro nos ponen a nosotros en ella, mientras Daniel se va a construir el aserradero. Espero que no suceda así, pero me lo temo. De todas maneras no importa, pues cuando el negocio ya funcione, si él trabaja aquí en la finca, entonces nosotros tendríamos que trabajar en Cartago...

— Idiay\*, sí, — responde Cristóbal—, lo más seguro es que tu papá no va a dejar a Daniel terminando el galerón, sino a vos y de guinda\* estaré yo, como siempre, nosotros dos siempre estamos juntos.

— ¡Uxucurré! grita Luis, para alejar complicados pensamientos y cálculos sobre la repartición de la sociedad, del trabajo y de la riqueza entre los hermanos y los socios.

Dejan sus cosas adentro, apropiándose de los mejores rincones del galerón. Puesto que la maquinaria no llegará al pueblo de Cachí sino alrededor de las 11, disponen de todo el resto de la mañana,

(\*) De *guinda*: hacer algo arrastrado por las circunstancias, o bien, hacer algo no por razones de interés propio sino para ayudar a otro(s) o por obligación.

(\*) *Idiay*: expresión para significar "¿qué hay?" o "bueno, pues".

— Para que hagamos algo, sugiere Manuel, entregando a los demás resolución pero sin precisar hacia dónde ir.

Es Luis quien señala que el deber es lo primero, que lo más conveniente y responsable sería explorar el camino por donde deberán transportar la maquinaria, tanto como el lugar mismo donde será instalada. Deciden salir a caminar y hacer tareas de reconocimiento, pero también de paso bañarse en el río.

— Una bañada es algo sumamente necesario ya —afirma Cristóbal a Manuel y a Mócata—, después de dos días de sudar por caminos embarriados y de cruzar ríos, incluso si uno viaja a caballo, porque a Luis y a mí nos gusta explorar las orillas de los caminos y los ríos y es ahí donde nos ensuciamos toditíticos\*.

En bolsas de cuero cargan el instrumental necesario para el baño, mudadas de ropa limpia y seca y sus rifles. Por supuesto, Lico, el perro de Manuel se coloca en primer lugar, él abre la marcha, revisando olfativamente el paisaje que conoce tan bien pero que nunca deja de excitarlo abrumadoramente. El río corre a unos trescientos metros si uno desciende desde el galerón de Uxucurré hacia el oeste, por una ladera bastante despejada y potreril, donde ya hace unos cinco años cortaron los árboles maderables. Ahí en el río van a instalar:

— La sierra hidrodinámica, que de acuerdo con Luis es como conviene definir el aparato importado de Suecia.

En el punto donde levantarán el aserradero el río atraviesa un pequeño valle. Antes de entrar a este vallecito, la corriente se divide en dos, dejando una isleta en medio. Por el cauce principal la corriente transita en agudo meandro que choca contra una alta y pétrea pared, formando una poza amplia y tranquila. Por eso la maquinaria será colocada sobre la otra de estas ramas del río, que lleva menos agua. Se trata de un fuerte torrente, lanzado por una pendiente de unos 30 grados de inclinación, y que corre vertiginoso en un lecho de tres lados de piedra, formando una perfecta acequia. Luis, que quiere estudiar ingeniería, explica:

---

(\*) **Toditíticos:** Todititos. El diminutivo "tico" es de uso generalizado en Costa Rica, incluso, dándole nombre a sus habitantes.

– La misma naturaleza ha producido este canal. Si hubiese hecho falta construirlo habría resultado costosísimo en términos de personal, tiempo e ingenio. Pero gracias al capricho de la naturaleza, ahora sólo debemos colocar la rueda metálica que el agua hará girar. Bien afirmada, claro está, para lo que hay que construir bases de cemento y hierro. La distancia máxima entre las dos orillas es de apenas 9 metros. Se trata de un lugar simplemente perfecto, como dice tu papá, Cristóbal.

– ¡Una maravilla de la naturaleza y el principal motivo por el que nos interesamos en esta propiedad!, gritan Luis y Cristóbal al unísono, remedando la forma en que sus padres comentan las virtudes extraordinarias, para la hidrodinámica y para los negocios, de aquel paraje.

Los cuatro muchachos se asoman por el borde de la acequia. La corriente es muy veloz y fuerte, el agua posee inusitada transparencia pero por la rapidez con que se mueve tiene momentos donde se desintegra violentamente, transformándose en blanca espuma.

Cruzan el torrente caminando sobre un largo y ancho tronco con el color grisáceo claro del roble, que sirve de puente y desde el que, a manera de andamio, montarán parte de la maquinaria. Llegan al otro lado, atraviesan la isleta hasta alcanzar el ramal principal del río, donde la corriente hace un periplo meandresco y además ha excavado la poza. En ella es posible bañarse y hasta nadar algo.

El agua es de una gran transparencia, mas con un ligerísimo tono verde esmeralda, resultado de la descomposición de hojas, de flores, de raíces y de ramas que vienen cayendo en las corrientes, desde las cumbres elevadísimas de la cordillera de Talamanca. El sol de la mañana golpea la poza, en la selva la evaporación se hace intensa y sube en espirales para empezar a formar las nubes, mientras los habitantes del paraje entablan relaciones auditivas, olfatorias, y visuales, con los visitantes humanos. Los cuatro muchachos esperan que el sol caliente un tanto más el agua, y se ponen a luchar amigablemente para generar calor corporal.

– De todas maneras estará muy fría, advierte Cristóbal.

Después de atravesar ese hondo remanso, el agua se lanza desde una pequeña altura formando una corta catarata. Es posible sentarse en el borde superior de esa breve caída y dejarse llevar por el agua, que cae a una pocita

mucho más pequeña y redonda pero profunda. Manuel y Mócata dicen que hacia el otro lado pero lejos, corriente arriba, existe una catarata altísima con una cueva en su base. Esto intriga sobremanera a Luis y a Cristóbal, que manifiestan su deseo de ir alguna vez a ese lugar.

Los dos muchachos indios están sentados cerca del borde del agua, mirando cómo los dos jóvenes de Cartago acomodan sus cosas, se desnudan y entran a las templadas aguas, en medio de escalofríos, gritando y riéndose a carcajadas.

Un sonido que proviene de la montaña pone a Lico en alerta, emite un corto gruñido e inmediatamente se levanta, llamando la atención de su amo Manuel y éste, a su vez, la de Mócata. Este par ha estado cazando mucho, "todo el tiempo", desde que se conocieron hace apenas siete meses, cuando Mócata llegó de Oaxaca. Cazar es la actividad que más les gusta hacer juntos. La curiosidad por contemplar el baño de sus amigos decae rápidamente. Sin embargo, estos cartagos tienen algo que Manuel desea y necesita: el rifle de Cristóbal.

En la urgencia del momento Manuel salta, toma el arma y se lanza corriendo detrás del animal que rastrea Lico. Mientras corre, a gritos pide permiso a Cristóbal para usar su rifle. Cristóbal se ha concentrado en su baño pero entiende lo que sucede, le hace gestos y también grita:

— ¡Sí, claro, Manuel, ¡Cogélo! ¡Llévatelo!

Manuel y Mócata se alejan en pos de un chanco de monte\* o tal vez de un venado...

— Ojalá no resulte ser un peligroso felino salvaje. — comenta Luis con Cristóbal— Nosotros no nos descuidemos..., por si acaso... y siempre ojo con las culebras y las arañas.

A Luis y a Cristóbal el agua los hace sentir maravillosamente, poderosos y libres. Ambos gritan lo más fuerte que pueden, como monos locos y durante largo rato, mientras saltan, corren, trepan, se salpican, chapotean y nadan en el agua, abriendo sus anchos brazos

para abarcar y capturar

el líquido

el aire

la piedra y la luz,

(\*) Chanco de monte: cerdo salvaje; pecari

### III

limpiándose del terremoto, de la fatiga del viaje y del esfuerzo; quitándose la tierra y el barro, el sudor y la suciedad acumulados sobre sus cuerpos.

La película espumosa del jabón limpia incluso el cabello y los ojos. Se enjabonan el uno al otro sus espaldas y luego que cada quien se siente completamente limpio, como era de esperar empiezan a jugar de nuevo, esta vez lo hacen más seriamente por la sensación de nitidez y frescura que los embarga y por estar solos en el mundo salvaje y bajo un cielo mañanero, tibio, abierto y soleado.

Más de veinte grandes mariposas de brillantísimos colores azul metálicos de pronto los rodean girando a su alrededor, en evidente e impresionante acción colectiva de saludo. Luis y Cristóbal quedan en silencio e inmóviles, se dejan examinar y tocar, después las saludan amistosamente y proceden decirles cosas igual que si hablaran con un perro o un niño. Las mariposas parten lentamente, como prometiendo regresar.

Luis y Cristóbal se miran a los ojos con profunda tranquilidad. Son capaces de reconocer que su amistad y compañía es la base mutua del sentido de la vida y del universo,

—Yo soy lo que soy, en razón de esta otra existencia que está junto a mí, de él y de mí mismo y de él y yo y el mundo, musita para sus adentros Cristóbal.

Es como si la naturaleza salvaje que los acoge, incitara a dar bromas atrevidas y hasta rudas. Como buenos machos de la especie, todo el tiempo andan midiéndose el uno al otro. En fuerza, en agudeza, en amistad. Cada uno trata de sobreponerse al otro, algo que todavía resulta muy difícil para Cristóbal en algunas áreas como la corporal. Algo que Luis, dada su superioridad física, se toma con más ligereza o tal vez con mayor profundidad y propósito, un juego de extraña comunicación sensual que le gusta tener con su amigo predilecto.

Luchan, agarrándose, empujándose y halándose fuertemente y a la vez encontrando una nueva y extraña sensación placentera al hacerlo. Nunca antes han luchado desnudos y pese a que la desnudez no les preocupa en absoluto, o quizás a causa de ello, de todas maneras el abrazo y el tacto son una puerta que da paso a un nuevo mundo de posibilidades para explorar y disfrutar.

Una inusitada sensación del otro en cuanto tal genera en cada uno curiosidad y anhelos por esas mismas sensaciones novedosas.

El juego termina cuando uno agarra al otro por las pelotas y las aprieta demasiado, provocando un dolor agudo.

Se separan. Ha surgido una distancia. Cada quien decide estar solo por un rato. Luis explora corriente abajo y se lanza a la poza desde la pequeña catarata, para continuar bañándose. Cristóbal sale del agua y camina por el trillo, de regreso hacia el otro ramal del río, donde se acuesta sobre el ancho tronco de roble que sirve de puente, para recibir el sol y propiciar su querida ensoñación.

Después que ha pasado media hora, Cristóbal escucha claramente cuando cruje una pequeña rama caída en el suelo, al ser quebrada por algún animal u hombre. Sin hacer ningún movimiento y apenas entreabriendo levemente los párpados de su ojo derecho, observa a Luis intentando aproximarse con sigilo.

No se mueve ni dice nada, pero tan pronto Luis se encarama al tronco que cruza el río, con fuerte y calmada voz Cristóbal indica que,

– No se te ocurra ni pensar en hacer ninguna locura aquí, Luis. Es un lugar peligroso, la corriente abajo es peligrosa.

– ¡Pero por supuesto!, ¿qué te creés que soy?, ¿un cabro de montaña que sólo quiere pelear con los amigos?, contesta Luis, desilusionado por haber sido descubierto.

– Bueno, pues no; claro, dice Cristóbal.

Cristóbal yace boca arriba, ahora levanta su pecho y su cabeza apoyándose en los codos y observa a Luis que camina hacia él. El sol brilla contra el rubio cabello del amigo, herencia de su ancestro escocés. El reflejo es particularmente luminoso allí donde alcanza el pelo muy claro y escaso que relumbra en ciertas partes de su cuerpo, un poquito en las axilas y en el pecho y más abajo formando lo que Cristóbal imagina ser una corona dorada alrededor de sus genitales. La luminosidad se extiende luego como un manto ondulante sobre los poderosos muslos de futbolista que exhibe Luis.

Se miran brevemente a los ojos y "el agarragüevos", que resulta ser Cristóbal, ofrece cumplidas excusas por el dolor que causó, pero rehúsa prometer no hacerlo nunca más... El juego continúa, el juego nunca acaba entre Luis y Cristóbal.

Luis responde,

---

(\*) Carajo: hombre. También exclamación.

### III

– Bueno, al menos pedís perdón por esta vez y te lo agradezco. Porque, si no, te esperaba una apretada muy fea en tus bolitas, ¡carajo\* güevón éste! Luego se tiende sobre el tronco para asolerarse también.

Transcurre un largo rato. Están quietos, abandonados a las caricias del sol, cálidas, perezosas y risueñas, mientras la corriente que ruga debajo de ellos crea una sensación de vértigo incontrolable.

Desde la distancia de la selva profunda se escucha uno, luego otro, luego tres, sucesivos disparos. Luis y Cristóbal se ponen de pie inmediatamente.

– ¡HOOLLAAA!,

– ¡Son ellos!,

– ¡HOOLLAAA, MANUEEEL! ... ¡Manuéééel!, gritan los dos a la vez.

Pero no obtienen respuesta ni se escuchan más disparos.

El momento del reposo queda atrás. Están sentados sobre el tronco, frente a frente y con las piernas recogidas, las rodillas levantadas y tocándose uno al otro con los dedos de los pies. Se admiran entre sí.

– Me gustaría que te contemplaras a vos mismo como te veo yo ahora, hombre, un salvaje desnudo, totalmente como un chango chingo. Eso es lo que sos y nada más, increpa Cristóbal.

– Sí, claro, me doy perfectamente cuenta de ello, pues desde aquí observo muy bien tu honorable y horrible verga, responde Luis.

– ¡Ay Dios mío!, ya voy conociendo el tipo de cosas que pensás y que te ponés a mirar, dice Cristóbal.

– No he sido yo quien empezó con esto sino usted, señor, llamándome chango chingo. De manera que yo puedo calificar su verga de honorable y sobre todo de horrible. No me venga con sofismas, señor filósofo, responde Luis.

Hay una pausa y después el mismo Luis agrega que:

– Pero sí, de verdad, me encanta estar con vos.

Otra pausa breve. Ante esta sorprendente declaración, Cristóbal decide jugar un juego que practican entre ellos: se necesita encontrar una respuesta ingeniosa a lo que alguno diga. Cristóbal está buscando ahora en su cabeza

(\*) Carajo: hombre. También exclamación.

con afán para contestar la afirmación de Luis, pues lo particular del juego es que la respuesta debe "decir lo inverso" o "lo complementario" de lo que se haya afirmado originalmente. En este caso, piensa Cristóbal:

– ¿Qué será lo inverso o lo complementario de lo que ha dicho Luis?

– ¡Pues a mí vos me encantás!, dice al cabo.

Los dos ríen por la ocurrencia, aunque no sea muy graciosa ni entendible para Luis, quien pregunta,

– ¿Qué querés decir con eso?

Ninguno responde nada. Se miran a los ojos fugazmente. Otra pausa. Luego Cristóbal:

– Bueno, nada..., es decir, eso mismo que te digo. Eso mismo que dijiste vos. Se trata solamente del inverso de lo que vos acabás de decir. En este caso lo que dijiste vos y lo que yo dije no tienen diferentes significados, son lo mismo.

Y luego prosigue, con burlona seriedad:

– Significan dos extremos de una misma cuerda, que somos cada uno de nosotros dos y esa cuerda es la amistad que nos tenemos... Pero, el problema es que, ¿quién podría tener seguridad de nada con usted, caballero que gusta dar bromas todo el tiempo?

– Bueno, no seré yo el que le dé confianza a su conciencia, mi querido Cristóbal, jamás le voy a prometer a usted que no le daré bromas, de eso puede estar seguro su lujurioso y podrido cerebro. Yo tampoco renuncio ni tengo por qué renunciar a agarrarte por sorpresa, sentencia Luis.

Sonríen y luego ríen a carcajadas. Se golpean el uno al otro sin dañarse, para demostrar su afecto.

La mente de Luis no es especulativa como la de Cristóbal, más bien es un hombre práctico aunque no por eso menos inteligente y educado. Organiza sus ideas en torno al credo liberal de racionalidad y progreso, comercio, ciencia y conquista de la naturaleza. Dice ahora que:

– Tal vez no, tal vez lo que pasa es que estar juntos nos permite entender y amar al mundo y a la gente, al universo y al conjunto de lo que existe, existió y existirá.

### III

Cristóbal se burla de tales pomposas expresiones, queriéndole indicar a Luis que acepta lo que dice pero que desea continuar en el mundo del juego.

Vuelven a reír y se sienten plenos. En muchas oportunidades del futuro buscarán estar juntos y en silencio, porque saben compartir el sentido del mundo sin tener que intervenir o que mencionarlo.

Escuchan ruidos humanos y de perro y luego detrás de los ruidos aparecen Manuel y Mócata, acompañados por un embarrialadísimo Lico. Los cazadores saludan a gritos y levantan sus brazos en los que cargan varios conejos, mientras caminan hacia los dos jóvenes que están sentados desnudos sobre el gran tronco-puente de roble.

Antes que lleguen sus amigos, los dos muchachos de Cartago se agarran de los antebrazos para levantarse ayudándose mutuamente y Luis dice:

– Pero yo te quiero a vos.

– Y yo a vos, igual, sólo que un poquito más, de verdad, contesta Cristóbal, riéndose y feliz.

Manuel y Mócata también están muy embarrialados y rápidamente se desprenden de sus ropas. Luego todos corren con gran algarabía hacia la poza, donde junto con Lico se dan una sabrosa bañada.

Luis y Cristóbal saben que han dado otro paso en ese "pacto de sociedad" que es y será el eje de sus vidas, pero que aún no tienen muy articulado o explícito en sus mentes, salvo por supuesto por los componentes comerciales del mismo, que de todas maneras van a ser la forma en que juntos se insertarán en el mundo social y económico de Cartago, de Costa Rica y del Universo. Ese pacto de sociedad entre dos hombres para la acción económica y política queda sancionado y guardado en instituciones secretas. La Obra de la vida se desarrolla en una sociedad "A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo": A.L.G.A.D.U.; como dicen los masones, incluidos en primer lugar sus dos padres y en el futuro ellos mismos también.

Los cuatro regresan al galerón de Uxucurré.

Al cabo de una hora, al ser las 11 a.m., con el resto del grupo que los acompaña desde Cartago salen del lugar, atraviesan el pueblo de Cachí y continúan hacia el río Reventazón, que alcanzan a las 11:40 a.m. Y sí, efectivamente, ya los otros están ahí, sobre el lado opuesto de la corriente se encuentra la expedición que trae la maquinaria en cuatro de las carretas, junto con cajas de madera y muchas otras cosas que vienen en los demás vehículos.

Los muchachos cruzan el río, saludan a don Carlos y a Daniel, quienes de inmediato los ponen bajo su mandato. Daniel distribuye asignaciones y tareas específicas a los recién venidos, para enfrentar las dificultades de atravesar la corriente. Cristóbal y Luis intervienen porque ellos han cruzado por ese lugar repetidas veces entre ayer y hoy y se permiten sugerir acciones.

Una vez al otro lado se imparten nuevas órdenes, ahora para subir la cuesta que conduce a la planicie donde se asienta Cachí\*. Y así sucesivamente hasta que entran a la plaza del lugar. Es preciso detenerse para las saluciones y el ritual trago, pero no por mucho rato porque el tiempo apremia. Prosiguen hacia Uxucurré tan pronto pueden, ahora con todas las carretas. Llegan exhaustos a la finca a las 2 p.m., la poca distancia entre Cachí\* y la finca ha sido la sección más pesada del camino, la vereda que tan cómoda es para los caballos prueba ser un embarrialadísimo suplicio para los bueyes y las pesadas carretas, que a cada momento se hunden y se atascan. Gracias a que todavía a esa hora no había empezado a llover logran pasar. Pero el agua cae rápidamente y con fuerza a partir de las 2:15 p.m.: han llegado a la finca justo a tiempo.

Pese al cansancio, deben trabajar intensamente el resto de ese día. Colocan lonas sobre algunas secciones de la estructura del inconcluso galerón, para guarecerse y ubicar cosas. Amarrar y asegurar bien esas lonas es un trabajo de peligro y cuidado que hacen en escasa ropa interior y encaramados sobre el esqueleto de la techumbre.

Después hay que preparar las viandas para la cena.

Atraviesan esa noche sin dificultades aunque incómodamente, porque duermen prácticamente al raso. Afortunadamente deja de llover a las 7 p.m. Sobre la cuenca del cercano río cae una pesada y tibia niebla que se levanta después de la medianoche, dando paso al viento frío, promotor de un dormido y estrecho abrazo entre Luis y Cristóbal.

Durante el nuevo día trabajan mucho y fuerte. Realizan un gran esfuerzo colectivo, en el que participan prácticamente todos los miembros de la comunidad de Cachí\*. Es costumbre entre estas gentes selváticas que el pueblo entero ofrezca un apoyo momentáneo y puntual a cada subgrupo familiar o económico social. Después, los señores de Cartago ofrecerán en agradecimiento un festolín\* de esos con los que se ha encantado y subyugado a los indios de toda la América, motivados e inducidos por sus tradiciones

(\*) Festolín: gran fiesta.

de encantamientos y comunicaciones con los espíritus. También, por supuesto, participan en el trabajo los boyeros y los peones. Se ha reunido una gran cantidad de gentes, la mayoría para ayudar. La fuerza efectiva de trabajo está compuesta por cincuenta hombres y diez mujeres (a los cartagos les sorprende que las mujeres indias participen en estas tareas que son para ellos estrictamente masculinas). La ayuda que reciben es decisiva. Con increíble facilidad cargan la maquinaria y el resto de aparejos hasta la orilla del río, al lugar que ya ha sido examinado por los muchachos y sobre el que ofrecen, para beneficio de don Carlos, un reporte exacto del estado en que se encuentra.

Cristóbal y Luis se sienten bien trabajando con sus parientes y empleados y tantas personas bondadosas de Cachi.

Previamente otro grupo, al mando de Daniel, acompañado por tres artesanos diestros en carpintería y albañilería, desde antes del alba trabaja en ese lugar donde levantarán el aserradero. Preparan las bases o camas donde colocar la maquinaria y después empiezan a erigir una estructura de troncos delgados, fundamento de unos cobertizos provisionales cubiertos de lona, bajo los que se ubicarán esos equipos, mientras son instalados y se les construye un techo permanente.

Durante los siguientes tres días Cristóbal, Luis, Mócata y Manuel deben quedarse en el galerón de Uxucurré, para terminar de techarlo con láminas metálicas traídas para ese propósito. Mientras tanto, don Carlos, Daniel y los otros trabajadores empiezan a montar la maquinaria cerca del río. Los muchachos quisieran estar también allí porque es la parte más interesante del trabajo, pero ni modo, no hay nada que puedan hacer, deben acatar las instrucciones. Luis está sumamente molesto:

— Yo voy a estudiar ingeniería y conozco más de mecánica, de geometría, de trigonometría y de física que Daniel, pero como él es el mayor lo ponen a trabajar en el aserradero y a mí me dejan aquí haciendo algo que cualquiera puede hacer, se lamenta ante Cristóbal. Don Carlos ha dudado si traerse a su hijo menor, apasionado por la ingeniería, para que le ayude en el montaje de la maquinaria. Pero prevalece en él la consideración de su hijo mayor, que es inferior a Luis física y mentalmente, y a quien siente la necesidad de apoyar. Para endulzar la cosa le promete a Luis que manejará el aserradero una vez que se gradúe de su ingeniería, y le señala la importancia de obedecer órdenes y de controlar los impulsos:

– Ya que no querés hacer el servicio militar y ser oficial de carrera, entonces yo debo enseñarte la disciplina, dura a veces y difícil siempre, que produce orden y éxito, sentencia paternalmente.

Durante el descanso para almorzar Luis, Cristóbal, Manuel y Mócata corren hasta donde construyen el aserradero, tratan de hacerse útiles para quedarse por lo menos un rato, pero entonces don Carlos o el mismo Daniel les recuerdan sus obligaciones en el galerón.

Los cuatro muchachos proceden a reforzar esta estructura, terminándole el techo para triplicar el área seca. Enseguida recubren las paredes, parte con láminas metálicas y el resto con las nueve lonas que tienen a disposición. Posteriormente esas lonas serán sustituidas por tablas de madera, una vez que el aserradero empiece a funcionar. Las paredes de la cocina y del baño son las que cubren con planchas metálicas. Cuando acaban la tarea notan que han creado un gran espacio interior, seco, agradable, y que el trabajo está bien hecho.

– ¡Hombre! ¡Qué buena tarea hemos cumplido!, ¡muchachos!, dice Cristóbal.

– ¡Si seremos buenos constructores!, ¿ah?, interviene Manuel.

Luis y Mócata añaden simples gritos incoherentes de:

– ¡SSííííí!; ¡AAYYYYYIII!; ¡AOOOYYIII AAAUUUU! ¡AYY, AYY, AYY, AYY, AYYYY!"

Manuel y Cristóbal agregan sus fuertes voces a estas explosiones exclamativas y entre los cuatro levantan un tremendo escándalo que al punto encuentra eco en algarabía de pericos y monos cercanos.

## *CAPÍTULO CUARTO* **EL CORAZÓN DE LA SELVA**

Después de dos semanas de trabajo la sierra hidráulica ha quedado perfectamente instalada, dentro de una edificación erigida sobre la margen norte del río. Recibe el nombre de "Casa de Máquinas". También han instalado, al lado de afuera, la gran rueda de metal que el río hace girar con gran velocidad y fuerza. Tiene un sistema de soportes interiores y está reforzada en el centro, por donde la atraviesa un sólido tubo de acero sobre el que va montada. Ese eje cruza la corriente de lado a lado. En la margen opuesta a la Casa de Máquinas, el tubo está apoyado en sólidas bases de cemento y cuelga de argollas metálicas engrasadas, dentro de las que puede girar libremente. Dentro de la Casa de Máquinas han colocado palancas y sistemas de transmisión, poleas y fajas, que aumentan y transfieren la energía mecánica a dos sierras. Por su parte, esas sierras se ubican fuera de la Casa de Máquinas, protegidas por un techo volado, abierto al patio donde almacenarán las trozas de madera antes de aserrarlas. Este techo es muy parecido al del andén de la estación ferroviaria de Cartago. Una de las sierras es mucho más grande que la otra, pues sirve para cortar las tablas anchas y largas, así como las pesadas columnas y las vigas. La otra sierra es pequeña pero mucho más velóz y se utiliza para hacer cortes finos, tablas angostas, tablillas y reglas. También, se le adapta un cepillo para pulimentar las diferentes piezas.

Ni Luis ni Cristóbal logran participar en la instalación de la maquinaria, tan pronto acaban la construcción del galerón (que de ahora en adelante se llamará "la casa de Uxucurré"), deben empezar a trabajar con el grupo que en el bosque selecciona la madera para cortar. Primero buscan y recogen toda la madera caída naturalmente y que pueda servir, encuentran numerosos y grandes robles de buena calidad, que cortan en trozas y halan con los bueyes. Después también buscan árboles maderables vivos, que van marcando con pintura roja. Finalmente, empiezan a derribar y cortar esos árboles.

Dos experimentados leñadores dirigen esta operación, empleando grandes sierras manuales, una manejada por dos hombres, mientras la otra necesita de cuatro. Una vez que cae el árbol al suelo, deben desramarlo, separar y cortar la leña, y cortar en pedazos las trozas o "tucas"\*, para que

(\*) **Tuca:** troza de madera

sean transportadas. A partir de ese momento Daniel, al frente de los boyeros se hace cargo, arrastrando las piezas hasta el patio del aserradero.

Este trabajo de leñadores y madereros es del agrado de Cristóbal y Luis, Manuel y Mócata. Los dos leñadores les enseñan cómo hacer las cosas profesionalmente y en cosa de pocos días aprenden los rudimentos del oficio. El bienestar surge por tratarse de un trabajo rudo y fuerte, de verdaderos machos, en el que sus músculos se ejercitan y desarrollan, algo que estos y todos los muchachos siempre han apreciado sobremanera. Se sienten crecer, adultos, fuertes, poderosos, saludables, pletóricos de vitalidad, guapos, masculinos y en particular:

– Leñadores consumados y expertos. Ahora completamente preparados en el arte de cortar árboles, lo cual es un logro importante para cualquier hombre, en cualquier lugar del mundo y desde los tiempos más primitivos, según comenta Cristóbal, indiferente al destino de esta selva, posesionado por el espíritu de conquista avasalladora y positivista "del mundo salvaje", que supuestamente debe "servir al hombre".

Transcurre un mes. Cristóbal y Luis, en ese orden, realizan cortos viajes a Cartago, de tres o cuatro días de duración, llevando o trayendo cosas. El primer lote de madera debidamente cortada es transportado con bueyes hasta la estación de Santiago•, cuando apenas cumplen 35 días de trabajar en Uxucurré. Desde la estación de Santiago• envían por tren casi todo ese cargamento a Cartago, pero una porción continúa por el camino férreo hasta el valle occidental, porque lograron venderla en Heredia.

El sentimiento de bienestar compartido por los cuatro muchachos y por la mayoría de los hombres que trabajan en la empresa proviene, como se sabe, de la sinergia que desarrolla la gente, en este caso un grupo de varones, emprendiendo grupalmente tareas significativas para cada uno y para todos. Luis y Cristóbal comparten y son arrastrados por un nuevo sentimiento de realización que los compromete con los demás y con ellos mismos, creando de esa forma un mundo perfecto de compañeros y compañerismo:

– Del cual uno no debe ni puede separarse nunca, por lo menos mientras uno pretenda seguir siendo varón y hombre cabal, observa Luis.

– Es fundamento de la sociedad en general y de la empresa en particular, añade Cristóbal, repitiendo casi de memoria algo que escuchó en la clase de cívica.

#### IV

Cada hombre se considera justamente eso, varonil varón. Y cada uno también sabe que debe mantener la relación con "los muchachos", como se dice, pues ahí se crea y se recrea:

– La energía masculina que todo hombre produce y que naturalmente comparte con los otros varones, en opinión de Cristóbal.

– ¿Y esa energía compartida es la base de la política, entonces?, pregunta inocentemente Luis.

– Exacto. Eso mismo, responde con sorpresa su amigo.

Además, Luis, Cristóbal, Manuel y Mócata, por su menor edad respecto de los demás en Uxucurré, creen poseer, ellos solos con exclusividad de las generaciones previas:

¡Una gigantesca energía de machos!, según afirman a coro y a gritos.

Como cualquier otro grupo de varones, estos muchachos buscan formas para aumentar y reforzar su identidad fraternal y esa sensación palpable y fuerte de pertenencia al grupo masculino:

– A la esencia misma de lo que es ser hombre, indica Luis, concluyente.

Se convierten en adultos, al menos en la dimensión física. Poseen fuertes músculos y crecidas barbas de dos o tres días, andan sudorosos y sucios, con el orgullo del trabajo rudo bien ejecutado. Las caras, los brazos, los cuellos y los torsos de Luis y de Cristóbal son ahora morenos por andar descamisados y sin sombreros; el sol mañanero llega hasta sus cuerpos incluso cuando trabajan bajo la densa capa de sombra del bosque. Su musculatura no ha cesado de crecer, más bien se destaca, dándoles una apariencia de fuerte plenitud. Ellos mismos saben que cada día son más capaces de llevar a cabo, a la perfección, las tareas que se les encomienden, cualesquiera sean los retos. Ya pueden concentrarse completamente en lo que hacen y en particular extraen cada vez más energía de sus cuerpos y sus mentes juveniles.

– Tal es el sentido formativo de estos trabajos, supongo yo, comenta Luis con su hermano Daniel y repitiendo una opinión compartida previamente con Cristóbal.

En Uxucurré preparan un nuevo cargamento de madera que será transportado a Cartago. Todos los hombres "grandes" o adultos, incluyendo a Daniel, acompañan esta remesa. Estarán en la ciudad diez días, porque deben colocar esa mercadería y además realizar gestiones y pagos en el banco y en la Gobernación.

Luis y Cristóbal no viajarán, han sido encargados de manejar la finca en ausencia de don Carlos y Daniel. Esta decisión complace sobremanera a los muchachos porque practican ser los jefes, aunque en realidad las operaciones en el aserradero permanecerán detenidas. También porque, al menos en el caso de Cristóbal, teme que:

— Si regresara ahora a Cartago, mis padres seguramente no me dejarían volver a Cachí, sino que tendría que quedarme en la ciudad y prepararme para cuando el colegio reanude las clases. No que no me guste el colegio, por supuesto que no, vos me conocés, Luis, ¿verdad?... Pero la cosa es que estoy disfrutando mucho aquí en la selva y aprendiendo cosas prácticas, muy importantes también. Además, de todas maneras no creo que en el Colegio de San Luis Gonzaga ya estén listos para empezar las lecciones. Sólo voy si mi tata\* me obliga.

Ha sabido que el Director de su colegio trabaja arduamente para reabrirlo tan pronto como sea posible. El nuevo presidente de la República, el tío de Chema, está ayudándole.

Por su parte, Luis tendrá que permanecer en Cachí hasta que acabe la temporada de aserrió, cuando empiece la parte más fuerte del invierno a finales de agosto o principios de setiembre y entonces resulte imposible hacer nada allí en "la montaña". Las operaciones serán retomadas a principios de la estación seca, a finales de noviembre o principios de diciembre.

Durantes esos días los supervisará Don Basilio, el papá de Manuel, visitando Uxucurré por lo menos una vez al día. Manuel y Mócata Úlkhal estarán con ellos permanentemente.

— Bajo ninguna circunstancia deben cortar o procesar madera. En otras palabras, no deben tocar ni las sierras ni la maquinaria. Del todo. En Absoluto, con A mayúscula, ¿me entienden?, dice don Carlos, haciéndoles prometer que cumplirán esas órdenes.

Tienen en cambio otras asignaciones, incluyendo una serie de trabajos en la casa y además sembrar árboles y plantas, construir un gallinero y un

(\*) Tata: padre, papá, abuelo.

pequeño estanque para patos. Los muchachos piden que, al regresar, les traigan un perro:

– Para que nos haga compañía, para que cuide el lugar y para ir de cacería, según detalla Cristóbal a Daniel cuando están al partir y éste se encuentra debidamente montado sobre su hermoso caballo bayo. Don Carlos sonríe ante la petición por el perro, interviene para decir que bueno, que sí, que claro, que un perro hace falta en Uxucurré. Pero no promete nada.

– Bueno muchachos –agrega– ¿entendieron todo?

– ¡Sí señor! –responden al unísono, Luis muy serio y Cristóbal mostrando una amplia sonrisa.

– No se preocupe, papá, –agrega Luis– nosotros sabemos cuidarnos y sabremos cuidar bien la finca. Dele un beso a mamá, de parte mía. ¡Hasta luego y que tengan un buen viaje!

Deben reforzar y extender las áreas que sirven de vivienda (construyendo paredes divisorias en el interior), y colocar una cañería de hierro de tres cuartos de pulgada para llevar agua al baño y a la cocina, eliminando las canoas de bambú y caña que se pusieron provisionalmente. Don Basilio los visita cada uno de los dos primeros días. Llega cerca de las 10 a.m. acompañado de una alegre y alocada tropa de gente menuda, niños y niñas que aparentemente no asisten a la escuela y que están a cargo de transportar los víveres para los muchachos de Uxucurré. El patriarca parece disfrutar sobremanera sus tareas de niñoero. Don Basilio y los menudos acompañantes salen de la finca pasadas las 11 a.m., para almorzar en sus casas.

Al tercer día don Basilio no aparece, los niños traen la comida y la ropa limpia y planchada que les prepararon las mujeres del pueblo.

Después de terminar las labores diarias los cuatro jóvenes conversan, generalmente derivando el tópico hacia la cacería, pues Cristóbal ha sido infectado por la enfermedad del cazador que ya antes se apoderara de Manuel y de Mócata. Cazar monos, cazar culebras, cazar palomas o chanchos de monte\*, tapíres, venados, comadreja, conejos y un gavilán o un puma, el más terrible felino de estas selvas.

– ¡Disparar para detener el ataque del puma que se ha lanzado sobre el campamento...!, dice uno de ellos.

(\*) Chanco de monte: cerdo salvaje; pecari

— ¡El puma que llega cuando la noche está totalmente oscura y no se puede ver nada, mientras que él, por ser gato, puede observar todo!, agrega Cristóbal.

Don Basilio los visita nuevamente al cuarto día. Temprano esa tarde, Manuel y Mócata salen con el propósito de pasar la noche en la selva, de la que regresan al día siguiente con un cerdo salvaje, el peligroso "chancho de monte", un animal impresionante para Luis y Cristóbal. Entre todos lo llevan al pueblo, sirviendo de ocasión para una comida comunal a la que asisten los cuatro. Luis y Cristóbal son tratados como huéspedes de honor. Pese a su resistencia se ven obligados a beber varios tragos de la llamada "chicha"\*, un tradicional licor de maíz.

Respecto al licor y al tabaco, Luis nunca bebe, alega los imperativos de ser futbolista. Claro que esto no es una excusa en esta sociedad costarricense y cartaginesa, en la que todo varón debe ingerir licor y fumar compulsivamente con otros hombres y en cualquier reunión social, sea o no futbolista. Pero Luis logra resistir la tentación, adoptando una política de beber un solo trago y de ahí en adelante negarse a tomar más. Dos veces ha tenido que pelear a puñetazos con sendos hombres que lo querían obligar a beber. Respecto al tabaco, en cambio, es tajante, no fuma del todo, opina que es una adicción casi imposible de dejar una vez que se adquiere.

— Ya te complací. ¡Carajo!\* ¿Qué más querés? ¿No te das cuenta que no quiero beber más?, le está diciendo en este momento a Manuel, quien pretende emborracharlo.

Continúa Luis:

—Lo cual no quiere decir que no sea tu amigo, ni que no me guste la bebida. Al contrario, me encanta la maldita chicha\* y también me gusta el whisky, seguramente porque mi mamá es de origen escocés. Pero me gusta más jugar fútbol y quiero hacerlo de la mejor manera. Tomando licor y fumando tabaco no puedo hacerlo. Ya lo he visto en otros jugadores, que por tomar y fumar no aguantan un partido entero a todo tren y a los veinticinco años deben retirarse.

(\*) **Carajo**: hombre. También exclamación.

(\*) **Chicha**: bebida tradicional de los pueblos indígenas americanos, elaborada a base de maíz masticado y luego fermentado.

## IV

Adicionalmente, y esto es algo que Luis se guarda para sí y que sólo conoce Cristóbal, pese a sus genes escoceses no es muy resistente y con tres tragos "me pongo a desvariar", como él mismo reconoce en privado ante su amigo íntimo.

En todo caso, a raíz de esta fiesta en el pueblo indio, los cuatro muchachos deciden que Cristóbal y Luis deben ir de cacería al bosque, quedándose a pasar la noche ahí.

Regresan a la finca pasada la medianoche, después de hacer y decir muchas tonterías, como sucede bajo los efectos del licor.

Cristóbal desarrolla una necesidad psicológica de convertirse en un cazador como Manuel y Mócata.

— Ya verán qué clase de cazador soy yo, ya verán que soy un hombre hecho y derecho, capaz de enfrentarme a cualquier animal de la selva, piensa en diferentes momentos cuando rumia estos anhelos. En algún sentido importante, esas urgencias resultan de querer superar o compensar la incomodidad de ser y sentirse "el menor" de los cuatro, pero justo en el momento de la vida donde está a punto de pasar a "mayor de edad". A ratos es niño, a ratos adulto, y muchas veces no sabe bien qué es.

Por su parte, no es el caso tampoco que Luis necesite de mucha persuasión para salir de caza. Es una actividad que le gusta, tiene bastante experiencia en ella para sus escasos veinte años.

Son los últimos días de junio y las lluvias han empezado a disminuir, señalando la llegada del corto veranillo de San Juan\*. Se puede estar a cielo abierto por lo menos dos horas más, casi hasta las 2 p.m. El 30 de junio de 1910 permanecen al descampado hasta las 4 p.m., cuando la densísima neblina se apodera de todo el espacio.

El 1 de julio emprenden la expedición de cacería. Manuel y Mócata vienen con ellos para mostrarles el lugar del bosque donde tienen construida una guarida secreta y para ayudarlos acarreando cosas. Deben subir por lugares muy empinados y cubiertos de densa vegetación durante más de una hora, cargando pesados bultos, entre ellos una tienda de campaña, hasta que llegan a un claro abierto por la caída de un gran árbol. Allí, Manuel y Mócata han construido un techo de palma colocado sobre una armazón de ramas, como a dos metros de altura y que abarca un área de unos seis metros

(\*) Veranillo de San Juan: Breve período seco, que ocurre generalmente a mediados del mes de julio.

cuadrados. La tienda de campaña que han traído será levantada debajo de esa techumbre.

Manuel quiere explicarle a sus amigos citadinos muchas cosas, desea mostrarles los lugares óptimos para atisbar animales. Pero Mócata tiene otra opinión e insiste en partir y dejar solos a los cazadores. Al poco rato, efectivamente, los dos muchachos indios regresan a la casa de Uxucurré.

Luis y Cristóbal están solos, rodeados por la quietud y el movimiento permanentes del bosque.

Durante la siguiente hora, con gran eficiencia y prontitud organizan el campamento. Salen finalmente a cazar al ser las 2.45 p.m., y a las 4.09 p.m., cuando ya las nubes y nieblas empiezan a reducir la visibilidad, una bala del rifle de Luis acaba con una gran paloma de monte:

- ¡La mejor carne que se puede cazar en la selva!, afirma el tirador.
- ¡Qué buen tiro, hombre!, exclama Cristóbal.

Reconoce la buena puntería de su amigo pero también siente un poco de envidia, porque él no ha logrado cazar nada. Y necesita cazar. Es un rito de iniciación que busca y desea experimentar. Cristóbal tendrá éxito en este nuevo reto de su largo camino para ser un varón hecho y derecho, los dos lo saben perfectamente. Luis siente que ha venido para apoyar y apadrinar a su compañero. Por eso en realidad no están preocupados, aunque sí nerviosos. Buscando superar sus miedos, transforman el asunto en una gran broma, un punto de partida para que sus imaginaciones planteen aventuras muy atrevidas, nuevas, grandes:

– Muy probablemente, mañana por la mañana será tu día. Ya verás que no me equivoco, Cristóbal, debés creermelo y tenés que tener confianza en lo que te digo, señala Luis para consolar a Cristóbal.

– Bueno, sí, ciertamente –responde éste, sarcástico–, el más elemental cálculo de probabilidades indica que mañana debo tener mayor oportunidad para cazar algún animal, porque ahora esta bendita neblina ha terminado con todo.

Así, quiere cargar la responsabilidad de no haber cazado hoy, no sobre Luis, quien no le ha permitido tirar a la paloma, pero tampoco sobre su bisoñez, sino más bien sobre las inocentes y espesas nubes que ya han atrapado al bosque y que los obligan a caminar rápidamente de regreso al campamento.

#### IV

Luis prepara una cena donde la paloma será el principal plato. Las nubes se hacen más densas; oscurece notoriamente y con rapidez. El bosque entero se detiene. Las aves cesan sus cánticos y las imitan enseguida los insectos, mientras que el viento andará por algún otro lugar.

– O se fué a dormir temprano, de acuerdo con Cristóbal, en un susurro.

Nada se mueve, no se puede ver más allá de unos cinco o seis metros de distancia.

Los dos jóvenes también suspenden lo que hacen y por algunos minutos están quietos y callados, convertidos en simples habitantes de la tranquila floresta.

Luego continúan sus labores porque es necesario tener todo preparado para cuando no se pueda ver nada. Mientras Luis termina de cocinar, Cristóbal coloca bajo cubierto la leña que temprano sacaron al sol y también revisa que las cosas estén bien empacadas, debidamente acomodadas y protegidas.

– Cazaremos un puma mañana, dice uno.

– Le disparamos al puma justo en el momento en que salta para atacarnos, responde el otro.

– O a lo mejor se trata de una serpiente grandísima, agrega aquel.

Las nubes están tan apretadas que empiezan a condensarse, primero como gotas que se forman sobre los troncos y las hojas de las plantas. Es una humedad que aparece ahora también sobre sus rostros y ropas cuando no están a cubierto. Luego empieza la verdadera lluvia, inicialmente ligera pero después se precipita con fuerza durante un muy largo rato. Al cabo va decayendo hasta casi regresar al mundo de la pura neblina, para volver a empezar a crecer y aumentar hasta convertirse en torrencial. Pasado algún tiempo vuelve a decaer y más adelante aumentará otra vez, en sucesivos ciclos que se prolongarán hasta bien entrada la noche.

Con las últimas luces del día y ya casi incapaces de observar claramente incluso las cosas más cercanas, al calor del fuego que ha encendido Luis se comen la cena, la paloma efectivamente está sabrosísima aunque no representa una cantidad de carne suficiente para colmar el hambre de dos robustos jóvenes. Ingieren tortillas con frijoles y dos tamales de carne de cerdo, hasta sentirse llenos. El aguacero arrecia y deciden entrar a la tienda de campaña.

El interior de la tienda huele a lona húmeda y está muy oscuro, pero no encienden todavía la lámpara porque quieren reposar unos instantes y recapitular, cada quién, los acontecimientos del día y la sensación de vida y descubrimiento que esta expedición les suscita.

Encienden una lámpara de querosén después de quince minutos. Afuera la oscuridad es ya total, deben ser bien pasadas las 6 p.m. Como tienen costumbre de levantarse a las 5 a.m. y de acostarse generalmente a las 7 p.m., están deseosos de dormir. Luis se levanta y sale para examinar el campamento y orinar. Cristóbal también sale y orinan juntos, lanzando sus fuertes chorros hacia la lluvia que no cesa de caer.

Regresan a la tienda. Luis se quita la camisa. Cristóbal hace lo mismo. Deciden que, por encontrarse en la montaña deben hacer como las criaturas del bosque, que no usan ropa. Pero no se desnudan completamente por precaución de lo que pudiera ocurrir. En medio de carcajadas y bromas se meten bajo las frazadas, sintiéndose muy liberados porque sólo llevan puestos sus calzoncillos y los calcetines.

Conversan un poco más. Apagan la luz.

– ¡Estoy helado!, ¿ves?, dice Luis, al mismo tiempo que, a propósito, coloca tres gélidos dedos de su mano derecha sobre el pecho de Cristóbal.

– ¡AYYY CARAJO\*! ¡IDIAY\*! ¡ESTÁTE QUEDITO!, replica Cristóbal, molesto y sobresaltado por el frío tacto.

De forma espontánea, a la vez Cristóbal mueve con fuerza una de sus piernas y empuja las de Luis. Empiezan a luchar y golpearse livianamente, bromeando. Se ponen tontos y burlones. Cristóbal trata de dominar a Luis y amenaza con morderle la nariz:

– ¡Soy el poderoso y feroz tigre que se comerá tu cara!

De ordinario, expresiones como esas se detienen a los pocos minutos, pero esta noche ambos insisten en continuar. El resultado lógico es que se van calentando, "encalorizando", algo ciertamente muy apreciado aquí en la fría montaña de las estribaciones talamanqueñas septentrionales.

---

(\*) Carajo: hombre. También exclamación.

(\*) Idiay: expresión para significar "¿qué hay?"

Suspenden la diversión un momento pero pronto otra vez se agarran, se hablan y empujan el uno al otro, empleando brazos, piernas, cabeza y el resto del cuerpo y sobre todo la maña y la obstinación por el jolgorio y el atrevimiento.

Algo nuevo y especial sucede entonces. Mientras desarrollan esos juegos Luis, de pronto, se detiene y suspira profundamente, de una forma que ninguno de los dos le ha conocido antes. Con ternura deja que su cabeza descansase sobre el pecho de Cristóbal, cerca del cuello. Luis se siente tranquilo y descansado y le gusta esa sensación de bienestar que recibe de Cristóbal.

Al principio, Cristóbal no le encuentra sentido a lo que hace su amigo. Pero como nunca quiere quedarse atrás en nada, se está completamente quieto, sin mover un músculo y también sin decir nada. Busca entender qué quiere hacer Luis, para entonces seguirlo. Pronto se percata de lo que es. Algo sencillísimo: también se relaja como Luis, lo siente allí a su lado, casi acostado encima suyo, transmitiéndole bienestar y ternura. Abraza a Luis. Los dos se abrazan largamente y con mucha fuerza.

Cada quien siente que su compañero está excitándose sexualmente. Pero la idea de separarse no emerge en sus cerebros, tal vez por la misma excitación y porque ninguno sabe qué es lo que están haciendo y lo que van a hacer. Más bien empiezan a acariciarse: brazos, espaldas, cuellos. Sus labios y lenguas rozan y prueban las mejillas, los ojos, las orejas, las narices, los labios y las lenguas. Sus penes ya han crecido bastante pero están en incómodas posiciones dentro de los calzoncillos. Cada uno agarra el pene del otro teniendo al calzoncillo de por medio y lo coloca de manera que no incomode o duela. Cristóbal deja su mano sobre el pene de Luis, lo aprieta y lo suelta. Le quita la ropa interior. Luis hace lo mismo con Cristóbal. Frenéticos, se desprenden también de los calcetines y quedan desnudos absolutamente, con una nueva desnudez, desconocida, pues va acompañada de erecciones totales, universales, abrumadoras. Vuelven a abrazarse. Los penes siguen erectos, están a cual más duro, sus mentes avanzan sin límites por la anticipación del placer que el mismo deseo potencia.

El abrazo es intenso, exploran el contacto y el movimiento entre cada parte de sus cuerpos, mientras van acariciándose con las manos, y se besan. Yacen uno encima del otro, por turnos, agitándose, ambos buscando el orgasmo con desesperación. Latido a latido se aproxima el clímax formidable, que culmina en estallidos de líquidas semillas masculinas sobre sus estómagos y entrepiernas. Los dos enloquecen ante la intensidad y agudeza de las sensaciones; se abrazan con suma fuerza, como si cada uno quisiera

meterse en el cuerpo del otro; galopan desbocados en medio de una correntada de amante coloquio. La vigorosa y joven riada seminal recorre sus cuerpos y culmina en sus penes, espasmódicamente. Es el gozoso tránsito de dos varones al amarse.

En el mismo momento en que empieza a decrecer la intensidad porque se ha entregado todo y se ha recibido todo, la comunicación amorosa se ve arrastrada por otra corriente, tan fuerte como la orgásmica pero construida con anhelos y distancias posibles e imposibles.

Se aman y entienden y sienten que se aman, aunque ni Luis ni Cristóbal puedan aún articularlo o pensarlo con claridad. Pero tal es el significado de esto. Una vida de amor y una amorosa vida se les ofrecen como posibilidad real. Pueden echar a perder todo, por supuesto. Mas Luis y Cristóbal no arruinan ni permiten que nadie destruya su amistad. Aprovecharán la extraordinaria oportunidad, pues desde ahora, inconscientemente, cada uno tiene la disposición de aceptar ese regalo del mundo y Dios.

Todo lo cual motiva que Cristóbal de pronto vea una imagen en su mente, tomada de lo que aprende en el colegio y que al punto expresa en voz alta:

— Un alma en dos cuerpos, eso es la amistad. Eso somos nosotros.

Luis sólo responde con un —¡Ajá!—, a la vez que aprieta más fuertemente a Cristóbal.

Sin embargo, en caso que alguien les preguntara si se debe aceptar esa promesa de vida amorosa conjunta a la luz de un juicio moral que condene las relaciones sexuales entre varones, probablemente no entenderían bien la cuestión, estarían sorprendidos de que se les pudiera considerar, a ninguno de los dos, carentes de hombría. Sin duda rechazarían tajantemente, y con razón, ser femeninos o afeminados; los dos saben que son muy machos y nunca han querido ser mujeres o parecidos a las mujeres. Al contrario, quieren asemejarse lo más posible a una idea de varón que, en estos tiempos de principios del siglo XX, incluye la superioridad absoluta sobre las hembras y sobre la naturaleza, y la primacía entre los hombres mediante la fuerza viril, la nacionalidad y el dinero.

Pero nadie les está preguntando nada ni ellos mismos se hacen estas preguntas, todavía. No tienen completa conciencia de sus acciones. Más importante aún, no quieren ni pueden ponerse límites de ningún tipo. Su deseo por

comunicarse entre ellos les hace rechazar cualquier consideración moralista, así como la cobardía de evitar explorar este nuevo mundo amoroso.

Nada ni nadie podría detener o reducir la sabiduría y el placer supremo de su amorosa amistad. Es poderosa, persuasiva. No les deja levantar defensas ni excusas; no quieren excluir nada. Hondo en sus corazones, los dos saben y sienten que deben amarse.

Mas seguramente después, cuando acaben la noche y la cacería, tendrán que enfrentar los límites de la moralidad y de la sociedad. Allí, sin embargo, están incluidas unas curiosas y secretas tradiciones costarricenses que ni Luis ni Cristóbal conocen aún, pero que darán nuevos significados a sus relaciones. Después de todo, ¿no es que ellos dos se deben querer como hermanos y socios? Eso es lo menos que la gente les dice y los anima a ser. Es lo que sus familias quieren de ellos. Y además, ¿qué otra cosa podría esperarse de dos muchachos saludables e inteligentes que están desarrollando entre ellos una gran amistad? Por lo menos aquí, en esta Costa Rica de 1910 no se puede esperar nada distinto. Y, al contrario, es predecible lo que acaba de ocurrir, eso que todos reconocen en similares relaciones de amistad y sociedad, aunque nadie hable de ello abiertamente.

Descansan un momento, perdidos en maravillosos mundos de sensaciones extáticas. Cristóbal tiene la parte superior de su cuerpo sobre el pecho de Luis, sus piernas entreveradas. Por un momento abren los ojos y miran hacia afuera de la tienda de campaña. La lluvia se ha detenido, la niebla continúa pero parece menos espesa, la luz de la luna intenta verlos y quiere tocarlos.

De nuevo cierran los ojos. Otra vez regresan al mundo del tacto puro. Vuelven a excitarse y reemprenden la grata avenida del placer. En esta oportunidad Luis hace que Cristóbal se acueste boca arriba y empleando sus manos le produce un gigantesco orgasmo. Luego, es él quien se acuesta boca arriba:

— Ahora hacéme lo igual a mí, le pide a Cristóbal.

Después de este segundo éxtasis, manteniéndose abrazados y bien envueltos con las cobijas, deambulan por los jardines del sueño.

Luis despierta cuando siente incomodidad. Suda copiosamente al igual que Cristóbal. Primero oye un cuyeo\*. Luego, contra la quietud del mundo,

(\*) Cuyeo: ave nocturna de cola blanca (*Nyctidromus albicollis*), de la familia *caprimulgidae*.

un ronroneo y un breve y característico estornudo se escuchan con nitidez. Al instante sabe lo que pueden significar, con fuerza cubre con una mano la boca de Cristóbal y le dice al oído que se esté totalmente quieto porque afuera hay un gran gato de la selva.

– ¡PUTA!, ¡CARAJO!\*, tratan de articular los labios y la lengua de Cristóbal, pero no puede decir palabra porque la mano de Luis se lo impide.

Cristóbal sólo tiene que extender su brazo izquierdo menos de medio metro para alcanzar el rifle. Con la otra mano le indica a Luis que lo suelte. Luis también toma su rifle. Al moverse no pueden evitar llamar la atención del felino. Es un puma macho adulto, que ha estado husmeando por el campamento durante los últimos diez minutos, atraído por el olor de los huesos de la paloma montaraz.

Es un felino curioso. Por los ruidos que oye se aproxima a la tienda, la toca con una de sus patas delanteras. Luego pone las dos manos contra una pared de la tienda y saca las uñas, empieza a rasgar la tela a la vez que, por el peso del animal, la tienda se inclina y amenaza con caerse. Luis y Cristóbal están muy asustados. Luis abre la parte superior de la puerta de la tienda, saca por ahí el cañón de su rifle y apuntando hacia el cielo hala el gatillo dos veces.

Las explosiones aterrorizan al animal, que salta y huye corriendo, aunque no se aleja mucho al principio pues se trata de una criatura completamente salvaje, ignorante del terrible poder destructivo de los hombres.

Los muchachos encienden la lámpara de querosén y salen desnudos como están, con los rifles en sus manos y debidamente listos, escrutando los alrededores. Tratan de hacer un gran escándalo, gritándole al animal:

– ¡OOHHHHHH, VÁYASEÉÉÉÉ! ¡Váyase a su casa porque si no estos dos valientes te vamos a herir o a matar! ¡Querido puma! ¡VÁAYYAAS-SEEEE! ¡HUUUUUUUU!, ¡AAAAAAAAAAAAA, UUUUUUUUU!

Al mismo tiempo, hacen varios disparos adicionales –no muchos porque tampoco se trata de desperdiciar las municiones–, que terminan de alejar al animal.

---

(\*): Carajo: hombre. También exclamación.

#### IV

Ponen más leña en el fuego, colocan frazadas sobre sus hombros, beben un poco de aguadulce\* caliente y comen algunas galletas. Están sentados cerca del fuego y cerca cada uno del otro, preguntándose si se encuentran bien, si todo estará bien, si el animal volverá...

– ¡No!, ¡qué va! Ya con el escándalo que hicimos no creo que tenga muchas ganas de regresar por aquí, asegura Luis.

Permanecen así durante más de media hora, atentos a lo que sucede en la selva y comentando el suceso. Después examinan los daños –que no son graves–, reacomodan la tienda y regresan a sus lechos, asegurándose bien de tener a mano la lámpara y los rifles así como las botas, porque si hubieran estado en una verdadera emergencia y descalzos como han andado, su situación hubiera sido precaria.

Pero tan pronto yacen en la cama en medio de la oscuridad completa, regresan a las caricias y los abrazos. Esto trae consecuencias que los dos ya conocen y desean. Ambos tienen grandes erecciones. Sus labios están inflamados y sus tetillas, penes, testículos y culos, mantienen diferentes estadios de agradable tumefacción, resultado del prolongado ritual erótico que han venido cultivando intermitentemente por varias horas.

Esta tercera vez su amor los conduce a una exploración con las bocas y las lenguas. Culminan en un orgasmo oral, recíproco y simultáneo. Ha sido lo más placentero que ninguno de los dos haya experimentado en toda su vida. Les ha gustado mucho, pues la humedad y destreza de las bocas y la agilidad de las lenguas superan lo que puedan hacer las manos:

– Que sin duda tienen más habilidad, pero que están secas, comenta Luis.

Durante mucho tiempo esta será su manera predilecta de amarse, no explorarán los ritos anales sino varios años más tarde, cuando puedan enfrentar los dilemas de poseer y ser poseídos sexualmente. A estas edades de la temprana adultez, Luis y Cristóbal se encuentran más que satisfechos, y más bien deslumbrados, con lo que tienen y lo que hacen.

El último encuentro amoroso llega muy profundo en sus corazones. Alcanzan los ámbitos que a partir de entonces serán el hogar y el sentido de sus dos vidas.

(\*) **Aguadulce**: bebida muy popular a base de agua (caliente o fría) en la que se disuelve azúcar morena de panela.

Sin embargo, ahora sí realmente han quedado exhaustos. Por eso sin mucha demora enseguida andan viajando de nuevo por los paisajes del sueño, sin nunca dejar de abrazarse.

Transcurren varias horas.

Es la última parte de la noche, el amanecer empezará aproximadamente dentro de una hora. La luna se ha ocultado detrás de las montañas. Todo queda oscuro. Luis sueña que salta y que cuando alcanza el punto más alto sus ojos se abren y claramente puede ver allí, en la noche de la jungla, dos brillantes puntos amarillentos que al punto comprende pertenecen al puma.

Ya no está soñando. Sus ojos efectivamente se abren y mira hacia afuera. Allí están los dos puntos amarillos del sueño, terribles y astutos faros. Silenciosamente alcanza su rifle y con cuidado apunta a esas dos luminarias que continúan mirándolo desde una distancia de casi veinte metros.

El disparo no hace mucho daño a los dos puntos luminosos, simplemente porque no se trataba de los ojos de un felino salvaje, sino de engañosas luciérnagas posadas sobre algún tronco.

Cristóbal se despierta al instante de sonar el disparo, muy sobresaltado.

Entonces, los dos muchachos claramente escuchan cómo, desde el otro lado del campamento, es decir, por el lado de atrás de la tienda de campaña, algo que tiene que ser un gran animal salta y escapa corriendo sin que puedan verlo.

## *CAPÍTULO QUINTO:* **EL AMOR ES COMPARTIDO Y ES COMÚN Y POR ESO NO ES PECADO**

Duermen profundamente.

Sus ritmos vitales han sido alterados por nocturnas y poderosas emociones. El puma y la insistente e irrefrenable sensualidad se combinan en esos sueños: imaginan y sienten un peligro mortal que deviene terso, sagaz y acariciante. Luego crece una necesidad de excitación, nacida de la misma tersura peligrosa. Aumenta en intensidad cada vez más hasta brotar explosivamente como una nueva estrella, en un orgasmo universal de millones de falos totalmente tensos que lanzan chorros estelares, espasmos de luz, dulces jugos de luz..., luz...

La luz del sol cae directamente sobre la cara y los ojos de Cristóbal. Despierta, observa a Luis, examina la tienda, el mundo exterior. Con extremo cuidado se aparta de su amigo para no despertarlo, se levanta y sale.

Tiene una sensación de permanencia estando allí desnudo en el corazón de la montaña salvaje con su amigo, cazando y:

– Haciendo esos juegos eróticos que no podemos controlar, dice en voz alta pero para sí mismo.

– ¿Que no queremos controlar?, agrega, mentalmente.

Con agua de lluvia recogida en una pequeña palangana, se lava la cara, el estómago y sus genitales donde tiene adherida una capa casi transparente de semen seco (también le cayeron grandes gotas en un hombro), y finalmente las manos. Regresa a la tienda para meterse en unos calzoncillos nuevos, de lino blanco, y encima de ellos un pantalón limpio de tela army color caqui, especial para la ocasión. Tiene preparada una camisa del mismo color. Termina de colocarse el resto de la ropa, incluyendo calcetines nuevos, sus ahora embarraladas botas turrialba\*, cinturón grueso con portapuñal, y un sombrero color verde boñiga oscuro. Examina y prepara adecuadamente las balas, el rifle, los fósforos, el puñal, la brújula, y su reloj de cadena bien agarrado del cinturón, guardado en una pequeña bolsa especial que tienen los pantalones.

(\*) **Botas Turrialba:** botas de cuero que llegan hasta casi la rodilla, muy utilizadas para montañear y que por alguna razón llevan el nombre de esta ciudad cartaginesa.

Luis sigue durmiendo o por lo menos eso decide simular, porque prefiere quedarse en la somnolienta irresponsabilidad de un día de descanso. Inevitablemente ha notado los movimientos de Cristóbal al separarse de su abrazo. Y luego, ya más cercano a las esferas de lo consciente, con los ojos cerrados sigue a Cristóbal cuando se viste y alista para salir, utilizando el oído, un sentido que los dos muchachos tienden a privilegiar en esta fase de sus vidas. Luis intuye que Cristóbal, en esa cacería a la que se dirige, misteriosamente se transformará en varón adulto, por la energía mágica que produce matar un animal salvaje. Se convertirá en guerrero conquistador del mundo y podrá acompañarme en plano de igualdad, que es lo que yo necesito, para que supere muchas chiquilladas que tiene todavía, piensa.

Luis recuerda, ensueña y sueña su primera cacería en la selva cuando tenía dieciséis años, en los bosques de Chicué, cerca del volcán Irazú. Mas luego el viaje onírico se llena de agitación y tormento, extraviado por desconocidas rutas de las que empiezan a brotar imágenes terribles, surgidas de insondables ámbitos psicológicos. De un tiempo y de un lugar donde va desnudo y con apenas un puñal en la mano, atento avanzando por el bosque, en noche oscurísima y con absoluto sigilo, buscando cazar su primer animal salvaje, pero de la caza verdaderamente mayor, que es la persecución del hombre convertido en animal, el esclavo, inteligente y rebelde a quien él debe matar para probar que ya es un hombre y miembro del grupo de los libres, es decir, de los señores guerreros... Como castigo, cargará eternamente la conciencia del asesinato, y en determinadas noches de luna llena quedará convertido en un ser sin sombra, poseído por el Padre Lobo: el Lobo que se aproxima para atacarlo... Luis despierta sobresaltado, encontrando el profundo silencio que sostiene la música del bosque, así como un sol esplendoroso y caliente y la ausencia de su compañero.

Cristóbal observa cuidadosamente los alrededores del campamento, encuentra y sigue las grandes huellas del puma por el lado norte hasta que se pierden en las rocas cercanas. Después explora por el lado del este, donde para su gran sorpresa descubre otras huellas de felino, solamente que distintas, ya que éstas son más pequeñas. En un primer momento concluye que será un segundo puma, pero le quedan dudas:

— ¿Por qué un animal provino del lado norte y el otro del oriente? ¿No sería más lógico pensar que dos animales del mismo tipo andarían juntos? Además, me parece que la configuración de las huellas es diferente, pero

claro que esa diferencia podría resultar simplemente del menor tamaño o género del animal.

Decide seguir ésta pista porque conduce a la quebrada.

– ¡Ahora es cuando resulta más evidente la necesidad de un buen perro, pero por supuesto los grandes no están aquí para poder decirles!, piensa, alistando un nuevo argumento para conseguir el deseado can.

– Un perro seguiría fácilmente las huellas porque las va oliendo, mientras que nosotros humanos sólo podemos seguirlas con los ojos, dice en voz alta como si su papá o Luis, o ambos, estuvieran ahí junto a él.

Alcanza las orillas de la quebrada. El agua transcurre saltando por un lecho de rocas, tres metros más abajo del nivel sobre el cual está parado Cristóbal. La pista del segundo felino también se pierde en las infinitas piedras de variados tamaños, colores, texturas y formas. De todas maneras, decide seguir la quebrada corriente arriba para ver si tiene suerte. ¡Y suerte tiene, por cierto!

Es como si este muchacho fuese hijo predilecto de los espíritus del bosque. Al cabo de media hora de escalar contra el sentido del agua llega a un punto donde debe encaramarse sobre una piedra y, en medio del esfuerzo por subirse en ella, de pronto observa un hermoso jaguar a unos cinco metros de distancia, desde donde, a su vez, el animal lo mira a él con curiosidad.

Es también un felino inocente que no aprendió a temer a los hombres porque nunca antes había estado cerca de ellos. Por eso no puede reaccionar rápidamente, cosa que en cambio Cristóbal, su victimario, lleva a cabo con maestría y serenidad calculadas.

El muchacho suspende sus movimientos, quedando en una posición incómodísima, porque de la cintura para arriba está sobre el borde de la piedra y de la cintura para abajo cuelga, sus piernas sólo tienen de apoyo el aire y todo el peso y el equilibrio de su cuerpo descansan en el estómago y la parte superior de las piernas. Desde esa difícil posición prepara su arma, apunta y dispara, certeramente matando al desdichado jaguar, primero con una bala dirigida al centro del pecho y luego con otra más, al lado izquierdo del pecho y cuando el animal ya va cayendo.

— ¡UN PUMA NO, UN JAGUAR, SÍ! ¡UN JAGUAR! ¡YO CRISTÓBAL!... ¡LUUIIS, MATÉE UN JAGUAAAR!, grita desafortadamente dando saltos alrededor del animal muerto. Está poseído por una excitación salvaje, una sensación explosiva y otorgadora de sentido y de poder, al superar y vencer el peligro de la muerte. Es un hombre grande ya, hecho y derecho.

— ¡QUÉ LES PARECE SEÑORES, YA SOY ADULTO, MACHO ADULTO, ASÍ QUE DE AHORA EN ADELANTE SE ME TRATA CON RESPETO! GRACIAS, grita, como dirigiéndose a todos los varones adultos de Cartago y del mundo.

Y justamente como adulto que se siente, después nace en él la curiosidad por su presa magnífica, pues el tamaño y el poderío de su hombría tienen una relación directa con las dimensiones y la fortaleza de la pieza cazada. Observa de cerca la fiera, la toca para realmente compenetrarse con el animal. Se maravilla de la tersura de la piel blanco amarillenta y con manchas casi negras, así como del tamaño de las uñas y los dientes (— ¡FUIII, que si lo agarra a uno con tales armas definitivamente lo mata!). Entonces le brota una tristeza melancólica, una pena sorda e infinita por esa muerte sólo necesaria para su vanidad de macho prepotente y desquiciado por la lujuria de la posesión, y por ser él mismo el agente asesino. Después, sin embargo, llega a concluir que:

— Esta muerte me da vida a mí. Como cualquier otra vida en la naturaleza, el jaguar ha muerto para que otra vida pueda continuar; el espíritu del jaguar ahora me pertenece, habita en mí. ¡Yo soy el señor del jaguar!, ¡yo soy el Jaguar! Ese es el sentido ritual que tiene mi cacería de hoy. ¡Pero es UN JAGUAR!, es maravilloso, es un espléndido espíritu para respaldar y apoyar el mío. Seguramente es que yo soy como el jaguar, jaguarhombre y Luis en cambio ¿podrá entonces ser como el puma, hambrepuma? Por el momento, después de todo, lo único que ha cazado ha sido una tierna paloma que jamás se va a comparar con un jaguar, en cuyo caso Luis sería apenas un débil hombrepaloma. ¡Verdaderamente! ¡Somos iguales porque te puedo ganar en algunas cosas, Luis, como en ésta del jaguar y la paloma, porque toda la vida vas a tener que soportar que a veces te recuerde aquella oportunidad cuando YO CACÉ UN JAGUAR, SOLO EN LA MONTAÑA!

Cargar el animal y llevarlo al campamento no es nada fácil, pesa como 100 kilos en la imaginación de Cristóbal y realmente un poco más de 49 kilos.

Mientras tanto, Luis ha despertado con sobresalto de su pesadilla fratricida, notando la ausencia de su amigo y asumiendo que salió a cazar. No tiene ninguna prisa, al contrario. Decide esperarlo una hora más y si no ha vuelto entonces, él también irá al bosque. Se ha vestido y ahora termina de beber un sabroso café que recién chorreará\*. Por un instante le parece escuchar disparos y un grito..., pero no, no se repite..., mas pudo ser. Y luego, como treinta minutos después, entonces sí claramente escucha la voz de Cristóbal que grita, —LUHSSS, LUUHSSS, de una forma nueva, extraordinaria. Luis inmediatamente se exalta por tales voces. Intuye en el grito de Cristóbal el sentido mágico del acontecimiento. Tiene un escalofrío. Rápidamente se dirige hacia donde se originan las voces cristobalinas.

Luego, cuando puede ver y examinar al jaguar, Luis queda efectiva y ampliamente convencido e impresionado ante la pieza capturada por Cristóbal, a quien con nobleza, con sinceridad y alegría otorga:

— ¡EL TRIUNFO! ¡El triunfo que Su Eminente Cazador se ha ganado con magnífica gallardía!

Luis repite esto una y otra vez cuando van hacia el campamento, marchando con pasos grandes y procesionales, cargando juntos al animal. Nunca por supuesto buscó Luis enfrentarse con Cristóbal, ni éste con aquel. Luis tenía muy claro su papel de padrino y por eso mismo orquestaba la celebración de la caza de Cristóbal, con su amigo en el centro protagónico. Por eso es el mismo Luis quien trae a colación comparar su paloma con el jaguar de Cristóbal, destacando la inmensa diferencia de poderío que existe entre una y otro. Su humillación y derrota sirven para exaltar aún más el triunfo de su compañero y él, Luis, así lo quiere, creyendo que con esto Cristóbal se afirmará mejor en la vida y en su amistad.

Lo que siguió es historia conocida. El impacto de la noticia en Manuel y Mócata y en la aldea de Cachi•, donde ceremonialmente presentaron el animal como ofrenda al santo del lugar. Luego, allí mismo van a quitarle y a curar su piel y su cráneo, para ser devueltos a Cristóbal al cabo de seis meses. El resto lo consumirán los sukias\* que realizan esos trabajos. La aldea

(\*) **Chorrear café:** preparar el café, colándolo a través de una bolsa de tela.

(\*) **Sukia:** sabio, brujo o shaman de las tribus indígenas costarricenses de origen sudamericano.

solamente retiene uno de los colmillos superiores: pasa a engrosar un collar fabricado con los colmillos de otros jaguares, que cuelga sobre el pecho del santo del lugar y que en ciertas ocasiones el jefe de la comunidad también puede lucir. En Cartago igualmente, la noticia de la caza del jaguar hizo de Cristóbal una leyenda, otorgándole al instante el rango de adulto, aunque claro que en su casa no lo considerarán así sino hasta que por lo menos termine su bachillerato en el colegio y hasta que oficialmente cumpla los veintiún años de edad. En cambio, si quiere puede convertirse en persona mayor, en ciudadano costarricense de plenos derechos, entrando al ejército o casándose antes de cumplir los veintiuno. Es porque las fuerzas armadas y el matrimonio son instituciones privilegiadas aquí en Cartago y en este mundo de 1910.

En los días que siguen, Luis y Cristóbal no vuelven a salir ni a cazar ni a amarse. Esto último no es objeto de ningún comentario ni de ninguna conversación entre ellos. Simplemente le lanzan encima un gigantesco silencio. Lo cual ahora no es todavía serio, porque están solos y en lugar nada urbano. Han dejado abierta la expresión de tendencias y voliciones que no pueden ni quieren controlar, pero no encuentran medios para expresarlas en su conversación. Por esos motivos no pueden evitar comunicarse muchos anhelos, recelos y deseos utilizando lenguajes no verbales, por ejemplo cuando sus miradas se cruzan estando desprevenidos. En esas oportunidades descubren dudas y deseos del uno en el otro. Empieza a generarse en ellos y entre ellos una inquietud, un extraño clima de ansiedad.

Andan un poco separados también. Cristóbal ahora se va solo a la montaña, para pensar. Luis trabaja en la huerta en sus ratos libres.

A principios de julio llegan importantes noticias de Cartago que ponen fin a esta situación. El Colegio de San Luis Gonzaga reabrirá sus puertas a partir del 21, de manera que Cristóbal ha de regresar inmediatamente para hacer sus preparativos de estudiante. Además, don Ricardo Jiménez Oreamuno\*, el tío the Chema, ya ha estado durante mes y medio en la presidencia de la República y Luis debe:

"Comunicarse con Chema porque hay buenas posibilidades de que el gobierno le ayude en sus estudios en Inglaterra", según le escribe su padre en una carta.

— Tengo que volver a clases, anuncia Cristóbal.

– Y yo tengo una buena posibilidad de que me den la beca para estudiar en Inglaterra, complementa Luis, quien al punto indica con inocente malicia:

– Ya sabés que yo tengo que quedarme aquí trabajando en el aserradero, y vos tenés que estar en Cartago para ir al colegio. Pero creo que tengo derecho a hacer visitas cortas a Cartago, y vos tal vez podrías también venir de vez en cuando. Ahora, te voy a acompañar para que no volvés solito al colegio. Me voy con vos a Cartago y me quedo el fin de semana para conversar con Chema el asunto de la beca esa. El lunes de madrugada me regreso para estar aquí al mediodía. ¿No te parece justo? ¡Nada va a pasar en el aserradero porque yo no esté aquí dos días!

– Bueno, está bien. Nos vamos el viernes, entonces, concluye Cristóbal.

Ya durante el camino de regreso las sensaciones de ansiedad y disgusto empiezan a crecer. A partir de la llegada a Cartago prosperan rápidamente. Les parece que llevan escrita sobre sus rostros la historia del ilícito amor. Sienten que las gentes, de alguna misteriosa manera han llegado a saber de sus "cosas malas". Para no creer que Luis y Cristóbal son dementes paranoicos, basta con reconocer que en Cartago y en este 1910, en público se conspira colectivamente para destacar la inconveniencia y la repugnancia que tienen y que deben tener los cristianos decentes y verdaderos, respecto a las relaciones eróticas entre varones. Pero otra cosa es lo que pueda suceder en privado. Ahí nadie se mete, nadie comenta nada y nada nunca ha sucedido mientras no se pueda probar.

Adicionalmente para Cristóbal, otra vez estudiante, en su clase de biología el tema sale a colación cuando el profesor retira del aula a las señoritas y conversa con los muchachos de hombre a hombres. El profesor habla del tema completamente serio, mientras los estudiantes se agitan, escuchándose entre ellos nombres de compañeros, frases vulgares como "¡Rico papá!" y groseras manifestaciones interactivas de "¡Soltame la picha\*, cabrón! ¡PROFESOOOR, ME ESTÁN AGARRANDO LOS GÜEVOS\*...!"

La culpa es agobiante. El sentido de pecado y contaminación atormenta a Luis y a Cristóbal porque surge al lado de sensaciones de plenitud.

Sin embargo, la culpa tiende a ganar la delantera ahora, crece con cada instante. Porque no descargan esa culpa, no hablan de ella, no saben cómo hablar de esas cosas.

(\*) Güevos: testículos.

(\*) Picha: pene.

Pero al menos están completamente de acuerdo en algo: si no van a hablarlo entre ellos, mucho menos hablan ni hablarán del asunto con nadie más.

Cartago continúa en ruinas pero también hay gran actividad de reconstrucción. El negocio de las familias Velino y Silvestre prospera con inusitado vigor, el terremoto resultó una mina de oro para quienes, como ellos, se dedican al negocio de la construcción. Además, en la ciudad las gentes no sólo ponen la mejor cara que pueden, sino que honradamente sienten que se trata de volver a nacer, de volver a empezar. Ayuda mucho para esto, que un hijo dilecto de la noble ciudad, Ricardo Jiménez Oreamuno\*, sea el presidente de esta república centroamericana.

El gobierno y el país con él, se empeñan en ayudar a que Cartago se recupere. Grandes contingentes de hombres trabajan rehaciendo las calles y las aceras en un amplio cuadrante, utilizando los materiales de las edificaciones derrumbadas por el terremoto. Pero muchas familias se ven obligadas a continuar viviendo en tiendas de campaña y en ranchos. Además, cada día entre tres y cinco familias dejan Cartago, emigrando a diferentes lugares del país, sobre todo a San José, a San Ramón, a Tilarán e incluso al remoto valle del río General, ubicado hacia el sur pacífico de la cordillera de Talamanca. Si antes del terremoto la población de la ciudad de Cartago andaba por los 10.000 habitantes, ahora serán apenas 5.500 en el mejor de los casos. Las autoridades contaron más de 1.500 cadáveres después del terremoto, pero se considera que el número total de muertos por la desgracia natural anduvo alrededor de los 2.500.

El éxodo tiene importantes efectos sociales. Algunas familias se separan porque un cónyuge quiere ir a buscar nueva vida en otros lugares de la República y el otro cónyuge prefiere quedarse, al amparo en los recursos de su familia cartaginesa. Esto ocurre independientemente de que se trate de hombre o de mujer. En fin, aparece una grieta en aquel tradicionalismo patriarcal: algunas esposas no siguen a sus maridos y permanecen en Cartago con sus padres y familiares, o bien, a la inversa, son mujeres las que emigran a otros lugares, en este caso buscando los hogares en donde nacieron y crecieron antes de venirse a vivir a Cartago. Parten tanto familias de pocos recursos que han perdido todo y que se dirigen a abrir tierras nuevas, como familias de muchos recursos que deciden trasladarse a vivir a San José, aunque claro manteniendo propiedades y negocios en Cartago. Al mismo tiempo, grupos de la periferia social y geográfica de la urbe cartaginesa, se

mudan al reconstruido centro y algunas de estas familias, en el futuro, a su vez ya cargadas de prosperidad o desesperación, se mudarán a San José.

Luis y Cristóbal padecen con intensidad y prolongadamente la enfermedad de la culpa erótica. No encuentran, todavía, rutas, formas y palabras para superarla y trascenderla. La tentación más fuerte por lo peligroso, procede sin duda de la iglesia católica, que justamente organiza el control de su feligresía, utilizando mecanismos de culpabilización pecaminosa y de perdón/redención, respecto a la sensualidad y el amor.

— Una vez que te confesás con los curas, estás en manos de ellos. Ellos conocen tus secretos más íntimos y con esos secretos te van a chantajear para siempre. Es preferible la tradición protestante, porque no hay iglesia o cura intermediando entre vos y Dios; pero para los protestantes, sin embargo, Dios debe garantizarles beneficios pecuniarios y poder, según se enteran Luis y Cristóbal cuando retórica e hipotéticamente le preguntan a un profesor liberal descreído y masón del Colegio de San Luis Gonzaga, sobre el significado de la confesión que utiliza el catolicismo, comparada con la ausencia de esa práctica en el protestantismo.

Deciden no recurrir a la iglesia ni hablar con curas y atrincherarse por el momento en la tradición positivista agnóstica, cuya validez queda personificada nada menos que en la figura del presidente de la República. Sus padres también se ubican de ese lado, el lado del progreso, la industria y la ciencia; ellos son liberales, defensores del estado laico, además son masones —y Luis y Cristóbal probablemente también lo serán cuando sea oportuno. El catolicismo de sus madres les genera una relación con Cristo y con la Virgen pero no con el Padre. Más bien, encuentran al Padre mayormente y como es lógico esperar, en imágenes y creencias parecidas y afines a las de sus propios padres.

Y por eso también deciden no volver a confesarse ni a comulgar, aunque podrán seguir asistiendo a misas o procesiones, pero "por pura conveniencia social", como ellos mismos reconocen. Por supuesto, los hermanos franciscanos del cercano convento, no ven con buenos ojos lo que ocurre con estos dos jóvenes, pero esperan que volverán al rebaño:

— A más tardar cuando se casen, aunque también podríamos haberlos perdido para siempre, victoria de los masones politiqueros negociantes, según

comenta Fray Bartolomé de Zaragoza a otro monje de ese Convento, mientras remueven ácaros de las hojas de los tomates que cultivan en una huerta situada al costado sur de la cuadra que ocupa su vieja institución religiosa.

Pero no confesar sus pecados ante el cura católico agrava más los sentimientos de culpa que los obsesionan y agobian.

Absolutamente pueden evitar mencionar a otras personas el asunto de sus relaciones sexuales, porque ambos consideran lo sucedido como algo privado y secreto, algo valiosísimo y también, y por supuesto, peligroso. Peligrosísimo... Consecuentemente, pertenece a un recuerdo que quisieran borrar para siempre. Se ha convertido en parte de un mundo imaginario donde viven unos dobles de ellos mismos, un Luis y un Cristóbal poseídos por la locura erótica, solos en medio del bosque y en una noche febril y apasionada.

Luis empieza a tomar licor.

Cristóbal no lo puede creer y Luis se aturde a sí mismo para no pensar y así proseguir con esa idiotez contra la que denostaba furiosamente hace apenas unos días. No logra evitar ser autodestructivo, sin darse cuenta busca herirse y con ello espera expiar su culpa y a la vez herir a todo el mundo, incluso a Cristóbal, a quien, sin embargo, no quiere hacer daño. ¡Pretende purgar su culpabilidad con ese instrumento, el licor, él, el primero en saber y en proclamar que beber iba en contra de la práctica del fútbol! También empieza a salir con el grupo de amigos de Daniel, su hermano mayor, dejando a Cristóbal con sus amiguillos del barrio y los compañeros de estudios. Estos muchachos ya andan por lo demás enfrascados en prepararse para los exámenes de bachillerato.

Haber matado al jaguar llena a Cristóbal de una satisfacción tan grande como la culpa por el prohibido amor con Luis. Por eso, a diferencia del desorden que la culpa propicia en su amigo, Cristóbal está dedicado sistemáticamente al estudio y a preparar esos exámenes de bachillerato. Su tiempo libre lo emplea leyendo literatura o estudiando matemáticas ante un pizarrón con algunos compañeros y compañeras. En el día se siente bien pero la culpa llega y lo atormenta durante la noche cuando yace acostado solo en su nueva cama (pues con la bonanza económica han agregado una tercera cama al cuarto de los muchachos). Entonces el deseo lo posee y lo domina una urgente necesidad de placer intenso. Empieza a acariciarse su pene y sus testículos. Aparecen los recuerdos y las imágenes del tacto de

Luis y luego su imaginación explora el rostro y los ojos de Luis, hasta que las sensaciones se tornan violentas y alcanza un clímax. Después de sus masturbaciones es que le viene un remordimiento intenso que, a su vez, abre la puerta para sentirse mal por la masturbación y por la conciencia de haber cometido "algo malo" junto con Luis allá en la selva.

Luis realiza las gestiones para conseguir una beca a Inglaterra. Esto implica andar con Chema para arriba y para abajo, en medio de una cantidad de otras gentes que día a día rodean al sobrino de don Ricardo, con diferentes propósitos y peticiones. Y esto por tanto también supone pasar mucho tiempo en San José, donde se encuentra la sede del gobierno nacional y donde Chema trabaja, en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Ahora Luis divide sus actividades entre Chema y su hermano Daniel, ambos navegantes de mundos mayores, a los que Cristóbal no tiene acceso.

Bueno, en realidad Cristóbal a veces tiene acceso a esos ámbitos adultos de Luis, cuando sus destinos se unen bajo el comando de sus padres y de las instituciones públicas. Se organiza en Cartago una gran excursión para asistir al Baile de Gala, en el Teatro Nacional de la capital josefina, la noche del 15 de setiembre, auspiciado por el Presidente para celebrar la independencia patria y donde se supone que don Ricardo hará un anuncio trascendental para la República. Las familias más importantes de Cartago van a estar allí, porque se trata de "su" presidente.

Es la primera vez que los Velino y los Silvestre son invitados a este tipo de eventos, por la amistad que tienen con el presidente a través de sus hijos y sobrinos. También por primera vez van a disponer de recursos para aceptar tal invitación, ahora pueden financiar la asistencia a semejante gala, gracias a su reciente y rápida prosperidad. Sólo Mrs. Frances no sueña con pertenecer a la oligarquía nacional, una circunstancia social que le resulta extraña e irrelevante, y tal vez por lo mismo esta mujer delgada y alta, de pelo color castaño muy claro, llama poderosamente la atención a varios miembros de esa elite con la que empiezan a relacionarse.

Habrán ropas nuevas para todos. Cristóbal y Luis, al igual que sus padres y Daniel, acuden a medirse y a tallarse elegantes trajes que les confeccionan en la Sastrería Neblinas, la mejor de Cartago, que por los efectos del terremoto todavía funciona en una carpa. Don Carlos Silvestre y su socio don José Velino han arreglado con don Mariano Neblinas, dueño de la sastrería: a cambio de los cinco trajes enteros que necesitan, confeccionados a la perfección y con los mejores casimires importados disponibles, la Empresa

Constructora Velino y Silvestre entregará a la Sastrería Neblinas, como pago o compensación, las láminas de zinc que sean necesarias para cubrir el 50 por ciento del techo de la nueva tienda, que se piensa construir en diciembre. Por su parte, las mujeres de las dos familias viajan a San José, compran telas finas extranjeras y se dedican febrilmente durante dos semanas a coser sus trajes de fiesta. Además, Don Carlos y don José obsequian joyas a sus respectivas esposas, para la ocasión.

Los patriarcas y las matriarcas han decidido que Luis será el acompañante de Margarita Velino, la hermana mayor de Cristóbal; que Cristóbal a su vez acompañará a la joven Felicia Silvestre, hermana menor de Luis, de solamente quince años y a quien por vez primera se le permite asistir a una fiesta nocturna. Patricia Velino, ahora la hermana menor de Cristóbal por la muerte de la pequeña Celina, no hará el viaje, pues apenas tiene doce años de edad y esa noche la pasará con su amiga Amparo, en la casa de los vecinos.

La expedición bailarina planea ir y regresar en tren de Cartago a San José, lo cual hace que el acontecimiento adquiera la atmósfera de algo muy confortable y moderno; se comenta que el país prospera, que ya estamos al mismo nivel de New York o Londres o Buenos Aires, donde las gentes también viajan en trenes interurbanos.

Es la tarde del baile. Al ser pasadas las cinco, las dos familias están listas y se reúnen ante la puerta de la casa que comparten. Lucen espléndidamente. Cristóbal está muy guapo y muy serio en su traje nuevo porque la negrura y abundancia de sus cabellos y de vellos afeitados en su cara se combinan austeramente con el color azul profundo del traje que lleva, con la blancura de su camisa almidonada y con la corbata de seda color rojo oscuro que se ha anudado al cuello. Luis viste de gris oscuro y usa corbata roja también, exactamente igual a la de Cristóbal, pues así lo acordaron entre ellos. El rojo y el gris del traje ponen de relieve el rubio de sus cabellos y los verdes de sus ojos.

Su madre Mrs. Frances comenta con su marido don Carlos, cuán gallardo y varonil se encuentra Luis esta noche.

Dejan Cartago a las 6 p.m., junto con un grupo de por lo menos doscientas treinta personas similarmente emperifolladas a más no poder. Don Ricardo\*, el Presidente, por supuesto no viaja con ellos, porque se encuentra en el edificio del Congreso, debidamente engalanado y reunido con los ministros de Estado y los diputados, preparándose para desfilar en comitiva hacia el

Teatro Nacional, rodeados de escolares y colegiales, y escoltados por la Primera División de Artillería de la República.

Al tren diario de esa hora entre Cartago y San José se han agregado tres carros más de pasajeros y uno de carga, para acomodar las gentes y cosas que se dirigen al baile. Es necesaria una locomotora adicional para trepar las cuestas del Ochomogo, ya que el tren consta de diez carros en total, los cuatro de la expedición bailarina y seis más que proceden de Puerto Limón y que siguen el itinerario regular. Arriban sin incidencias a la estación de San José cuando son las 6.43 p.m.

La noche es fresca y el limpio aire josefino huele a flores. La mayoría de las gentes cartagas se traslada al Teatro Nacional en carruajes y coches alquilados o prestados, que empiezan a desfilar por la Avenida de las Damas hasta el Parque Morazán, donde giran hacia el sur, pasando frente a la Biblioteca Nacional, antes de llegar al Teatro.

Un grupo de muchachos entre los que anda Cristóbal, realiza caminando el viaje de aproximadamente un kilómetro, por otra ruta. Atraviesan el Parque Nacional en dirección al Cuartel Bellavista del Ejército Nacional, de allí siguen por la Avenida Segunda hacia el oeste, hacia la Catedral, pero se detienen una cuadra antes de esta iglesia, donde se encuentra el Teatro. Estos muchachos de la provincia de Cartago nunca acaban de satisfacer su curiosidad por San José, una ciudad mucho más grande que la suya y que es la capital del país. Les intriga caminar por sus calles en la noche, como adultos pero en tropel escandaloso característico de muchachos, excitados porque se dirigen a una reunión social de gran trascendencia, donde van a celebrar, a gozar y a bailar.

A la entrada del Teatro hay grupos de escolares que portan faroles y banderas de Costa Rica y que cantan himnos patrióticos:

"Costa Rica es mi patria querida  
vergel bello de aromas y flores,  
cuyo suelo de verdes colores  
densos ramos de flores vertió...  
La defiende, la quiero y la adoro  
y por ella mi vida daría,  
siempre libre ostentando alegría  
de sus hijos será la ilusión".

Al lado de los escolares se encuentra un destacamento de oficiales del ejército, portando el pabellón nacional, que ingresará al recinto junto con el Presidente.

Las familias Velino y Silvestre entran al Teatro, dejan los abrigos, los paraguas, las sombrillas y los sombreros en la guardarropía, van a los baños para orinar, arreglarse y peinarse. Están listos para ingresar al amplio salón de baile.

Casi que en cada rincón del edificio han colocado ramos de pequeñas banderas de Costa Rica, hechas con tela. En las barandas de las secciones de butacas y de palcos las banderas son más grandes. Hay adornos de tradicionales pacayas\*, y matas de café y hojas de banano, flores europeas y chinas, y cintas azules, blancas y rojas. También observan con admiración que, mediante un sorprendente y modernísimo mecanismo, como pocos teatros en el mundo, han elevado la sección de lunetas hasta ponerla al mismo nivel con el escenario, formando así una vasta pista de baile.

Timidamente pero buscando aparentar seguridad y aplomo, estas dos familias cartagas permanecen unidas en una orilla del amplio salón, rodeadas por un mundo agitado de gentes elegantísimas y mayormente desconocidas que los miran con caras entre hostiles y amistosas. Después ya ubican conocidos, amistades y hasta parentelas entre la multitud, se acomodan, saludan y conocen nuevas familias, conversan, toman, fuman y comen, pero todavía nadie baila.

Luis se separa de sus parientes ya antes de entrar al edificio, llevándose a Margarita con él. Buscan al grupo del sobrino del Presidente, su amigo Chema. Por su parte, Cristóbal y su acompañante Felicia tienen una sensación de abandono y curiosidad: abandono por saberse todavía infantiles en medio de "la gente grande", y curiosidad porque se han puesto de acuerdo para reconocer todos los rincones del misterioso edificio.

Son pasadas las siete y media y aunque estaba anunciado para empezar a las siete, todavía no arranca el baile. La mayoría de la gente ya ha llegado y los runruneos de los corrillos alcanzan altos volúmenes. La orquesta toca una música que se podría bailar pero que nadie por supuesto bailará.

— Hasta que el presidente de la República haga su entrada oficial, comenta doña Rosa.

La presencia del máximo mandatario es ahora anunciada por la orquesta, que suspende la pieza musical que interpreta y que emite, después de una

(\*) Pacaya: palma silvestre

breve pausa, con fuerza rítmica, volumen y solemnidad, las primeras notas del Himno Nacional.

Todas las voces quedan detenidas en el vasto lunetario transformado en pista de baile. Se escucha un fuerte tableteo sobre los pisos de madera y mármol, de gentes que se ponen de pie y que corren o caminan apresuradamente. Las aproximadamente seiscientas personas que lo llenan observan la entrada de don Ricardo Jiménez Oreamuno\* al Palco Presidencial, en medio de la música. Viste riguroso luto, sobre el que luce una ancha cinta con la bandera nacional, atravesada sobre su pecho y colgándole de un hombro. Está de pie, erguido, sereno, sabio y firme. Junto con todos los asistentes procede a cantar el Himno Nacional. Al final hay un aplauso prolongado de casi cinco minutos, que los organizadores del evento interrumpen adrede, porque ahora saltan a la pista treinta parejas de bailarines, vestidos con las ropas y atuendos tradicionales de las diferentes provincias, para interpretar algunas danzas, en medio de una tremenda gritería que explota por todo el edificio, cuando suenan los típicos sones, al mismo tiempo que afuera, en el parque dedicado a Juan Mora Fernández, fundador de la república, se lanzan varias bombetas que estallan atronadoramente arriba, en los cielos. Luego don Ricardo solicita la atención de la concurrencia, a la que pide entonar y cantar la famosa canción:

"Los hijos del pueblo,  
 levanten la frente,  
 al sol refulgente  
 de la libertad.  
 Sepamos ser libres,  
 No siervos menguados,  
 derechos sagrados  
 la patria nos da...  
 Sólo es hombre el que tiene derechos,  
 no el que vive en la torpe abyección.  
 Y baluarte serán nuestros pechos  
 contra el yugo e inicua opresión".

Al finalizar, la concurrencia lo saluda mediante un aplauso que don Ricardo acepta con humildad y elegante gracia, y que retribuye en interminables gestos de amistad y buena voluntad, dirigidos a quienes se llegan hasta él, durante las siguientes cuatro horas que permanece en el evento.

Antes, sin embargo, quiere decir algo. Quiere, " ...saludar a los aquí presentes y por ellos y en ellos saludar a todos los costarricenses, aquí y allá donde se encuentren, en los últimos rincones del terruño. Quiero saludarlos y felicitarlos por la hermandad y la unidad que manifiestan tener, como expresión de una democracia verdadera. En este día que celebramos la independencia y la soberanía nuestra para escoger el destino que mejor nos convenga, no puedo bajo ninguna circunstancia, sin embargo, agregar nada más sin antes pedirles un minuto de silencio y de contrición por las víctimas del terrible terremoto de Cartago".

Se observa el minuto de silencio, absoluto, profundo y muy sentido y que inmediatamente se extiende a las muchas gentes ubicadas en los alrededores del Teatro Nacional, unas que han venido a observar el baile de la elite nacional y las otras porque atienden las necesidades de ese grupo privilegiado.

Continúa don Ricardo:

"En esta fecha gloriosa de nuestra independencia (gritos y vivas entre la multitud lo interrumpen) ...los costarricenses (intenta decir, en medio de aplausos levanta un brazo para pedir calma y levanta su voz lo más que puede), ...¡LOS COSTARRICENSES... nos aventuramos sin embargo a seguir dando pasos hacia A-DE-LÁNTE!! Queremos cada día perfeccionar nuestro régimen político y por eso hoy me place anunciarles mi decisión de someter ante el Congreso de la República, una reforma al sistema electoral, de manera que todos los hombres de este país participen con su voto directo en las elecciones, presidenciales, al congreso y a las municipalidades (renovados y largos aplausos y vítores; la muchachada zapatea desde la galería, donde se han encaramado, para provocar un estruendo aprobatorio. Don Ricardo les sonríe y les pide calma para poder continuar). Abandonamos y superamos la democracia censitaria. Ampliamos y profundizamos nuestra democracia. Ya nadie va a carecer del privilegio del voto porque no sea propietario. Ya nadie va a carecer del privilegio del voto porque sea analfabeto. El peón del campo, ese humilde campesino que labra con amor a nuestra Madre universal y fecunda, de ahora en adelante será libre de escoger a sus gobernantes, participando directamente, con su voto, en elecciones limpias y universales..."

Agrega otras consideraciones que dan a ese discurso y a este baile significación en la historia de la patria costarricense. Al terminar su perorata lo aplauden vigorosa y prolongadamente. El expresidente don Cleto González

Viquez\*, su principal rival político y secreto aliado, lo saluda desde el lunetario y luego sube al Palco Presidencial:

– Para felicitarlo por una decisión bien pensada y justa, que continúa los pasos que yo mismo di siendo presidente, cuando por primera vez en nuestra historia republicana le reconocí a Ud., Don Ricardo, como presidente electo, pese a que representaba la oposición.

Don Ricardo no responde nada, sonríe y estrecha con vigor a don Cleto en un abrazo de fraternidad oligárquica liberal, nacionalista y a la vez democrática. Pero instantes después dice, con la fina ironía que lo caracteriza:

– Gracias, don Cleto. El país estará en deuda eterna con Usted, y conmigo por seguir la misma senda suya, pero desde el otro lado, afianzando su obra, don Cleto.

El Presidente no va a abrir el baile sino que ha encargado la misión a la juventud, a su sobrino Chema, quien danzará con una nieta del mítico pero ya fallecido dictador y legislador General Guardiola.

Cristóbal y Felicia observan con admiración y curiosidad el arranque del baile que protagonizan Chema y la señorita Florencia Guardiola, al ritmo, con cadencias amplias, de un sentido vals de don José Campabadal\*. Pero la vista se le va al muchacho hacia donde están Luis y Margarita, a quienes saluda agitando una mano e indicándole a Felicia que haga otro tanto.

Por un momento, los ojos de Luis y de Cristóbal se reencuentran como no lo hacían desde que empezó la enfermedad de la culpa. Durante breves instantes solamente existen sus ojos en medio de las brillantes luces y la música que llenan el gran salón. Pero es sólo un parpadeo, los dos apartan las miradas y sienten otra vez la culpa, como un buitre carcomiéndoles el alma y el corazón.

Son casi las 10.30 p.m. La fiesta alcanza un primer paroxismo, las parejas se besan, los amigos se abrazan, los rivales se odian, todos conversan. Cristóbal ha bebido ya dos tragos de whisky. Como el papá de Felicia quiere bailar con ella, aprovecha para buscar a Luis, en un movimiento carente de meditación y cordura. Camina hacia el baño de hombres, que se encuentra lleno pero en donde con paciencia y medio a empujones, entra y procede a realizar el ritual de la ya muy urgente orinada. Luis no se ve por ahí.

Continúa deambulando por el teatro, sube al "Foyer", que ha sido acaparado por las representaciones diplomáticas y las familias de los ministros y jefes de los poderes de la República. Tampoco está ahí.

Baja nuevamente a la primera planta del edificio y entra al bar restaurante, donde lo encuentra, efectivamente, junto a una mesa, haciéndole la corte a Chema. Se pregunta Cristóbal dónde habrán dejado Chema y Luis y los otros muchachos de la mesa, a sus damas acompañantes, porque no se ven por ninguna parte.

Cristóbal camina hacia la mesa de Luis. Se miran. Luis se levanta y avanza hacia él, torpemente y agitado. Ha bebido mucho más de los tres vasos que lo ubican fuera de control y sanidad.

– ¿Qué? ¿Qué pasa?, dice torpemente.

– Nada, responde Cristóbal, agregando:

– Sólo quería verte, hombre... Para que hablemos... Luis... Necesitamos hablar.

Luis permanece inmóvil unos instantes, como asimilando las palabras de su amigo. Luego sujeta a Cristóbal por el cuello y lo empieza a zarandear con violencia. Le da una bofetada, lanzando al muchacho contra la mesa que está a su izquierda. Un hombre de unos treinta años, vestido con el uniforme del ejército, insignias de Coronel, rápidamente salta de su silla y sujeta a Luis por los brazos, mientras otros buscan ayudar a Cristóbal.

– Calmado, muchacho. ¡Calma! Nadie gana una batalla o una guerra con tragos adentro y perdiendo la cabeza. Tranquilo, dice a Luis este coronel llamado Federico Tinoco\*, mientras lo inmoviliza con fuerza.

El cachete izquierdo de Cristóbal queda totalmente rojo y el muchacho aturdido. Pero se recupera enseguida y con pasos desafiantes sale a la calle. Varios muchachos lo siguen mientras otros acompañan a Luis y también caminan hacia afuera. El coronel Tinoco marcha tras ellos, decidido a poner fin al asunto:

– No se puede permitir ningún desorden en estas solemnes ocasiones de la patria, mucho menos idioteces de carajetes\* que no aguantan tomarse unos tragos, piensa.

(\*) Carajete: similar a carajo pero despectivo o diminutivo.

En la calle los dos grupos rivales son recibidos con silbidos y mofas por el contingente juvenil femenino, que había salido a fumar tabaco a escondidas.

Mediante la enérgica pero amistosa intervención del coronel Tinoco y otros jóvenes sensatos, incluyendo a Margarita y a Chema, Luis y Cristóbal enseguida entran en razón y en medio de los gritos de júbilo de la mayoría de los presentes se dan las manos e intercambian disculpas.

Cristóbal siente que en realidad él no tiene que pedir perdón por nada, pero acepta las excusas que le ofrece Luis y a su vez él se disculpa como amigo con su amigo, porque es la única manera de calmar su obsesión de borracho, y porque empieza a entender que el virus de la culpa golpea con gran poder a Luis, y que pedirle hablar era invitarlo a discutir el asunto sexual entre ellos. Por eso Luis había perdido la compostura.

– Y es lo que lo está llevando a convertirse en un borracho violento, concluye Cristóbal para su fuero interno.

Porque en realidad esta explosión de violencia es extraña e incompatible con la manera en que son y quieren ser tanto Cristóbal como Luis. Es necesario descubrir una forma efectiva de lidiar con la culpa, e impedir por todos los medios que la violencia se convierta en un hábito.

– Si se vuelve un borracho empedernido entonces siempre será violento y ya no podremos considerarnos amigos, medita Cristóbal, ya sin cólera y más bien preocupado y triste.

Por el momento la situación empeora. Luis y Cristóbal entran juntos al teatro y buscan a sus padres, para contarles que han tenido un disgusto como cualquier pareja de amigos tiene disgustos, pero que ya están reconciliados, y que en realidad nada importante ha sucedido.

– A veces somos muy temperamentales, dice uno.

– En realidad el asunto no ha sido serio, agrega el otro.

De todas maneras y como hijos bien educados que son, tanto Luis como Cristóbal piden permiso para retirarse y volver a Cartago inmediatamente. Reciben el permiso solicitado, pero también son advertidos de que luego deberán conversar sobre el incidente, con sus padres.

El suceso no ha pasado desapercibido entre la concurrencia al baile. Algunas gentes miran y señalan hacia el grupo de los Velino y los Silvestre. Los mismos oídos de sus padres escuchan versiones distorsionadas de los acontecimientos, y el simple hecho de que sus hijos hubieran protagonizado tal tipo de escena genera molestia y vergüenza social:

— ¡Qué barbaridad! —indica acongojada doña Rosa la mamá de Cristóbal—, ¡ponerse a pelear entre ellos; ellos que son como hermanos y que nunca se han peleado! ¡Y delante de todo Costa Rica, incluso del Presidente! ¡Qué barbaridad!, ¡José!, dirigiéndose a su marido, como interpelándolo para que resuelva el asunto.

José Velino nada dice sino que observa a su amigo Carlos Silvestre y le guiña un ojo en señal de complicidad masculina, mientras piensa:

—...estas cosas después de todo no hay que tomárselas a pecho, son típicas salidas de muchachos fogosos y, al cabo, tampoco es nada malo que la gente sepa que tenemos unos hijos con las bolas bien puestas, aunque claro, son conductas que no conviene promover mucho menos en las presentes circunstancias y hay que llamarlos al orden...

— Bueno, bueno. Pero ya pasó y en realidad no fue nada, responde ahora don José a doña Rosa.

Mrs. Frances está de acuerdo con su amigo don José. Ella piensa así porque no otorga mucha importancia ni a estos pleitos entre muchachos, ni tampoco a las galas sociales.

Los dos papás y las dos mamás pasan el resto de la velada preocupados y molestos. Aunque por supuesto confían en lo que sus hijos les han dicho, de todas maneras deciden investigar qué sucede entre estos dos que siempre han andado juntos y que nunca habían tenido problemas entre ellos.

Los llaman a cuentas en una reunión convocada por los patriarcas. Sólo asisten Luis y Cristóbal y sus respectivos padres. Les preguntan a los jóvenes qué sucede últimamente entre ellos, que andan con caras afligidas y largas, parecen preocupados o molestos por todo y malhumorados. Los muchachos responden que en realidad nada pasa, que son tan amigos y hermanos como siempre, que todo fue culpa del licor...

Esta respuesta es sin embargo una mala estrategia de salida para Luis, pues debe escuchar de su padre y de su padrino una admonición por tanto licor que se ha dedicado a beber, ahora casi prácticamente a diario.

Lo amonestan y le piden (pero no exigen) dejar de tomar. Ni don Carlos ni don José, sobre todo este último, sienten la necesaria fuerza moral para llamar a Luis al orden con seriedad y firmeza, respecto a este particular asunto. Ellos dos también, cada fin de semana beben con cierta abundancia y compulsión, sobre todo don José.

En cuanto a Cristóbal, le sugieren alejarse un poco de Luis y no buscarlo por un tiempo:

– Usted, Cristóbal, por el momento dedíquese nada más que a terminar su bachillerato, y no ande molestando a Luis, le ordena su padre para concluir.

Pero por supuesto, no pueden evitarse. Ese fin de semana regresan a la finca en Cachí. El domingo temprano, mientras los demás van al pueblo, Luis y Cristóbal salen a caminar, aprovechando el sol. Llegan al aserradero y continúan río arriba hasta encontrar un lugar donde crecen muchas plantas de heliotropo, en isletas que se forman en el río así como en sus riberas. Los heliotropos ahora no tienen flores, son apenas grupos de suaves, cortas y densas cañas adornadas con hojas largas, color verde claro.

Conversan, sentados sobre una gran roca bañada completamente por el sol y ya bastante caliente. Se quitan las camisas porque el calor aprieta y porque desean asolearse.

Los dos anhelan discutir y examinar juntos lo que están pasando, pero aún no pueden llevar a cabo esa discusión y esos exámenes. Todavía no se animan a hablar del asunto. Más bien esperan que haciendo como si nada hubiese sucedido, se olvidará la cosa y pasará a ser un acontecimiento excepcional e irrepetible. Por tanto, quieren convencerse a sí mismos de que, en realidad,

– ...es algo sin gran significación o importancia, algo que no debería producir sentimientos de culpa pecaminosa, piensa Luis.

Son incapaces de decirse tales cosas, aunque cada uno las piense por su cuenta. Mientras tanto, sin notarlo tienden a repetir conductas y acciones anteriores. De esta manera buscan a ciegas superar la culpa erótica que los

abruma, sin la adecuada reflexión y más bien incurriendo en nuevos peligros. Creen que no hablando de él, el asunto desaparecerá, pero el silencio no acalla las pulsiones y los movimientos pasionales. Se arriesgan creyendo que así encontrarán la salida, lo cual en sus circunstancias no es tal vez la mejor opción. El resultado es predecible visto así, pero acaso es el que ellos menos esperaban.

Están sentados uno al lado del otro contemplando el río, conversan sobre el sentido de las vidas humanas que son "los ríos que va a dar en la mar, que es el morir", según el viejo poeta español Manrique, recitado ahora por Cristóbal (de sus estudios para el examen de bachillerato).

Sin saber cuándo ni por qué ni para qué y sin prácticamente percatarse de lo que hace, al terminar Cristóbal de recitar una estrofa de ese poema, Luis se inclina y pone su cabeza en el regazo del amigo, diciéndole con voz grave y serena:

– Perdón.

Nada más.

Cristóbal no contesta.

Transcurren ocho segundos.

Ahora Cristóbal coloca su mano derecha sobre el rubio cabello de Luis y lo acaricia.

Luis aprieta su barbilla contra el sexo de Cristóbal y la mueve de manera que provoque excitación.

Pocos momentos después ambos muestran poderosas erecciones bajo sus ropas. Se levantan sobre la gran piedra y de pie sobre ella se besan en la boca y con las manos se acarician.

El sol los envuelve con luz y calor y el río corre rápida y alegremente, mientras los animales y el viento van sincronizándose con las pulsiones placenteras que invaden a Luis y a Cristóbal, cada vez más y más, así, así, sí..., más, más, mmmmm...mááásss...

– Pero no. Esta vez el placer es imperfecto, corto, abortado, casi doloroso.

– No, no sentí ahora tan fuerte y placentero como la otra vez, piensa y se dice cada uno a sí mismo, creyendo los dos, sin embargo, que el otro sí ha tenido un placer semejante al de aquella primera oportunidad en que se amaron.

La distancia entre ellos vuelve a crecer, ahora es mayor que antes pero tiene una pequeña excusa o indulgencia que cada cual encuentra en sí mismo. Pues Luis ha pedido perdón reconociendo que él fue el agresor y el violento y no Cristóbal y, además, porque cada uno imagina, erróneamente, que pierde el gusto por este tipo de relaciones sexuales: hoy el placer no resultó tan bueno como la primera vez.

— Lo cual quiere decir que me está dejando de gustar eso de tener sexo con él, piensan aproximadamente los dos. Su problema es que no pueden comunicárselo entre ellos.

La intensidad tremenda de la estación lluviosa en Uxucurré, los obliga a detener las actividades de corta de árboles, y durante el mes de setiembre se dedicaron completamente a aserrar madera, aparte de asistir al famoso baile de la independencia donde Luis agredió a Cristóbal. En octubre ya han transportado a Cartago toda esa madera aserrada, que será vendida en los siguientes dos meses, clausurando las actividades en Cachi<sup>6</sup>, pero planeando reanudarlas a principios de diciembre, cuando empiece la estación seca.

De todas maneras, el mes de octubre y las primeras tres semanas de noviembre son muy pero muy malas tanto para Luis como para Cristóbal. Esto, pese a que Cristóbal aprueba con excelentes notas los exámenes de bachillerato y pese a que Luis ya tiene asegurada una ayuda del Gobierno para ir a Inglaterra a partir de mayo de 1911, donde estudiará ingeniería. Porque mientras no puedan encontrar una forma de entender, de asimilar o de superar sus relaciones eróticas, en lo más profundo y fundamental de sus seres, ninguno de los dos se siente bien.

A finales de noviembre la situación es insostenible, "están insoportables", dicen sus hermanas. Apenas se hablan, pasan días en que no dedican siquiera un pequeño rato para estar juntos. Los dos sufren intensamente y parece que sólo el tiempo logrará atemperar ese sufrimiento, agregando cada día un pedazo de distancia e indiferencia entre ellos. Pero súbitamente empieza un cambio, cuando el doce de noviembre, en la mañana, Luis anuncia que a partir de ese momento deja de tomar licor:

— Así como empecé a beber así dejo de beber. Así soy yo. Tengo fuerza de voluntad si quiero, cuando quiero, explica a quien quiera escucharlo.

Se dedica con furia e intensidad a jugar fútbol, empleando en él prácticamente todo el tiempo que le deja libre su trabajo en la empresa familiar y la preparación de su viaje, incluyendo sábados y domingos enteros. Continúa girando alrededor de Chema, pero como ya no toma licor, solamente logran encontrarse cuando juegan. Pues el sobrino del Presidente podrá ser alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, pero jamás dejará su puesto de centro delantero en el Club Sport Cartaginés...

Cristóbal tiene celos de Chema y además, con la ausencia de Luis y por iniciativas constantes de parte de ella, ha tenido largas conversaciones y algunos paseos con Felicia, la hermana quinceañera de su amigo. Sus madres notan lo que sucede entre Cristóbal y Felicia y ocultamente cuchichean y sonríen, porque desearían unirlos en matrimonio, pero por supuesto, es algo que mantienen en total secreto de "los enamorados", no sea que por el temperamento juvenil se rebelen y separen, nada más que para llevar la contraria a sus mayores, como ocurre tan a menudo.

A finales de noviembre la estación lluviosa empieza a ceder, retornan las golondrinas y las mariposas llamadas colas de pato\*; la brisa es fresca durante el día. Hay sol y cielos abiertos y celajes en las tardes, sobre las colinas del Ochomogo y los cerros de la Carpintera, hacia el oeste del Valle del Guarco. También llegan los días y las noches cargados de una neblina que ya no puede desembocar en aguaceros.

Rápidamente ponen en marcha los preparativos para reiniciar las operaciones del aserradero, esperan que a principios de diciembre ya esté funcionando. Luis debe dedicarse plenamente a esto. Cristóbal recibe como parte de su premio por la graduación de bachiller, un viaje a Playa Tamarindo, a gran distancia en la costa pacífica de Guanacaste y relativamente cerca de la ciudad de Santa Cruz.

Cristóbal regresa a Cartago el 9 de diciembre y el 12 llega a Cachí•. Al día siguiente recibe instrucciones sobre las tareas que debe cumplir: nuevamente tiene la asignación de cortar madera en la selva, junto a Luis.

Logran comunicarse con decencia y afecto, llevando adelante sus tareas cumplidamente, objetivando su comunicación en el trabajo, que obligadamente realizan juntos, que sirve de intermediario entre ellos, forzándolos a cooperar, a tolerar, a obtener logros conjuntos en cada tarea.

---

(\*) Cola de pato: mariposa migratoria (*Uranidia fulgens*) de gran tamaño, color negro con franjas verdes y alas que terminan posteriormente en agudas puntas.

Es domingo y en la finca sólo están Luis, Cristóbal, don Carlos y don José. Los dos muchachos planean salir de excursión el día entero, aprovechando que ya no llueve para ir hasta la famosa catarata que Manuel y Mócata han descrito fabulosamente. Parten según tienen previsto a las 5.30 a.m., acompañados por Flecha, el perro setter irlandés de quince meses de edad que compraran con sus propios ahorros.

A las 6.30 a.m. caminan sin prisas por la orilla del río, cuando un puercoespin descarga sus espinas a Flecha, porque el perro lo está mordiendo. El puercoespin huye, dejando al pobre Flecha con sus labios, el cielo de su boca y hasta la lengua, atravesados por espinosas agujas que además inyectan una sustancia irritante.

Flecha parece encontrarse mal, el veneno lo ha afectado y tiende a perder la conciencia. Con cuidado, entre los dos muchachos retiran todas las agujas, traen un poco de agua del cercano río para limpiarle la boca de la que ahora brotan espumarajos blancos.

Unos veinte o treinta minutos después el perro se ha recuperado lo suficiente para pararse y emprender una inestable marcha. Los efectos del veneno le durarán al menos un día entero, aunque no pongan en peligro su vida. Por precaución deciden regresar a la casa de la finca.

Al principio caminan juntos, ayudando y llamando cariñosamente al lastimado perro. Después, al aproximarse a la casa Luis se adelanta para avisar de lo que ha sucedido. Llegando a la edificación escucha un extraño gruñido que proviene del interior y se detiene en seco. Nuevamente escucha algo, ahora un grito de hombre y luego otro gruñido. Piensa inmediatamente que:

– No suena precisamente a cosa doliente. Todo lo contrario. Llega a la conclusión de que su padre, o don José, o los dos patriarcas:

– ¡Probablemente se están cogiendo\* a alguna india, a un par de indias de Cachí! ¡Qué viejos más templados\* y bandidos! ¡Qué condenillos!\*

Con extremo sigilo el muchacho penetra en el corredor donde hay una mesa ahora cubierta por varias botellas de licor, vasos, un cenicero con muchas colillas, platos con restos de comida. Decide no entrar a la vivienda,

(\*) **Coger:** folgar, follar, hacer el amor.

(\*) **Condenillos:** bandidillos (jovialmente); condenados, malditos.

(\*) **Templar; templado:** varón en estado de erección penil.

sale del corredor y camina lentamente hacia el lugar desde donde proviene el ruido, siguiendo la parte exterior de la casa. Encuentra una hendidura en la pared, donde apoya su ojo derecho para mirar hacia el interior, hacia la cama de uno de los cuartos, donde efectivamente está desarrollándose una intensa relación erótica.

Se queda estático e impresionado por lo que ve y no reacciona ni oportuna ni adecuadamente. Pues en lugar de retirar la vista y en vez de alejarse y apartar de allí a Cristóbal, cuando siente que su amigo está cerca lo llama con gestos, indicándole al mismo tiempo que debe aproximarse con extrema cautela.

Cristóbal deja al perro atado bajo la sombra del árbol que está junto al agua, para que beba si quiere y acata las indicaciones de Luis. Llega junto a su amigo y con gestos y sin hacer ningún ruido le pregunta qué sucede. Luis no habla palabra, no hace ningún gesto con su cara, está pálido, con sus ojos muy abiertos, como atontado y únicamente logra indicarle con su dedo índice la hendidura en la pared.

Cristóbal coloca su ojo derecho en la hendidura que hay entre las tablas y observa el interior de la casa.

Sobre una de las camas, sus dos padres yacen desnudos haciendo exactamente lo mismo que Luis y él han practicado, es decir, están abrazados, acariciándose uno al otro sus erguidos sexos con sus respectivas bocas, labios y lenguas.

Retira inmediatamente la vista, pero después la curiosidad lo vence y observa otra vez, como para que la imagen logre asentarse bien en su cerebro.

Cristóbal no dice nada. Luis tampoco, pero quiere mirar de nuevo y luego se turnan contemplando indiscretamente lo que tal vez no deberían, como los hijos del bíblico Noé.

Cuando sus propios sexos también empiezan a endurecerse y a crecer, no se quedan a mirar la culminación de lo que ocurre en la casa, sino que parten a la carrera. Además, no son capaces de seguir oyendo los gruñidos de sus progenitores, realmente escandalosos y obscenos.

Corren río arriba hasta sentir una prudente distancia. Empiezan a reír a carcajadas y a imitar los ruidos que hacían sus venerados papás.

No lo notan, por supuesto, pero han recibido una sacudida que afecta todo: "...se encuentran en estado de shock", según se dice ahora en los círculos intelectualoides de San José y Cartago. Las risas y las bromas son maneras para ocultarse a sí mismos esa tremenda impresión. En sus excitadas y

confundidas mentes surgen tumultuosas intuiciones que no pueden ni definir ni articular, pero que les hacen sentir terror, alivio y excitación a la vez. No logran imaginar las consecuencias que tendrá para ellos este increíble descubrimiento, no pueden aún estimarlas o definir las.

Sin proponérselo trepan por la montaña, hacia el campamento donde durmieron la noche de su primer amor y por donde Cristóbal mató al jaguar. Se percatan de ir siguiendo ese camino sólo cuando ya están en él. La techumbre provisional de hojas que construyeran Manuel y Mócata se mantiene intacta y los alrededores parecen menos despejados, porque la vegetación crece violentamente bajo regímenes de copiosas lluvias.

Se quedan por allí holgazaneando, yendo y viniendo en exploraciones que no tienen ningún propósito definido. Juntan ramas y leña y terminan encendiendo un fuego, sentándose a conversar junto a él, aunque no esté oscuro ni haga frío ni haya que cocinar nada.

Se preguntan si es cierto lo que sus ojos y sus orejas vieron y escucharon hacer a sus padres.

— Sí, efectivamente, Cristóbal, estaban haciendo eso mismo, lo mismo que nosotros hemos hecho..., dice Luis.

— ¿Qué quiere decir esto, Luis? ¿Qué significa?, ¿me podés explicar vos?, pregunta Cristóbal.

— No, claro que no... Es decir, no sé muy bien todavía... Esto es extraordinario y estamos obligados a preguntarles a ellos, indica con voz definitiva Luis.

— ¿A ellos, a nuestros padres? —pregunta incrédula y retóricamente Cristóbal para enseguida contestar él mismo: —sí, por supuesto, claro.

— Pero tenemos que manejar la cosa con mucho cuidado. Hay que pedirles una reunión privada con nosotros, si es posible hoy mismo, observa Luis.

Sin embargo, no hacen intento de regresar. Temen el regreso. Miedo de ver a sus padres de frente en los ojos, porque los ojos de sus padres confirmarían el secreto compartido con ellos dos. Suben aún más por la montaña y por primera vez llegan hasta un saliente despejado, desde donde divisan las siluetas gigantescas y azul verdosas de los volcanes Irazú• y Turrialba, allá lejos, arriba y por el lado norte. Al salir de la sombra del bosque, se ven envueltos por la resplandeciente luminosidad que se ha apoderado del paisaje al mediodía.

Se sientan a contemplar el amplio panorama. Cristóbal suspira porque imagina ser un halcón que llega volando hasta esas elevadísimas cumbres lejanas. Luis señala que los indios han emplazado sus poblados, de manera de poder ver a los volcanes, por lo menos el Irazú\* y el Turrialba. Después empieza a bailar y a dar vueltas con los brazos abiertos y los ojos puestos en el cenit. A las 12.31 p.m. entra una nube al área montañosa ubicada inmediatamente sobre la que ocupan ellos.

– A lo mejor llueve pronto... Ya está llegando la neblina. ¡Vamonóos!, dice Cristóbal enfatizando el "¡vamoNÓOOS!", a la vez que empieza rápidamente el descenso.

Están de vuelta en la casa de la finca a la 1.48 p.m., pero no encuentran allí a sus padres. Salieron a Cachí\*, creyendo que sus hijos regresarían por ahí de las tres o las cuatro de la tarde. Luis y Cristóbal por su lado asumen correctamente que,

– Carlos y José han ido a almorzar al pueblo y a seguir tomando, según dice Cristóbal con gestos cómicos, eliminando los "dones" de la manera de tratar a sus padres y por tanto suprimiendo también las distancias entre ellos cuatro.

Cuando finalmente se encuentran, ni los muchachos pudieron notar ningún "mensaje" o "reconocimiento" en sus padres, ni éstos en sus hijos. Siempre creemos falsamente, cuando jóvenes, que los adultos y las autoridades, o Dios, pueden escudriñar en nuestros corazones y secretos. Por eso es tan significativo, en esa edad, descubrir que física y moralmente somos iguales o superiores a los mayores y a todos los humanos, a la vez que también únicos y singulares en nuestra intimidad (especialmente a partir del cultivo de los sentimientos).

Luis y Cristóbal intuyen e inconscientemente esperan, que la reunión planeada será crucial. En el sentido que algo nuevo, tal vez el mayor misterio de la vida masculina adulta, será desvelado entre padres e hijos.

– La esencia de ser adulto y macho se nos muestra con gran claridad en las cosas que hacemos entre nosotros, vos y yo, y que nuestros padres también practican, dice Cristóbal temerariamente y para borrar los límites de la conversación entre él y Luis.

Luis responde:

– Bueno, ellos no están aquí ahora para preguntarles y para que nos expliquen y me parece prudente repetir que, lo único que tenemos que hacer hasta que nos reunamos es tener paciencia y callar. Así que mejor a callar querido amigo mío, hasta que sea el momento oportuno para que hablemos los cuatro.

Silencio.

Aquí debo detenerme un instante y sacar la cabeza del narrador, para advertir a quien venga leyendo esta historia. Pues lo que sigue pudo haber ocurrido tal como se describe en el relato que presento. Pero igualmente todo pudo no ser sino un invento de Luis y Cristóbal, por ejemplo uno de sus "proyectos de construcción conjunta de sueños", como los llamaban. Por otra parte, es probable que don José y don Carlos nunca fueron capaces de discutir sus relaciones eróticas, mucho menos con sus hijos, aunque éstos compartieran también un amor similar. Mas tampoco sabemos los efectos que tenía el licor en estos dos patriarcas, que alguna vez en su juventud los llevara a tales actos sexuales, quedándoseles como costumbre u ocurrencia para el resto de sus vidas, algunos fines de semana cuando se emborrachaban juntos y no volvían a sus esposas. Después de todo se trata de actividades que, estadísticamente, según parece, tienen amplia significación en esta nación costarricense. Quienes conozcan un poco a Costa Rica habrán notado la gran intimidad varonil que se desarrolla en las labores del campo y sobre todo en la selva, y adicionalmente se habrán percatado de que muchos varones, después de beber tres tragos (como se dice), se tornan sumamente cariñosos entre ellos. Sabemos cuán comunes son las relaciones sexuales varoniles en noches de borrachera y parranda. En tales oportunidades los hemos escuchado hablar de estos asuntos con desfachatez y procaacidad. En fin, he corroborado las dos versiones que existen de la historia, con los respectivos nietos de Luis y Cristóbal. Uno me dijo que todo ocurrió como aparece en el texto que copio más abajo. Mientras, el otro, que es profesor universitario, sostiene al contrario que sólo fue una invención:

– ... la tempestad y el sueño de una noche de verano de don Luis y don Cristóbal; ya sabe usted que gustaban de ingeniarse "historias paralelas", como también las llamaban, es decir, juntos inventaban un cuento, que luego

trataban de vivir, en primer término intentaban soñarlo los dos... Se trataba de una de esas prácticas espiritualistas de la época de Madame Blavatsky\* y los masones y gentes así, que abundaban en la Costa Rica de entonces.

De todas maneras, copio enseguida el relato de lo que Luis y Cristóbal hablaron con sus padres.

### *En Los Baños de Agua Caliente*

Han transcurrido ocho días. Este fin de semana los muchachos y sus padres están en Cartago, mientras Daniel atiende la finca. Es domingo. A las 9 a.m. los cuatro, vestidos elegantemente suben al tranvía en la estación del Mercado Central, para dirigirse al Balneario de Agua Caliente, a unos tres kilómetros al sur de la ciudad, donde como su nombre lo señala hay baños de aguas termales, provenientes de una "vena del volcán", y donde han construido un lago, un centro de terapia naturista, un bar-restaurant y tres salones de juegos. También hay bosques de árboles y de flores procedentes de Europa y China, con veredas y paseos.

Primero observan las pailas de agua y arcillas hirvientes, de las que se extraen varios tipos de barro curativo, utilizados en el establecimiento y que también venden en recipientes de cerámica.

– Es que aquí aflora una vena del volcán Irazú•, comenta don Carlos.

Luis se imagina que el volcán tiene un sistema circulatorio, brazos y piernas como si fuera un hombre. El volcán es un gigante enterrado..., un gigante con venas de fuego.

Luego van al restaurante para desayunar, en la casa apenas habían tomado una taza de café vacío\*. Ahora ordenan huevos fritos con gallo pinto\*, pan francés con mantequilla, mermelada y café. Don José también pide media botella de whisky y él y don Carlos beben varios tragos solos, porque los muchachos rehúsan, alegando que para ellos es muy temprano.

(\*) **Café vacío:** café sin acompañamiento de tortillas o pan o comida, a veces también sin dulce o azúcar.

(\*) **Gallo pinto:** comida típica costarricense, de arroz y frijoles negros mezclados, a veces cocinados con abundantes cebollas y ajos, así como perejil, y a veces también acompañado por huevos.

Terminan de comer. Conversan un poco sobre nada. No saben cómo entrarle al asunto que los reúne. Pagan. Salen del restaurante y se meten en una sala de juego. Apuestan a la ruleta. Don José ordena otra botella de whisky y esta vez Cristóbal accede a beberse dos tragos, pero Luis está negado rotundamente y nadie intenta contradecirlo en su integridad deportiva, ni siquiera don Carlos su padre. Los dos hombres mayores acusan ya algunos efectos de la líquida droga.

Llevar consigo el litro de whisky, abandonan la sala de juego y el edificio de Los Baños, atraviesan el río Agua Caliente por el puente metálico; desde allí contemplan los botes de remos que circulan por el lago artificial.

A las 10.35 a.m. van caminando alrededor de ese lago, pausadamente, siguiendo una amplia alameda de lozas de piedra de formas romboidales, enmarcada por grandes árboles de sauce llorón con robustos troncos de suaves maderas y gruesas cortezas hendidas, y que bajan luego hasta el suelo en largos hilos de color verde claro.

— ¿Sobre qué quieren hablarnos privadamente, muchachos?, pregunta don Carlos con la calma de la autoridad sabia y condescendiente.

— Bueno, nosotros pensamos que podría ser importante que pudiéramos reunirnos para conversar de algunas cosas, indica Cristóbal tratando de ir a paso lento.

Pero Luis no puede contenerse y exclama rápida y vehementemente:

— ¡De lo que usted y don José estaban haciendo el domingo pasado en la mañana en la cama de la finca...!

Se detienen inmediatamente. Los muchachos observan cómo la cólera empieza a apoderarse de don Carlos por la insolencia de su hijo, mientras que don José ha quedado lívido y con los ojos cuadrados\*, según dicen las gentes en Cartago. Ahora la cólera de don Carlos se transforma en sobresalto y vergüenza. A su vez, la vergüenza se combina con el efecto del licor para crear incoherencia y desconcierto en sus pensamientos.

Los dos hombres mayores se miran entre ellos y luego a sus hijos.

— ¿Qué? ¿Qué le está diciendo usted a su papá, Luis?, —logra al fin articular don José, agregando, en un súbito cambio total de argumentación

(\*) Ojos cuadrados: quedar/estar atónito.

que se le ha ocurrido en el momento: — ¡No sé a qué se refiere usted, Luis, con esa pregunta!

Ni Carlos ni su amigo y compañero José han podido nunca hablar sobre este tema. Les resulta imposible manejarlo con la consistencia de la sobriedad. Practican sus secretos juegos masculinos sin mencionarlos, siempre bajo los efectos del licor.

Hoy sin embargo pueden articular lo inmencionable, gracias a que en estos momentos tienen algunas copas adentro, y gracias a que Luis y Cristóbal los obligan a discutirlo.

— Bueno, en realidad aquí los cuatro sabemos de lo que se trata y esta reunión que les hemos pedido es para aclararnos las cosas, explíquenos lo que sucede y aconséjenos qué es lo más conveniente que hagamos todos, ustedes y nosotros, interviene el conciliador y astuto Cristóbal, mientras solapadamente mira a Luis y le cierra el ojo, para prohibirle decir ninguna otra cosa más... Hay que llevar la conversación con cuidado y por partes.

— ¡Ah sí, carajos!\* —estalla don Carlos sin pensar en las consecuencias de sus palabras— ¿y supuestamente qué era lo que hacíamos José y yo el domingo pasado en la mañana? ¿Ah?

Don Carlos observa a don José y su cara de desesperación le permite darse cuenta del error que acaba de cometer. Luis no puede contenerse y de forma similar a la de su padre explota diciendo:

— Con el respeto que me merecen todos aquí, lo que vimos fue que ustedes estaban mamándose los penes.

Luis es brutalmente directo, no logra contenerse pero hace un esfuerzo por ser respetuoso, empleando un vocabulario correcto y por eso dice "pene".

Silencio.

Luego el mismo don Carlos, ya en otro ánimo pero siempre rígidamente firme:

— ¿Y bueno, hijo, qué querés que te diga? No puedo decirte nada sobre eso, es un asunto totalmente privado entre José y yo y ustedes dos no tienen por qué preguntar nada ni andar fisgoneando como viejas de patio.

---

(\*) Carajo: hombre. También exclamación.

— No deseamos saber nada, don Carlos —interviene Cristóbal—: Bueno, ...nada queremos saber de las cosas personales entre ustedes dos. Pero queremos saber qué hacer al respecto..., nosotros...

— Lo que tienen que hacer es muy sencillo, interrumpe don José, enérgico y convincente: no se le dice nada de esto a nadie de ahora en adelante y nunca más se vuelve a mencionar el tema entre ninguno de nosotros ni entre ustedes dos.

Cristóbal no sabe cómo proseguir la conversación. Nadie sabe. Hay una pausa y después del incómodo silencio donde los mayores esperan que los más jóvenes indiquen aceptar su propuesta, Luis nuevamente viene al rescate, estalla y exclama:

— ¡No, no!, ¡No puede ser así!. Porque tenemos que hablar. ¡Porque nosotros dos, Cristóbal y yo, también hemos hecho esas mismas cosas!

En este momento es el mediodía. Con la velocidad de un chispazo solar, una sensación abismal de reconocimiento y complicidad se apodera de los cuatro. Don Carlos sonríe involuntaria y brevemente cuando Cristóbal lanza una carcajada impúdica. Se miran los unos a los otros incisivamente en los ojos sin decir nada, durante dos o tres minutos por lo menos.

— Lo primero es de todas maneras el secreto, señala finalmente don José.

Luego continúa:

— Los mato y los desconozco a los dos si alguno de ustedes menciona estas cosas, a nadie. En primer lugar a sus madres o sus hermanas y en segundo lugar a las esposas que tengan cuando se casen. Ni tampoco me le dicen nada a ningún cura, sobre todo no se le va a decir nada, nunca, a ningún cura; ellos son los más pecadores de todos los pecadores y cuando se enteran de estas cosas hay chantajes y hay que empezar a realizar donaciones a las iglesias. Esta amistad entre ustedes es como cualquiera otra amistad y Dios bendice la amistad por ser fraterna, nada más por eso.

— ¡Es el sabio de la amistad!, exclama el irreverente Cristóbal, quien siempre se sorprende y entusiasma cuando su padre habla así.

— Sí, siga, papá. Perdón, no quise interrumpirlo, agrega.

— Esa amistad es compartida entre ustedes dos, es sólo de ustedes dos y nadie tiene que meterse entre ustedes dos. Este tipo de amistad además es común y corriente, no crean que Carlos y yo o ustedes dos somos los primeros y los únicos aquí en Cartago y en Costa Rica y en el mundo. Pero... ¡Pero, pero!. Reserva y precaución absolutas ante todo. Incluso si conocen a otros en situación similar a la de ustedes, deben ser sumamente circunspectos y precavidos. La virtud fundamental que tienen que practicar es DIS... CRE... CIÓN. Además, nada de esto hace menos hombre a nadie; eso sí, pueden surgir odiosos enemigos, motivo por el cual hace falta mucho más cuidado aún.

— Y yo por mi parte de fijo los mato —interviene don Carlos—, si alguno de los dos se me vuelve marica.

— ¡Sí señor!, responden Luis y Cristóbal a coro, al instante y automáticamente.

Hay risas de incomodidad. Agitan o mueven sus piernas tal como hacen los varones cuando surgen entre ellos estos asuntos.

— Los quiero bien machos, como José y como yo aquí presentes, insiste don Carlos.

Y nuevamente los dos muchachos, a coro

— ¡Sí señor!

La conversación se desvía con estas intervenciones de don Carlos y, además, Luis y Cristóbal tienen nuevas incertidumbres sobre esa posibilidad de volverse maricas, de por qué ellos no son maricas y sobre qué es, entonces, ser o no ser marica. El mismo don Carlos, sin embargo, mediante otra frase sencilla que toma de la tradición patriarcal los saca de su incertidumbre:

— Es decir, ¿me entienden muchachos?, no deben nunca sentirse como una mujer, nunca deben pensar o sentir que son mujeres cuando pasen cosas entre ustedes, siempre busquen sentir y hacer como hombres, tanto con las mujeres como con los hombres. Ser macho es eso y nada más y nada menos. Esa es la verdadera verdad. Así que no me queda ninguna duda que se van

a enamorar de un par de lindas muchachas y se van a casar y van a tener hijos..., lo cual NADA TIENE QUE VER, ¿me entienden?, nada tiene que ver con lo que pase entre ustedes dos.

– ¡Y tal vez esos hijos nuestros a lo mejor serán iguales a sus padres y abuelos!, agrega inoportunamente Cristóbal.

– Es un secreto que les trasmitimos porque de todas maneras ya ustedes lo descubrieron, haciéndolo. Lo que van a encontrar entre ustedes dos es algo muy importante y que les puede dar gran energía y sentido para salir adelante en la vida, muchachos, empieza a decir ahora don José, nuevamente en disposición de perorata oratoria.

– Es lo que hacemos Carlos y yo desde cuando teníamos más o menos la misma edad que ustedes. Andamos de yunta por la vida con absoluta y total discreción. Adoramos y amamos a sus mamás y a ustedes y a sus hermanas y lo que existe entre Carlos y yo, entre nosotros, es el ancla de la empresa. De esta relación salen todos ustedes. Y ahora vuelven a nosotros. Porque nos alegra que vayan a continuar esta relación personal, social y empresarial cuando nosotros nos alejemos de la vida.

Hasta aquí la historia en Los Baños de Agua Caliente. Esto fue lo que me contarón sobre el episodio, repito que no puedo asegurar su veracidad.

A continuación suceden días de neblinas que repercuten sobre Luis y Cristóbal, llevándolos por borrosos parajes de la conciencia.

Pero el rápido avance del mes de diciembre los devuelve a sus tareas prácticas. Han decidido empezar a trabajar juntos, siempre dentro de la empresa de sus padres pero con "algunas líneas especiales".

Piensen hacer negocio extraordinario aprovechando las navidades y el año nuevo, trayendo de la montaña musgos y orquideas para adornar las iglesias y las casas, y palmitos\* que serán cocinados y consumidos con ocasión de esas fiestas. Vuelven a Cachi.

Es un día maravilloso como solamente pueden serlo los días de diciembre en las montañas al sur de Cartago. El sol brilla con resplandores blancuzcos argentinos, contra un cielo absolutamente despejado de nubes, seco y transparente y por eso profundo, elevado. En las empinadas laderas, las luces coronan nítidamente las siluetas de los grandes árboles del bosque, con intenso verde oscuro.

(\*) Palmito: palma silvestre comestible.

Luis y Cristóbal dejan la casa de la finca temprano en la mañana, siguen camino arriba más allá del aserradero hasta la gran piedra colocada en medio del río, en aquel lugar donde abundan los heliotropos. Ahora los heliotropos tienen en los extremos de sus profusas hojas, bellas flores blancas, llenando el aire con un aroma penetrante y exquisito. Se quitan las botas y las medias\*, se aproximan al agua, se sientan en la orilla tocando con sus pies desnudos el frío líquido que pasa buscando correr para siempre.

Con la mano, Cristóbal toma un poco de agua y con sus dedos lanza algunas gotas al rostro de Luis, quien se ha distraído mirando una fulgurante mariposa de alas de color azul cielo metálico, de la familia *morpho*. Luis regaña a su amigo por molestarlo con el agua pero a la vez sonríe para reconocer que se trata de un gesto aceptado como válido en su comunicación. Sigue observando la gran mariposa que seguramente vive por ahí.

– No ha podido contener la curiosidad de venir a mirarnos, ¡fíjate!, le dice a Cristóbal, mientras el animal vuela alrededor, investigándolos.

– ¿Qué pensará cuándo hago esto?, dice a su vez Cristóbal, dándole un beso a su amigo en el cuello.

– Nada, seguramente sonreirá, tal vez es un mariposo que tiene un amigo para andar con él por el mundo del bosque y el agua....., responde un Luis de pronto absurdo, mientras empieza a desabrochar la camisa de Cristóbal y éste, a su vez, coloca su mano derecha sobre el regazo de Luis para sentir y propiciar la excitación que ya se perfila bajo los pantalones.

Se ponen de pie. Cada uno retira las ropas del otro mientras metódicamente pero abrumados por la pasión, van besándose unas tras otras las partes de sus cuerpos conforme quedan desnudas. Cuando ya no tienen ningún textil encima se besan largamente en las bocas y con las manos y los dedos exploran sus nalgas, sus espaldas, sus hombros, sus brazos, sus cuellos, sus estómagos, sus entrepiernas y sus muslos, sus testículos, sus falos ahora completamente erguidos y que han dejado al descubierto dos cabezas parecidas a hongos o a flores de banano, y cuyos tonos purpúreos, rojizos y aterciopelados brillan cuando reciben directamente los rayos solares.

Están hincados en el suelo, sin dejar de acariciarse y besarse, abrazados. Van revolcándose ahora sobre la arena de la orilla, con mucho vigor y fuerza porque los jugos espermáticos han empezado a agitarse y emprenden su viaje máximo, levantando las raíces de sus cuerpos. Giran abrazados y caen al

(\*) Medias: calcetines.

agua que está muy fría y que por un momento los hace detenerse. Se carcajean, se lanzan agua a los rostros, se empujan el uno al otro mientras sus espadas para hacer el amor masculino no ceden una milésima en su temple.

Luego regresan a las caricias, ahora dentro del agua que ya no sienten fría sino fresca y hasta tibia, agitándose y estimulándose reciprocamente hasta culminar en tremendas eyaculaciones. Cristóbal lanza la suya sobre el agua, mientras que Luis no puede contenerse ni dirigir la acción y en varios espasmos convulsivos envía con potencia sus semillas contra el cachete derecho, una oreja y los oscuros cabellos de su compañero. Vuelven a reírse y a abrazarse y luego se besan con gran pasión pero con una extraña y nueva ternura que por fin son capaces de expresar y sentir a plenitud.

Han vuelto a amarse como la primera vez, porque han quedado liberados del terrible virus de la culpa.

Su satisfacción es una plenitud inconmensurable, completa, infinita y a la vez totalmente inmediata.

No pueden saber, sin embargo, si será duradera, y cuándo será que la infelicidad volverá a tocarlos. En este momento creen en la duración, desdeñan la adversidad. Van a construir una vida juntos, para evitar la pena y la ausencia. Los dos tienen confianza absoluta en las bondades que el mundo les prepara.

## *CAPÍTULO SEXTO* **1911-1912: SEPARACIÓN DE LOS AMANTES. AÑOS INGLESES**

Luis y Cristóbal disponen para ellos solos del cuarto destinado a los muchachos, porque Daniel falta a dormir muchas noches, desde que su amante india dio a luz un bello niño de pelo negro, tez morena y ojos verdes, igualitos a los de Luis y de su madre Mrs. Frances. Y por cierto, para sorpresa y consternación de todo Cartago, tan pronto fue enterada del parto de Corazón, que así se llama la mujer de Daniel, Mrs. Frances ha realizado otra de sus acciones que escandalizan a la beatería local, pues prácticamente se muda con su nuera, al barrio donde sólo viven los indios, los negros y los mulatos, y contrata a la mejor comadrona de la ciudad para el parto. Se queda casi un mes junto a la madre y el bebé, atenta, ayudando en el cuidado de su primer nieto, quien se llamará igual a su mamá, Corazón pero con el apellido Silvestre y quien además es un varoncito: Corazón Silvestre Aktabal. En fin, la feliz abuela solicita a su esposo Carlos que exija a Daniel casarse con la madre de su hijo. Esto ha provocado un disgusto a don Carlos Silvestre, que en esta ocasión es tradicionalista y conservador, mientras que en otras oportunidades, como en lo relativo al secreto de Luis y Cristóbal, se ha mostrado tolerante. Tal vez es que a don Carlos le da temor o disgusto la relación íntima entre una piel morena y una piel clara como la de su familia. Después de todo, hasta hace pocos años los habitantes del barrio de La Puebla tenían prohibido vivir en el centro de Cartago, y ahora su hijo mayor terminará casándose con una india.... La conversación entre Daniel y su padre no es agradable, ninguno de los dos quiere ese matrimonio, Daniel preferiría no ser el padre del hijo de Corazón. Pero ceden ante la voluntad de Mrs. Frances, irrespetuosa de la norma social de Cartago:

- Tu mamá nunca aprendió a seguir las costumbres nuestras, Daniel, ya lo sabés muy bien, comenta don Carlos.
- ¡Oh mi mama! Y además, eso de quedarse tres semanas con Corazón y con el niño me puso en evidencia ante todo mundo; ¡todo Cartago ya sabe y comenta mi situación!, interviene Daniel, acongojado.
- Nada podemos hacer. Además tampoco es la primera vez que sucede.

Te casás con ella y te la traés con tu hijo a vivir por el momento con nosotros, y apenas podamos les construyo una casa, señala don Carlos, desplegando ante su hijo parte del arreglo que han cocinado las mujeres.

– ¡Ah sí!, ¡muy bonito! ¿Y yo mientras tanto qué hago? ¿Dónde me meto yo frente a la gente de Cartago? ¿Ah? ¡Se burlan y se burlarán de mí! ¡YO NO PUEDO ACEPTAR ESO, PAPÁ, ENTIÉNDAME!, ¡YO SÉ QUE USTED ME ENTIENDE!, responde Daniel, ahora sí desesperado por el aguijón racista que lleva empozoñándole el alma.

– El problema, mijito\*, es que ya no podemos hacer nada, señala don Carlos.

– ¿Por qué...?

– Porque mientras vos y yo hablamos, en este momento, tu mamá se trajo a Corazón y al niño. Ya están viviendo en la casa, concluye su padre.

Como para compensarlo, Daniel es designado gerente de la tienda y del almacén de materiales en Cartago, por ser el mayor. Daniel siente y sabe que en tanto propietario de esos bienes, igualmente es poseedor del mejor escudo contra la vergüenza. Extrae de su nueva posición económica, un sentido de solidez mundana que endulza la medicina contra la vergüenza social racista.

La boda tiene lugar en la Iglesia de la Virgen de los Ángeles, común tanto a blancos como a indios, mulatos, chinos y negros; Señora De la Reconciliación Universal. Es un evento de trascendencia en la ciudad justamente por sus implicaciones étnicas y sociales.

Mientras tanto, ahora que disponen de una habitación sólo para ellos, la tentación de amarse en sus propias camas se torna inmediatamente irresistible para Luis y Cristóbal. Es algo novedoso porque hasta ahora sólo han podido tener amores en el bosque. Durmiendo en Cartago se han excitado y satisfecho vestidos con pijamas, en total silencio y oscuridad, a escondidas de Daniel. Ahora, en cambio, lo pueden hacer con completa libertad y premeditación y sin límites de tiempo.

Como ocurre tantas veces entre muchos jóvenes, la exploración erótica los lleva hasta ámbitos lujuriosos que en cosa de días y semanas los transforman en personas completas. Es la fuerza misma del amor que durante la juventud se presenta de maneras muy intensas, las cuales a su vez potencian el aprendizaje y la capacidad de crecer espiritualmente. No pueden contenerse, se deleitan en el goce sensual del contacto entre sus cuerpos desnudos,

(\*) Mijito/a: mi hijito/a. Forma cariñosa para dirigirse a alguien joven.

abandonándose el uno en el otro sin la menor preocupación o temor, ni porque alguien los pueda sorprender acariciándose, ni tampoco porque sientan que hacen algo indebido o "malo". Sus padres y la tradición secreta masculina los apoyan. Libres de esas trabas, que son las mayores en este tipo de relaciones, la pasión erótica fluye, aguda y abundantemente, durante diez noches seguidas.

Después de la fiesta del último día de 1910, las dos familias se trasladan a la finca de Cachí\*, "para veranear y para ayudar con el aserrío", casi que el mes de enero completo. Daniel y su nueva familia permanecen en Cartago, atendiendo el negocio hasta el día 23 de enero, cuando también viajan a Cachí para estar junto con el resto del clan, al menos el fin de la temporada vacacional. Don José regresa a la ciudad desde el 22 y se hace cargo de la casa y el negocio. Lo acompañan Luis y Cristóbal, quienes atienden sus gestiones universitarias en San José.

La casa se torna silenciosa porque está vacía. Parece diferente. Doña Amable la recorre solitaria y como si fuera parte del oscuro y brillante piso, conforme lo limpia y pule. Ella les cocina, limpia y lava la ropa y los atiende, pero no duerme en la casa. Por el lado de afuera se encuentra don Pedro, el guarda eterno y factotum de la propiedad, quien desde el terremoto habita precariamente en un cobertizo levantado por él mismo, en el fondo del patio.

En tanto socios de una hermandad masculina, Cristóbal y Luis sienten menos libertad para amarse cerca de personas femeninas, sus madres y sus hermanas en primer término. En cambio, están tranquilos y predispuestos a la excitación erótica cuando el entorno es masculino, sea porque se encuentren solos (en el bosque por ejemplo) o bien como en este caso, en una situación donde nada más participan otros varones (don José y Pedro el guarda). Tal vez tenga que ver el apoyo que Luis y Cristóbal reciben de sus padres para sus empresas eróticas masculinas. También es que, paradójicamente, las mujeres patriarcalistas son cruciales para mantener el patriarcado.

Además, está la cuestión del secreto del asunto y, entonces, el misterio del secreto y la trascendencia de la masculinidad secreta.

— Son condiciones óptimas, señala despreocupadamente Cristóbal, procediendo con cuidadoso e infinito placer a retirar una tras otra las prendas de vestir de Luis, quien yace tendido en la cama bajo la débil luz de la lámpara eléctrica y al que pronto deja completamente desnudo. Cristóbal

entonces procede a acariciarle los dedos y la planta de los pies, las pantorrillas, las piernas y los muslos, hasta que nota alguna actividad en el apéndice fálico de su amigo. Ese crecimiento se acelera notoria y rápidamente cuando Cristóbal toca las nalgas y la entrepierna. El saco testicular de Luis se repliega sobre sí mismo y luego vuelve a expandirse para después quedar contraído de forma más permanente, conforme la excitación aumenta en el muchacho. La flor del glande se llena y empieza a salir del capullo prepucial donde ha estado envuelta. Cristóbal toma entre sus dedos esa otra cabeza de Luis, la aprieta suavemente, acaricia su aterciopelada tersura. Luego cubre con su mano derecha el cuerpo cilíndrico y empuja la piel hacia abajo, hacia el pubis, para que el glande aparezca plenamente, palpitante y como boqueando por su abierto meato, donde pronto brota la primera gota de néctar lubricador, por la excitación y porque con su dedo índice Cristóbal acaricia todo el fálico casco de Luis, generando en éste intensos estremecimientos y sensaciones que lo llevan hasta los límites de un placer irresistible.

Se detienen. Apagan la luz.

Ahora Luis desviste y excita a Cristóbal. Para esto simplemente le besa los labios mientras se abrazan desnudos. Luis siente la respuesta inmediata del pene de Cristóbal, cuya dura cabeza se mueve de derecha a izquierda y de izquierda a derecha al chocar contra sus muslos, contra su estómago, contra su propio falo. Los dos penes de los muchachos están extremadamente tensos y duros. Cristóbal los coloca juntos hacia arriba y los sostiene con las dos manos. Mueve hacia arriba y hacia abajo la piel de los prepucios mientras siguen besándose en las bocas.

Vuelven a detenerse. Se levantan y encienden una vela. Beben un poco de agua. Bromean, se dan nalgadas, haladas de pelo, besos, lenguas en los oídos, apretones de tetillas y haladas de pelotas y falos, nuevos besos en los glandes. Conversan algo pero sus erecciones no ceden un milímetro. Se buscan, de nuevo sumergidos en un mundo de intensidades puramente táctiles, donde navegan otras personas que son ellos mismos, pero que no ven nada, sino que sienten, tocan, escuchan. Adoptan alguna posición donde cada uno puede seguir excitándose por el contacto con el otro, repitiendo acostados el abrazo.

Apagan la vela.

Se alternan colocando uno su pene entre las piernas del otro, mientras que el compañero presiona con su falo el estómago de su socio. Unas veces

## VI

Cristóbal está encima y Luis debajo y otras a la inversa, cara a cara o bien uno detrás del otro. Y después cambian posiciones, alternándose.

La excitación alcanza niveles incontrolables y de enorme intensidad. Ambos se expresan con gran fuerza. Se agarran, se acarician con una energía incontenible y poderosa pero que nunca siquiera imagina el maltrato.

En el primer encuentro, no logran frenar y corren desbocados para lanzarse desde una alta montaña hasta el mar y el universo, en un vuelo donde, unidos, cada quien busca al otro en un infinito azul con un sol en el centro, hacia el cual avanzan aceleradamente, a gruñidos, carcajadas, gritos y espasmos orgásmicos (oro y azul).

Luego tienen otro congreso amoroso, donde ya pueden detenerse en el camino, por aquí y por allá, a contemplar, a comentar, a explorar, a experimentar (verde mar).

Y luego otro. Y otro. Están con fiebre amorosa. Erecciones y orgasmos constantes que en los días siguientes interrumpen lo menos que pueden.

– Es tarde, ya deben ser más de las ocho, afirma Cristóbal.

– ¡Durmámonos!, responde Luis, quien sin embargo se despega del abrazo de su compañero, sale de la cama y orina en su bacinilla. Cristóbal hace lo propio y después los dos se cubren totalmente bajo las mantas, abrazados y tranquilos, mientras el frío, la oscuridad y la lluvia rodean su lecho y sus almas, que juntas vagan por los maravillosos mundos oníricos de los amantes, en los que cabe experimentar la pureza en su nitidez absoluta, según opinan algunos dedicados a glorificar el Amor.

Don José sabe perfectamente lo que está pasando en el cuarto de los muchachos, pero se comporta como si no se enterara y más bien anda muy amistoso con ellos.

Esto se prolonga durante una semana, pero ya a principios de febrero de 1911, aquella calentura erótica se interrumpe brevemente. En la segunda semana de febrero, Luis se traslada a Uxucurré para asumir sus responsabilidades. Cristóbal se queda en Cartago y sólo regresa a Cachí dos semanas después, para disfrutar de la última semana de vacaciones y luego ayudar en el retorno general de las familias a Cartago.

Luis y Cristóbal trabajan con gran dedicación en Uxucurré todo marzo, igualmente disfrutando de su amor en la selva, que después de todo es el lugar preferido para tales encuentros. A finales de este tercer mes de 1911 deben separarse una vez más. Cristóbal regresa a la civilización para

comenzar sus lecciones en la Facultad de Derecho de la Universidad, en San José. Mientras, Luis es relevado de sus tareas en la finca, de manera que pueda proceder con los preparativos del viaje a Inglaterra, hacia donde partirá en mayo. Esta ulterior partida será la más difícil para Cristóbal y Luis, significará un larguísimo tiempo de ausencia. (En particular entre jóvenes, para quienes cada minuto equivale a un año --en la vejez el tiempo se vive con rapidez creciente, al contrario de la juventud).

Luis y Cristóbal se preparan para lo inevitable. Cristóbal arde en curiosidad por conocer los ámbitos superiores de la educación, la política y la economía del país, y por develar los secretos de la ciudad capital y su gente. Tendrá que viajar cuatro días por semana en tren de Cartago a San José, saliendo en la mañana y regresando en la tarde, todo de acuerdo a un horario de trabajo que coordinan los relojes y el ferrocarril. En realidad, quisiera estudiar literatura, historia, filosofía, sobre todo política. Pero la única forma de hacer algo lejanamente parecido a estas cosas sin salir de Costa Rica, es estudiar Derecho y cultivarse uno personalmente. Y respecto a la política:

– Se aprende haciéndola, no en ninguna universidad, indica, siguiendo la opinión de don Ricardo Jiménez\*.

De los dos muchachos, Cristóbal sin duda es el que tiene una mente más especulativa, más universal y profunda, pero su suerte en la vida no le permite educarse bien. Luis en cambio, que tiene miras más cortas y pragmáticas, va a poder salir del estrecho entorno costarricense y del corsé cartaginés y se preparará en un campo tecnológico, la ingeniería civil. Su estancia en Inglaterra le ayudará a superar limitaciones concienenciales, al ubicarlo en medio de una realidad espiritual, social y política que de otra manera no habría podido asimilar. Cristóbal al contrario, conoce bien el significado histórico de esas realidades del mundo más allá de Costa Rica, pero no puede vivirlas sino leyendo y discutiendo, siempre aplicadas a su terruño.

- La distancia sin embargo no va a alejarnos, dice Luis a Cristóbal.
- ¿Cómo nos comunicaremos? ¿Escribimos, nada más?, pregunta éste.

Solamente podrán enviarse cartas, pese a que imaginan un viaje de Cristóbal a Londres. De manera que, para continuar su comunicación privadamente

y sin restricciones por una posible censura, inventan un código secreto con el que reportar sucesos y avatares, y para compartir sentimientos y deseos.

En escondido lugar del bosque, donde vive una amistosa serpiente lora y junto a un nacimiento de agua, se juran el uno al otro un Pacto de la Secreta Sociedad del Tigre y del Puma, que incluye dos listas de palabras, una aparente y otra verdadera. Es un pequeño diccionario privado y bastante soez, como es característico de la juventud, que escriben en duplicado y que consta de unas ciento diez palabras. Copio apenas las primeras:

"la montaña"	significa "algo erótico en general",
"el roble"	significa "la verga de Luis" (porque la tiene más larga),
"el higuerón"	significa "la verga de Cristóbal" (porque la tiene más gorda),
"el río en la montaña"	significa "masturbación pensando en vos",
"las orquídeas"	significan "los güevos*",
"el manantial"	significa "la boca que mama",

mientras que referencias a bananos o plátanos serán adicionales y obvias referencias a sus falos, etc. Por lo demás, y antes de escandalizarnos inútilmente, recordemos el placer que sentimos desde niños al pronunciar palabras prohibidas o "groseras".

El Pacto incluye otras varias cláusulas. Cada miembro puede estar con mujeres si la necesidad se vuelve incontenible. Si no, la recomendación es satisfacerse con la masturbación (acordarse el uno del otro en tales actos se asume pero se mantiene implícito). Y finalmente, para los miembros de la Sociedad del Puma y el Tigre que puedan comportarse,

– ...como los héroes Aqueos ante los muros de Troya, según burlonamente dice Cristóbal,

– Pues abstinencia o al menos períodos de abstinencia, pero por supuesto hasta donde se pueda o sea humanamente posible, añade Luis con sinceridad muy sentida y con un suspiro, porque de los dos es quien menos puede controlarse en estas cosas sensuales, y anticipa tentaciones irresistibles.

También discuten y planean cuidadosamente la forma y el momento en que podrían encontrarse, preferiblemente en Londres, ...para que Cristóbal

(\*) Güevos: testículos.

conozca... Los dos inventan posibilidades fantásticas para que Cristóbal no se sienta abandonado mientras Luis se dirige hacia nuevos mundos maravillosos. Son deseos y planes de viaje que cada uno sabe imposibles. Los tres años de separación serán toda una vida. ¿Cómo vivir tres eternos años en la distancia manteniendo viva la comunicación, la pasión? No tienen respuestas claras. Pero son jóvenes y la vida palpita en ellos confiadamente, la ausencia y la distancia tarde o temprano terminarán, y mientras tanto los dos harán sus mejores esfuerzos para aprender y graduarse,

– Y así volver a la casa y a la patria para hacer todo lo que tenemos que hacer juntos, señala Luis, siempre concluyente, siempre exacto y justo y algunas veces hasta sutil –o más probablemente inconsciente de los dobles o múltiples sentidos de sus palabras.

Ambos tienen clara la necesidad de estudiar y adquirir un *machetico*\*, como dice la gente de Costa Rica; un instrumento, una profesión para enfrentar la vida y así no depender de lo que sus padres puedan heredarles. Y poseen una voluntad decidida para llevarlo a cabo.

Bromean para mitigar el dolor de la partida:

– Serán tres nuevos años, estoy seguro que para mí serán años de libertad y crecimiento, dice Cristóbal con ironía.

– En cambio para mí serán tres infinitos años de sufrimiento en Londres, sin tu tragicómica presencia, responde Luis aún más burlescamente (o por lo menos eso creen ambos).

Luis parte hacia Inglaterra durante la primera semana de Mayo. Su padre y su madre lo acompañan hasta Puerto Limón, donde debidamente lo embarcarán, en el SS King Charles, de la Royal Mail Company.

– La mejor compañía naviera de Inglaterra, explica con satisfacción don Carlos.

Cristóbal también viaja a Limón. Es su primera visita a esta ciudad portuaria del lluvioso Caribe costarricense. Se asombra cuando el tren alcanza la amplia planicie costera y viajan por kilómetros y kilómetros de plantaciones de bananos propiedad de la United Fruit Company. En el puerto le

---

(\*) **Machetico**: medio para ganarse la vida: "tener un machetico": tener un oficio o una profesión.

impresiona el exotismo del lugar, la isla donde en 1502 atracara Cristóbal Colón, la presencia colonial del Imperio Británico pero también del imperialismo de USA, que acaba de arrebatarse Cuba y Puerto Rico a España y que en Limón señorea encarnada en esa poderosa Compañía Bananera, —"Mamita Yunai"— según el apodo que inventaran en Alajuela. En el puerto, la compañía ocupa unos terrenos rodeados por vallas y donde no hay tránsito libre, es casi como entrar a otro país. Es la llamada "zona", un territorio fuera del control de Costa Rica. En el mejor promontorio han construido las llamadas "casas de la compañía", de estilo colonial moderno y consideradas muy buenas por la población limonense. La "zona" de la compañía posee además jardines, escuelas, hospitales, y todos los servicios necesarios y de la mejor calidad, para los funcionarios extranjeros y algunos pocos altos empleados costarricenses. Todo segregado de los populosos barrios y vecindades de los negros e indios, la mayoría económicamente atados a Mamita Yunai, al muelle y a las aduanas.

A Cristóbal le llama la atención sobre todo Puerto Limón propiamente dicho, la dominante cultura afrocaribeña, jamaiquina en particular: los tipos humanos, la forma de hablar inglés que no comprende, los edificios de dos plantas, de madera, con balcones y aceras cubiertas, la humedad calurosa y el olor de aceite, arroz y especias que tiene el aire. También se sorprende porque la vía férrea atraviese el cementerio dividiéndolo en dos, y no se cansa de escudriñar las muchas iglesias y templos de cultos misteriosos que practican las gentes. Observa la juventud del lugar, se saluda sonriendo con gran cantidad de muchachos y muchachas, la mayoría africanos americanos de gran hermosura y robustez física y espiritual.

El malecón atrae a los dos amigos cartagineses, así como el muelle y las instalaciones de la Compañía Bananera. Ahora justamente caminan por el rompeolas, Cristóbal subido en el fuerte muro de piedra y cemento, mientras Luis marcha junto a él pero sobre la acera, al lado de adentro de la muralla que protege a la ciudad de los embates marinos. A ambos les merece el mayor respeto la fuerza de esa mar atlántica que se estrella poderosa contra el muro, pues hasta entonces sólo conocían las amplias playas del Pacífico, donde el océano parece no necesitar ninguna contención.

Caminan e intercambian las postreras palabras de las últimas conversaciones. Se trata de cosas irrelevantes o de mero detalle, como sucede a menudo en estos casos, por ejemplo observaciones sobre la mar o el cielo o los árboles del parque de Limón.

La comitiva en pleno sube a bordo del SS King Charles el día antes de la partida, aunque claro está que Luis será el único que viaje. Los pasajeros deben dormir esta noche a bordo porque zarparán con las primeras luces del amanecer. Los padres de Luis revisan que el camarote sea adecuado y todos pasean por el gran buque, incluyendo una visita a sus entrañas calientes y sudorosas donde están los motores y :

— ¿los motoristas?, ¿los que manejan los motores?, pregunta Cristóbal.

— No sé — responde Luis; pero inmediatamente agrega— ¡Los mecánicos!. Ahora no te preocupés por eso. Vení, vámonos solos por aquí.

Cristóbal comprende al momento. Se escabullen del grupo por una empinada escalera que los conduce a un corredor y luego a la cubierta.

Están despidiéndose, apoyados sobre la alta proa mientras la brisa salada golpea sus rostros con violentas bandadas y el barco se mece lenta pero fuertemente, incluso anclado y atado al muelle. De pie uno al lado del otro, ambos miran hacia adelante, hacia el este, hacia un infinito horizonte que se pierde en la distancia brumosa del Caribe.

Desde el puente del barco, el capitán Alexander O. Exquemelin\* contempla sus juveniles figuras que por un instante le parecen ser marineros suyos, pues llevan trajes blancos y delgados y aplastados sombreros ecuatorianos, de color pajizo. Son blancas figuras luminosas de gran contraste en las imágenes visuales del capitán, recortadas contra los tonos plomizos y rojos de la cubierta y la borda del navío.

Luis está nervioso ahora. Atento a su viaje, indica a Cristóbal la urgencia de regresar con los demás. Suben al puente y conocen al capitán Exquemelin, quien en estos momentos muestra a don Carlos los mecanismos de mando del buque. Después los conduce hasta su camarote privado. El padre de Luis con Mrs. Frances haciendo de traductora, conversa con Exquemelin, le recomienda a su hijo ahí presente. Mientras hablan, Cristóbal observa la habitación y luego sin proponérselo concentra la mirada en su amigo del alma que va a partir. Pero al punto se percata de que es observado por un muchacho de aproximadamente su misma edad pero vestido de marinero, con una cara como de ángel, enmarcada por abundantes cabellos ensortijados, de un rubio intenso y blancuzco. Sin embargo ese joven es extraño, cerca de él Cristóbal siente incomodidad, perturbación. El motivo son sus ojos, de un azul muy oscuro, azabacheado, que contrastan con el color de sus

cabellos y traslucen algo tremendo y suicida. Cristóbal nunca había visto un muchacho tan hermoso y tan cercano al miedo y la muerte. Parece ser el ayudante de cámara o grumete o algo por el estilo, del capitán Exquemelin; el muchacho se encarga de traer y llevar papeles, catalejos, compases, mapas. Ahora distribuye vasos de ron jamaiquino para todos los presentes.

El gentil capitán promete a don Carlos que cuidará de su hijo Luis durante la travesía.

– Lo acompañaré personalmente, no sólo hasta la estación de tren en Bristol sino hasta el mismo Londres, pues también debo viajar enseguida a la capital, afirma contundente Exquemelin.

Mrs. Frances está alegre por la feliz coincidencia y por la deferencia del capitán con su hijo mayor, pero Cristóbal sabe que hay algo oculto bajo la mesa:

– Probablemente Exquemelin ha recibido dinero de don Carlos para que ayude a Luis, pero no quiere que ni Luis ni su mujer se enteren de que todavía lo cuida como a un niño. Sin embargo, por otra parte puede ser que Exquemelin haya quedado persuadido por Mrs. Frances, que es británica como él mismo, y haga el favor por gentileza con ella...

Al amanecer del siguiente día, el 4 de mayo de 1911 (primer aniversario del terremoto de Cartago), Cristóbal y el padre y la madre de Luis están de pie sobre el extremo del muelle, agitando pañuelos blancos en sus manos, junto con alguna otra poca gente que ha venido a despedir viajeros, en medio de vagones de tren bananero.

Desde la alta borda Luis se despide moviendo sus dos brazos como aspas, pero inmediatamente corre a ubicarse en la proa del buque, que empieza a avanzar, salpicando con fuerza al chocar contra las olas, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, hacia la izquierda y hacia la derecha y hacia arriba y hacia abajo. Surgen sentidos vertiginosos incesantes que desestabilizan todo. Por un instante el recuerdo del terremoto lo paraliza de terror:

– ¡Estos movimientos equivalen como a decenas de terremotos! Pero no me siento mareado, por lo menos todavía no me siento mareado y creo que no me voy a marear. Tengo que acostumbrarme poco a poco a esta gran cantidad de movimientos, diferentes y constantes, piensa, mientras por precaución agarra fuertemente, con ambas manos, las sogas de la borda.

El corazón le palpita con energía. Su visión quisiera ir más allá del sitio cambiante donde el mar y el cielo parecen estar unidos... Después de un rato sus ojos se llenan de lágrimas, por la brisa salada y porque trata de casi no parpadear. La visión se torna borrosa y en los bosques de su imaginación encuentra el sonriente rostro de Cristóbal. Luego apenas divisa unos árboles y el río contra los ojos negros cristobalinos, que rápidamente se reducen a puntos, extinguidos bajo el inacabable fragor del oleaje marino.

Cuando el buque se pierde de vista desde el muelle, sólo queda en el aire, brotando desde el horizonte, la estela negra que deja tras de sí, mientras se enrumba hacia lo desconocido.

"En la primera noche a bordo, soñé que caminaba como de puntillas sobre el insondable océano Atlántico",

anota Luis en una carta dirigida a Cristóbal, que ya ha empezado a escribir.

Hacen una corta escala en Nassau. Bajan y suben pasajeros y carga y se reabastecen de carbón. Luis observa admirada y cautelosamente tres buques de guerra de la Royal Navy anclados allí; nunca antes había visto un barco de guerra.

– Son las principales armas del mundo, piensa.

Subiendo aún más por el Atlántico, en los días sucesivos encuentran la mar fuerte y capean una poderosa tormenta con olas de 20 metros y vientos de 40 nudos, sobre el meridiano 30, unas 150 millas al oeste de las Azores. Entonces sí que Luis se marea, cosa de tener el estómago descompuesto durante 24 horas seguidas (vómito y diarrea). Vagamente recuerda que el asistente del capitán Exquemelin lo ayuda durante ese día tan difícil. Al cabo puede controlarse más. Ahora el buque recibe desde la popa el empuje de la tormenta, prácticamente escalando y descendiendo por esas gigantescas olas, con vientos furiosos y un aguacero cerrado que los empuja y les da gran velocidad.

Hacia el amanecer la tormenta los deja para enrumbarse hacia Francia, circunstancia que el capitán Exquemelin aprovecha con gran pericia, derivando con rumbo norte, en una línea paralela a Newfoundland. Con el nuevo día regresa el sol y continúan a través del océano sin más contratiempos.

## VI

Aparecen bandadas de temidas orcas, que son dispersadas a tiros por dos marineros, acatando órdenes de Exquemelin, quien las llama "ballenas asesinas". También observan de cerca un grupo de enormes ballenas azules, que por supuesto Luis no conocía directamente, pero que admira por tratarse del animal más grande del mundo.

– Solamente he visto cachalotes, en Puntarenas, muchos, pues pasan nadando por el mar y he visto de cerca a dos varados en la playa, explica Luis al Capitán. Agrega sorprendido,  
– ¡Pero estas ballenas son gigantescas! ¡Y tantas!

Luis anota en la carta para Cristóbal, que el clima se torna más fresco cada día, conforme navegan más y más al norte. Pese al inminente verano boreal, el 16 de mayo en la noche Luis siente por vez primera el frío de la Europa del Atlántico Norte, calándolo hasta la médula, y puede ver la luminosidad del faro de las islas Scilly, que anuncia la proximidad de Britania. Al amanecer del día 17 ya navegan por el canal de Bristol con la costa inglesa a estribor. Pronto también aparece Swansea, a babor. Penetran por la boca del río Avon y al poco echan anclas y amarras en uno de los larguísimo muelles construidos en su margen oriental: están ya en Bristol.

Luis desembarca con los otros pasajeros, hace las aduanas y pasa por la oficina migratoria imperial donde revisan su pasaporte, su visado y sus papeles para ingresar a la universidad. Después sella y envía la carta para Cristóbal en la oficina de correos que opera junto a la aduana, sale, cruza la calle y se mete a la estación del tren, para esperar la llegada del capitán Exquemelin, como han convenido.

Al cabo de media hora aparece el rubio ayudante del capitán.

– ¡Billy Bud! ¿Cómo está, muchacho; bien?, dice efusiva y amistosamente Luis, alegre de ver un rostro familiar.

Su interlocutor le contesta en un español arrastrado:

– ¡Sí!, ¡Bieen! ¡Grrraacias! Luego continúa en inglés:

– My real name is Terence Stamp\*, it is Captain Exquemelin who calls me Billy Bud and I have grown used to it. But you should call me by my real name, Terence. I have asked you this before, bloke!

– Oh! I am sorry! All right, Terence Bud, then, may I call you? , responde Luis, continuando con su broma.

Insiste en el punto y vuelve a preguntar, porque sabe que recibirá una respuesta:

– ¿Está usted bien, Terence Bud?

– Sí, sí. (sonriendo ahora). The Captain will arrive shortly, responde Billy Bud o Terence Stamp o Terence Bud, acomodando las maletas del capitán y las suyas propias sobre una de las grandes bancas de hierro forjado que ocupan el centro de la gigantesca sala de espera en la estación ferroviaria. Encarga a Luis cuidar las pertenencias y se dirige a la boletería, donde comprará los pasajes para el tren que sale a las 11 a.m. con dirección a Londres.

Ya de camino, Luis va sacando medio cuerpo por fuera de la ventana, tal como los muchachos acostumbran hacer en los ferrocarriles de Costa Rica, para no perderse ni un detalle del paisaje. El capitán Exquemelin le solicita tener prudencia y que:

– Apenas asome un poco su cabeza por la ventana porque puede ser peligroso, todavía quedan puentes y túneles viejos muy angostos donde podría quedar partido en dos, muchacho, (en inglés, claro).

Luis obedece al instante. Para corregir este tipo de errores, adopta una actitud de cautela consciente y amplia, respecto a lo que hace y también con todo lo que dice, de aquí en adelante. Se encuentra en una tierra desconocida, la travesía marítima continúa pero ahora de una forma nueva.

– Nunca he vivido en una isla, —comenta en voz alta y arriesgándose a hablar en inglés—, aunque claro, podemos considerar que el continente americano es una isla grandísima.

El capitán Exquemelin, quien debería ser su interlocutor, apenas lo observa sin decir palabra. Luis prosigue:

– Estar en este país isla es como encontrarse a bordo de un gigantesco buque inglés, el cual navega las aguas del mundo, del mayor imperio que

han visto las edades, explica Luis al capitán Exquemelin, quien todavía no responde pero al menos ya sonríe.

Las otras dos personas que viajan en el compartimento tampoco dicen nada y aparentan indiferencia respecto a los demás viajeros. Luis piensa que uno de ellos está vestido un poco chillonamente y, cuando habla, el muchacho costarricense no entiende prácticamente nada. Esto le produce un pánico que será el principal aliciente para aprender,

— Esa carajada\* que hablan aquí las gentes de los suburbios de Londres, llamada creo que "cockney" o algo por el estilo.

Lo extraño y lo bueno —para sus estudios al menos—, es que sí entiende la conversación entre el capitán Exquemelin y el otro viajero. Luis observa a este personaje con alguna curiosidad, lleva el rostro entalcado, con barba entera pero recortada ("King Albert Style"). Es rechoncho y muy blanco, va metido en un traje marrón discreto y elegante y habla con aplomo sobre la superioridad inglesa respecto a los alemanes:

— ¡Porque jamás ni Alemania ni nadie, nos arrebatará el dominio sobre los océanos!, ¡mientras la Corona disponga de hombres de mar tan excelentes como Usted mismo, capitán Exquemelin!

Poco a poco y de esta forma al principio, navega Luis por el clima de nacionalismo extremista que prevalece en Inglaterra y en toda Europa. También empieza a enterarse del complicadísimo sistema inglés de castas, clases y grupos sociales, cada una de ellas con una forma de pronunciar y organizar la lengua inglesa, aparte de varias otras que son propiamente naciones con idiomas particulares, como los irlandeses y los escoceses.

Luis, sin embargo, por el momento presta más atención al paisaje de afuera antes que a la gente alrededor suyo. El tren alcanza ya una velocidad extraordinaria, siente el muchacho. De acuerdo con el capitán Exquemelin irán en este momento:

— A más de cuarenta y cinco millas por hora, avanzando rápidamente hacia el este.

(\*) Carajada: asunto, cosa.

— Cuando atraviesan la ciudad de Reading, Luis observa con mayor avidez porque allí estudiará. Resulta evidente que esta urbe tiene febril y amplísima actividad industrial y comercial. Calcula que será unas tres veces más grande que San José. Pero también nota inmediatamente pobreza y miseria, peores que en Costa Rica y que Luis imaginaba o suponía no existirían en la acaudalada Isla Reina del Mundo. Al lado de esas figuras desesperadas que llaman primero su atención, después se concentra en el caótico movimiento de las calles, repletas de carruajes y gentes, bordeadas por grandes edificios de ladrillo, donde funcionan los comercios o las máquinas de las industrias, con altos techos de metal y una increíble cantidad de gruesas y elevadas chimeneas, de las que brotan gigantescas y eternas nubes de carbón. Por eso la atmósfera que cubre a Reading está oscurecida. Luis espera encontrar un lugar para vivir donde no lleguen esas nubes de carbón quemado.

— Ya es demasiado el humo que estáis soportando, señores. Hasta la estación de Londres cerraremos la ventana o terminaremos con caras de negros, dice el Capitán, al tiempo que Terence Bud acata las correspondientes indicaciones que le hace con gestos.

En la estación de Londres, Luis se despide del capitán y de su ayudante y es recibido por doña Consuelo Avellaneda, dama de alcurnia y oriunda de San José, casada con un inglés de apellido Babcock y a la que acuden todos los costarricenses cuando visitan la ciudad. Reside en Kensinton, muy cerca del Holland Park. Es la casa número 1247 de la Campden High Road. Doña Consuelo y su marido poseen al lado de su casa un edificio con cuartos y apartamentos que alquilan por temporadas cortas o largas. Allí se acomoda Luis, en principio para la duración del verano, dedicado a aprender bien el inglés.

Su cuarto es oscuro, no muy limpio, con muebles viejos, en un tercer piso que es más bien el ático del edificio de piedra y madera. Cuando finalmente está solo en su habitación, Luis abre completamente la ventana pero entra un viento frío y entonces la deja semicerrada, para escuchar los ruidos de la ciudad. Está sobreexcitado, continúa en estado de alerta. Deja las maletas por ahí, se quita el saco y la corbata, también va desabrochándose la camisa y quitándose los zapatos. Yace acostado boca arriba sobre la extraña cama, una cama evidentemente inglesa, más suave que la suya en Cartago pero que por lo menos no está en un interminable vaivén como la

litera del barco. La cubre una colcha blanca y roja tejida a mano, de lana escocesa. La luminosidad del día resulta extraña por la latitud tan norteña y por la oscuridad del cuarto. Luego nota que afuera ya llueve, lo cual para Luis no es nada novedoso sino más bien familiar, acostumbrado al mundo de eternas neblinas, lloviznas y aguaceros del valle del Guarco... piensa que razón llevan quienes en Cartago hablan de cuán parecido es el clima londinense al guarqueño. El paso de un tren no muy lejos también resulta familiar, pero lo devuelve a Londres. Se levanta y empieza a desempacar sus cosas y a acomodar el cuarto, su nueva casa.

— ...estoy solo aquí, en realidad. Sí. Es raro. Es riesgoso pero fundamental para encontrarme a mí mismo. ¿Extrañaré todo lo de allá? Sí, por supuesto —recuerda que le había señalado Cristóbal—: siempre vas a extrañar la patria, pero lo importante es CÓMO vas a vivir esa cabanga\*. Pues, si eso es así, si Cristóbal tiene razón, lo cual me parece justo, entonces quiero sentir una cabanga que me permita disfrutar y aprovechar esta visita a Inglaterra. Claro está. Evidentemente. Por supuesto; piensa.

Durante los cuatro días que siguen realiza un par de excursiones al centro de la ciudad para verla y queda abrumado por el tamaño gigantesco de la urbe ("Londres tiene un área similar a la de nuestra región atlántica entera", escribe a Cristóbal), por la cantidad de gentes, los edificios, los monumentos, las avenidas, los trenes, el número inmenso de coches e incluso de automóviles, el fragor del profundo rugido imperial.

Al quinto día empieza el curso de inglés. Su atención general se concentra en aprender y practicar esa lengua. También adquiere la costumbre de visitar el parque próximo a su casa, donde puede sentirse solo y por tanto lejano, en contacto directo con la patria, con el bosque, con Cristóbal, a través de los árboles y las plantas, las aguas, las nieblas y los vientos.

"En los alrededores de los palacios reales hay unos parques enormes, como del tamaño de todo Cartago. Pues así de grandes son algunos parques aquí." Escribe Luis a Cristóbal:

"Los tres grandes parques que rodean el Palacio del Rey son, los Jardines de Buckingham, el Green Park y el St. James Park.

(\*) Cabanga: nostalgia, añoranza.

Cerca de mi casa hay un parque llamado Holland Park, mucho más pequeño que esos, donde yo voy a pasear, pero que sin embargo es casi treinta veces más grande que el Parque Central de Cartago (que mide apenas una manzana) pues consiste de más de veinte hectáreas de jardines con algunos centenares de variedades de plantas de todo el mundo, incluso americanas que reconocí inmediatamente. En medio de los jardines se colocó la casa de los nobles que hicieron el parque. Es decir, el parque era al principio un campo alrededor de esta casa levantada en 1606 por Sir Walter Cope. Fue heredada por su hija, la cual, al casar, la transformó en patrimonio de los duques de Holanda, quienes a su vez hicieron construir los jardines que ahora llevan su nombre: Holland Park."

Mas no siempre pasea solo por el parque. Luis también disfruta los domingos en el parque Holland, junto con sus compañeros de estudio de inglés, otros tres latinoamericanos y su joven profesor MacGuire, comandante de tales excursiones. El maestro utiliza la salida de campo dominical para que sus estudiantes interactúen socialmente, induciéndolos a entablar conversaciones con quienes se encuentran o con quienes juegan.

Luis realiza algunas visitas a monumentos e instituciones culturales que llaman su atención y también por encargo de Cristóbal. Cuando visita por vez primera el Museo Británico, camina por los mundos de la antigüedad: Mesopotamia, Persia y Asiria, Egipto, la India. Se detiene a observar la colección de vasos griegos de los que no conocía siquiera su existencia, pero que de pronto semejan otras tantas maravillosas pinturas en miniatura:

"...de figuras negras o de figuras rojas, según indica el catálogo del Museo. En esas vasijas pude observar la sociedad y el mundo de la antigüedad casi que en vivo; es un mundo pictórico tan interesante como el moderno. Me detuve como un tonto ahí y sin darme cuenta pasó el tiempo y pronto ya era la hora de cerrar y salir. En la próxima visita revisaré con detalle los mármoles del Partenón que Lord Elgin se robara de Atenas y luego podré contarte detalladamente las impresiones que me pedís", escribe a su corresponsal preferido.

Pero la estadía en Londres termina antes de lo anticipado; Luis cambia de planes. Durante la tercera semana de vida allí, finalmente conoce el Instituto Tecnológico de Reading, donde estudiará a partir de setiembre. La ciudad de Reading es un "desorden ordenado, mercantil-industrial" (piensa), porque en ella coexisten, lado a lado, zonas de fábricas y de tugurios donde habitan los obreros, con zonas comerciales y la zona histórica, e incluso barrios de clase media y de gentes ricas. En una larga carta que dirige a sus padres y a toda la familia, Luis cuenta que:

"Además, me dicen que el condado tiene por lo menos unos cincuenta miembros de la nobleza, algunos pocos son dueños de grandes casas, castillos y palacios, en los alrededores de la ciudad, sobre todo yendo hacia el este que es donde está Londres pero también hacia el norte, en dirección a la ciudad de Oxford. El Instituto Tecnológico tiene una planta física impresionante y grandísima, con edificios en estilo dórico donde imparten las lecciones y se ubica la administración. Los laboratorios se alojan en amplios edificios, igualitos a los de las industrias, enormes galerones de ladrillo y techos metálicos, donde estudiantes y profesores trabajan con verdaderas máquinas de ferrocarril y con gigantescas turbinas de vapor de buques e industrias.

También hay laboratorios especiales para realizar experimentos eléctricos y químicos. Nosotros en la Escuela de Ingeniería Civil tenemos además un laboratorio para reproducir, a diferentes escalas, cualquier tipo de construcción, tales como casas, edificios, puentes, carreteras, muelles, y torres. ¡Un paraíso de la ingeniería!"

En la oficina de registro para estudiantes extranjeros examinan sus papeles y en cosa de dos horas ya es estudiante oficial del Instituto, admitido para la sesión de otoño de 1911. Eso sí, desde hoy tiene asignado un tutor de idioma inglés, quien lo supervisará y ayudará al menos durante el primer año de estudios.

— ¡Bueno, qué maravilla, dos horas y ya estoy matriculado! Muy eficientes. Y me van a dar además clases de inglés extra, lo cual no me sobra, aunque

ya me hago entender. Por lo menos esas personas en la oficina de registro afirman que hablo bastante bien, piensa.

Pernocta en uno de los dormitorios del Instituto. A diferencia del Colegio de San Luis Gonzaga y la Universidad en Costa Rica, aquí sólo hay estudiantes varones:

– Probablemente porque se trata de un instituto tecnológico donde preparan ingenieros y claro, los hombres somos los ingenieros, piensa Luis.

A la mañana siguiente visita las oficinas y el estadio del equipo de fútbol, el Reading Warriors Football Society, portando documentos de su Club Sport Cartaginés, de la Federación Costarricense de Fútbol y sobre todo una carta de Chema Oreamuno, dirigida al entrenador del equipo, quien fuera su mentor futbolístico cuando estuvo en Inglaterra –aunque con otro equipo, el Sheffield Wednesday. Esos papeles lo acreditan como jugador oficial de la primera división de la liga costarricense. En el Reading es recibido cordialmente. El entrenador también es amistoso. Se trata de un hombre que debe andar por los cincuenta años y quien se nota ha sido siempre un atleta. Su rostro es abierto y los ojos azules, penetrantes pero cargados de condescendencia hacia la juventud. Se llama Robert, pero todos le dicen "Bobby".

– ¡Bobby Charlton!, ¡nada menos que Bobby Charlton, el famoso goleador de la Liga Inglesa!, piensa Luis, mientras emocionado saluda a esta figura legendaria del fútbol mundial.

Charlton llama a un jugador, un muchachón macizo y rubio ("seguramente defensa"; piensa Luis) de nombre Thomas, vestido ya con traje deportivo y que va saliendo hacia la cancha. Le pide que acompañe a Luis, le muestre las instalaciones del estadio y después lo lleve a entrenar con él y con el grupo. Luis y Thomas suben a lo más alto del graderío para observar el magnífico estadio. Luego entran a la cancha, que tiene un césped cortísimo y tupidísimo, una verdadera alfombra donde la bola corre rápida y sin dar botes. Thomas le explica que el nivel de juego depende en gran medida de la calidad del terreno donde se practique:

– No es posible jugar bien al fútbol en una cancha que no se parezca a ésta, dice, mientras camina abrazando a Luis por los hombros.

Después acompaña al costarricense hasta el vestidor, donde lo observa cambiarse y, finalmente, salen a efectuar la práctica.

Durante los siguientes dos días Luis participa en los entrenamientos del club, al cabo de los cuales Bobby Charlton le indica que sí, que desean tenerlo en el equipo, sólo que, por el momento, jugará con el grupo de reservas o "tercera división" de la liga. Luis está más que conforme con eso. Le darán uniformes y zapatos para jugar, suplementos dietéticos, supervisión y atención médica, aparte de dos libras esterlinas mensuales que le permitirán comprar por lo menos libros y algunas cosas.

Abandona sus clases de inglés y también la casa en Londres y se muda a Reading, a uno de los dormitorios del Instituto. El edificio tiene tres pisos, él vive en uno de los "apartamentos" donde varios muchachos comparten cuatro dormitorios para dos estudiantes cada uno, una sala amplia, una cocina, cuatro duchas y dos baños. Cada cuarto posee un armario amplio y dos cómodas así como dos pequeños escritorios. En este caso se trata del apartamento que el Instituto reserva para los estudiantes latinoamericanos. De manera que a Luis le resulta también muy formativo respecto a la misma Latinoamérica, como anuncia a Cristóbal en su carta quincenal:

"Aparte de los ingleses, estoy conociendo a nuestra gente sin necesidad de visitar Latinoamérica; aquí mismo en la universidad, en el apartamento donde vivo. Somos dos bolivianos, dos nicaragüenses, un argentino y un chileno, además del mexicano que vive conmigo, llamado Sergio de la Vega, oriundo de Guadalajara. Te lo describo: medirá un metro setenta y cinco, tiene el pelo negro, la nariz afilada, los ojos verdes, más claros que los míos. Es muy cortés y da gusto conversar con él porque siempre anda atento a lo que necesiten las otras personas; sólo se dedica a sí mismo cuando está sin compañía. Me doy cuenta de cómo nos parecemos los latinoamericanos en la forma de ser y pensar.

Todos creemos que nuestros países conocerán épocas grandes en el futuro. Ya te imaginarás que mis compañeros de dormitorio se pasan hablando del montón de conquistas femeninas que cada día consiguen... aunque sea sólo en sus desbocadas imaginaciones.

Aparte por supuesto de hablar de política, donde me doy cuenta de que no sé casi nada de lo que pasa en los demás países nuestros".

En otra oportunidad tal vez podré referirme a los estudios de Luis y al Instituto Tecnológico de Reading. Destaco que es una institución politécnica pero con rango de universidad. En él casi no estudian hijos de nobles, la mayoría de los compañeros de Luis proviene de los sectores medios y bajos, profesionales, pequeños y medianos comerciantes. Además, una tercera parte del estudiantado, más o menos, es de familia obrera pobre o campesina, de la misma ciudad de Reading y condados vecinos y también del gran Londres: muchachos brillantes y esforzados a quienes la Asociación de Sindicatos Obreros de Reading paga los estudios. También están los extranjeros, no solamente los latinoamericanos que son cuatro gatos, sino sobre todo la gente del imperio: canadienses, australianos, caribeños, africanos y asiáticos. Luis nota que lo atraen sus compañeros de la India, sobresalientes en ingeniería de ferrocarriles y en matemáticas. En realidad, son todos los ingleses los que en estos tiempos están fascinados y aprendiendo de la India, el interés de Luis por el subcontinente proviene en gran medida del "glamour" cultural y la influencia que tiene hoy lo indio en Londres.

Igualmente, en otra ocasión podría contarles los viajes y las visitas que hizo Luis a sus abuelos, en Escocia. Ahora conviene concentrarnos en su vida universitaria, deportiva y social en Reading y Londres.

El mundo del deporte le permite a Luis conocer personas y lugares que desbordan el claustro universitario. Son lógicamente nuevas amistades, cada vez más significativas conforme el trato y la actividad conjunta crean confianza, conocimiento, intimidad.

En el equipo de fútbol tampoco juegan los hijos de la nobleza. Es un deporte practicado por los obreros industriales junto con campesinos y artesanos, más alguno que otro muchacho de familia comerciante o industrial. Luis escribe que:

"Esto sería igual a si Chema Oreamuno y el Tacaco Volio, que son nuestros equivalentes a la nobleza, no jugaran con el Club Sport Cartaginés. La nobleza y también la mayoría de los burgueses comerciantes o industriales de aquí, consideran que el cricket es el deporte nacional inglés. Los escoceses, por su

parte, juegan una cosa aburridísima que llaman golf y que no plantea mayores exigencias atléticas. También está muy de moda un viejo deporte de origen francés, el "tennis", y en el Instituto tenemos competencias de atletismo. Pero claro, el deporte que Inglaterra exporta al resto del mundo es el mío, el fútbol".

Entre sus compañeros del equipo de fútbol, Luis pronto desarrolla atracción de simpatía mutua y amistad con un defensa llamado Alec Scudder, hijo del carnicero de Dennington, una aldea situada entre las ciudades de Ipswich y Norwich, en East Anglia. Antes de venir a Reading a jugar fútbol, Alec ha sido guardabosques en la propiedad rural de los señores Durham. Juega como defensa derecho. Tendrá unos veinticuatro años, la tez y piel blanquísimas, cabellos y ojos negros azulosos y unos labios que a Luis se le antojan demasiado sensuales.

Luis juega de atacante derecho e inmediatamente siente gran compatibilidad y afinidad con Alec, defensor, con quien comparte ese sector de la cancha. Cada uno sabe lo que busca y lo que espera del otro, cuando atacan y también cuando defienden.

– Hacéis una gran pareja, muchachos, les comenta su entrenador.

Luis ha sustituido el café de la tarde y para el estudio por el té que aquí beben universalmente a toda hora, siempre ralisimo porque con una bolsita preparan un pichel entero. Eso sí, en la residencia el café sobrevive como ritual obligado entre los muchachos latinoamericanos (aunque algunos toman yerba mate, que a Luis no le agrada). En el equipo además beben grandes cantidades de avena cocinada en leche, pues es parte central, junto con la ingesta de carne escogida, de la dieta para jóvenes deportistas (en Cartago, quienes pueden pagar su elevado precio, también utilizan avena para criar niños y alimentar convalescientes y deportistas; Luis capta perfectamente cómo el uso y el lujo metropolitanos ingleses, permean las maneras de vida en su lejana y minúscula patria).

Además, Luis no alcanza a evadir totalmente los rituales de la cerveza. En este país hay que tomar un poco cada día, de manera que el muchacho cartaginés tiene problemas para mantenerse sobrio. Los compañeros de estudios salen a tabernas pero Luis nunca los acompaña. La cerveza se torna inevitable, sin embargo, en el equipo de fútbol. Lo cual puede parecer sor-

prendente y en realidad no lo es: los jugadores, claro está, apenas beben algunas cervezas una noche solamente, el miércoles de cada semana. Se reúnen en un salón que es además centro social del Reading Warriors. Asisten jugadores de todas las divisiones así como numerosas muchachas, amigas y novias. También familiares de los jugadores y por supuesto los directivos están allí, aparte de una cantidad de seguidores y fanáticos de todas las edades, incluyendo infantes de pocos años. Toman cerveza y comen, discuten arduosamente los episodios de los juegos, cantan, juegan a tirar dardos contra blancos colocados en las paredes, bailan y departen en un ambiente de camaradería. Se produce el necesario encuentro social y beben sus cervezas. Luis si acaso se toma una o dos. Alec y algunos otros ingieren bastante más.

También sale con Alec, quien lo invita:

– Para que conozcas Londres de noche.

Realizarán la excursión acompañados por otro amigo de Alec, al que Luis todavía no conoce pero que permanentemente anda en labios de Alec. Su nombre es Maurice y comparte la vivienda con Alec, en la campiña (—The bloke is my mate and my roommate, dice éste). Se encuentran en Picadilly Circus, al lado sur de la plaza y junto a la fuente que no por casualidad está coronada por la estatua de Eros. Maurice es rubio como Luis, sólo que muchísimo más rubio. También es aproximadamente de su mismo tamaño, tal vez dos o tres años mayor que él, el rostro sonrosado y plácido y tiene una complexión que se adivina atlética como la de Alec y la del mismo Luis, bajo las ropas (traje muy elegante y fino en gris oscuro) se adivinan brazos y pecho de remero y boxeador. Al momento de darle la mano para saludarlo, por boca de Alec se entera que Maurice es dueño de un negocio de finanzas en la bolsa de Londres y que se ha educado en Cambridge.

– Ya Alec ha hecho casi todas las presentaciones... mi nombre es Maurice Hall, a sus órdenes.

– Y yo a las órdenes tuyas, caballero. Soy Luis Silvestre, de Cartago, en Costa Rica. ¡Nunca había conocido un banquero tan joven!, dice Luis a Maurice, continuando con las alabanzas que Alec lanza a su amigo.

A lo que este le responde con absoluta seriedad y seguramente muy a la manera de Cambridge,

– ¡Bueno, pues yo tampoco!

Todos bien, mientras caminan buscando un carruaje que los lleve a cierta taberna ("Pub"), donde Alec y Maurice gustan ir.

A las 10 p.m. y después de haber tomado varias cervezas se dirigen a los barrios del East End y la zona roja londinense. Llegan a The Red Cock, un prostíbulo. Luis alquila una bella prostituta, algo mayor que él. El muchacho de Cartago es un cliente encantador y apetecible para una pobre mujer como esta Lisbeth Tylers. El joven es muy gentil y cariñoso y le gusta mirarla desnudarse, le encantan las caricias que ella le hace por todo su cuerpo. Alegre e intensamente se desahoga de la urgencia sexual contenida ya durante dos y medio meses de castidad:

"...me ponía la mano sobre la verga y me templaba\*, después ella misma la introdujo en su nido húmedo cubierto de pelos castaños y me vine\* rapidísimamente, sólo a vos te puedo contar esto, porque tenía un taco de semen que necesitaba salir".

Según vulgarmente y en secreta clave le escribiera a Cristóbal:

"Maurice no estuvo con ninguna mujer, pero Alec en cambio sí tuvo tratos carnales totales, pues al rato salí con mi amiga de la habitación, y entré al cuarto que ocupaba Alec. Lo que vi fue muy grande, nada menos que su enorme culo de futbolista en medio de unas piernas femeninas.

Ante ese panorama inmediatamente cerré la puerta y salí a esperarlo en el bar. Allí estaba Maurice. Al poco de estar sentado con él en la mesa me dice que ese lugar es una vergüenza, que él no podría ni soñar tener una relación con ninguna de esas pobres y abusadas mujeres... Se burlaba de la hipocresía inglesa, victoriana, con sus putas y sus señoritas vírgenes. Me pareció interesante la observación de Maurice, y le señalé que algo similar ocurre en Cartago."

Alec y Luis desarrollan una relación de abundante contacto corporal entre ellos, cosa por lo demás natural y corriente entre jóvenes y deportistas.

(\*) Venirse: tener un orgasmo.

(\*) Templar; templado: varón en estado de erección penil.

Cuando juegan en el mismo bando intercambian pases difíciles y arriesgados, cuando juegan enfrentados (entrenando) son durísimos y astutísimos el uno en contra del otro. Fuera de la cancha no cesan sus bromas, abrazos, golpes, empujones, zancadillas, luchas, carreras y persecuciones, gritos y saltos. Se comportan como niños, buscan jugar permanentemente. El entrenador del Reading Warriors conoce esos "enamoramientos" tan corrientes entre sus jugadores y sonríe para sus adentros, pensando cómo aprovechar ese potencial de calidad futbolística. Por experiencia sabe que amistades especiales como estas crean parejas y a veces tríos de jugadores capaces de entenderse a la maravilla. Incluso sabe de equipos enteros, unidos alrededor de parejas y tríos con tales amistades. Cuando juegan, cada uno intuye dónde se encuentra el otro y hacia dónde se está moviendo. El resultado son pases espectaculares y muy efectivos, con la solidez de juego buscada por cualquier entrenador.

Los cursos de ingeniería civil empiezan la primera semana de setiembre. Para su satisfacción, Luis se adapta rápidamente, logra comunicarse bien en inglés y entender a los profesores. Le sigue resultando muy difícil, eso sí, escribir los trabajos y los exámenes, todavía comete muchos errores de ortografía y gramática, pero sus maestros le perdonan el lenguaje no técnico, mientras tenga claras las ideas y conozca los términos técnicos. En lo que se refiere a conceptos científicos y lenguaje matemático no sufre el menor problema. Porque la preparación en ciencias que recibió en el Colegio de San Luis Gonzaga en su natal Cartago es muy buena, por lo menos conoce las mismas cosas que sus compañeros, algunos muy brillantes.

Se pone en contacto con el embajador de Costa Rica en Londres, don Robert Durham, miembro de la nobleza terrateniente inglesa que llaman "gentry", pero cuya fortuna ha venido a menos y por eso buscó y consiguió esta representación diplomática, que le permite continuar relacionado con los más elevados círculos políticos y empresariales del Imperio y, consiguientemente, allegarse los necesarios recursos para vivir. Por una casualidad de esas que solamente ocurren en la vida real, se trata del mismo señor Durham para quien Alec trabajara como guardabosques, antes de jugar con el equipo de fútbol de Reading. Luis toma nota mental de este hecho, en el mismo momento cuando el embajador Durham lo recibe amistosamente y con deferencia, en su despacho. Luis le presenta una carta personal de don Ricardo Jiménez\*, el Presidente de Costa Rica, donde le solicita:

"...ayudar lo mejor que pueda a don Luis Silvestre, distinguido y joven caballero cartaginés, estudiante de ingeniería en el Instituto Tecnológico de Reading y amigo personal del suscrito".

Tales son las palabras exactas que escribió de su puño y letra el Presidente; tal vez la carta fue redactada por José Manuel Chema Oreamuno y a don Ricardo, que siempre ha sido muy ocurrente y bromista, le vino en gracia la frase. En todo caso tiene efecto inmediato sobre el embajador Durham, quien en su imaginación amplía el vínculo personal y político entre el joven Silvestre y el nuevo presidente de Costa Rica. No hace falta decir que Luis está orgulloso porque don Ricardo lo considere su amigo personal. Además, es conveniente señalar que el mismo don Ricardo menciona a Luis como su amigo porque así lo cree: consignarlo en la carta dirigida al embajador en Londres es una manera muy particular para expresar a Luis su deseo de amistad. Los políticos cultivan intensamente las relaciones personales.

El noble embajador llama a su hijo, quien trabaja en la oficina de al lado. Es un hombre de unos 23 o 24 años, obediente a su padre pero a la vez sabiéndose su igual, serio y consciente de sus roles sociales como heredero de una tradición familiar noble, abogado y casado, de mediana estatura como su padre, cabellos negros abundantes como su madre y un rostro donde cada elemento es en sí mismo perfecto, todo conjugado en una síntesis de orgullo, contención, cálculo y belleza. Se llama Clyve Durham. Su padre le encarga ayudar a Luis en lo que pueda, sugiere que Luis ponga en manos de su hijo los asuntos legales y financieros que pueda tener, indicándole además que no titubee en recurrir directamente a él y, por supuesto, la casa del embajador y su señora están a sus órdenes. Lo invita a cenar tres días después, cosa que Luis agradece mucho y acepta. Con Clyve conversa un poco para señalarle que no tiene ningún interés económico relevante, salvo las transferencias de dineros de la beca del gobierno de Costa Rica, que deben llegarle por intermedio del embajador. Luis quería hallar en Clyve un hombre libre como él, pero el noble y joven inglés ya está casado y cada día le es más difícil tener con los hombres otra relación que no sea la oficial o empresarial. Clyve asume una pose de gran circunspección, como jefe de hogar, como abogado y como miembro de la nobleza campestre con cargo político en la representación parlamentaria. Por este motivo se considera perteneciente a la generación o grupo de "verdaderos mayores", mientras

que Luis "todavía no es maduro", además de que se trata de un simple hispanoamericano pobre y sin abolengo.

– Me imagino que tal vez podría hacer gran amistad con Cristóbal, los dos aman la política, piensa Luis.

De todas maneras, acatando órdenes de su padre, Clyve Durham invita al sencillo campesino proveniente de las selvas centroamericanas, a un par de veladas en su gran casa campestre y juntos asisten también a competencias de canotaje sobre el Támesis, entre la antigua alma mater de Clyve, la Universidad de Cambridge, y la Universidad de Oxford. El embajador ha alquilado el segundo piso de una casa sobre el río, con vista panorámica de la meta de la carrera. El grupo incluye la esposa del embajador, Clyve y su mujer, un banquero que Luis supone será el socio del embajador y otras cuatro personas, aparte del mismo Luis.

Clyve explica ahora a Luis el significado de cada aspecto de la regata, incluyendo la preparación de los atletas, la forma de remar y la organización de cada equipo. Luego Clyve pregunta a Luis sobre su equipo de fútbol en Reading y éste inmediatamente recuerda que su gran amigo Alec trabajó antes con el padre de Clyve.

– ¿Conoce Ud. a Alec Scudder, creo, porque fue guardaparques en la propiedad campestre de su familia?

– Vagamente, responde Clyve, evasivo.

– Pues bueno, Alec es compañero mío en el equipo de fútbol y es mi mejor amigo en Inglaterra, señala Luis con la seguridad inmediata de quien sabe apreciar una amistad. Clyve guarda silencio. Luis insiste:

– ¡Ah! Y además, tengo otro amigo como de su misma edad a quien seguramente Ud. sí ha de conocer, porque los dos son graduados de la Universidad de Cambridge.

– Dígame, a ver, ¿quién podrá ser?, responde Clyve, que ha palidecido.

– Su nombre es Maurice Hall y es amiguísimo de Alec, por eso me acordé de él, indica Luis.

Clyve Durham palidece más y luego adrede empieza a murmurar:

– Mmmmmmm..... Déjeme ver.... mm, ¿Hall, ah?

## VI

— Sí — señala Luis un poco impaciente ya—, Maurice Hall, banquero o algo por el estilo.

— ¡Ah, claro!, sí, sí, ahora lo recuerdo. Pero no; en realidad nunca fuimos muy amigos...

Clyve y Luis dejan la casa alquilada por el embajador, para observar de cerca los botes y saludar a los atletas. Muchos jóvenes rodean a los equipos de remeros, cantan, conversan, ayudan, son la fuerza del ánimo colectiva. Los dos bandos festejan al final de la carrera, unos por ganar y otros por no ganar, en las calles adyacentes al río y también en los pubs.

Clyve y Luis entran en una cantina de éstas, uniéndose a una mesa grande donde se encuentran ex compañeros, intelectuales y poetas amigos de Clyve, gentes por lo general nada atléticas pero que seguramente encuentran un sentido filosófico o literario a la regata anual. Algunos son como Clyve, hijos de la nobleza y abogados que ya ocupan importantes posiciones, otros son "scholars" que viven en la misma universidad, dedicados a investigar y escribir. Luis siente interés y cierta extrañeza por estos intelectuales.

Y él, a su vez es considerado exótico por esos ingleses que han hecho un arte de la conquista de todos los diferentes pueblos del planeta:

— Y que sólo por eso no deberían sentirse extrañados ante nada ni nadie. ¡Qué tonticos!\*, piensa Luis al notarse examinado como curioso espécimen colonial.

En realidad su presencia genera incertidumbre por un momento. No saben cómo tratarlo porque no calza en sus esquemas. No pertenece ni a su clase social ni a ninguna clase social inglesa, el inglés no es su lengua natal, y no tiene la piel ni morena ni negra ni amarilla, sino que es rubio y de ojos claros y por tanto no se le puede considerar un inferior...

— El amigo Silvestre aquí es otro europeo, un colono nacido en la fabulosa Costa Rica, como muchos hijos de nuestros emigrados nacen en Canadá, en Australia o en Argentina, señala un personaje enclenque pero perspicaz, sentado a mano derecha de Luis, y que inmediatamente añade con ironía:

— ¡Inglés soy, nada de lo humano me es ajeno!

(\*) ¡Qué tonticos!: ¡Qué tontos!

Se trata de un graduado en letras de Cambridge y ya importante escritor, su nombre es Edward Morgan Forster\*, los demás siempre lo llaman por su apellido Forster. O bien, se dirigen a él por sus iniciales, "E.M.", que en inglés suenan "IEM".

Luis agradece el gesto de apoyo de IEM, le sonríe y Forster gira en su silla, poniéndose a conversar con él durante el resto de la velada, acaparándolo. Luis admira la agudeza y la penetración de Forster, con quien enseguida simpatiza. Al mismo tiempo, llama su atención que IEM sea prácticamente como una señorita en su forma de ser. No es afeminado, no, eso no, pero hace y piensa muchas cosas como las mujeres tienden a hacer y pensar (por lo menos las mujeres en Costa Rica e Inglaterra, que son las que Luis conoce un poco más). Sin embargo, Forster lo único que hace es traducir, a generalidades, los detalles cotidianos que capta y que comenta.

Después de la cena Forster continúa hablando con Luis, pero Clyve también interviene. Están de pie los tres, Clyve fuma. Dirigiéndose a él, IEM le pregunta si ha vuelto a ver a Maurice. Clyve se sonroja intensamente para decir que:

– No... desafortunadamente no lo he visto..., y enseguida se marcha a buscar otra cerveza.

Luis está intrigado y pregunta a Forster, quien señala con tristeza que:

– Clyve y Maurice eran inseparables hasta el matrimonio de Clyve.

Luis se cuestiona por qué Clyve le mintió, afirmando nunca haber sido amigo de Maurice:

– ¿Qué pasaría con ese matrimonio, era ella novia de uno y se casó con el otro? ¿Qué pudo haber ocurrido entre ellos dos, Maurice y Clyve?, se pregunta. Pero al respecto no dice nada a Forster.

El embajador Durham y su hijo Clyve se alejan del interés existencial de Luis, salvo para la rutina mensual de recoger el dinero de su beca y alguna ocasional invitación. Forster en cambio se vuelve más amigo del tico\*. Con el trato frecuente, Luis nota que IEM es medio estrafalario en su forma de vestir, sus pantalones siempre son demasiado cortos, los ruedos apenas le

(\*) Tico: natural de Costa Rica.

llegan arriba de los tobillos, como pantalón de niño pobre. Tiene una cara filosa, poco atractiva aunque muy profunda, adornada por un pequeño bigote, gran nariz y unas orejas gigantescas y paradas. Pero esa facha esconde un penetrante pensamiento y gran sensibilidad humana. Luis por su parte causa gran impacto en Forster, porque es bien parecido, atlético y viril, con algunos intereses intelectuales y estéticos, aunque claro, mínimamente educado para los estándares del escritor inglés. Sin embargo, Luis resulta:

– Exótico de una nueva manera, y por tanto muy interesante, comenta Forster días después con su amigo Litton Stracey\*.

Luis no tiene reparos en ofrecerle la amistad que este novelista luego le solicita,

"Formalmente, en una carta personal, como la nota secreta de una dama, dirigida a un caballero que le interesa. Creo que es la usanza por estas tierras, de manera que a vos y a mí nos resulta extraño pero aquí es la norma", escribe Luis a Cristóbal.

Por medio de Forster, desde la distancia de una galería de significaciones, rostros y discursos, observa una serie de personas que le resultan atractivas, vivas y raras, incluyendo al economista Maynard Keynes\* (que siempre parece andar interesado en conversar con muchachos antes que sobre economía), así como el ya viejísimo escritor revolucionario de los asuntos sexuales, Edward Carpenter\*. También una joven escritora, Virginia Wolf\*. Y especialmente el filósofo y matemático Bertrand Russell\*, objeto de admiración tanto de Luis como de Cristóbal. Cuando se encuentran por primera vez Luis queda sobrecogido, e inmediatamente corre a estrecharle la mano, para felicitarlo por su genio matemático y demostrarle la mayor admiración. Russell dice poco, se siente abrumado por ese juvenil reconocimiento. Los dos terminan sonriendo, sintiéndose compinches y amigos desde siempre.

También entra en contacto con hombres y mujeres procedentes de las colonias o neocolonias inglesas. Le llama poderosamente la atención un muchacho serio, recién graduado de Cambridge, se dice que de una familia riquísima de la India. Porque tiene una mirada intensa como si estuviera a cargo del destino de su país-continente-civilización. Su nombre es Jawaharlal, acompañado de un apellido que inicialmente Luis cree ser "Nero", pero que

luego entiende se escribe "Nehru"\*, aunque se pronuncia casi como "néjroou".

Finalmente, conoce otro escritor muy parecido a Forster en su forma de ser, el ya mencionado Litton Stracey\*, buen amigo de IEM. La diferencia entre Forster y Litton es no solamente la gran barba y el pelo crecido y desordenado que luce Stracey, sino también el interés explícito y evidente que Litton siente por los varones, a quienes corteja sin ninguna pena ni reserva. Stracey tiene ese desparpajo y esa seguridad, porque vive con una mujer y todo mundo sabe que ella está enamorada de él, el mismo Litton dice sentir por Leonora (que así se llama ella) el mayor amor que alguien como él puede experimentar por una mujer. Se trata de una extraña pintora de apellido Carrington\*, enamorada del imposible.

Forster, en cambio, habita solo con su mamá desde niño, haciendo vida de aparente celibato y carrera literaria.

Luis no había encontrado personalidades como éstas, aunque sí conoce las formas como el genio, la locura y la creatividad se expresan entre las gentes costarricenses. Seres humanos inteligentísimos y obsesionados con alguna cosa que practican maravillosamente. Pintura, escritura, matemáticas, ciencias, política. Son las personas más brillantes que puede alguien conocer. Le recuerdan a Cleto González Víquez\*, a Joaquín García Monge\*, a José Campabadal\*, a Rafael Ilión, al Dr. Ferraz, o bien:

— A genios como Rubén Darío\* y Ricardo Jiménez Oreamuno\*.

Forster y Litton Stracey también se diferencian en que Stracey no es capaz de la menor actividad física fuerte. Pero en general, los dos han adoptado y desarrollado muchas de las características particulares que el patriarcado impone a las mujeres.

"Y estos carajos se sienten mujeres. Se les denomina científicamente "invertidos" por tal motivo. Almas femeninas encerradas en cuerpos masculinos", escribe Luis a Cristóbal.

Por su medio se entera del escándalo que hubo hace pocos años con otro escritor, Oscar Wilde\*. Luis hace una reflexión al respecto, que comparte en clave secreta con Cristóbal. En la consideración más importante, Luis escribe lo siguiente:

"Hablan del asunto de Wilde como vos y yo podríamos hablar del terremoto de Cartago: un acontecimiento pavoroso, una catástrofe que todavía produce miedo. Entre vos y yo, a mí me parece que las autoridades en Londres montaron el gran show contra Wilde para generar terror, reflejado todavía hoy en el pánico que sienten Forster y Stracey –mucho menos Stracey, sin embargo--, por la inmolación de Oscar Wilde. Forster y Stracey y esos que aquí ahora los médicos y psicólogos llaman "homosexuales", preferirían ser mujeres en vez de seguir siendo hombres. Este sería el motivo que los inclina a amar a los varones. Lo más importante sin embargo, me parece a mí, es que según esos médicos y psicólogos, ser hombre significa amar las mujeres y ser mujer significa amar los hombres. En Costa Rica, en cambio, ser hombre significa siempre LLEVAR LA INICIATIVA, SER EL DOMINADOR Y DIRECTOR Y PRINCIPAL BENEFICIADO en la acción erótica, no importa si se está acostando uno con una mujer o con un hombre o con una yegua, como recordarás predica despachadamente nuestro querido profesor de biología. Te repito que nosotros dos, vos y yo, logramos refutar esa recomendación de los psicólogos europeos, porque ninguno es señor del otro en nuestras relaciones, ninguno tiene que asumir papel femenino o pasivo. Y si alguna vez decidiéramos ser femeninos o pasivos, cumpliríamos la recomendación de forma que no resulte violenta, simplemente porque cada uno exige reciprocidad en las relaciones. ¡Quién sabe si esto se podría integrar también en las relaciones entre hombres y mujeres!, a lo mejor no será posible mientras las mujeres sigan aceptando lo que nosotros los hombres les imponemos. Y luego, entonces sí, vos y yo tenemos problemas para entendernos a nosotros mismos, si ahora empleamos el análisis médico de esa enfermedad llamada homosexualidad. Porque, ¿dónde cabemos nosotros, vos y yo, en esa definición de los médicos y los psicólogos modernos de aquí de Londres y de Viena? ¡En ninguna parte! Porque nosotros somos machísimos, y se lo demostramos al que quiera, en cualquier terreno. A nosotros nos encantan las mujeres y deseamos las mujeres, pero al mismo tiempo podemos también sentir una gran pasión

y un gran amor masculino por otro ser igualmente masculino, con quien tenemos una relación de por vida, incluyendo la amistad completa, que es base de una sana y próspera alianza empresarial, como hacemos vos y yo y como nos enseñan nuestros padres y muchos otros en Cartago y Costa Rica.

Definitivamente, no cabemos en este esquema moderno inglés y eso me preocupa, porque sería terrible si esos médicos y psicólogos tuvieran razón o llegaran a ser conocidos e influyentes en Costa Rica.

Pero en tal caso, repito, nosotros, vos y yo y papá y tu papá y muchos otros en Costa Rica no calzamos ni cabemos. ¡No existimos en el esquema de su psicológica ciencia!".

Forster invita a Luis algunas veces. En tales ocasiones el joven cartaginés conoce gentes y lugares siempre interesantes, pero la velada que más le gustó fue visitar el gigantesco Albert Hall, no muy lejos de su antigua casa de pensión en Londres, para contemplar a un extraordinario bailarín ruso de apellido Nijinsky\*, ejecutando una pieza escrita por el francés Claude Debussy\* y a cargo de la Orquesta Sinfónica de Londres,

"... que consiste en dos platos en el proceso de masturbación del bailarín, encaramado sobre unas rocas y vestido de fauno".

Esto escribió a su amigo en Costa Rica.

Alec y Maurice también invitan a Luis a su casa, uno y luego otro y luego casi todos los fines de semana. Típicamente, Luis termina sus clases y el entrenamiento del equipo el viernes a las 5 p.m. y a las 5.30 p.m. ya viaja en el tren junto con Alec, con dirección noroeste, hacia Harwell, en el condado de Berkshire y relativamente cerca de la ciudad de Oxford. Se trata de una pequeña aldea donde producen leche. Alec y Maurice rentan una sencilla casa de campo a solamente dos kilómetros al oeste del poblado, ya en las primeras estribaciones de una cadena de colinas boscosas llamadas justamente Berks.

La casa de Maurice y Alec ocupa el centro de la granja, que consta de una media hectárea de prado para pastoreo y otro tanto igual está cubierto por árboles. Hay un granero, un cobertizo pequeño y la casa es rústica, igualmente mínima. Consta de una sala-comedor, dos habitaciones para

dormir, baño y cocina. Sólo mantienen una vaca, algunas ovejas con su perro, cinco gansos, cinco gallinas y un pequeño huerto que cultivan juntos. Luis se siente bien en esa casa. Estos dos amigos son la mejor compañía que ha tenido en su vida, aparte por supuesto de Cristóbal y su hermano Daniel. Juegan naipes, conversan después de cenar y se van a dormir temprano. Alec cede su dormitorio a Luis y él pasa la noche con Maurice.

En la mañana del sábado trepan por los cercanos montes y descienden al otro lado, todavía más al oeste. Penetran a un valle con abundantes árboles entre los que deambulan grupos de ciervos. No huyen en desbandada cuando aparecen los tres muchachos, pero los observan detenida y precavidamente antes de ocultarse paso a paso.

— ¿Seguramente también hay jabalíes y zorros? , pregunta Luis.

— No, jabalíes de ninguna manera — dice Alec —; ya no quedan de esos. Pero zorros sí, por supuesto, son abundantes.

Encuentran un gran estanque.

— Estamos en la propiedad de Lord Putney y puedo asegurarles que nadie vendrá hoy a este lugar. Podemos disfrutarlo con confianza, afirma rotundamente Alec.

Y tal como dice sucede. Se aproximan a la casa de botes, de color verde oscuro como imitando las aguas. Está cerrada. Exploran los alrededores subiendo a una colina para otear la distancia, mas no detectan ninguna presencia humana.

Deciden bañarse. Se desnudan en una especie de plataforma rocosa que está en la orilla y a la que el agua del estanque apenas toca. Alrededor hay muchos juncos y lirios acuáticos. Por eso Maurice sugiere a Luis tener cuidado con los filosos tallos de los juncos quebrados en el fondo. Van así lentamente caminando con el agua llegándoles a las rodillas, cuando de pronto el piso se termina, están en lo profundo, empiezan a flotar y pueden nadar. Se dirigen a una roca que sobresale en medio del estanque, donde se encaraman y desde la que pueden lanzarse de zambullida. Alec es un magnífico nadador, capaz de ganarles a Maurice y a Luis incluso si estos dos trabajan combinadamente. Celebran y admiran las habilidades acuáticas de Alec, quien luego enseña a sus amigos algunos trucos para que naden mejor.

Después Luis contempla a Maurice y Alec en el agua, mientras él se asolea tendido sobre la roca. Nota otra vez la forma especial que utiliza Maurice para mirar a Alec, y que Alec también siempre busca con sus ojos los de Maurice. Se percata porque el intercambio es intenso, y también porque es una cosa que tiene a flor de labios por así decir, pues él y Cristóbal se viven haciendo lo mismo.

Al rato Luis siente un poco de frío:

— Porque esto que aquí llaman verano, en Costa Rica sería considerado como vivir casi en el Polo Norte, o en la cumbre del volcán Irazú<sup>•</sup>, tan helado está el día, piensa.

Decide bajar de la roca, indica a sus amigos que tiene frío y nada hasta la orilla, para cubrirse un poco. Sube a la plataforma donde dejaron sus vestimentas, se coloca un suéter de lana que ha traído, se acuesta sobre las piedras y envuelve sus pies con una toalla. Cierra los ojos para aprovechar mejor el no muy abundante calor solar.

Cuando su atención regresa al estanque y a sus amigos, éstos han desaparecido, no se ven en la roca ni tampoco en el agua alrededor de ella.

— Tal vez están detrás de las piedras o tal vez se fueron para algún lado, piensa Luis.

Quién sabe. Lo cierto es que transcurren por lo menos cuarenta y cinco minutos y ni Alec ni Maurice asoman por ninguna parte.

Entonces los siente venir, no desde el estanque sino exactamente del lado opuesto. Al voltearse los puede ver caminando desnudos por el bosque. Todavía están lejos y no se percatan que Luis ya los puede observar. Alec trae su brazo izquierdo sobre los hombros de Maurice y con su brazo derecho éste abraza a Alec por la cintura. Se detienen y se besan en las bocas con apasionamiento.

— ¡Carajo!\* ¡Qui' jueputa! — piensa Luis—, veo lo que veo y entiendo lo que entiendo. Apuesto cien colones\* que andaban haciendo yo sé qué cosas.

(\*) **Carajo**: hombre. También exclamación.

(\*) **Colón**: moneda costarricense, en honor a Cristóbal Colón.

## VI

¡Son como Cristóbal y yo! Pero yo no digo nada. Yo no he visto nada. Yo me doy vuelta y me quedo mirando el estanque y así voy a esperarlos, para que no sepan que los vi besándose.

Al día siguiente, domingo, los tres viajan a Reading para asistir al juego de fútbol. Alec y Luis a jugar y Maurice para observarlos.

En su correspondencia, Luis y Cristóbal meditan y discuten sobre las maneras tan diferentes y sin embargo tan parecidas de entender el amor masculino en Inglaterra y en Costa Rica. Luis opina que en Costa Rica se hacen mejor las cosas y que en Inglaterra hay demasiada suspicacia sobre este asunto:

"Como lo indica el caso de Wilde, aquí son mucho más severos que en nuestra patria. Los ingleses van a la cárcel por estas relaciones masculinas y hasta hace poco los ejecutaban. ¡En Costa Rica tendrían que encerrar o fusilar por lo menos a la mitad de la población, tanto de hombres como de mujeres!".

Maurice y Alec son iguales a Luis y Cristóbal, cabalmente masculinos y machos y por lo menos Alec también siente amor por las mujeres,

"... aunque sea con prostitutas" —según dice la carta de Luis, que continúa: "Maurice en cambio, no sé, pero me parece que nunca ha estado con una mujer y no tiene ningún interés en ellas. Además, los dos, Maurice y Alec, están un poco al margen de la sociedad por su relación, no tienen novias ni piensan casarse, aunque jamás se sentirán como mujeres. Es una manera entre las varias que voy conociendo, de cultivar la amistad varonil".

A Luis le gustaría muchísimo que Maurice y Alec fueran a pasear o vivir en Costa Rica, les habla al respecto, retratándoles paradisiacamente el país. Sus amigos lo escuchan entusiasmados pero consideran que siempre vivirán en su inglesa patria. Es más, creen que pronto los pacifistas van a lograr organizar la sociedad humana de una forma radicalmente diferente, donde se permitirá y fomentará el amor y las uniones humanas libres,

– Con matrimonios compuestos por dos, tres, cuatro, varias personas, independientemente de que sean varones o hembras, sostiene Maurice, que escucha estas teorías en el círculo de sus amistades:

– Y además con varias y diferentes combinaciones de personas en cada matrimonio, agrega Alec.

– No solamente eso, por supuesto —prosigue Maurice—, también se abandonará el afán de posesión de riquezas y de poder y ya nunca más tendremos guerras ni atropellos a las personas.

"Es por ejemplo lo que andan haciendo Carpenter\* con su gente, y los locos ("nuts") como Litton Stracey\*, aparte de otros como el mismo Bertrand Russell\* o Virginia Wolf\* y hasta Forster\* y Nehru\*\*.

Escribe Luis a su:

"...corresponsal preferido del mundo, en Cartago de Costa Rica"

(Todo en clave).

– ¿A sí? ¿Entonces ya conoces a E.M. Forster?\*, pregunta Alec ahora.

– Pues sí —responde Luis—, hasta he asistido con él a un concierto de Nijinsky\* en el Albert Hall. ¿Y resulta que es muy amigo de ustedes dos, también?

– Por supuesto —dice Alec—, es íntimo de nosotros, le debemos la vida por algo que no te puedo contar, no me preguntés nunca de qué se trata. Pero claro que lo conocemos y lo queremos entrañablemente; somos familia.

– Pues atención, amigo mío —indica Maurice a Luis, riéndose—, cuidado con nuestro querido IEM, no sea que, sin notarlo, de pronto te deje abandonado en un mundo fantástico donde ya nunca más vas a diferenciar la realidad de la imaginación, un mundo del cual nunca más podrás salir, aunque sea infinitamente perfecto.

Todo esto sucedía a Luis, en Inglaterra durante 1911 y 1912. Mas Luis también vivía otras experiencias, relativas a Costa Rica, a Cristóbal y a las hermanas de ambos.

## CAPÍTULO SÉPTIMO: AMAR, NO MATAR

### *1911 y 1912 en Costa Rica*

En 1911 y 1912, Cristóbal Velino estudia intensamente la teoría, la legislación y la práctica del derecho, en los cursos universitarios que realiza en la capital costarricense. Desarrolla nuevas amistades que le permiten conocer otros círculos sociales de la ciudad capital, de Heredia y de Alajuela. También se involucra en actividades políticas, apoyando al Partido Republicano que dirige don Máximo Fernández\*.

Está muy crecido y cambia rápidamente sin que él mismo en ocasiones llegue a notarlo. Pero siempre, cuando sus amigos le preguntan, afirma que:

– Me hace mucha falta Luis. Andar sin yunta no es bueno para un hombre. Pero Luis está muy bien en Inglaterra, ¿ya supieron que anotó dos goles en el partido de su club Reading contra el equipo de Birmingham? ¡Ah sí!, le va muy bien y ahorita regresa...

Cristóbal siente que ya es un hombre adulto, hecho y derecho, cuando cumple los 18 años, el 11 de junio de 1911 y así lo comunica a todos cuantos vienen a felicitarlo.

A últimos de julio asiste a tradicional lunada\* en una finca lechera de Cervantes\*, donde mantiene una larguísima conversación con Felicia Silvestre, quien llama su atención consciente e inconscientemente de una forma nueva, como si apenas hoy estuviera conociéndola. En su figura y su forma de ser, de gesticular y de hablar: "Toda ella es igualita a su hermano Luis, pero en la versión femenina", como dice su madre.

Empiezan un noviazgo secreto. Pero enteran del asunto a Luis (Cristóbal en una carta) y también a Margarita, hermana de Cristóbal y amiga íntima de Felicia. Los novios llevan su relación amorosa dentro de un marco de total honestidad y decoro, con apasionado y casto romanticismo, característico de gente joven en esta edad y momento del mundo y de Cartago. Sus madres ya habían intuido algo, en aquel baile del 15 de setiembre de 1910.

(\*) **Lunada:** fiesta que se celebra durante la noche de luna llena.

## *Amor en la selva*

Acaso por tales motivos, no pasa largo tiempo sin que sea notado por otros perspicaces familiares y amigos. De manera que al cabo de seis meses el noviazgo se hace "público y oficial", aunque todavía los novios no deben pensar en matrimonio, pues sus padres advierten a Cristóbal que no lo dejarán casarse:

– Hasta después que termine sus estudios de derecho, si Dios así lo dispone. Después puede casarse cuando quiera, le indica su padre don José:

– Lo mejor es que se case a principios de 1914, porque acuérdesese que en diciembre de 1913 serán las elecciones nacionales y yo desde ya te ando viendo muy metido con el partido de los fernandistas, y en ese momento no vas a andar en casorios. Ni nosotros tampoco. En enero o febrero de 1914 se matrimonian.

Cristóbal escribe aquella carta a Luis para explicarle lo que sucede entre él y la hermana de su amigo, diciéndole que:

"...nos sentimos enamorados. Creo que la quiero como a nadie, como solamente te quiero a vos. Felicia me da cosas que no había encontrado antes, incluyéndote a vos mismo. Lo cual no significa que tu hermana me dé o pueda darme muchas otras cosas que sólo puedo encontrar en vos. Porque este noviazgo con Felicia no altera en nada, de mi parte, mis sentimientos para vos. Ella te complementa y además me ofrece una tranquilidad y una paz que necesito. Y que vos también necesitás, ya vas a ver como cualquiera de estos días también te pica el tábano de la mujer..."

Dicho y hecho. Es como si se hubiesen puesto de acuerdo para que ahora Luis siga los pasos de Cristóbal. Con ocasión de determinar las cosas que Luis debe comprar y traer a Costa Rica, necesarias para la boda entre Cristóbal y su hermana Felicia, a principios de 1912 Luis escribe una carta a Margarita, la hermana de Cristóbal y amiga del alma de Felicia. Margarita contesta oportunamente y Luis a su vez le envía otra epístola y así de entonces en adelante.

Escriben ya no sólo de los regalos de boda de Cristóbal y Felicia sino de ellos dos. El epistolario tiende a ser constante. Similar al de los dos muchachos.

Luis tiene un lado de nostalgia y soledad en la lejana Inglaterra y muchas cosas que contar, incluyendo las opiniones de mujeres sufragistas y feministas que ha conocido en Inglaterra y que por supuesto suscitan el mayor interés en Margarita, ya que ese tipo de cosas son impensables todavía en el país de los ticos\*. Luis vuelca en Margarita ciertos rincones de su corazón y ella por su lado tiene gran sensibilidad e inteligencia, le escribe a él poesías muy delicadas y sentidas. Margarita quiere que Luis sea el padre de sus hijos. El noviazgo se desarrolla mediante el vehículo epistolar, característico de esta época, tan románticamente cursi.

En diciembre de 1912, Luis y Margarita también hacen público su romance. Cristóbal envía a Reading un telegrama para transmitirle a Luis su complacencia por el acontecimiento y asegurándole su bendición por escoger a su hermana Margarita para que sea la madre de sus hijos, que ahora serán sobrinos suyos, y viceversa, por su propio noviazgo con Felicia, la hermana de Luis.

Las dos parejas deciden e informan a los clanes, su esperanza de poder casarse en una ceremonia conjunta, durante la tercera semana de enero de 1914, después de las elecciones y una vez que Luis regrese a Costa Rica.

La madre de Luis, Mrs. Frances, sin embargo, tiene dudas, probablemente por la difícil experiencia que ha tenido con Daniel, su hijo mayor. Ahora le preocupa que su hijo menor pueda equivocarse o dar un mal paso, comprometiéndose con una muchacha que ha dejado de ver desde hace más de dos años y que no volverá a encontrar sino a finales de 1913, a un mes del matrimonio. Por supuesto que encuentra a Margarita apropiada para que sea la esposa de Luis, después de todo ella misma es la madrina de Margarita, la ha criado y conocido la vida entera, la quiere igual que si fuera suya. Por eso también necesita conocer los sentimientos de su ahijada y futura nuera. Su preocupación más inmediata, sin embargo, es por Luis y por sus sentimientos. Mrs. Frances correctamente intuye que parte de lo que sucede es que Luis imita a Cristóbal y teme que el enamoramiento por Margarita:

"...sea algo puramente circunstancial o momentáneo, una ilusión pasajera".

Esto señala en carta a su hijo. Mas luego se convence de lo contrario. Luis responde a su carta solicitándole que se despreocupe, pues él sabe lo

(\*) Tico: natural de Costa Rica.

que hace, está completamente seguro de su amor y cariño por Margarita y desea casarse con ella:

"Por supuesto, puede que tenga algo que ver con lo de Cristóbal y Felicia, pero lo que acontece entre Margarita y yo, que pudo brotar de esa circunstancia, tiene vida propia e independiente. Se lo aseguro y puede estar Ud. tranquila, querida madre",

concluye la misiva de Luis.

Con esto Mrs. Frances no solamente se conforma sino que se alegra en su corazón, por el cariño que tiene para Margarita y porque además su hija Felicia se casará con Cristóbal, a quien Mrs. Frances adora. Las dos familias reciben con alegría la noticia de la doble boda, al igual que sus otros familiares y amistades.

Y es que esta situación, entre Cristóbal y su hermana Margarita, con Luis y su hermana Felicia, no resulta novedosa ni en Cartago ni en Costa Rica. Al contrario, es bastante común que dos hermanos se casen con dos hermanas, en esta oportunidad hermanos y hermanas cruzados. El doble matrimonio afianzará la gran amistad que viene uniendo a las familias Velino y Silvestre y garantizará el éxito de la empresa fundada por los patriarcas. Dos de sus hijos con el apoyo de dos de sus hijas, ahora podrán continuarla hasta su consolidación, de aquí en adelante convertidos en una sola familia. Es la tradición costarricense.

### *1913 en Inglaterra*

Acompañado por Maurice y Alec, Luis visita una casa campestre, en un soleado domingo de julio de 1913, ubicada en las hermosas praderas ("meadows") de las orillas del río Támesis. Asisten a la fiesta de cumpleaños de una escritora llamada Geraldine Finn-Quinn, oriunda de Manchester pero que pasa allí los veranos, pelirroja, pecosa, un tantito rolliza, quien viste un largo vestido blanco salpicado de pequeñas flores azules, iguales a sus ojos, poseedores de tonalidades celestiales muy claras pero profundas. También es dueña de un gato muy grande e igualmente pelirrojo pero de ojos verdes, llamado Titus, el cual a ratos es su principal interlocutor filosófico. Es una

"sufragista", abogada de la igualdad de las mujeres, que exige derechos políticos para ellas, entre otras cosas que la hacen famosa.

Muchas de las amistades de Luis en Inglaterra asisten a este cumpleaños, menos Forster, quien se encuentra en la India.

En la sala principal de la casa, Geraldine interpreta maravillosamente en la viola, acompañada al laúd por un hombre gigantesco, de cabellos y bigotes largos y negros, extático y apasionado, que ejecuta la música como si estuviera haciendo el amor con la violista. Mientras tanto, afuera, algunos muchachos se han desnudado y en ropas menores llevan sobre sus hombros una larga canoa, descendiendo por el jardín, con rumbo al río que plácidamente transcurre a escasos ciento cincuenta metros de la casa.

Maurice deja de observar a quienes tocan la música, para seguir el traslado de la canoa. Luego a su izquierda y cerca de los músicos también observa a Luis, ensimismado escuchando. Finalmente encuentra a Alec apoyado contra una columna, con unos ojos que han estado todo el tiempo sobre él. Ambos se sonríen. Luego Maurice por la ventana mira el jardín y el río. Suspira involuntaria y profundamente, provocando las risas de dos muchachas que se encuentran al lado suyo. No puede evitar carcajearse también.

La sesión lírica se prolonga cuando otros músicos intervienen y porque al rato se recitan poesías y se cantan a coro una serie de tonadas –conocidas por la concurrencia, con excepción de Luis y algunos otros extranjeros, claro. Aproximadamente a las 2.30 p.m. sirven el almuerzo en el jardín y la cumpleañosera apaga pequeñas velas colocadas sobre una torta color celeste y púrpura, ante el aplauso y el cariño de toda la concurrencia.

– Los canoístas no regresan a tiempo y se pierden la ceremonia, piensa Maurice..

Después de comer, las gentes forman pequeños grupos en diferentes lugares y rincones del jardín y la casa.

Luis está junto a Geraldine por ser la cumpleañosera, y para enterarse de sus extraordinarias y novedosas ideas sobre la liberación de las mujeres. Después sale al jardín, vaga un poco por aquí y por allá, hasta que al pasar cerca de un grupo Alec lo hala y le pone un brazo sobre sus hombros, apretándolo con fuerza y preguntándole dónde se había escondido. Luis también lo abraza y se hacen cosquillas en los estómagos uno al otro, en un ritual que disfrutan grandemente. Al poco se sosiegan bajo la mirada de reprobación

que les lanza Maurice, quien también está allí, al igual que el profesor Bertrand Russell\* y el hindú Jawaharlal Nehru\*. Maurice se ha molestado porque le impiden seguir el diálogo que tiene Russell con este brillante joven de la misteriosa y espiritualmente influyente India.

Luis observa el aguileño perfil de Russell y lo compara con la perfecta nariz de Nehru. Ahora el muchacho de la India dice que:

– El desorden actual que observamos en el sistema europeo de alianzas anuncia un conflicto que podría ser extremadamente serio.

– Estoy de acuerdo completamente —responde Russell: además, como usted sabrá seguro mejor que yo, estamos en medio de una carrera armamentista de unas magnitudes inimaginables. Se dispone ya de armas químicas suficientes para aniquilar toda la población de Europa en cosa de pocos meses. Gases, sobre todo el gas de mostaza. Se trata de algo como Ud. dice, extremadamente peligroso.

– Sí, claro. Pero más grave aún que esa carrera armamentista, es quizás que existe un agudo y creciente clima de desconfianza, de racismo y de supremacismo por toda Europa y el mundo. En realidad, la carrera armamentista, la desconfianza, el racismo y el supremacismo van de la mano, señala Nehru, quien al decir esto tiene la secreta intención de determinar si Russell puede ser autocrítico (o por lo menos es lo que cree Luis). Y el sabio matemático inglés lo es, pues interviene enseguida para decir que:

– Justamente, Sr. Nehru, tiene usted razón de nuevo. En primer término debemos rechazar el supremacismo inglés y todo el imperialismo que ejerce la britania prepotente, sobre los pueblos de Africa y Asia, incluida la India, así como sobre el conjunto del mundo como reina de él que se cree. Esas terribles pasiones destructoras que son el racismo, el hegemonismo, el imperialismo, el nacionalismo y el supremacismo, cuando se combinan como en nuestros días, se transforman en los jinetes del Apocalipsis. Por eso es necesario abogar por la paz, hoy más que nunca.

Luis sigue atentamente este diálogo, en el que ninguna otra persona se anima a intervenir y que poco a poco ha convocado a más gente. Maurice, en cambio, deja de prestar atención a lo que se discute porque ahora regresan los remeros. Pasan cerca del grupo dialogante, en medio de risas y empaños, sin prestar atención a los oradores. Uno de los remeros se detiene a escuchar. Mira fijamente a Maurice. Es un joven rubio, pequeño, muy

delgado, de no más de veinte años, que apenas lleva encima un brevísimo calzoncillo amarillo con puntos rojos:

– El cual seguramente sería escandaloso en otro círculo que no fuera tan sofisticado y liberal como éste, piensa Maurice.

El joven se aproxima y lo saluda presentándose como el —príncipe Mishkin, de Rusia, para lo que Ud. ordene, caballero.

Con típica ironía inglesa, Maurice esboza una media sonrisa, le estrecha la mano y al mismo tiempo se despide de él, indicándole que debe seguir a sus compañeros y vestirse. El príncipe Mishkin se aleja, ruborizado.

Alec, como cabía esperar ha seguido la interacción entre Maurice y el príncipe. Está celoso, hasta que Maurice lo mira y ninguno de los dos puede evitar carcajearse al unísono.

En su siguiente carta a Cristóbal, Luis ofrece un reporte completo de lo que se dijo en esa oportunidad y de las caras y gestos que hacían Russell y Nehru al discutir. Añade una reflexión de su peculio:

"A mí me parece acertado el análisis de Russell y Nehru, pero también pienso que no hubo reflexión adecuada sobre las cosas que dijeron. Tal vez es que se trataba nada más que de una conversación, donde se hablan muchas cosas que después resulta imposible examinar mejor.

Cada uno de los puntos en discusión merece un estudio separado y cuidadoso. Por ejemplo, a mí me interesó lo del supremacismo. Pienso que el supremacismo es la necesidad que siente un hombre, tal vez "el Hombre", de dominar y mandar a otro hombre, a todos los hombres.

Después de escuchar a Geraldine Finn-Quinn, además creo que es obviamente algo relativo a las relaciones entre nosotros los varones. Porque si se domina y se manda a los hombres, a los varones, entonces se domina y se manda a todas las otras personas y al mundo.

Lo que haría falta es que los hombres no necesitemos o no queramos más dominar y mandar. Ya sé que me vas a salir con una leguleyada tica\*, Cristóbal, sobre la necesidad del orden social

(\*) Tica: propio de Costa Rica.

y del orden internacional y que "orden" significa jerarquía y concentración del mando. Pero yo me refiero a otra cosa, a una nueva forma de relacionarse los hombres entre ellos. Algo como el amor y el respeto que existe entre vos y yo. Estos europeos en cambio andan como güilas\* tontos comparando el tamaño de sus pingas\*, el que tenga las armas más grandes es el que domina y manda, el que se coge\* a todos los otros. En realidad tal vez eso es lo que les falta. Se odian y se hacen la guerra porque tienen horror de amarse y respetarse como amigos y hermanos. ¿La falta de amor entre los varones es tal vez, me atrevo a pensar por un momento, la principal causa de las guerras y de esas falsas necesidades de poder y mando?"

### *1913 en Costa Rica*

Cristóbal recibe esta carta de Luis a mediados de agosto de 1913 y la vive y la entiende a medias. No sabe quién es ese hindú Nehru que menciona Luis, aunque ya conoce de Russell porque es un genio universal de las matemáticas. Lo de la guerra y el armamentismo y el racismo y el nacionalismo en Europa, son cosas que le parecen importantes pero de todas maneras muy lejanas aunque, claro, las puede ver reflejadas en la misma Costa Rica, con la contienda política que ya está en marcha para las elecciones generales del 7 de diciembre, donde se elegirán los miembros del Congreso que, a su vez, designará al presidente de la República. Esto es aquí lo importante y en ello anda enfrascadísimo Cristóbal.

Nunca antes se ha involucrado Cristóbal en la política partidaria y electoral, pero ahora lo hace con entusiasmo, apoyando la candidatura presidencial de don Máximo Fernández\*.

En la elección celebrada este día 7 de diciembre de 1913, por primera vez votan en Costa Rica todos los varones que tengan su nacionalidad autenticada, independientemente de que posean o no propiedades o que sepan leer y escribir. El candidato Máximo Fernández\* recibe más de 27.000 votos, el Dr. Durán\* unos 20.000 y el expresidente don Rafael Yglesias\* cerca de 18.000 votos. Nadie ha obtenido la mayoría absoluta que exige la

---

(\*) Coger: folgar, follar, hacer el amor.

(\*) Güila: niño/a.

(\*) Pinga: pene.

legislación, para resultar electo. De todas maneras, será en el Congreso donde oficialmente se elija al presidente. Se trata de una democracia "representativa indirecta", similar a la de USA.

El barco en que regresa Luis atraca en Puerto Limón el 10 de diciembre de 1913. Se ha graduado y acreditado como ingeniero civil, para satisfacción de su papá y su mamá y su novia, que lo esperan en el muelle. Cristóbal no pudo ir a recibirlo porque anda en,

– ... importantes y urgentes asuntos políticos, de acuerdo con Margarita, la hermana de Cristóbal y novia de Luis.

Y es que la situación del país está tensa, al no haber un claro ganador en las elecciones y por las veleidades del expresidente Rafael Yglesias. Efectivamente, Yglesias y el Dr. Durán tienen un pacto acordado, por el que apoyarán a aquel de los dos que obtenga mayor votación, en este caso Durán pasaría a ocupar la presidencia de la República porque Yglesias está obligado a darle apoyo. Pero don Máximo Fernández provoca divisiones entre ellos, tentando a Yglesias para que él sea el próximo presidente. Cristóbal es parte activísima de esta intriga patria fundada en pactos secretos, tan importantes hoy en Costa Rica y en el mundo entero.

– La oligarquía ama la conspiración, señala don Ricardo Jiménez\* a sus ministros, reunidos en Consejo de Gobierno.

Cristóbal tampoco se encuentra en Cartago cuando Luis llega a la casa. Esta noche asiste a una importante cita política acompañando a don Máximo, en Alajuela. No podrá volver a Cartago sino mañana, probablemente en el tren que sale de San José a las 11 a.m.

Luis se ofusca por algunos momentos, por el deseo de ver a su amigo, pensando si Cristóbal tendrá algún problema con él. Decide que no, de ninguna manera. No piensa más en Cristóbal y dedica el resto de la velada a disfrutar de su papá, su mamá, su hermana, y particularmente de su novia Margarita, la hermana de Cristóbal.

Vive con Margarita algo parecido a lo que había pasado entre Cristóbal y Felicia. Empieza notando la enorme cantidad de rasgos que Margarita comparte con Cristóbal, distintivos corporales, caracteriológicos, morales. Después encuentra las diferencias entre Margarita y su hermano y descubre una individualidad tan extraordinaria como la que ama en Cristóbal,

"hermana", "gemela", "complementaria", pero claro, a la vez diferente de la singularidad de su amigo.

Por su parte, Margarita y Felicia tienen experiencias intensas respecto a este matrimonio entre dos parejas de hermanos, hermanas y amigos. La varonil musa que me atiende en el presente menester narrativo, sin embargo, no me permite explorar los universos de estas extraordinarias muchachas.

Los cuatro jóvenes sienten, intuyen e imaginan aspectos y particularidades de las relaciones sentimentales y eróticas entre ellos. Los sentimientos son profundos y múltiples, y la imaginación puede perderse o confundirse en una madeja de posibilidades (por ejemplo: para Luis, Margarita y él cultivan un jardín que son sus dos almas. Este jardín es para él, Luis, el reverso complementario del huerto que él cuida junto con Cristóbal. Luego, esos dos paraísos con Cristóbal y con Margarita, son a su vez el revés y el derecho de los paraísos que Cristóbal tiene con su hermana Felicia y con Luis. Por su lado, Margarita y Felicia tienen sus respectivos rosales, entre ellas y con los dos varones. Y los jardines de él y su hermana y de Cristóbal y su hermana son los jardines de la pureza familiar).

El 12 de diciembre de 1913 Luis y Cristóbal vuelven a encontrarse, luego de casi tres años, en la estación del ferrocarril de San José, adonde Luis ha llegado para sorprender a su amigo, cuando poco tiempo después éste arriba en el tren procedente de Ciruelas de Alajuela. Su abrazo y su alegría no tienen límites.

Esa noche cuando están solos en el cuarto, a oscuras y desnudos sobre una de las camas, Luis y Cristóbal se aman para reencontrarse y descubrirse otra vez, con una fuerza y una profundidad nuevas, maduras, de dos jóvenes adultos que tienen ya 23 y 20 años de edad respectivamente.

En el resto del mes de diciembre la situación política nacional no mejora sino que se estanca, porque tanto el Dr. Durán\* como don Rafael Yglesias\* presumen tener la mayoría de los votos necesarios en el Congreso.

– La causa de todo este enredo es la ambivalencia de don Rafael Yglesias\*, que por un lado comprometió su palabra con el Dr. Durán\* y por el otro lado pone oídos cuando don Máximo Fernández\* lo propone a él como presidente, comenta don Ricardo Jiménez\* a su sobrino Chema Oreamuno.

Por eso determinan trasladar las bodas hasta finales de febrero, en lugar de principios de enero como habían pensado. Los hombres de las dos familias

consideran mejor una posposición, debido a la situación política y porque creen que:

— ...todo se arreglará en enero. En diciembre es preferible dejar la política a un lado para celebrar el nacimiento de Cristo y el tránsito al nuevo año, con tranquilidad, en el seno de la familia, afirma contundentemente don Carlos Silvestre a sus amigos cuando es sábado por la tarde, en el Bar y Restaurante del renovado Hotel de Cartago.

Mrs. Frances se siente aliviada por esta demora, cree que resulta útil para que Luis estime con más profundidad sus sentimientos por Margarita, así como que ésta considere sus sentimientos por él.

Pero las justas preocupaciones de Mrs. Frances no tienen ningún asidero en la realidad. Luis y Margarita entienden, como Cristóbal y Felicia lo han comprendido, que quieren y deben compartir sus destinos, incluyendo en el amoroso lazo de cada pareja una típica y no muy consciente necesidad por la otra pareja.

Las festividades del fin de año transcurren sin mayores incidencias y en clima de prosperidad para las dos familias. Además, sienten orgullo por la madurez de la nueva generación. Se respira una entretenida y espontánea alegría juvenil, desbordada a veces, en torno a las dos parejas y su próximo matrimonio. Regresan el sol y el verano y con ellos también vuelven las fiestas y las lunadas\* campestres.

## 1914

La situación política costarricense se mantiene estancada todavía en febrero de 1914, de manera que los Silvestre y los Velino celebran las bodas de sus hijos e hijas sin más retrasos.

La ceremonia tiene lugar el viernes 22 de febrero de 1914 a las 9 a.m., en Cartago por supuesto, en la iglesia del convento de San Francisco, ya rehabilitada en su mayor parte y preferida por las mujeres Velino y Silvestre, pues corre fama de dar buena suerte a quienes allí se casen.

Las dos novias lucen hermosos trajes blancos confeccionados por doña Atenea Qúzman, la mejor modista de Cartago, de muselinas y encajes especiales que Luis trajo de Londres. Una de esas telas, procedente de la India, es el fino regalo de Forster. Luis y Cristóbal también lucen trajes nuevos.

(\*) **Lunada:** fiesta que se celebra durante la noche de luna llena.

Las novias desfilan del brazo de sus padres y los novios con sus respectivas madres. Daniel y Chema Oreamuno aparecen como los mejores amigos. Corazón Silvestre, el hijo de Daniel, quien ya tiene tres años y continúa siendo el niño más hermoso de la ciudad, con sus grandes ojos verdes, piel aindiada y cabellos negrísimos, abre la procesión rodeado de las sonrisas de la nutrida concurrencia y en la que se incluye por supuesto a don Ricardo\*, el Presidente —cuya casa de habitación familiar está ubicada justo frente al costado norte del convento de San Francisco.

También han llegado desde Londres Maurice y Alec, suscitando gran interés y admiración entre las gentes cartagas, especialmente alborotando a las muchachas e intrigando a los muchachos. Los dos ingleses actúan como padrinos, al igual que Manuel y Mócata, estos dos para escándalo de gentes racistas, que nunca han escaseado en la urbe cartaginesa.

Después de la ceremonia religiosa, es en la casa de don Ricardo Jiménez\*, (nueva y construida con maderas de la finca del presidente, cercana al Volcán Irazú\*, y con zinc de la firma Velino y Silvestre), donde celebran la fiesta, amenizada por la Orquesta de Violín Barahona y los Jinetes del Ritmo, en la gran sala, engalanada para la ocasión con las tradicionales pacayas\* y cintas y lazos de color blanco. En ese lugar y antes de que empiece el baile, también realizan una segunda ceremonia nupcial, ésta de carácter civil, actuando el mismo presidente Oreamuno como juez de paz, atendiendo solicitud de los novios y sus padres.

Se confirman las sospechas del clero católico de Cartago, pues si bien no tenían dudas sobre que don Carlos y don José eran miembros de la masonería, no sucedía lo mismo respecto a Luis y a Cristóbal. Una boda civil paralela a la boda religiosa es considerada por la iglesia católica como prueba definitiva de que Luis y Cristóbal ya son masones.

Las dos parejas de recién casados, acompañadas por Maurice y Alec parten en el tren de mediodía con rumbo a San José, para allí hacer un trasbordo y dirigirse inmediatamente hacia Puntarenas en la costa del Pacífico. Y otra vez ha venido en su apoyo el presidente don Ricardo Jiménez\*, quien como parte del regalo de bodas les ha prestado su amplia casa de la Finca Bonilla, que tiene en El Roble de Puntarenas (unos kilómetros antes de llegar al puerto), para que allí disfruten su luna de miel.

A las 5 p.m. ya se encuentran en la estación del ferrocarril en El Roble, donde los espera un carruaje para trasladarlos a la hacienda.

---

(\*) Pacaya: palma silvestre

Maurice y Alec no se detienen allí, sin embargo, sino que continúan hasta la ciudad de Puntarenas. Pasan la noche en el Hotel de Verano y al día siguiente, muy de mañana se dirigen a uno de los muelles del estero, donde los espera un bote de motor para llevarlos hasta Lepanto, al otro lado del Golfo de Nicoya. La pequeña embarcación está a cargo de un joven norteamericano de unos veinticinco años de edad, llamado John S. Yaskell. Durante la travesía quedan maravillados por la vida marina y las aves del golfo. De Lepanto prosiguen el viaje a caballo hasta Santa Cruz. Pernoctan en ese lugar y continúan hasta llegar a Playa Tamarindo, donde se quedan casi tres semanas "veraneando", como se dice en Costa Rica, y donde compran una propiedad, exactamente en la playa adyacente a la de Tamarindo, llamada Playa Grande, en la que se ven grandes cantidades de tortugas baulas, aves marinas y fluviales, monos, serpientes y caimanes, venados y roedores.

Mientras tanto, Luis y Margarita y Cristóbal y Felicia se han instalado en la hacienda de don Ricardo para su encuentro de recién casados. La casa ha sido construida muy cerca de la playa, tiene dos plantas, aunque la inferior no está recubierta por paredes, siguiendo la arquitectura típica de las costas. Posee un amplio corredor-balcón en esa planta alta, desde donde se contempla el amplio paisaje, el cercano mar, el bello Golfo de Nicoya con varias islas, la Roca de Carballo al sur, y más atrás Punta Mala y, al otro lado, hacia el oeste, la playa que se extiende hasta la misma ciudad de Puntarenas, de la que se divisan claramente las siluetas del muelle, del edificio donde se ubican las aduanas y la Capitanía del Puerto, y sobre todo de los buques y lanchas.

La noche transcurre con la extraordinaria normalidad que cabe esperar en estos casos. Los novios se comportan como caballeros, tratando con cuidado pero con gran virilidad a las novias, mas apenas si pudiendo éstas responder mínimamente y disfrutar también un poco, pues han llegado vírgenes a este momento y lo primero que deben hacer es la llamada desfloración. En los dos casos resulta bastante dolorosa pero no muy difícil. Afortunadamente, la experiencia no ha sido traumática para las muchachas, como sucede en tantas ocasiones. Para los muchachos es muy significativa, porque no pueden evitar y más bien han anticipado mucho, la sensación de extraordinario poder y realización que les produce desflorar a sus mujeres con el irrefrenable vigor pero también con la gentileza de hombres educados.

Duermen hasta las 8 a.m. del siguiente día, cuando las alegres sirvientas de la casa anuncian que su desayuno está preparado. Pero ni Felicia ni Margarita

tienen ánimo para levantarse todavía, de manera que Luis y Cristóbal comen juntos y luego salen a la playa para caminar y nadar un poco.

El sol golpea fuertemente aunque todavía es temprano. Los dos amigos se desnudan y corren sobre la playa de arena negra, salpicada por parches endurecidos de esquirolas de hierro puro. Cerca del agua la arena es compacta y se puede correr bien, no así más arriba en la playa, donde la arena es floja y las piernas se hunden. Dejan la carrera, caminan e intercambian impresiones respecto a la primera noche con sus mujeres.

Lo mismo hacen Felicia y Margarita, cuando al ser las 10 a.m. se encuentran sentadas en cómodas mecedoras, en el amplio balcón de la casa, vestidas ambas con holgadas batas de seda, comiendo papaya, tomando café negro con tortillas de queso, "muertas de risa" porque desde su privilegiada posición logran distinguir claramente a sus dos maridos que caminan desnudos por la playa.

Durante la siguiente noche las esposas intentan complacer a sus cónyuges, pero todavía se encuentran muy lastimadas, de manera que en lo principal "ayudan" a que Luis y Cristóbal alcancen sus orgasmos, asombradas de la rudeza inevitable en los varones cuando hacen este tipo de cosas. La tercera, la cuarta, la quinta y la sexta noches, ya cada pareja puede dedicarse con plenitud a los juegos eróticos, las muchachas aprenden con rapidez este arte que disfrutaban mucho. Cristóbal y Luis son sus pacientes pero impetuosos maestros.

Por su lado, Alec y Maurice están encantados con Guanacaste, con el clima y con la gente de Costa Rica. En Playa Tamarindo se hospedan en la única casa que existe allí, propiedad de la familia Valdeluz, que gentilmente la han prestado y quienes también les ayudan para realizar la compra del terreno.

— Bañándonos en el mar de Playa Grande decidimos comprar la propiedad, señala Maurice al señor Alberto Valdeluz.

Mientras Alec conversa así en la sala de la casa del señor Valdeluz, Maurice está sentado afuera, en el corredor, aperezado mirando el mar. Recuerda lo que sucedió ayer:

— Estamos en Playa Grande, son las diez de la mañana, el sol ya pica y la brisa sopla con fuerza desde el mar hacia la tierra, trayendo los aromas de

las profundidades y arrastrando pequeños granitos de sal y de arena. Muchas aves marinas pescan cerca de la orilla del mar. No hay otras gentes en varios kilómetros a la redonda. Nos refrescamos y jugamos desnudos entre las espumas de las olas y las aguas verde azuladas, salobres, luminosas, transparentes. Después nos tumbamos sobre la arena para recibir el sol. Te beso, me acaricias, nos excitamos. Alec se pone de pie y bromeando me aprieta con fuerza el pene. Al instante me levanto y empiezo a perseguirlo. Alec deja que lo alcance. Mientras lo abrazo, Alec suplica que no maltrate su delicado bananito, que más bien lo acaricie con la lengua para que se transforme en un gran plátano. Hago según se me pide. La pasión sube, nos revolcamos en la arena amarillenta y húmeda, vamos rodando hasta el borde del agua. Es necesario adentrarse en el mar, nadamos hacia afuera, más allá de donde revientan las olas y el mar es más tranquilo y profundo. Flotando terminamos el amoroso desafío, cada quien señor del otro, sucesivamente. Cuando apenas acabamos y todavía estamos abrazándonos y besándonos, junto a nosotros salta un delfín que nos asusta mucho por un momento, pero que después pasamos a considerar un mensaje de las divinidades marinas, Afrodita y Poseidón, digo yo, muy educadamente:

– Entonces está decidido: compraremos la propiedad en este lugar. El delfín es una señal, me respondió Alec.

Este par de amigos ingleses regresa a Londres en un barco que zarpa de Puerto Limón el 21 de marzo de 1914, con la idea de volver a Costa Rica, probablemente, en enero o febrero de 1916.

Las dos parejas de recién casados permanecen en Cartago apenas una semana. Luego viajan a la finca de Cachi, donde con muchas incomodidades vivirán hasta por lo menos el mes de setiembre de 1914, cuando esperan tener construidas sus nuevas y contiguas viviendas, en la ciudad de Cartago. Por el momento este arreglo es el más conveniente. Luis, que es después de todo el que más sabe porque es ingeniero, con el apoyo parcial de Cristóbal podrá hacerse cargo de las operaciones del aserradero y así no hará falta molestar a nadie del clan en Cartago, obligándolos a estrecharse para acomodar dos nuevas familias. Pero, lo más importante, es que a los cuatro les agrada vivir lejos del todavía deprimente Cartago.

Don Máximo Fernández\* se queja ante Cristóbal de:

– Ese amoroso destierro donde te han confinado los ricardistas.

Y es que su brillante asesor Velino anda muy ocupado desde que se casó. No obstante, Cristóbal pasa dos días cada semana entre Cartago y San José, litigando en la brumosa urbe, y metido en el centro de la difícil transición política nacional, en San José.

El Dr. Durán\* sigue afirmando la validez del pacto electoral que tiene con el expresidente Rafael Yglesias\*, pese a que Yglesias ya baraja nombres y hace designaciones para su próximo gobierno. El 28 de abril, tres días antes de la elección que hará el Congreso, el diario josefino **La Información** publica una nota, según la cual el herediano Alfredo González Flores\* podría ser un candidato de transición. Por su lado, el Presidente que va a terminar su período, don Ricardo Jiménez\*, fiel al pacto secreto que tiene con don Cleto González Víquez\*, anuncia su absoluta disposición de entregar el poder a la persona que elija el Congreso, quienquiera sea.

Durante la noche de ese día 28, el Dr. Durán\*, González Flores\* y el Coronel Federico Tinoco\* visitan al presidente Jiménez en su residencia oficial. Traen un pliego que firman 22 diputados, comprometiéndose a elegir como presidente al Sr. Alfredo González Flores\* y a votar que el nombre del expresidente Yglesias no sea considerado como candidato para este cargo.

— La situación es muy seria, porque ahora nosotros tenemos la mayoría de diputados, pero don Rafael Yglesias\* amenaza con una revolución y Ud. sabe, don Ricardo, que Yglesias puede contar con apoyos en algunos cuarteles, explica con exacta frialdad el coronel Tinoco.

— La única manera de detenerlo y de lograr una transición pacífica es que Ud. nos apoye, Señor Presidente, agrega González.

— ¿Están seguros que don Cleto y don Máximo Fernández están de acuerdo con lo que Uds. proponen?, pregunta don Ricardo a González y al Dr. Durán.

Estos primeramente no saben qué responder, porque han enviado mensajes a los dos importantes políticos pero no tienen ninguna seguridad sobre tales respaldos. De todas maneras los tres, González Flores, Durán y Tinoco, aseguran al presidente Jiménez que claro que sí, ellos cuentan con el apoyo de don Cleto y don Máximo.

— En todo caso, don Cleto no estará del lado de don Rafael Yglesias y don Máximo tal vez lo esté —dice ahora don Ricardo, quien se percata

completamente de que transa con gentes astutas y mañosas—. Y tenemos además la decisión de ustedes tres. Con lo que el resultado sería una guerra civil entre la gente de ustedes y la gente de Yglesias.

El Presidente se detiene al terminar de decir esto. Pide que le traigan vino tinto, indicando que no se diga nada más hasta que brinden. Después de hacerlo a nombre de la preservación de la patria y de la libertad, el Presidente habla de nuevo:

— Y eso es algo que yo como presidente no puedo permitir. No estoy dispuesto a meter al país en una guerra civil, que hoy resultaría catastrófica. TODOS los hombres de Costa Rica han votado por primera vez y están pendientes de lo que pase. Es decir, listos para defender su voto. Una guerra civil en estas circunstancias sería una carnicería como la mexicana. Ustedes me ponen ante una coyuntura muy compleja y delicada. La situación nacional es muy grave y me veo obligado a lanzar el peso del gobierno y del ejército nacional hacia uno de los dos lados. Pero lo hago con el exclusivo propósito de evitar una guerra civil devastadora y así proseguir con el mejoramiento de la democracia. Es probable que si el gobierno se pone del lado de ustedes, tanto don Cleto como don Máximo nos apoyen o, en el peor de los casos, sean neutrales. De todas maneras y para que se entienda bien lo que estoy haciendo, quiero que conste oficialmente, que hago lo que hago porque se trata de evitar que el presidente en funciones intervenga para definir cuál candidato debe elegirse. La costumbre en este país era que siempre prefería al de su propio partido político. Pero ya don Cleto rompió esa mala práctica entregándome a mí la presidencia, como representante de la oposición. Me comprometí con él a hacer otro tanto y estoy dispuesto a entregar el poder a la oposición si la oposición es mayoría, es decir, a quien prefiera la mayoría en el Congreso. La única forma que tengo de cumplirle a don Cleto es renunciar al control del ejército y la policía, entregándoselos a ustedes. En consecuencia, escojo hacer aquello que me impide intervenir. Así debe ser anunciado: **DETERMINO HACER ESTO, PORQUE NO QUIERO INTERVENIR EN EL RESULTADO DE LA ELECCIÓN Y POR TANTO POR EL BIEN DE LA DEMOCRACIA.**

Los tres visitantes, la casa presidencial y posteriormente el país entero quedan estupefactos, cuando se percatan de que el presidente Jiménez ahí mismo ordenó llamar a su Ministro de Guerra, para hacer entrega inmediata

de todos los cuarteles al grupo de González, Durán y Tinoco. El Coronel Tinoco quedó a cargo del ejército nacional a partir de ese momento, la siguiente noche sus seguidores ocuparon los cuarteles provinciales, con un operativo que requirió meses de preparación, aunque esto sea ahora negado por los seguidores de Flores, Durán y por supuesto el mismo Tinoco.

El editorial de **El Diario de Cartago** con fecha 29 de abril de 1914 se titula: "DON RICARDO ENTREGA CUARTELES. GARANTIZA DEMOCRACIA AL NO INTERVENIR".

Parte del texto dice:

"Lo que ha hecho don Ricardo es algo nunca visto en el país. Nadie había entregado el control militar antes de una elección, para así no intervenir en ella. Don Ricardo Jiménez plantea a sus conciudadanos la necesidad de que el Presidente de la República no tenga en sus manos el control del ejército y la policía, durante los procesos electorales... Ahora que todos los hombres podemos votar, una guerra civil debe evitarse a como haya lugar, porque su resultado sería devastador, como recientemente viene sucediendo en el hermano país mexicano. Al contrario, tal vez algún día esto que hoy hace don Ricardo se convierta en una institución costarricense y de muchos otros países, un Tribunal Electoral con poder supremo e imparcial, que tenga a su cargo la fuerza pública durante las elecciones... Con la presente decisión, don Ricardo reitera su enorme estatura política y democrática. Hoy, sin embargo, nuevamente sus enemigos de siempre son los enemigos de Costa Rica. Con estrechez de miras lo acusan de favoritismo hacia un candidato... Pero incluso si eso fuera así, el presidente lo ha hecho para evitar una guerra civil que acabaría con el país, y más bien para afirmar el proceso nacional hacia la democracia, buscando aquella única opción viable, es decir, una transición política en paz. Esto hay que destacarlo y entenderlo bien: era la única opción viable sin guerra civil o golpe de estado o intervención del presidente apoyado en la fuerza pública. ¡Bienvenidos los favoritismos, si nos ahorran derramar la sangre hermana y las terribles secuelas del odio!"

En Cartago se comenta que este editorial incluye partes dictadas por el mismo don Ricardo.

De acuerdo con Chema Oreamuno, que sabe de estas cosas porque las escucha a la hora de las comidas de boca del mismo Presidente, muchas gentes no querían a don Rafael Yglesias\* otra vez en la casa presidencial: temían su militarismo. El presidente Jiménez era una de estas personas.

Alfredo González Flores\* resulta electo a la primera magistratura el 1 de mayo de 1914. El expresidente Yglesias dijo que si el Dr. Durán era elegido, él se tiraba a pelear incluso contra todos los otros juntos, es decir, vetaba a Durán. Por eso no quedó más remedio que nombrar a un tercero. La normalidad regresa a la política costarricense, se pudo realizar en paz la transición del poder de unas a otras manos.

Este proceso resulta difícil y muy educativo para Cristóbal, que lo vive a fondo. Cuando al fin llega la calma, transcurren varias semanas en que no quiere salir de Uxucurré y la montaña. No atiende ni los asuntos de su oficina legal, más bien un amigo abogado de Cartago lleva sus cosas.

Se marcha con Luis a la selva durante tres días, encuentran la famosa catarata que tiene una cueva en su base. Cristóbal necesita correr desnudo por el bosque y sus aguas, gritar y gritar, y luego amar a Luis con una pasión totalmente desencadenada.

Entonces recobra su tranquilidad, su paz.

— La selva encierra la mayor y más difícil sabiduría, dice: —Es absolutamente libre porque no tiene nada civilizado, nada humano, encarna el peligro supremo y la pureza máxima.

Pero la tranquilidad no se prolonga mucho. En junio un nacionalista serbio asesina al heredero de la corona austrohúngara y empieza una confrontación entre germanos y eslavos que arrastra a la guerra, primero a Rusia y a Alemania y luego a Francia —sobre la que avanzan las tropas del Káiser. Desde el 23 de agosto de 1914 Inglaterra ha puesto en estado de alerta su flota, para proteger los Países Bajos de una invasión alemana. En setiembre se firma el Tratado de Londres, por el que Inglaterra, Francia y Rusia se alían para enfrentarse a Alemania y al Imperio Austrohúngaro.

Con ocasión del día de la independencia costarricense, el 15 de setiembre de 1914, Felicia anuncia estar embarazada y otro tanto hace Margarita el 14 de octubre. A finales de ese mes Cristóbal y Luis reciben un telegrama:

"Saldremos para New York el 2 de noviembre y esperamos llegar a Costa Rica a principios de diciembre. Oportunamente comunicaremos el nombre y horario del buque. Enviamos carga adicional directa de Londres a Puerto Limón por la Royal Mail Company. Favor ayudarnos con su desembarco. Trabajaremos la propiedad en Playa Grande de Tamarindo. Abrazos. ALEC & MAURICE."

A su llegada, los dos ingleses explican que escapan de la máxima locura humana: la guerra a muerte entre pueblos y naciones que se consideran superiores a todos los demás, por la supremacía mundial. Se trata de un afán irracional y suicida de dominar y demostrar que se tiene más fuerza. Maurice y Alec han rehusado alistarse en el ejército británico, aunque los tilden de traidores y cobardes antipatriotas. No están dispuestos a matarse con otros jóvenes europeos iguales a ellos, por la locura nacionalista, machista y racista de los ciegos y decrepitos empresarios, militares y gobernantes austriacos, rusos, alemanes, franceses e ingleses. No, ellos proclaman y buscan la paz, la comprensión, la cooperación entre los hombres, no la confrontación a muerte. Y firmemente creen que Costa Rica es un lugar donde pueden vivir ese ideal.

Esto provoca algunas sonrisas entre las gentes cartaginesas, por la ingenuidad de estos extranjeros que no conocen la historia militar de Costa Rica. Sí tienen razón en que la guerra no llegará hasta Costa Rica, que es un país muy aislado del resto del mundo. Y esos comentarios de Maurice y Alec también generan entre las gentes de Cartago, halago y deseo por promover efectivamente una pequeña patria semejante a la que imaginan los dos ingleses, pacífica y próspera, tal vez única y de todas maneras muy frágil y precaria, como la misma paz.

– Por eso es que necesitamos ayudar a la paz, afirma Maurice.

Alec interviene para reiterar que,

– Esa es la razón de buscar vivir en Costa Rica. Llegaremos a ser ciudadanos costarricenses y construiremos una casa y una granja, en la propiedad de Playa Grande de Tamarindo.

*1915*

Al principio de su vida en Costa Rica, sin embargo, la fortuna no es muy amable con estos dos jóvenes ingleses. El proyecto de la playa se atasca, porque el buque que transportaba sus equipos y avituallamientos explota y se hunde misteriosamente, 150 millas al este de Nassau. Habían invertido ahí la mitad de su patrimonio. Por suerte y por previsión de Maurice, que sabe de estas cosas financieras, la mitad restante está bien guardada en un banco de New York (por eso viajaron allí antes de irse para Costa Rica), de donde reciben una modesta renta que les permite mantenerse sin incomodidades, pero que los inhibe de poder reemplazar las cosas perdidas. Incluso la oferta de crédito que con gran generosidad les hacen los Velino y Silvestre no alcanza. De manera que trabajarán para ahorrar lo necesario. Maurice y Alec abren una casa de cambio y luego una compañía financiera en San José, en asocio con ese banco newyorkino. Viven también en esa ciudad capital, en el mismo negocio, pues alquilan una pequeña casa al costado sur del Parque Central, utilizan como oficinas los aposentos del frente y los posteriores para vivienda.

Debido a la guerra en Europa, la situación económica costarricense y mundial es cada vez más difícil conforme avanza el año de 1915. Ni Maurice y Alec ni Luis y Cristóbal y sus familias logran mantener el nivel de sus ingresos. La guerra afecta violentamente el comercio internacional, que se desploma. Después de todo, Alemania e Inglaterra son los dos principales socios comerciales de Costa Rica en cuanto al café. El banano sólo aporta ingresos por salarios pagados a trabajadores limonenses, pues las ganancias van directas y completas a las arcas de Mamita Yunai, en Boston. Y las ventas adicionales de café a los mercados de New York y Boston no son suficientes para equilibrar la pérdida de los mercados europeos. También aumentan los precios de las importaciones de metal desde New York, y eso obliga a vender aquí más caras las láminas para techos y paredes. Mucha gente se va quedando prácticamente sin ingresos, conforme la demanda por el café se desinfla, cada día un poco más, en los mercados internacionales. Como consecuencia, las ventas de materiales de construcción en el negocio de Silvestre y Velino descienden en picada. En la casa se redoblan las medidas de austeridad, es decir, ahorro, satisfacción de las necesidades esenciales y eliminación de gastos superfluos.

El mes de febrero de 1915 está por terminar. Maurice y Alec disfrutan algunas semanas de vacaciones con sus amigos en Uxucurré de Cachi, porque no tienen qué hacer en la capital, el negocio financiero no marcha. También en el aserradero apenas hay alguna actividad, las ventas de madera han descendido rápidamente porque casi nadie tiene para gastar en construcción.

Es sábado por la mañana, el sol brilla esplendoroso. Luis y Cristóbal, Manuel y Mócata y Alec y Maurice andan en "excursión de puros hombres", trepando por el cauce de uno de los principales ríos, en medio de la montaña. Las aguas corren bajas por el verano, pueden caminar fácilmente sobre las miríadas de rocas ahora secas.

La única dificultad es que Luis necesita ayuda para transportar su frágil cámara fotográfica, interés que adquirió cuando estudiaba en Reading. Hoy, Luis toma una serie de 45 fotografías, la mayoría del río, sus cataratas y pozas, así como de la selva y sus animales. También hace algunas placas del grupo. Dos de éstas en la poza donde se bañan. Debían aparecer Manuel y Mócata y Maurice y Alec en las piedras y Cristóbal metido en el agua, desnudos pero discretamente cubiertos para la foto.

En el proceso de revelado pierde seis fotos, por impericia o mal cálculo empleando los químicos. Las fotografías del grupo en la poza no se arruinaron totalmente pero tampoco salen bien. Luis y después otros dos fotógrafos josefinos, durante los siguientes días prueban distintos tratamientos, pero no es posible recuperarlas. Las fotos tienen un brillo deslumbrante que procede de la misma agua del río y que opaca a las figuras humanas, cubriéndolas con una especie de velo blancuzco.

– Como si alguien hubiera colocado un espejo y el reflejo del sol cayera directamente en el lente de la cámara, opina uno de los expertos.

Luis no está de acuerdo, porque es obvio que él como fotógrafo habría notado el reflejo. De no ser así:

– ¡Yo habría terminado tan ciego como Galileo después de observar el sol con su telescopio!

– Por eso, ha de tratarse de un defecto en las placas que se utilizaron. El mecanismo del aparato está bien, ya lo hemos revisado repetidas veces. Opina el segundo experto.

## VII

Otra cosa creen en cambio los amigos.

– Es algo misterioso, algo que obviamente no está ni en el lente ni en la placa ni en la cámara, sino ahí en el mismo río, opina Maurice, sonriendo.

– ¡Debemos ir a explorar!, complementa Cristóbal entusiasmado, interpretando el sentir general.

– ¿Un pretexto para volver?, dice Luis.

La segunda excursión al sitio del extraño reflejo también ocurre un sábado, pero ya del mes de marzo. Trepan nuevamente por el lecho del río, que ahora lleva todavía menos agua:

– Porque estamos en lo peor\* del verano, según explica Manuel, quien dirige ésta y todas las expediciones a la selva.

A instancias suyas han traído palas, espátulas de albañil y un pico, aparte de sus rifles y machetes. Luis añade imágenes ampliadas y concentradas en el punto del paisaje fotografiado, es decir, fotos del área desde donde provienen el reflejo o la luminosidad, según se explique el fenómeno.

Alcanzan el sitio indicado y en cosa de dos horas encuentran una estatua indígena de un codo de alto, dos narigueras y dos pectorales, todos contruidos en oro, el ídolo en oro macizo y el resto de objetos laminados, con incisiones y soldaduras. El ídolo representa un ave marina de largo pico colocado contra su pecho, las alas replegadas también. En las incisiones y repujados de las narigueras y pectorales aparecen figuras característicamente peruano-panameñas, tal vez de influencia Nazca. El sol probablemente golpeó alguna parte de esas piezas semienterradas en el talud y produjo la extraña luminosidad en la fotografía.

También encuentran un hueso de fémur, que Manuel prefiere enterrar de nuevo.

Están asombrados, fuera de sí, desorbitados. Para Manuel y Mócata se trata de establecer contacto con la grandeza antigua de sus pueblos; esos objetos transportan en el tiempo la integridad y autoestima arrebatadas por el conquistador europeo. Algo similar pero con otros significados e intenciones piensa Maurice, quien siempre ha sido un hombre pragmático y hábil en el mundo financiero y cultural de los círculos burgueses y nobiliarios de

(\*) **Pior:** peor.

Londres. Para él se trata de objetos arqueológicos que pueden venderse muy bien en Londres o New York, a museos o coleccionistas privados. Los muchachos de Cartago, por su parte, se sienten como pioneros exploradores de los tiempos de Juan Vázquez de Coronado\*, navegando los espacios fantásticos del paisaje cartaginés y costarricense, en el particular mito sobre América como paraíso. Alec ha tenido una grave regresión psicológica, comportándose igual a cuando tenía doce años: adopta la personalidad de un pirata inglés del siglo XVII.

Maurice comunica su idea privadamente a Cristóbal allí mismo, deteniendo su escarbar (remueven una cantidad impresionante de arena, tierra y piedras, durante un día entero de trabajo, pero solamente encuentran lo ya indicado).

— Está bien —dice Cristóbal al enterarse de la proposición—, pienso que sería oportuno vender las piezas: pero con condiciones. Hay que convencer a Manuel y Mócata, y así tiene que ser, de verdad. Quien compre debe garantizar que los objetos serán cuidados, colocados y mantenidos con el respeto que se merecen todas las culturas y expresiones espirituales. De lo contrario nuestros amigos y nosotros mismos nos sentiríamos profanados, con toda razón. No acepto ya más ese social darwinismo espenckeriano de culturas y razas superiores o inferiores. Creo que estoy abandonando el liberal positivismo.

— No te preocupés —contesta Maurice—: van a ponerlas en lugar destacado de un gran museo, con dignidad y rodeadas de otras obras maestras de la humanidad entera. Lo importante es ir a New York, ahí es probablemente donde hoy sea más fácil colocarlas. ¡Ninguna institución liberal positivista como los filántropos multimillonarios y los museos metropolitanos defraudará tu antiliberalismo y antipositivismo!, —burlándose de la actitud ideológica de Cristóbal.

Pero el muchacho cartaginés no anda escaso de recursos y al punto dice:

— ¿Aunque, claro, mi querido Maurice, Ud. comprende la necesidad de obtener, antes que nada, un juramento de secreto y lealtad respecto al hallazgo, entre todos nosotros?

Maurice no tiene motivos para no aceptar que esto es lo primero. Detienen las actividades y se reúnen. Discuten sobre los diferentes ángulos del

## VII

asunto. Maurice y Cristóbal piden suspender la discusión y jurar antes que nada: secreto y lealtad totales. Los seis juran solemnemente.

— Hasta que acordemos lo contrario, esto no se comenta en absoluto con nadie aparte de nosotros seis, ni siquiera con las esposas o padres y mucho menos con ninguna amistad, sentencia Luis y así lo hacen.

El secreto está afianzado por la lealtad y honestidad jurada entre todos. Surge la cuestión de las tres parejas de amigos, como pares de socios. Y en tanto parejas se reconocen por primera vez unos a otros los seis. Aunque claro, el asunto queda planteado en términos prácticos de familias y negocios, así como en juramentos de amistad eterna. Pues dejan sus asuntos eróticos en el limbo de lo implícito, si es que podemos considerar implícito que Maurice y Alec se dieran un beso en la boca para sorpresa de los demás, desacostumbrados ya de tales comunicaciones públicas entre varones.

Lo siguiente fue transportar y "esconder el tesoro", como lo viene llamando Alec desde el principio, creyéndose un verdadero pirata inglés. Luis sonríe cuando Alec habla del "tesoro", su memoria le presenta con viveza los rostros del Capitán Exquemelin\* y su rubio ayudante de cámara.

Durante varios días debaten acaloradamente el mejor curso a seguir y al final concuerdan con Maurice. Preparan el viaje a New York. Irán Maurice, Cristóbal y Manuel.

En Cartago poca gente nota su ausencia, porque de todas maneras viven en Cachí. Y en Cachí el revuelo es solamente el inusitado viaje de Manuel, un tema que no llega a conocerse por quienes en la ciudad cartaginesa se dedican noche y día al cotorreo, y que las mismas gentes cartagas llaman "begonias", porque al igual que esas bellas plantas, viven detrás de los ventanales, espiando a quienes pasan por la calle.

Quince días más tarde, después de una travesía maravillosa en un barco para bananos que también transportaba algunos pasajeros, en New York pagan doscientos cincuenta dólares para que el doctor Sylvanus Morley, uno de los principales arqueólogos de la Universidad de Columbia, "evalúe el lote de piezas". Obtienen un dictamen excelente: sus objetos son de primera importancia por estar hechos en oro, y estima su precio entre 5 y 6 veces el valor del oro que contengan, al costo de comprar este metal en el mercado newyorkino. Después entran en contacto con Carnegie\*, mediante la delegación diplomática costarricense. El señor Carnegie los recibe en persona,

en su apartamento-mansión de Park Avenue, les muestra las obras de arte y arqueológicas que tiene allí, asegurándoles poseer muchas más en otras casas suyas ubicadas tanto en Estados Unidos como en Europa:

— Y además por supuesto están las colecciones que financio y mantengo en diferentes museos, indica el filántropo multimillonario.

No fue inesperado que las piezas sólo valgan entre 2 y 3 veces su valor en oro, según el peritazgo de la gente de Carnegie. Negocian un acuerdo que todas las partes juzgan fabuloso. Carnegie estima el valor real de esas piezas en 300.000 dólares y los muchachos por su lado reciben extasiados 45.000 dólares oro, más todos sus gastos de viaje y estadía en New York. Maurice propone dejar el dinero en esa ciudad, ganando intereses en un banco, pero los demás no aceptan, de manera que oportunamente lo dividen en seis porciones de 7.500 dólares oro cada una.

Cada uno de los seis socios de esta secreta operación arqueológica también recibe, junto con su dinero, una copia de la fotografía maravillosa que tomara Luis, quien amplió, enmarcó y colgó la suya.

En estas semanas, además, nacen los dos primeros hijos de Luis y de Cristóbal: una niña, Paulina, mientras su papá se encuentra en New York y el otro, un niño que se llamará Joaquín, un mes después, los dos en la casa de sus abuelos en Cartago y en ambos casos con la asistencia de doña Tita Arancibia, la principal comadrona de la ciudad.

## **1916**

Esos recursos financieros de ahí en adelante son empleados de diferentes maneras por las tres parejas de amigos. En 1916 Maurice y Alec construyen su casa y su granja en Playa Grande de Tamarindo, con la mitad de su dinero; el resto lo dejaron en el banco newyorkino. Manuel y Mócata entregan toda la riqueza que obtuvieron a su comunidad, donde se utiliza para levantar un nuevo edificio escolar y construir la cañería de agua potable. Luis y Cristóbal emplean esos dineros para sobrevivir los difíciles años de guerra mundial y depresión económica, junto con sus esposas, hijos e hijas, sus madres y padres y hermanas y hermanos, e incluso primos más o menos distantes, además de servidores y servidoras domésticos, de campo, comerciales y del aserradero, formando una abigarrada familia ampliada que es prácticamente una pequeña comunidad, empresarial y familiarmente unida.

La situación económica no mejora en el país y nubarrones militares empiezan a formarse nuevamente en el horizonte patrio. Según Chema Orearuno y Cristóbal, algunas gentes señalan el peligro de un golpe de estado por las impopulares políticas del presidente González Flores, en particular sus impuestos al comercio internacional. El asunto es que las arcas nacionales se han vaciado porque no es posible cobrar impuestos a las inexistentes exportaciones e importaciones. En el caso del café, porque el comercio ha descendido muchísimo, en el caso del banano, porque sólo en las campañas electorales se habla de responsabilizar impositivamente a la todopoderosa Compañía Bananera.

Tiempo de circunspección y moderación, en medio de una tormenta histórica que estas familias logran capear gracias al extraordinario golpe de suerte de los muchachos —cuyo secreto nadie conoció hasta ahora; tanto en sus casas como en Cartago se asume que los dineros provienen de Maurice, convertido mediante este falso supuesto en excéntrico ricachón inglés.

Tiempo de temor también, por la guerra mundial, la mayor de todas las guerras de la historia, que se libra en Europa y cuyas víctimas ya no se pueden ni contar.

— Centenares de miles, millones de jóvenes como Alec y yo —se lamenta Maurice—, muertos insensatamente en una guerra de trincheras donde cada pulgada de terreno cuesta un litro de sangre humana. Es lo que señala Forster en esta carta que recibí ayer, dice, sacando de una bolsa de su saco el sobre de correo con la misiva.

Lee donde Forster describe la carnicería que es la guerra y luego donde explica que está:

"...trabajando en la Cruz Roja, al cuidado de soldados heridos, que es lo mejor que puedo hacer en estas terribles circunstancias y que puede ser también lo mejor que me ha sucedido en la vida".

— Tal vez después de la guerra podría visitarnos y quedarse a vivir con nosotros, comenta Luis, provocando extrañas imágenes tanto en Maurice como en Alec.

Nuevamente, Luis y Cristóbal construyen juntos un sueño que comparten. En esta oportunidad se trata de una historia que dice así:

*En el bosque y el agua*

"En diciembre de 1916 subimos al volcán Barva, en la provincia de Heredia. Íbamos los seis muchachos y también don José y don Carlos. Viajamos en tren hasta Heredia y luego en un automóvil hasta la villa de Barva, por un camino de piedra. De ahí en adelante nos vimos obligados a trepar a caballo. No logramos subir hasta el cráter, porque a partir de la finca maderera y el aserradero de un joven alemán llamado Otho Stegmüller sólo existe un trillo difícil y engañoso, donde alguna gente ha desaparecido para siempre, y que decidimos no explorar.

Nos detuvimos a medio camino, unos dos kilómetros más arriba de la finca de Stegmüller.

Penetramos en la selva y al poco rato descubrimos un pequeño valle curiosamente despejado de árboles, cuyo centro está ocupado por el ancho tronco de un higuerón gigantesco que seguramente partió un rayo, hace ya tiempo. Queda en pie la base del árbol quebrado, como si todavía respirara en los pequeños brotes de sus propias hojas y en las parásitas que adornan su desquiciada cabeza con verdosa y amarillenta brevedad. Su caída provocó el claro en el bosque y luego probablemente las gentes se han llevado las ramas, porque el gigantesco resto del tronco yace caído a un lado. A uno de sus costados corre un pequeño arroyo.

— ¡Una divinidad campestre y salvaje!, exclama Cristóbal a voces, mientras corre a tocar el tronco y a subirse en las enormes raíces.

Los demás también nos aproximamos al tronco del árbol, no logramos rodearlo entre todos, juntando las manos y extendiendo los brazos, Luis calcula que necesitaríamos por lo menos otros seis hombres para abarcarlo.

Alec y los dos muchachos indios, luego también nosotros, Luis y Cristóbal, así como don Carlos y don José y finalmente hasta el reticente Maurice, bailamos y cantamos, giramos y saltamos alrededor del árbol.

— El dios Pan.

## VII

- ¡Pan!, ¡Pan! ¡El Falo universal!,
- El Todo Generador.
- Y también la Totalidad Universal, Viva y Eterna!, a gritos, exclaman Cristóbal y Maurice.

Al bailar nos encalorizamos, excitándonos, empezamos a sacarnos las ropas. Bailamos desnudos hasta el agotamiento. Después hay que beber agua, seguir el riachuelo que anda buscando juntarse con el río. Penetramos en la sombra que cubre las orillas de la corriente. Bajo ese gigantesco dosel arbóreo vamos descendiendo con cuidado hacia el cauce. Nos orienta el rugido creciente, hasta que localizamos la catarata. Es muy ancha, de unos veinte o veinticinco metros de altura, cae con potente majestad sobre una amplia poza. Nos bañamos en esas aguas heladas de la montaña durante casi una hora y al cabo regresamos al sol del claro, arriba en la colina, para comer y beber.

El deseo aparece cuando los estómagos están satisfechos y el cerebro queda aletargado porque la sangre se concentra en el proceso digestivo. Las parejas buscan rincones privados en los alrededores. Cada una ocupa un punto cardinal en torno al Tronco de Pan:

Maurice y Alec por el Sur,  
Mócata y Manuel por el Este,  
don Carlos y don José por el Oeste.  
Y lógicamente, nosotros dos por el Norte".

# ANEXOS

## PERSONAJES HISTÓRICOS:

*Madame Blavatsky.* Mística y esotérica, fundadora de la Sociedad Teosófica.

*José Campabadal (1846-1905).* Profesor de música y compositor, entre otras obras, del himno del Colegio de San Luis Gonzaga.

*Andrew Carnegie.* Multimillonario y filántropo de USA, quien proveyera los fondos para la fallida construcción del Palacio de la Paz en Cartago.

*Edward Carpenter (1844-1929).* Escritor y activista inglés, en pro de la causa de la liberación de los hombres gay.

*Braulio Carrillo (1800-1844).* Presidente de Costa Rica (1835-1837 y 1838-1842). Nació cerca de San Rafael de Oreamuno, camino al Volcán Irazú. Durante su administración ordenó el traslado de la villa de Ujarráz a la actual Paraíso, pues aquella sufría de fiebres maláricas.

*Leonora Carrington.* Pintora inglesa.

*Lisímaco Chavarría.* Popular poeta lírico costarricense, principal representante de la escuela de San Ramón de Alajuela; en importante medida, por Chavarría esa localidad es conocida como "la ciudad de los poetas."

*Rubén Darío (1867-1916).* Poeta nicaragüense, el más destacado representante del modernismo y el poeta hispanoamericano más importante de su época.

*Claude Debussy (1862-1918).* Compositor francés, líder del movimiento impresionista.

*Carlos Durán (1852-1924).* Presidente interino de Costa Rica en 1889-1890, fue también diputado seis veces, varias veces ministro y candidato a la presidencia en 1913. Distinguido médico educado en París y Londres, donde asistía al médico de la Reina Victoria.

*Alexander Exquemelin.* Nació en 1645. Pirata inglés, médico de las expediciones de Henry Morgan contra Puerto Bello, Maracaibo y Panamá. En 1678 publicó en Holanda **De Americanenche Zee-Rovers**.

*Máximo Fernández.* Político costarricense, fundador y líder del Partido Reformista.

*E.M. Forster (1879-1970).* Novelista inglés, autor de **Maurice**, primera novela moderna de tema gay con final feliz.

*Joaquín García Monge.* Novelista y publicista costarricense. Su novela **El moto** abre la producción novelística costarricense a principios del siglo XX. En **Las hijas del campo** desarrolla una crítica social. Su revista **Repertorio Americano**, durante varias décadas fue el principal centro de discusión literaria y cultural en América Latina.

*Alfredo González Flores (1877-1962).* Presidente de Costa Rica (1914-1917), fue derrocado por un golpe de estado de su Ministro de Guerra, el coronel Federico Tinoco, quien contaba con el apoyo o la anuencia de la oligarquía cafetalera, a la que González Flores había fijado impuestos para enfrentar la difícil situación de la I. Guerra Mundial.

*Cleto González Víquez (1858-1937).* Herediano como González Flores. Presidente de Costa Rica (1906-1910 y 1928-1932). Junto con Ricardo Jiménez dominó el panorama político del país entre 1900 y 1937. Notable historiador.

*Ricardo Jiménez Oreamuno (1859-1945).* Hijo de Jesús Jiménez Zamora, fue tres veces presidente de Costa Rica (1910-1914, 1924-1928 y 1932-1936). En numerosas ocasiones fue diputado y también ocupó el cargo de Presidente del Congreso. Creó el Instituto Nacional de Seguros en 1924, el Banco Crédito Hipotecario y electrificó el ferrocarril a Puntarenas, entre muchas otras obras.

*Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno (1854-1916).* Hermano de Ricardo, escritor de crónicas históricas, diputado y presidente del Congreso de Costa Rica.

**Jesús Jiménez Zamora (1823-1897).** Presidente de Costa Rica entre 1863-1866 y 1868-1870. Padre de Ricardo y Manuel de Jesús. Hizo una destacada labor en educación pública.

**Rafael Yglesias (1861-1924).** Presidente de Costa Rica entre 1894 y 1902. Ministro de Guerra durante la administración de José J. Rodríguez (1890-1894). Fué candidato perdedor a la presidencia en 1910 y 1913.

**Maynard Keynes (1883-1946).** Notable e influyente economista inglés, cuyas teorías constituyeron la base de las políticas económicas del capitalismo entre la crisis de la década de los años 1930 y el neoliberalismo de finales de la década de los años 1970.

**Jawaharlal Nehru (1889-1964).** Político hindú, junto con Mohandas Gandhi, líder de la independencia de su país. Fue el primer Primer Ministro de la India moderna.

**Vaclav Nijinsky (1890-1950).** Acaso el más importante bailarín de ballet del siglo XX, figura principal de los Ballets Russes dirigidos por Diaghilev.

**Juan Rudín.** Educador y científico costarricense.

**Bertrand Russell (1872-1970).** Genio matemático-lógico, filósofo y pacifista inglés.

**Terence Stamp.** Actor inglés, protagonista para el cine de la obra de Melville, **Billy Bud.**

**Litton Stracey.** Escritor inglés.

**Federico Tinoco Granados (1868-1931).** Ministro de Guerra a partir de 1914. En 1918 mediante un golpe de estado derroca a González Flores. En 1919 es depuesto por un movimiento revolucionario y la acción de la marina de USA. Se exilió en Francia, donde murió.

**José Fidel Tristán.** Científico, político y empresario costarricense. Por encargo de Ricardo Jiménez durante su segunda administración, en 1924 estuvo al frente de la creación del Instituto Nacional de Seguros.

*Oscar Wilde (1854-1900)*. Destacado escritor inglés. Fue perseguido por la justicia británica, acusado de homosexualidad, y condenado a prisión y a labores forzadas, a resultas de las cuales, al poco de salir de la cárcel, murió exiliado.

*Juan Vázquez de Coronado*. Conocido explorador español, fundó Car-tago en 1564.

*Virginia Wolff (1882-1941)*. Escritora y editora inglesa, miembro promi-nente del llamado Grupo de Bloomsbury

### ***PERSONAJES DE FICCIÓN:***

*Billy Bud*: personaje de la novela homónima de Herman Melville.

*Maurice Hall, Alec Scudder y Clive Durham*: personajes de la novela *Maurice* de E.M.Forster

*Príncipe Mishkin*: personaje de la novela *El idiota*, de F. Dostoievsky





Entre la conmoción del terremoto que, en 1910, destruyó la conservadora y tradicional Cartago, antigua capital de Costa Rica, dos jóvenes descubren un amor prohibido.

En **Amor en La Selva**, la libertad, la pasión y el descubrimiento crecen entre las montañas salvajes, hasta que un día la moralidad social los ataca con culpa, angustia y odio. Sin embargo, el descubrimiento de tradiciones sorprendentes y secretas les permiten a los jóvenes madurar hasta transformarse en adultos.

El autor, el costarricense Eduardo Saxe Fernández, ha publicado poesía, narraciones y una novela corta, así como varios ensayos.

Es catedrático de política internacional y filosofía en la Universidad Nacional de Costa Rica, y también enseña en Universidades de Estados Unidos y España.

Tiene en preparación otras dos novelas (El secreto de Alejandro y Dos muchachos a caballo) y varios ensayos.



**Editorial  
ILPES**